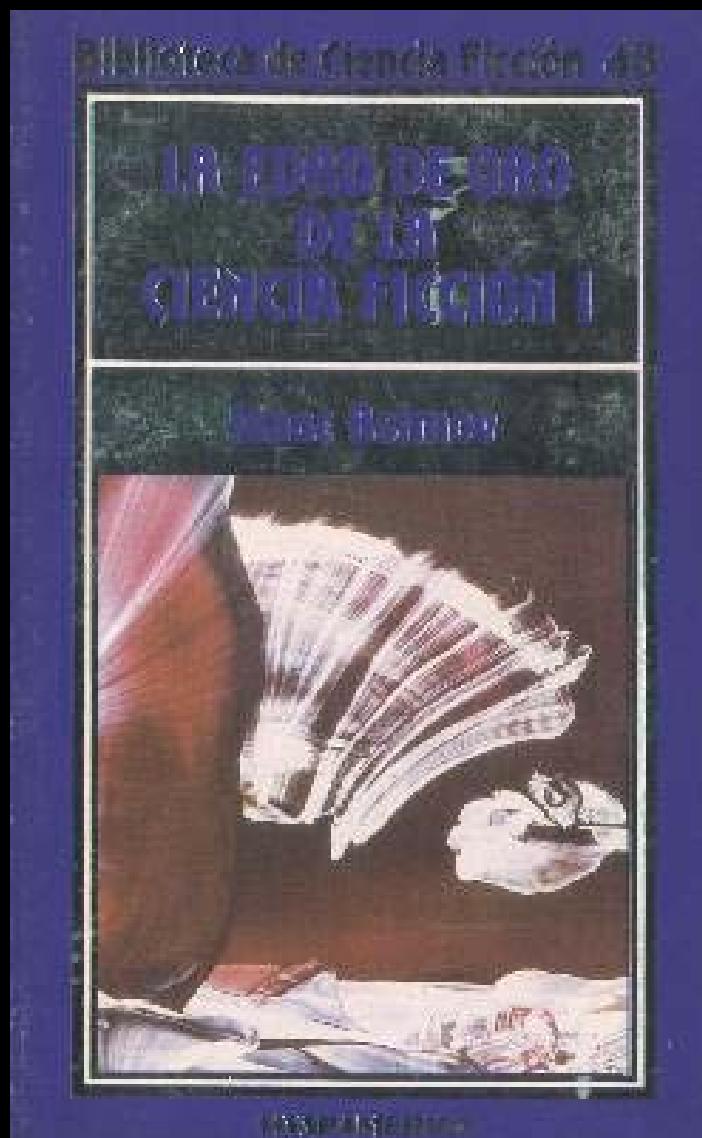


# LA EDAD DE ORO DE LA CIENCIA FICCIÓN I



**Isaac Asimov  
(recopilador)**



**Isaac Asimov**

Título original: Before de Golden Age

Traducción: Horacio González

© 1974 Doubleday & Company Inc.

© 1976 Ediciones Martínez Roca S. A.

© 1986 Ediciones Orbis S.A.

ISBN: 84-7634-477-5

Edición digital: Sugar Brown

Revisión: Sadrac

A Sam Moskowitz, a mí mismo y a todos los

demás miembros de «First Fandom»

(aquellos dinosaurios de la ciencia-ficción)

para quienes una parte del encanto desapareció del mundo en 1938.

## ÍNDICE

Introducción, por Isaac Asimov

PRIMERA PARTE: 1920 a 1930

SEGUNDA PARTE: 1931

El hombre que evolucionó, Edmond Hamilton («The Man Who Evolved» ©1931)

El satélite Jameson, Neil R. Jones («The Jameson Satellite» ©1931)

Submicroscópico, Capitán S.P. Meek («Submicroscopic» ©1931)

Awlo de Ulm, Capitán S.P. Meek («Awlo of Ulm» ©1931)

Tetraedros del espacio, P. Schuyler Miller («Tetrahedra of Space» ©1931)

El mundo del sol rojo, Clifford D. Simak, («The World of the Red Sun» ©1931)

## Introducción

Para muchos lectores de ciencia-ficción que ya han llegado a la madurez, hubo una Edad de Oro de la Ciencia-Ficción, en mayúsculas.

Esa Edad de Oro comenzó en 1938, cuando John Campbell llegó a ser director de «Astounding Stories» y transformó tanto la revista como el mismo género en algo más próximo a sus íntimos deseos. Durante la Edad de Oro, Campbell y la revista que dirigía dominaron tan plenamente la ciencia-ficción, que leer «Astounding» equivalía a conocer todo el género.

En ese sentido, la Edad de Oro se prolongó hasta 1950, cuando, abordaron la especialidad otras revistas como «Galaxy» y «The Magazine of Fantasy and Science Fiction». A su modo, las personalidades directoras de H. L. Gold y Anthony Boucher eran tan fuertes como la de Campbell, con lo que el campo creció y se diversificó. En muchos sentidos mejoró aún más cuando desbordó las revistas e invadió los libros, las ediciones de bolsillo y los medios de comunicación electrónicos.

Para entonces, el lector individual ya no podía asimilar todo el género. Éste se hizo demasiado amplio para que uno pudiera hacer algo más que arañarlo. La Edad de Oro, en que toda la ciencia-ficción estaba al alcance del lector, había concluido.

Durante la Edad de Oro, las cosas me fueron muy bien, pues estuve entre los primeros autores nuevos que Campbell descubrió, y sé con certeza que no hubo otro por quien mostrase un interés tan personal y paternal. Mi libro *The Early Asimov* (Doubleday, 1972) es al mismo tiempo mi tributo a aquellos años y mi homenaje a John.

Pero olvidemos la Edad de Oro con mayúscula y vayamos a algo más personal. Para quien haya vivido una vida no del todo desastrosa, existe un halo multicolor que baña la época de los diez a los veinte años. Los recuerdos de la primera década, es decir, del período anterior a los diez años, son confusos, inciertos e incompletos. Al comenzar la tercera década, después de los veinte años, la vida se llena de responsabilidades adultas y se convierte en una carga. Pero la segunda década, la de los diez a los veinte años, es dorada; en esos años conocimos la felicidad.

La segunda década es la edad de oro de cada persona. El recuerdo de la vida tal como era entonces nos parece, sencillamente, lo que debería ser siempre. Para cualquier lector de ciencia-ficción, el oro de la segunda década de su vida ilumina las narraciones que leyó en esa época. Por eso, oigo con frecuencia a entusiastas treintañales hablar de «la edad de oro de la década de los 50». Si logro alcanzar una edad razonable, realmente espero escuchar a algún maldito chiquillo hablándome de «la edad de oro de la década de los 70». (Me levantaré de la silla de ruedas y lo azotaré con mi bastón.)

Bien, ¿qué diré de mí mismo? Mi edad de oro (con minúsculas) se remonta a los años 30. Me refiero a la década inmediatamente anterior a la Edad de Oro (con mayúsculas), que resultó gloriosa para mí... y para todos, pues fue durante mi edad de oro cuando las personalidades que configuraron la Edad de Oro, Campbell incluido, se formaron a sí mismas.

Los relatos de ciencia-ficción que, leí durante los años 30 aparecieron en revistas que no pude coleccionar. Tomaba cada revista tan pronto como llegaba al puesto de periódicos de mi padre, la leía a toda prisa y la devolvía a dicho puesto para ser vendida. Aprendí a tratarlas con mano suave, para que la revista conservase su prestancia original y nadie supiera que yo la había leído, fanáticamente, palabra a palabra y página a página. (Debía hacerlo, porque si la revista se hubiera estropeado, mi padre habría lanzado un ucace prohibiéndome tocarlas. No sé cuál es vuestra experiencia, pero mi padre esperaba obtener y obtenía obediencia instantánea.)

De modo que, después de la primera lectura, jamás pude releer los cuentos de ciencia-ficción de mi edad de oro personal. ¡Ah, sí! Leí algunos cuando fueron reimpresos. No obstante, muy pocos de los cuentos publicados antes de la Edad de Oro suelen ser reimpresos. La Era de Campbell barrió con todo lo anterior.

A quien ha vivido la Revolución de Campbell, la ciencia-ficción de los años 30 le parece torpe, primitiva e ingenua. Los relatos son cándidos y pasados de moda.

En efecto, convengamos en que lo son. Pero tenían, en cambio, un vigor juvenil que, hasta cierto punto, se ha perdido con la sofisticación actual.

Además, han quedado en mi memoria. Aunque algunos los leí una sola vez y a muy temprana edad, los he recordado por espacio de cuarenta años. A pesar de todo lo que ha sucedido, de todo lo que he leído y, si a eso vamos, de todo lo que he escrito, los recuerdo... y los amo todavía.

Estos cuentos me son muy queridos porque despertaban mi entusiasmo, me daban alegría de vivir en una época, un lugar y unas condiciones en que no abundaban las alegrías. Contribuyeron a mi formación, incluso me educaron, y estoy lleno de gratitud hacia esos relatos y los hombres que los escribieron.

Al margen de mi compromiso personal, estas narraciones representan un periodo esencial en la historia de la ciencia-ficción, período que ha sido injustamente descuidado y está en peligro de caer por completo en el olvido, ya que prácticamente ninguna antología importante incluye la ciencia-ficción anterior a 1938.

Habréis pensado que una persona tan increíblemente ingeniosa como yo debió tener hace años la idea de reparar este olvido y preparar una antología de los grandes relatos de la década del 30. Pues, por extraño que parezca, no es así. Jamás, en mis momentos conscientes, se me ocurrió un proyecto tan obvio.

Por fortuna, no siempre estoy consciente.

La mañana del 3 de abril de 1973 desperté y le dije a mi media naranja:

—¡Eh! ¡Puedo recordar lo que soñé anoche!

(Prácticamente nunca recuerdo lo que sueño, de modo que esto fue anunciado como una noticia bomba, de las que obligan a parar las máquinas.)

Como a mi esposa le interesan profesionalmente los sueños, me preguntó:

—¿Qué soñaste?

—Soñé que había preparado una antología de aquellos buenos y viejos cuentos que leí cuando era niño, y que eso me daba la posibilidad de releerlos —respondí—. Salían Tumithak de los Corredores, y Awlo de Ulm, y El mundo del...

Creo que allí me interrumpí. Reía entre dientes mientras relataba el sueño, pues parecía algo ridículo. Pero, ¿era ridículo?

De súbito, por el simple hecho de haberlo comentado, sentí ardientes ganas de hacerlo. No era la primera vez que experimentaba esos impulsos ardientes, y significan que debo realizar lo que sea en seguida, sin tener en cuenta ningún otro compromiso. Pero, ¿quién publicaría algo semejante? Ridícula pregunta. Al fin y al cabo, durante un cuarto de siglo de colaboración, la buena gente de Doubleday & Company, Inc. jamás me había dicho «no».

Narré mi sueño a las siete de la mañana y tuve que esperar a que comenzara la jornada normal para hacer algo al respecto. A las nueve y cinco de la mañana (les concedí un respiro de cinco minutos) estaba hablando rápida y sinceramente por teléfono con Lawrence P. Ashmead y con Michele Tempesta, dos magníficos directores de esa estimable editorial. No me respondieron «no».

Luego reflexioné un poco más sobre el proyecto. Como os decía, me faltaban esas antiguas revistas, y hoy día es sumamente difícil conseguirlas. Difícil, pero no imposible.

Estaba mi viejo amigo Sam Moskowitz, mi coetáneo en la edad de oro (con minúsculas), quien las compraba y conservaba todas, se las sabe de memoria y es capaz de citarlas palabra por palabra a cualquier hora del día o de la noche.

Ha empleado bien sus conocimientos y experiencia, convirtiéndose en historiador de la ciencia-ficción. En todo el mundo, es quizás el único experto verdadero en esta rama poco común del conocimiento humano. Ha escrito dos volúmenes de biografías de grandes escritores de ciencia-ficción: *Explorers of the Infinite* y *Seekers of Tomorrow*. (Una de dichas biografías trata, cómo no, de vuestro nada humilde servidor Isaac Asimov. Sam, que jamás ha escatimado hipérboles, la tituló *Un genio en la confitería*.)

También escribió *Science Fiction by Gaslight*, historia y antología de la ciencia-ficción en revistas populares del período que abarca desde 1891 hasta 1911, y *Under the Moons of Mars*, historia y antología de la ciencia-ficción en las revistas *Munsey*, de 1912 a 1929.

Doubleday ha publicado su libro *The Crystal Man*, que trata de la ciencia-ficción norteamericana del siglo diecinueve. Sam incluso ha escrito una descripción de las tremendas y apocalípticas contienda entre el puñado de «fans» de la ciencia-ficción del Nordeste americano, que inmodestamente tituló *The Immortal Storm* («La tempestad inmortal»).

En consecuencia, recurrí a Sam Moskowitz. Jurando guardarle el secreto, le pregunté si alguna vez había hecho una antología de este tipo o si tenía pensado realizarla. Respondió que no, que no la había hecho ni la estaba haciendo. Pero que le gustaría realizarla si lograba encontrar un editor.

—Pues bien, yo lo tengo —expliqué— y me gustaría hacer una antología autobiográfica. ¿Te molestaría si te piso el terreno?

Suspiró y dijo que no.

Planteé la cuestión crucial:

—Sam, ¿me conseguirías los cuentos?

El bueno de Sam respondió:

—¡Oh, desde luego!

Y tres semanas después los tenía todos, con el cálculo de extensión, información sobre derechos de autor y comentarios sobre cada uno. (Me alegré muchísimo de poder pagarle el tiempo y el trabajo que se tomó.)

Conque aquí estoy, con todo dispuesto para hacer la antología y, si no os molesta, pienso convertirla en algo más que una mera antología. No pienso incluir únicamente los relatos, sin más ni más.

Con vuestro permiso —y, si es necesario, sin él—, voy a realizarla como hice *The Early Asimov*, situando los cuentos dentro del contexto de mi vida. Tal como expliqué a Larry, a Michele y a Sam, quiero que el libro sea autobiográfico.

En parte lo hago así porque una faceta muy destacada de mi personalidad incluye una especie de optimista estima hacia mí mismo (mis mejores amigos me llaman «monstruo de vanidad y engreimiento»), pero también, lo creáis o no, como medida de defensa propia y prácticamente como una especie de servicio público.

Mis numerosos lectores (¡benditos sean todos!) jamás se cansan de escribir cartas en las que me preguntan con insaciable curiosidad los detalles más íntimos de mi primera juventud. Hace mucho que me veo en la imposibilidad de satisfacerlos y al mismo tiempo hallar tiempo para dedicarme a otra cosa. *The Early Asimov* ya hizo milagros en este sentido, puesto que ahora puedo responder con una postal impresa: «Por favor, para obtener la información que pide, sírvase leer *The Early Asimov*».

Ahora podré agregar: «Sírvase leer también *La edad de oro de la ciencia-ficción*».



## PRIMERA PARTE - 1920 a 1930

Siempre he deseado comenzar un libro a la manera de los novelistas del siglo diecinueve. Ya sabéis: «Nací en la pequeña ciudad de P... en el año 19...» Ahora es la mía:

Nací en la pequeña ciudad de Petrovichi (creo que lleva el acento en la segunda sílaba), en la URSS. Digo la URSS y no Rusia, porque nací dos años después de la Revolución Rusa.

Más de una vez me han preguntado si Petrovichi está cerca de algún sitio que pueda considerarse bastante conocido. Se halla a cincuenta y seis kilómetros al oeste de Roslavl y a ochenta y nueve kilómetros al sur de Smolensk (donde se libró una gran batalla durante la invasión napoleónica de 1812, y otra durante la invasión hitleriana en 1941), pero esto no parece servir de mucho. Será mejor decir, pues, que Petrovichi se halla a trescientos ochenta y seis kilómetros al sudoeste de Moscú y a veinticuatro kilómetros al este de la República Socialista Soviética de la Rusia Blanca. Por tanto, nací en tierras de la Santa Rusia propiamente dicha, si es que esto sirve de algo.

La fecha de mi nacimiento es el 2 de enero de 1920. Aquellos de vosotros que gustéis de hacer horóscopos, ¡olvidadla! No sólo desconozco la hora y el minuto precisos de mi nacimiento, sino que ni siquiera sé el día exacto. El 2 de enero es la fecha oficial y el día que celebro mi cumpleaños, pero en el momento de mi nacimiento la Unión Soviética se regía por el calendario juliano —que iba atrasado trece días con respecto a nuestro calendario gregoriano— y en aquella época mis padres ni siquiera le prestaban mucha atención al calendario. Fechaban los acontecimientos de acuerdo con los días sagrados del calendario judío.

Bajo el gobierno zarista, Rusia jamás se había molestado en realizar un cuidadoso censo estadístico de sus súbditos menos importantes, y durante la Primera Guerra Mundial y los turbulentos años ulteriores las cosas quedaron más descuidadas que nunca. Por eso, cuando finalmente necesité una partida de nacimiento, mis padres tuvieron que fiarse de la memoria y decidieron el 2 de enero.

Y así está bien. De todos modos, es oficial.

Permanecí en la Unión Soviética menos de tres años y no recuerdo nada de aquella época, salvo algunas impresiones vagas que a veces, según afirma mi madre, se remontan a la época en que yo tenía dos años.

Prácticamente el único acontecimiento personal de aquellos años que vale la pena mencionar es que hacia 1921 —cuando aún no se conocían los antibióticos y la atención médica existente era sumamente primitiva— enfermé de neumonía doble. Mi madre asegura (aunque sé cuánto cabe atribuir a su innato sentido de lo dramático) que enfermaron entonces diecisiete niños de nuestra aldea, y dieciséis murieron. Por lo visto, fui el único que sobrevivió.

En 1922, después del nacimiento de mi hermana Marcia, mi padre decidió emigrar a los Estados Unidos. Mi madre tenía un hermanastro en Nueva York dispuesto a garantizar que no seríamos una carga para el país; esto, más el permiso del gobierno soviético, era todo lo que necesitábamos.

A veces se me pide que explique detalladamente cómo salimos de la Unión Soviética, y tengo la clara impresión de que el interrogador no quedará satisfecho si no cuento que mi madre saltaba de un bloque de hielo a otro para cruzar el Dnieper llevándome en sus brazos, con todo el Ejército Rojo pisándonos los talones.

¡Lo lamento! ¡No fue así! Mi padre solicitó un visado de salida, o como se llame, lo obtuvo y partimos en medios de transporte normales. Mientras esperábamos el visado, la familia tuvo que trasladarse a Moscú, de modo que estuve allí en 1922. Mi madre afirma que hacía un frío de cuarenta grados bajo cero y que tuvo que protegerme dentro de su abrigo para que no me congelara, pero es posible que exagere.

Huelga decirlo, no lamento que emigrásemos. Me atrevería a decir que si mi familia hubiera permanecido en la Unión Soviética, yo habría recibido una educación semejante a la que he obtenido, habría estudiado química y hasta es posible que hubiera llegado a ser escritor de ciencia-ficción. Por otro lado, habría tenido grandes posibilidades de ser muerto durante la invasión alemana a la Unión Soviética de 1941 a 1945 y, aunque supongo que antes habría cumplido con mi deber, me alegro de que no fuese así. Tengo un prejuicio a favor de la vida.

Nosotros cuatro —mi padre Judah, mi madre Anna, mi hermana Marcia y yo— viajamos vía Danzig-Liverpool y en febrero de 1923 llegamos a Ellis Island en el «Baltic». Fue el último año que la inmigración estuvo relativamente abierta, y Ellis Island funcionaba a todo vapor. En 1924 se implantó el sistema de cuotas, y Estados Unidos sólo recibió cantidades severamente limitadas de los cansados, los pobres y los desgraciados emigrantes de las superpobladas costas de Europa.

De modo que si hubiéramos tardado un año más, no lo habríamos conseguido. Aunque hubiéramos podido entrar más adelante, no habría sido lo mismo. Cuando llegué tenía tres años, y naturalmente ya hablaba (en yiddish), pero era lo bastante pequeño como para aprender el inglés como lengua nativa y no adquirida, que no es lo mismo.

Mis padres hablaban ruso con fluidez, pero no se empeñaron en enseñarme esa lengua, sino que insistieron en que aprendiera el inglés tan bien y tan pronto como pudiera. Incluso ellos mismos se decidieron a aprender el inglés, con resultado razonable aunque no brillante.

En cierto sentido, lo lamento. Me habría gustado conocer la lengua de Pushkin, Tolstoy y Dostoievsky. Por otra parte, no habría permitido que nada me impidiera dominar realmente el inglés. Perdonadme este prejuicio: estoy convencido de que no hay idioma más majestuoso que el de Shakespeare, Milton y la King James Bible; si he de hablar un idioma y dominarlo como sólo un nativo puede conseguir, me considero increíblemente afortunado de que sea el inglés.

A partir de aquí comienzan los recuerdos propios. Recuerdo con toda claridad el primer sitio donde vivimos al llegar a los Estados Unidos. Incluso recuerdo las señas: Avenida Van Siclen 425, al este del neoyorquino barrio de Brooklyn. Viví en Brooklyn durante los diecinueve años siguientes a mi llegada a los Estados Unidos, y el acento de Brooklyn sigue acompañándome.

Nuestra vivienda de la Avenida Van Siclen no era lujosa; como no tenía electricidad, utilizábamos mecheros de gas. Carecía de calefacción central, pero teníamos una estufa de hierro colado que mi madre encendía con papel y teas.

Por fortuna, yo no sabía que esto significaba vivir en un barrio bajo. Era mi hogar y me sentía feliz. La estufa me fascinaba particularmente y siempre estaba cerca para ver a mi madre encender el fuego y amasar tallarines. En 1925, cuando nos mudamos a una vivienda mejor —en la Avenida Miller 434—, a una manzana de distancia, lloré amargamente.

En febrero de 1925, poco después de mi quinto cumpleaños, comencé a asistir al parvulario. Si queréis más datos, se trataba de la Escuela Pública 182.

Normalmente habría ingresado al primer grado un año más tarde, después de cumplir seis años. Sin embargo, mi madre no quiso esperar.

Me las había ingeniado para aprender a leer, importunando a los niños mayores para que me escribiesen el alfabeto (que había aprendido gracias al juego de saltar la soga), me leyeran cada letra y me dijeran cómo «sonaba». Luego practicaba con los carteles callejeros y los titulares de los periódicos, deletreándolos hasta que formaban palabras con sentido. Hasta hoy recuerdo la oleada de triunfo que sentí al comprender de repente que debían existir letras mudas y que la palabra que intentaba leer, ISland, que para mí no significaba nada, era en realidad EYEland. De pronto, «Coney Island» quedó luminosamente clara. En cambio, la palabra «ought» me derrotó completamente. No podía pronunciarla y ninguno de los chicos sabía decirme cuál era su significado, a pesar de que ellos la pronunciaban.

Naturalmente, mis padres no sabían leer en inglés, de modo que no pudieron ayudarme. El que yo hubiera aprendido a leer sin su ayuda les causó gran impresión. (Mi hermana tuvo mucha más suerte. Cuando ella tenía cinco años yo tenía siete y era un maestro en ese arte. Le enseñé a leer quieras que no, de modo que cuando llegó el momento de ingresar en la escuela, pasó directamente al segundo grado.)

Recuerdo que mi madre me matriculó en la escuela en septiembre de 1925. Su hermanastro, el «tío Joe», nos acompañó y actuó como intérprete. En esa época no comprendí lo que hacían, pero más tarde descubrí que habían modificado la fecha de mi nacimiento. Mi madre, respaldada por tío Joe, aseguró a las autoridades de la escuela que yo había nacido el 7 de septiembre de 1919. Teniendo en cuenta la imprecisión de mi fecha de nacimiento, esta falsedad era menos grave de lo que parecía; pero no dejaba de serlo pues, por más que se hiciera la vista gorda, en modo alguno pude nacer antes de octubre.

Si la fecha de mi nacimiento era el 7 de septiembre de 1919 yo cumplía seis años un día antes del comienzo de las clases de otoño de 1925: por eso se me permitió ingresar en primer grado.

Estoy seguro de que fue así como ocurrió, porque cuando estaba en tercer grado la maestra nos hizo recitar nuestra fecha de nacimiento. Con toda inocencia, respondí que era el 2 de enero de 1920, pero ella frunció el ceño y me explicó que era el 7 de septiembre de 1919.

¡Bien! Siempre he estado muy convencido de saber lo que sé y repetí enérgicamente que había nacido el 2 de enero de 1920. De hecho, estuve tan enérgico que los archivos de la escuela fueron corregidos. De no haberse aclarado la cuestión, en los documentos seguiría figurando el 7 de septiembre de 1919 como fecha de mi nacimiento.

Y, cosa curiosa, esto tuvo una repercusión importante en mi vida. Durante la Segunda Guerra Mundial trabajé como químico en el Arsenal de la Marina de los Estados Unidos, en Filadelfia, y fui eximido varias veces del reclutamiento debido a la importancia de mi trabajo en relación con la guerra. Después del día V-E, el 8 de mayo de 1945, la edad máxima para los llamados a filas se redujo a veintiséis años. Los que aún no tenían esa edad y hasta ese momento se habían salvado del reclutamiento fueron estudiados caso por caso. Recibí la llamada a filas el 7 de septiembre de 1945 y dos meses después ingresé como soldado raso en el seno acogedor del Ejército de los Estados Unidos. Lo cual no fue ninguna tragedia, pues para entonces la guerra ya había terminado y sólo estuve nueve meses en el ejército. No obstante, si hubiera cerrado el pico cuando era alumno de tercer grado y, por tanto, la fecha oficial de mi nacimiento hubiera sido el 7 de septiembre de 1919, la llamada a filas habría llegado el día de mi vigésimo sexto cumpleaños y no habría sido apto para el reclutamiento.

Mi paso por la escuela primaria fue turbulento. En dos ocasiones, las desesperadas maestras se libraron de mí pasándome a un curso más adelantado. Esto produjo en mí efectos traumáticos, ya que cada vez perdía a mis amigos de la vieja clase y me veía obligado a familiarizarme con los desconocidos de la nueva.

Además, siempre había un momento de pánico al advertir que los demás habían aprendido cosas que yo aún no sabía, y que serían necesarios varios días de actividad frenética para ponerme al corriente y avanzar de nuevo. La primera vez que fui «adelantado», me encontré en una clase que resolvía problemas de multiplicación, algo de lo que yo jamás había oído hablar.

Regresé a casa llorando. Mi madre, no pudiendo explicarme lo que no sabía, acudió a una vecina de doce años. (Más tarde he sabido que tenía doce años; en aquel entonces, me pareció una adulta.) La muchacha comenzó a enseñarme  $2 \times 1 = 2$ ,  $2 \times 2 = 4$ ,  $2 \times 3 = 6$ , y así sucesivamente.

Al cabo de un rato noté que me sonaba a cosa conocida. Le pedí que aguardase un momento y fui a buscar mi cuaderno de cinco céntimos. En la parte de atrás había tablas de medidas donde se expresaba que un pie equivale a doce pulgadas, una libra a

dieciséis onzas y así sucesivamente. También había un gran cuadrado con números misteriosos.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es la tabla de multiplicar —respondió.

—Entonces, ya sé multiplicar —agregué y le dije que se fuera a su casa. Hacía mucho tiempo que, como no tenía nada mejor que hacer, había aprendido los números de memoria y, gracias a lo que ella me explicó, comprendí cómo funcionaba la tabla de multiplicar.

La otra vez que me cambiaron de clase descubrí que en la nueva se estudiaba geografía, tema que desconocía totalmente. Recuerdo que la maestra me preguntó dónde estaba el Yucatán. Quedé totalmente confundido y los demás niños se echaron a reír. (El estudiante más burro siempre es el que más se ríe de la ignorancia de otro.) Muy humillado, después de la clase, le pregunté a la maestra si había un libro de esa asignatura. Ella me mostró el libro más grande de los que acababan de darme y dijo que era el manual de geografía. Aquella noche estudié todos los mapas que contenía y os aseguro que jamás volvieron a reírse de mí.

Como habréis visto, muy pronto quedó claro que yo era un niño prodigio. Evidentemente, mis padres lo sabían, pero jamás me lo dijeron, porque no les gustaban los niños engreídos. Yo habría preferido que me lo dijeran, pues así no me habría parecido tan injusto que siempre que obtenía menos de 100 en un examen, se interpretase como algo insuficiente y merecedor de un castigo. (Para mi madre, que no sabía nada de psicología infantil moderna, castigo era sinónimo de agresión física.)

Pero luego realmente ya no necesité que me lo dijeran, pues yo mismo comprendí al realizar el sorprendente descubrimiento de que muchas personas no entendían algo sin que se lo explicaran y, una vez explicado, no lo recordaban.

No sé lo que ocurrirá con otros prodigios, porque nunca he analizado la cuestión. Es posible que muchos hayan experimentado un sentimiento de desdicha, de aislamiento, de injusticia y hayan deseado ser como los demás.

Pero éste no fue mi caso. Gocé de todos los minutos de mi precocidad porque, como era un diablillo perverso, me gustaba saber más que los otros niños y asimilar con mucha más rapidez.

Naturalmente, esto planteaba dificultades. Cuando pasé a cuarto grado tenía un año y medio menos que los demás, y por otra parte, era pequeño para mi edad. Como era el más inteligente de la clase y tenía plena conciencia de ello, muchos de mis compañeros me detestaban. Sin embargo, descubrí que si elegía al niño más corpulento y estúpido de la clase y le hacía los deberes él se convertía en mi protector.

Otro detalle que pudo contribuir a salvar mi vida es que jamás fui el niño mimado de la maestra. ¡Jamás! En aquel entonces era un extrovertido grosero, lo mismo que ahora, y nunca desaprovechaba la ocasión de alborotar la clase con un comentario divertido. Siempre me castigaban, y cuando esto no era suficiente me enviaban al despacho del

director. (Créase o no, incluso en mi época de estudiante universitario fui expulsado de clase a menudo, por mi influencia nefasta.) Por supuesto, los demás chicos llegaron a la conclusión de que alguien que se comportaba tan mal como yo no podía ser del todo malo, y no intentaron hostilizarme.

Durante los primeros años que vivimos en los Estados Unidos mi padre trabajó en una fábrica de tejidos y luego intentó convertirse en vendedor a domicilio. Por último, en 1926, buscando cierta estabilidad, invirtió sus ahorros en la adquisición de una confitería ya establecida, en la Avenida de Sutter (Dios mío, he olvidado el número de la calle), a la vuelta de nuestro apartamento.

En cierto sentido, una tienda de golosinas es algo bueno. La trabajas tú mismo y el trabajo es constante. El beneficio es pequeño, pero no inexistente. Atravesamos toda la Gran Depresión sin que nos faltara de comer y sin angustiarnos temiendo que mi padre pudiera perder el empleo y acabáramos todos acogidos a la Beneficencia. A aquellos de mis lectores que no hayan vivido la Gran Depresión, les aseguro sinceramente que tuvimos mucha suerte.

Desde otro punto de vista, una tienda de golosinas es, en cierto sentido, una maldición. Antes de la Segunda Guerra Mundial, el horario de las confiterías era de las seis de la mañana a la una de la madrugada, siete días por semana y sin festivos. Esto significa que desde los seis años no conocí sino ocasionales y fugaces ratos de ocio con alguno de mis progenitores. Además, una tienda de golosinas sólo puede salir adelante con la asistencia de toda la familia. Así pues, tuve que ayudar. Año tras año fui haciéndome cargo de una parte cada vez mayor de las tareas.

El trabajo no era arduo, pero me obligaba a permanecer detrás del mostrador durante casi todo mi tiempo libre, vendiendo golosinas y cigarrillos, dando cambio, repartiendo periódicos, corriendo una manzana y media para avisar a alguien de que lo llamaban por teléfono, y así sucesivamente. Eso me alejó de la alegre vida social de mis coetáneos, eliminando el punchball, el ring-a-levio y muchos juegos semejantes.

Aunque no del todo, por supuesto. En aquella época (y, por lo que sé, quizá también en nuestros días), había «modas». Un día todos se dedicaban a juegos complicados con las canicas. Al siguiente las canicas habían desaparecido y todos usaban peones o damas (que servían para un juego maravilloso llamado skelly). Podía jugar a todo con bastante habilidad, pero como tenía estrictamente prohibido jugar «por dinero», cosa que mi padre censuraba, me costaba convencer a los demás niños para que jugaran conmigo «por diversión». («No resulta divertido jugar por diversión», decían ellos.)

Como es de suponer, la vida no era sólo trabajo. Frente a la tienda de golosinas había un cine. Todos los sábados por la tarde, mi madre me daba diez centavos y me vigilaba mientras cruzaba la calle. Con diez centavos veía dos películas mudas, una comedia, un dibujo animado y, lo mejor de todo, «un episodio», nombre que dábamos a las series cinematográficas de aquella época.

También leía mucho. En casa no había libros, pues éste era uno de tantos lujos que no podíamos permitirnos, pero antes de cumplir yo siete años mi padre me consiguió una

tarjeta de la biblioteca. La primera vez que tomé solo el autobús hasta la biblioteca para sacar libros, conocí el sabor de la libertad.

Pero sólo podía ir a la biblioteca a ciertas horas, no podía sacar más de dos libros y generalmente los terminaba antes de la fecha de devolución, a pesar de que procuraba leer con suma lentitud. En consecuencia, me atraía poderosamente la estantería de revistas de la tienda de mi padre. Estaba repleta de un material de lectura fascinante.

De una cuerda tendida a lo ancho del escaparate colgaba una docena de ediciones de bolsillo, que eran novelas de Frank Merrywell y Nick Carter, novelas que yo ansiaba. Había otros objetos con fotografías en la cubierta; luego supe que se llamaban revistas y algunas resultaban especialmente fascinantes; tenían retratos de personas que se apuntaban con revólveres y esto parecía grandioso. Incluso había revistas con nombres como «Noches de París», cuyo propósito no entendía claramente, con ilustraciones en color que suscitaban en mí una intensa curiosidad.

Pero mi padre se oponía a que las cogiera. Sencillamente, no me permitía leer ninguna de las revistas que vendía, pues las consideraba lectura barata y sensacionalista, que embotaría y arruinaría mi aguda inteligencia. Por supuesto, yo no estaba de acuerdo, pero mi padre era un hombre notablemente testarudo y seguía fiel a la noción europea de que papá es el que manda.

Mi destino se acercaba sin que yo me diera cuenta.

La primavera de 1926 se puso a la venta en los puestos de periódicos la primera revista que se dedicaría exclusivamente a la ciencia-ficción. Se titulaba «Amazing Stories»; el primer ejemplar llevaba fecha de abril y su editor era Hugo Gernsback.

Para realizar la revista, Gernsback al principio se vio obligado a reimprimir principalmente relatos clásicos de escritores europeos. Hasta el ejemplar de agosto de 1928 no se inauguró realmente el nuevo mundo. En ese número apareció la primera entrega de un folletín titulado *The Skylark of Space*, de Edward E. Smith y Lee Hawkins Garby.

Como literatura, era una birria (¡el buen Doc Smith me perdone!), pero tenía algo más que buena redacción, mucho más. Era una aventura sin precedentes. Relataba por primera vez el tema de los viajes interestelares. Había distancias inconmensurables y peripecias tremendas. La acción no decaía ni un segundo y los héroes eran indestructibles.

Los lectores atraídos por «Amazing Stories» enloquecieron. Fue el primer gran «clásico» de la ciencia-ficción americana en revistas y el precursor de toda la ciencia-ficción de origen norteamericano, que desde entonces ha dominado la literatura mundial en ese campo.

Pero *The Skylark of Space* se fue como había venido, sin que yo me enterase. Ni siquiera recuerdo haber visto «Amazing Stories» en el puesto de mi padre durante el período de 1926 a 1928. Debió estar, pero no queda rastro de ella en mi memoria.

Sin embargo, 1928, el año de *The Skylark of Space*, fue notable para mí en varios sentidos.

En primer lugar, conocí a un joven excepcional que iba a influir en mí mucho más poderosamente de lo que imaginaba entonces. Tenía aproximadamente mi edad, era más menudo que yo y de piel mucho más oscura. De algún modo, descubrí que él sabía contar cuentos que me cautivaban; al mismo tiempo, él descubrió que yo era un público sumamente dispuesto a ser cautivado.

Nos buscamos durante meses para desempeñar los papeles de narrador y público. Él parlotaba elocuentemente mientras íbamos y volvíamos de la biblioteca, o cuando nos sentábamos en el portal de alguna casa.

La importancia radica en esto, precisamente: por primera vez comprendí que los cuentos podían «inventarse». Hasta entonces había supuesto que los cuentos sólo existían en los libros, y que sin duda habían existido así desde el principio de los tiempos, sin que ningún hombre los hubiera creado.

De los cuentos que mi amigo me contó sólo me quedan recuerdos muy vagos. Creo que relataban las aventuras de un grupo de hombres que siempre se enfrentaban a peligrosos villanos y los vencían. El jefe del grupo, experto en el uso de todas las armas imaginables, se llamaba Dodo «Armas» Windrows, y su lugarteniente era un tal Jack Winslow.

No sé si mi amigo se inventaba realmente los cuentos o aprovechaba lo que había leído. En aquel entonces no me cabía duda de que hablaba a medida que se le iba ocurriendo. Si miro hacia atrás, me parece que su entusiasmo era el propio de un creador, y no el de un adaptador.

Ambos tomábamos precauciones para que nadie descubriese nuestro pasatiempo. En cierta ocasión mi amigo explicó que los otros chicos «se reirían de nosotros». Quizá pensaba que sus relatos no eran muy buenos y, si bien yo parecía apreciarlos, tal vez a otros no les gustaran. Como a cualquier artista auténtico, no le gustaba exponerse innecesariamente a posibles críticas adversas.

En cuanto a mí, mi principal temor era que mi padre llegase a enterarse. Sabía por intuición que los cuentos de mi amigo quedarían incluidos en la despreciable categoría de «literatura barata», y que yo sería rescatado a la fuerza de su influencia perniciosa. Como yo no quería que esto sucediera y me daba cuenta de que los cuentos de mi amigo tenían un estilo semejante a los relatos de las revistas sensacionalistas, mi curiosidad hacia esas revistas aumentó.

¡Ah!, pero no duró mucho. Hacía pocos meses que disfrutábamos de esta orgía narrativa, cuando la familia de mi amigo se mudó de barrio, y naturalmente se lo llevó. Jamás regresó, jamás me visitó, jamás me escribió. Nunca supe a dónde se habían trasladado, y poco después mi familia también se mudó. El contacto quedó roto para siempre.



Ahora pienso que mi amigo el narrador no podía extraer tanto placer de las historias que él mismo inventaba mientras paseábamos (todo parece demostrarlo), sin intentar convertirse en escritor al llegar a la edad adulta. Conozco un poco esa inquietud particular, y estoy seguro de que él lo habría intentado. Me parece que, si lo intentó, debió tener éxito.

No he olvidado su nombre y estoy seguro de que no existe ningún escritor que se llame como él. ¿Emplea un seudónimo? ¿Está muerto? No lo sé, pero me gustaría saberlo.

Saliéndonos de lo personal y por amor a los datos, 1928 fue también el año en que recibimos la ciudadanía. Mis padres habían cumplido con los cinco años de residencia exigidos y en septiembre recibieron los documentos. Como menores de edad, mi hermana y yo figurábamos en los documentos de ciudadanía de mi padre y, por consiguiente, nos convertimos automáticamente en ciudadanos norteamericanos. (Después de casarme y dejar el hogar paterno, obtuve en 1943 mis propios documentos, de modo que ya no necesito pedirle a mi padre que abra su caja de caudales cada vez que me veo obligado a demostrar mi ciudadanía. Conste esta información para hacer, saber, a cualquier posible biógrafo que encuentre mi registro civil del año 1943, que en realidad soy ciudadano americano desde 1928.)

El año concluyó con un nuevo cambio de domicilio. Mi padre había aumentado sus ahorros gracias a la confitería y pensó que era el momento de venderla y comprar otra. En parte, supongo, por creer que un cambio le haría bien. Además, porque siempre cabía esperar que otra confitería fuera más lucrativa.

Por consiguiente, en diciembre de 1928 nos mudamos a la calle Essex 651, esquina Avenida New Lots. Allí estuvo nuestra segunda confitería. Tuve que pasar de la Escuela Pública 182 a la Escuela Pública 202, lo cual exigió otra adaptación traumática a nuevas amistades.

Al fin llegó el verano crucial de 1929, durante el cual todo pareció conspirar para cambiar el rumbo de mi vida. (Fue el último verano de los Locos Veinte, el último destello de alegría antes del crac de la Bolsa y el comienzo de la Gran Depresión pero, naturalmente, nadie lo sabía.)

En primer lugar, fue una época de crisis para «Amazing Stories». Aunque se vendía bien, hubo unas intrigas comerciales que exceden la comprensión de mi mentalidad esencialmente sencilla (Sam Moskowitz conoce esa historia con todo detalle), y Gernsback tuvo que renunciar a la propiedad de la revista.

Creo que el último número de lo que podemos denominar la «Amazing de Gernsback» fue el de junio de 1929. (Tal vez me equivoque en uno o dos meses.) Se habían publicado treinta y nueve números. Teck Publications se hizo cargo de la revista, por lo que consideraremos el número de julio de 1929 como el principio de la «Amazing de Teck».

Gernsback, hombre de muchos recursos, no tenía intenciones de abandonar la edición de revistas ni, por lo que hace a nuestro asunto, la ciencia-ficción. Sin pérdida de tiempo,

creó otra revista de ciencia-ficción que desde ese momento competiría con «Amazing Stories» y duplicaría el material de lectura del público adicto a la ciencia-ficción. La nueva revista de Gernsback se llamó «Science Wonder Stories», y el primer número lleva fecha de junio de 1929.

No satisfecho con esto, Gernsback lanzó una revista paralela llamada «Air Wonder Stories», cuyo primer número fue el de julio de 1929. De este modo, el material de ciencia-ficción quedó triplicado. La existencia de estas nuevas revistas demostraría ser de incalculable importancia para mí.

El mes de junio, cuando ambas revistas se hallaban por primera vez en los puestos, completé mi paso por el quinto grado. Al finalizar el período lectivo, un grupo selecto de la clase fue invitado por la maestra a visitar la Estatua de la Libertad. Yo no fui incluido, pues mis notas en «comportamiento» no alcanzaban el mínimo. Sin embargo, me mostré tan compungido que la maestra —recordando, por lo visto, que yo era el alumno más inteligente del curso— sacó el asunto a votación. Mis buenos compañeros accedieron, y fui.

La visita tuvo lugar el 2 de julio de 1929. Lo recuerdo porque ese día cumplí nueve años y medio. Fue algo excitante, pero lo más notable consistió en que, por primera vez en mi vida, emprendía un viaje importante sin mis padres. El hecho de que la maestra nos acompañase no contaba. Ella no estaba revestida de autoridad paterna. Experimenté la extraordinaria sensación de haber alcanzado la virilidad.

El tercer acontecimiento de esta época fue que mi madre quedó embarazada por tercera vez (tengo motivos para creer que este embarazo no había sido planificado) y el niño iba a nacer en julio. Esto significaba que mi madre no podía ayudar en la tienda. Mi pobre padre estaba sumamente preocupado, pues sólo contaba con un ayudante de nueve años.

Observad ahora la concatenación de los acontecimientos.

Poco después de mi visita a la Estatua de la Libertad, vi en la estantería la nueva revista llamada «Science Wonder Stories». Se trataba del número de 1929, el tercero de su existencia. En primer lugar, la vi porque la cubierta era de Frank R. Paul, el dibujante que siempre trabajó con Gernsback, un hombre que pintaba exclusivamente en colores primarios y se había especializado en maquinarias complicadas y futuristas.

Pero también la vi porque era nueva, y mi ojo no estaba acostumbrado a ella. Por último, reparé en ella porque el título contenía la palabra «ciencia». Eso era lo más importante. Yo sabía lo que era la ciencia; había leído libros sobre ciencia. Tenía la seguridad de que la ciencia se juzgaba como una actividad mentalmente enriquecedora y espiritualmente edificante. Además, gracias a nuestras charlas ocasionales sobre las tareas escolares, sabía que tal era la opinión de mi padre.

Bien; la pérdida de mi amigo el narrador dejó en mí un vacío que me corroía; la visita a la Estatua de la Libertad despertó en mí el deseo de hacer valer mi independencia y discutir con mi padre, y la palabra «ciencia» me dio el necesario punto de apoyo.

Cogí la revista y, no poco intimidado, me acerqué a mi formidable padre. (Me resulta difícil creer que en esa época sólo tenía treinta y dos años. A mí me parecía infinitamente viejo... al menos tan viejo como Moisés.)

Hablé rápidamente, subrayé la palabra «ciencia», mostré los dibujos de máquinas futuristas que ponían de manifiesto cuán avanzada era y creo que señalé con claridad mi intención de tomármelo muy a pecho si él se negaba. Aquí intervino el punto final de la concatenación de los acontecimientos: mi padre, distraído con la inminente llegada del nuevo bebé, no estaba para ocuparse de trivialidades. Me dio permiso.

Luego revisé todo el mostrador en busca de cualquier otra revista del mismo tipo, decidido a mantener con todas mis energías el argumento legal de que el permiso para leer una de esas revistas implicaba el permiso para todas las demás, aunque no figurase en el título la palabra «ciencia».

Encontré rápidamente el número de agosto de 1929 de «Amazing Stories» y, por supuesto, el número de agosto de 1929 de «Air Wonder Stories». Me preparé para la batalla, pero ésta no tuvo lugar. Mi madre ingresó en el hospital y mi padre accedió a todo. Mi hermano Stanley nació el 25 de julio.

Me gustaría recordar los cuentos que leí en las primeras revistas de ciencia-ficción, pero no puedo. Sólo recuerdo que la cubierta de «Amazing Stories» de agosto de 1929 ilustraba el relato Barton's Island, de Harl Vincent, pero he olvidado el argumento.

Uno de los factores que seguramente contribuyeron a que mi padre me permitiese leer las revistas de ciencia-ficción fue su aspecto respetable.

En esa época, había en los puestos dos tipos de revistas. Las más pequeñas, de dieciocho por veinticinco centímetros, se imprimían en papel barato de pulpa de madera, sin satinar y muy mal cortadas. Estas revistas, popularmente llamadas «pulp magazines», incluían relatos de acción de diversos géneros; una se dedicaba a las aventuras del oeste, otra a cuentos de misterio, otra a la selva, otra a cuentos deportivos, otra a historias de guerra aérea y así sucesivamente.

Mi padre leía algunas de estas revistas «pulp» —para mejorar su inglés, según decía—, pero por nada del mundo habría permitido que las leyera yo. Durante años discutimos por «The Shadow» y «Doc Savage»; mas adelante, bien mediada mi adolescencia, empecé a leerlas desafiantemente sin su permiso. Solía mirarme con reprobación siempre que me pescaba leyendo una de aquellas revistas; aunque esas miradas me llegaban al alma, seguía leyendo.

Pero también había revistas de tamaño mayor, de veintidós por veintiocho centímetros o más, editadas en papel satinado de buena calidad y bien cortadas. Eran las «de lujo». No creo que muchas de ellas fueran literariamente mejores que las «pulp», pero tenían mejor aspecto.

Pues bien: «Amazing Stories», «Science Wonder Stories» y «Air Wonder Stories», aunque impresas en papel de pulpa e incluyendo a veces autores que escribían normalmente para las revistas de tal categoría, eran de tamaño grande y tenían bordes

regulares. Se ponían en el mismo estante que las «de lujo», no con las «pulp» (¡eso nunca! Habría sido el beso de la muerte). En consecuencia, gozaban de una compañía respetable.

Las revistas «pulp» generalmente costaban diez centavos, mientras que las tres revistas de ciencia-ficción costaban veinticinco lujosos centavos. Como siempre, el precio alto se interpretaba como sinónimo de calidad.

En 1927 Gernsback se vio enfrentado a una superabundancia de originales y sacó un número especial de «Amazing Stories», de la cual era todavía propietario, incluyendo más páginas que en el número corriente y llamándolo «Amazing Stories Annual». Fue un éxito y desde entonces sacó ejemplares similares a intervalos trimestrales. Esta «Amazing Stories Quarterly» siguió apareciendo bajo la dirección de Teck. Cuando Gernsback lanzó sus nuevas revistas creó también una «Science Wonder Quarterly».

Los ejemplares trimestrales eran magníficos. Mientras los ejemplares comunes de las revistas de ciencia ficción contenían 96 páginas y unas 100.000 palabras, los trimestrales contenían 144 páginas y alrededor de 150.000 palabras. Los ejemplares normales publicaban novelas por entregas (por lo general en tres partes), pero los trimestrales podían publicarlas completas. Claro que las ediciones trimestrales costaban cincuenta centavos, un precio muy elevado para aquella época, y mi padre no siempre las recibía de las distribuidoras. Por esta razón, algunas se me escaparon. Pero cuando las recibía, ¡qué festín me daba!

(Ahora pienso que si mi padre no hubiera poseído un puesto de revistas, en aquel entonces no habría tenido yo la menor posibilidad de leer revistas de ciencia-ficción, salvo los ejemplares que pudiera pedir prestados; si bien ésta es una hipótesis muy improbable. Nunca habría sido capaz de reunir veinticinco o cincuenta centavos para algo tan poco esencial como este género de lecturas... Disculpadme mientras domino un estremecimiento ante la idea. En seguida continuaré.)

Hacia fines de 1929 apareció en los puestos otra revista de ciencia-ficción. Su primer número lleva fecha de enero de 1930. Se titulaba «Astounding Stories of Super-Science». La última parte de la frase fue suprimida y se convirtió en «Astounding Stories». La editaba Clayton Publications y ahora se la conoce como la «Astounding de Clayton», para diferenciarla de transformaciones posteriores.

Evidentemente, la «Astounding de Clayton» fue un pariente pobre. En primer lugar, era del mismo tamaño y calidad de las revistas «pulp», y se colocaba donde ellas. Eso me contrarió, y no me atrevía a leerla, creyendo que seguramente me lo prohibirían. Sin embargo, mi padre no dijo nada. Habiendo cedido la primera vez, no se veía con autoridad para reanudar la batalla.

«Astounding Stories» publicaba relatos tipo «aventuras» que, incluso para mi criterio infantil, parecían menos elaborados que los de «Amazing Stories». De hecho, aunque leí todos los números de la «Astounding de Clayton» —hasta un total de treinta y cuatro— ninguno de los cuentos ha quedado grabado en mi memoria, y no se recogen en esta antología.

De los primeros cuentos que recuerdo, casi todos aparecieron en «Amazing Stories», que se llamaba a sí misma «la aristócrata de la ciencia-ficción». Y en mi opinión, lo fue. Durante los cuatro primeros años que leí ciencia-ficción, «Amazing Stories» siempre me acompañó.

Las novelas eran de lo más arrebatador. Tenían argumentos muy complicados, aventuras sumamente detalladas y, sobre todo, las entregas concluían siempre en el momento más emocionante. Luego había que esperar un aburrido mes hasta la próxima aparición. Más tarde supe que algunos lectores solían guardarse los números para leer las series completas. Pero yo, naturalmente, no podía hacerlo. Tenía que devolver las revistas para su venta.

El primer serial que recuerdo, y con el cual disfruté de un modo indecible, fue *Cities in the Air* de Edmond Hamilton, que apareció en dos partes en «Air Wonder Stories», números de noviembre y diciembre de 1929. Aún recuerdo la dramática ilustración de cubierta que hizo Paul para ese serial, con unas ciudades de rascacielos edificadas sobre inmensas losas circulares en el aire.

El siguiente serial que recuerdo es *The Universe Wreckers*, publicado en tres entregas de «Amazing Stories», números de mayo, junio y julio de 1930. También era obra de Edmond Hamilton. Teniendo en cuenta esto y la impresión que dejaron en mí, creo poder afirmar que Ed era mi autor preferido en aquella temprana época.

Al llegar a la edad adulta he tratado con frecuencia a Ed y a su encantadora esposa Leigh Brackett —también escritora—, pero jamás se me ocurrió contarle esto. Supongo que ni yo mismo me había dado cuenta, hasta que comencé a ordenar mis recuerdos para preparar este libro.

También leí *The Drums of Tapujos*, del capitán S. P. Meek, en tres entregas publicadas en los números de noviembre y diciembre de 1930 y enero de 1931 de «Amazing Stories». Me llamó la atención asimismo *The Black Star Passes*, de John W. Campbell hijo, novela publicada íntegramente en la «Amazing Stories Quarterly» del otoño de 1930.

Estos cuentos, que son novelas por su extensión, no pueden ser incluidos en esta antología, limitada a narraciones de menos de cuarenta mil palabras.

Durante mis dos primeros años como lector de ciencia-ficción gocé de una cantidad inesperada de tiempo para leer. Como mi hermano era bebé, se me dispensó de ayudar en la confitería para que le atendiera.

Vigilar a Stanley era mucho mejor que permanecer detrás del mostrador, ya que prácticamente no exigía trabajo. Excepto darle el biberón si lloraba (o mecer el cochecito) y ocuparme de que no se cayera y de que no bajara un águila del cielo para llevárselo, sólo me restaba permanecer sentado junto a él. Recuerdo los cálidos días estivales de 1930, mientras contaba las horas que faltaban hasta el lunes siguiente al Día del Trabajo, momento en que emprendería la aventura de la escuela secundaria inferior.

Solía sentarme junto al cochecito con la silla apoyada contra la pared de la casa, para leer una revista de ciencia-ficción, ajeno al mundo que me rodeaba, salvo mi respuesta automática a cualquier signo de descontento del niño.

A veces, para evitar los calambres, daba sesenta o setenta vueltas a la manzana empujando el cochecito, con la revista de ciencia-ficción apoyada en la manija.

Aquel verano la nación, naturalmente, no compartía mi beatitud idílica. La Bolsa había quebrado en octubre de 1929, y desde entonces la situación económica empeoraba constantemente. Había comenzado la Gran Depresión. Los clientes de mi padre tenían menos dinero, por lo que gastaban menos en dulces. Las cosas se pusieron difíciles y la segunda confitería, después de seis meses de modesta prosperidad, demostró claramente que no iba a ser más lucrativa que la primera.

Las revistas de ciencia-ficción sufrieron las consecuencias como todo lo demás. «Amazing Stories» y «Science Wonder Stories», que nunca habían pagado demasiado bien a sus autores, empezaron a hacerlo peor que nunca (en un rasgo de humor negro se decía que para conseguir un cuarto de centavo por palabra era preciso demandarlas judicialmente). Pese a su calidad inferior, «Astounding Stories» pagaba mejor y con más puntualidad. Con esto se llevó a todos los autores, agravando los problemas de las revistas de formato grande.

«Amazing Stories» soportó heroicamente los tiempos difíciles y siguió apareciendo sin alteraciones, a primera vista. En cambio, las revistas de Gernsback siguieron una evolución nefasta.

«Air Wonder Stories», a decir verdad, era demasiado especializada. Sus relatos se limitaban a los viajes aéreos futuristas, y esto no daba paso a una variedad suficiente. Supongo que su circulación se resentiría de ello, pues el número undécimo, de mayo de 1930, fue también el último. En junio de 1930 se fundió con «Science Wonder Stories» y la combinación de ambas recibió, lógicamente, el nombre de «Wonder Stories».

Pero al cabo de cinco números, el equipo de la nueva revista comprendió que aún no era suficiente y quiso mejorar su posición en el mercado imitando más servilmente a «Astounding Stories». Con el número de noviembre de 1930, «Wonder Stories» adoptó el tamaño «pulp»; de este modo, «Amazing Stories» pasaba a ser la única revista de ciencia-ficción con formato «de lujo».

## SEGUNDA PARTE 1931

En 1931 concluí mi primer año en la Escuela Secundaria Inferior 149. Allí se cursaban tres años: séptimo, octavo y noveno grados. Sin embargo, los alumnos más aprovechados podían seguir un curso «acelerado» que reunía los grados séptimo y octavo en el primer año. Yo asistí a este curso.

El día de la promoción, en junio de 1931, recibí las calificaciones finales y me dijeron que ingresaría al noveno grado en septiembre. Eso equivalía al primer año de escuela secundaria superior. Como es de suponer, yo lo esperaba y ya había convenido con mi madre que no regresaría directamente a casa. Corrí a la biblioteca y me detuve ruidosamente junto al escritorio de la bibliotecaria.

—Por favor, quiero una tarjeta de adulto —jadeé, mostrando mi tarjeta infantil.

Me faltaba una semana para cumplir once años y medio y estaba muy delgado. La bibliotecaria me dijo amablemente:

—Niño, no puedes tener una tarjeta de adulto hasta que ingreses en la escuela secundaria.

—Estoy en la escuela secundaria —respondí, exhibiendo mis calificaciones.

La bibliotecaria habló con otro funcionario y recibí la tarjeta.

Esto significaba que podía recorrer las misteriosas estanterías de los libros para adultos. No obstante, la tarjeta llevaba el sello «E.S.», lo que me reducía a dos títulos por vez.

La ciencia-ficción contribuyó a colmar el vacío; aquella primavera, tres meses después de mi excitante acceso a una tarjeta de lectura para adultos, leí el primer relato breve de ciencia-ficción (a diferencia de las novelas) que consiguió impresionarme de un modo duradero.

Jamás pude releerlo después de esa primera vez, jamás, hasta que Sam Moskowitz me dio, para la preparación de esta antología, un ejemplar de hojas viejas, desteñidas, quebradizas y remendadas. Cuando volví a leerlo, cuarenta y dos años después, descubrí que lo recordaba hasta en sus menores detalles.

Esto no se debe sólo a mi memoria excepcional, ya que son cientos los relatos de ciencia-ficción leídos antes y después que éste y completamente olvidados, incluyendo uno o dos que leí hace un par de semanas.

No; el mérito es del cuento *El hombre que evolucionó*, de (¡no os sorprendáis!) Edmond Hamilton. Apareció en «Wonder Stories» de abril de 1931.

## EL HOMBRE QUE EVOLUCIONÓ

Edmond Hamilton

Aquella noche que en vano intento borrar de mi memoria, estábamos los tres en casa de Pollard. Éramos el doctor John Pollard, Hugh Dutton y yo, Arthur Wright. Aquella noche, Pollard halló un destino cuyo horror nadie podía imaginar; desde aquella noche Dutton vive en una institución estatal dedicada al cuidado de los enfermos mentales, y soy el único que puede relatar lo que ocurrió.

Dutton y yo fuimos a la aislada casa de campo de Pollard, por invitación de éste. Los tres habíamos sido amigos y compañeros de habitación de la Universidad Técnica de Nueva York. Tal vez nuestra amistad fuese algo extraña, ya que Pollard tenía algunos años más que Dutton y yo, y su temperamento era distinto, más sereno por naturaleza. Había seguido una carrera superior en Biología, en lugar de los estudios medios de ingeniería a los que habíamos asistido Dutton y yo.

Aquella tarde, mientras Dutton y yo íbamos en dirección norte a lo largo del Hudson, nos dedicamos a recordar lo que sabíamos acerca de la carrera de Pollard. Sabíamos que se había licenciado y doctorado, y habíamos oído decir que trabajó a las órdenes de Braun, el biólogo vienés cuyas teorías provocaron grandes polémicas. Por casualidad, supimos que después regresó para dedicarse a la investigación privada en una casa de campo que había heredado, situada a orillas del Hudson. Pero desde entonces no teníamos noticias de él y nos sorprendió el recibir unos telegramas en que nos invitaba a pasar el fin de semana en su casa.

Era uno de esos anocheceres veraniegos cuando Dutton y yo llegamos a un pequeño pueblo ribereño. Allí nos indicaron cómo encontrar la casa de Pollard, situada a uno o dos kilómetros de distancia. La encontramos sin dificultad; se trataba de una espléndida y vieja casa construida sobre pilotes, que durante más de cien años había descansado sobre una colina baja, dominando el río. Las dependencias se apiñaban alrededor de la casona como los polluelos alrededor de la clueca.

Pollard salió a recibirnos:

—¡Muchachos, cómo habéis crecido! —fueron sus primeras palabras—. ¡Os recordaba como Hughie y Art, los alborotadores de la Facultad, y ahora parecéis unos respetables socios de la Cámara de Comercio, dedicados a hablar eternamente sobre los problemas del mercado.

—Es el efecto serenante de la vida comercial —explicó Dutton sonriendo—. A ti no te ha alcanzado, vieja ostra... Eres el mismo de hace cinco años.



Así era; su figura esbelta, la sonrisa lenta y los ojos curiosamente pensativos no habían cambiado en lo más mínimo. Pero la actitud de Pollard parecía mostrar algo más que excitación normal, y se lo dije.

—Si parezco un poco excitado, es porque hoy es un gran día para mí —respondió.

—Bien, tienes suerte al lograr que dos hombres importantes como Dutton y yo se hayan molestado en venir hasta esta ermita —comencé a decir, pero él meneó la cabeza sonriendo.

—No me refiero a eso, Art, aunque me alegra mucho que hayáis venido. En cuanto a mi ermita, como la llamas, no la critiques. Aquí he podido hacer trabajos que jamás habría logrado realizar entre las múltiples ocupaciones de un laboratorio de la ciudad —tenía los ojos encendidos—. Si supierais... Pero no nos apresuremos; pronto lo sabréis. Entremos... ¿tenéis hambre?

—Hambre... no mucha —le aseguré—. Podría devorar medio buey o una menudencia por el estilo pero, en realidad, hoy no tengo ganas de comer nada más.

—Lo mismo digo —respondió Dutton—. Últimamente hago régimen. Dame algunas docenas de bocadillos y un cubo de café, y lo consideraré una comida completa.

—Bien, ya veremos qué podemos hacer para tentar vuestros delicados apetitos —dijo Pollard mientras entrábamos.

Descubrimos que la casona era muy cómoda, con espaciosas habitaciones de techo bajo y amplias ventanas que miraban al río. Después de dejar nuestros equipajes en un dormitorio, mientras el ama de llaves y la cocinera se ocupaban de la cena, hicimos con Pollard una gira de inspección de la propiedad. Lo que más nos interesó fue su laboratorio.

Se trataba de un ala pequeña que había agregado a la casa; había construido el exterior en madera para que armonizara con el resto del edificio. El interior era un espectáculo resplandeciente, con paredes de azulejos blancos e instrumentos que lanzaban destellos.

Una inmensa estructura cúbica de metal transparente, coronada por un enorme cilindro de metal semejante a un gigantesco tubo de vacío, ocupaba el centro de la habitación. Luego pasamos a un cuarto contiguo, de suelo enlosado, donde estaban las dínamos y motores de su central privada de energía.

Había anochecido cuando terminamos de cenar, pues la cena se prolongó con la evocación de nuestros recuerdos. El ama de llaves y la cocinera se habían ido, y Pollard explicó que las criadas no dormían en la casa. Nos sentamos a fumar en el salón y Dutton observó con admiración el cómodo ambiente que nos rodeaba.

—No parece tan mala tu ermita, Pollard —comentó—. No me molestaría llevar esta vida fácil durante un tiempo.

—¿Vida fácil? —repitió Pollard—. Eso es lo que tú crees, Hugh. En realidad, nunca en mi vida he trabajado tanto como aquí durante los dos últimos años.

—¿Y en qué demonios has trabajado —inquirí—. ¿En algo tan subversivo que tuviste que ocultarlo aquí?

Un proyecto delirante

Pollard rió entre dientes.

—Eso creen en el pueblo. Saben que soy biólogo y que tengo un laboratorio. Por ello sacan de antemano la conclusión de que me dedico a vivisecciones de naturaleza particularmente espantosa. Por eso las criadas no duermen aquí. De hecho —agregó—, si los del pueblo supieran realmente en qué estoy trabajando, se aterrorizarían diez veces más.

—¿Estás tratando de jugar con nosotros a ser un gran científico misterioso? —inquirió Dutton—. Si es así, pierdes el tiempo... Te conozco, forastero, así que quítate la máscara.

—Exacto —le dije—. Si intentas excitar nuestra curiosidad, descubrirás que aún somos capaces de encenderte el pelo tan diestramente como hace cinco años.

—Casi siempre terminabais con los ojos morados —puntualizó—. Pero no tengo intención de excitar vuestra curiosidad... De hecho, os pedí que vinierais para mostraros lo que he logrado, y para que me ayudéis a terminarlo.

—¿Ayudarte? —preguntó Dutton—. ¿A qué podemos ayudarte? ¿A diseccionar gusanos? ¡Ya veo qué fin de semana nos espera!

—Se trata de algo más que de diseccionar gusanos —dijo Pollard. Se reclinó y fumó un rato en silencio antes de hablar de nuevo—. ¿Sabéis algo acerca de la evolución? —preguntó.

—Sé que es una palabra nefanda en algunos Estados —repuse— y que cuando la digas debes sonreír, maldita sea.

Él sonrió.

—Sin embargo, no ignoraréis que toda la vida de esta Tierra comenzó como simple protoplasma unicelular, que mediante sucesivas mutaciones o cambios evolutivos alcanzó sus formas presentes y sigue desarrollándose lentamente.

—Lo sabemos... Aunque no seamos biólogos, ello no te autoriza a pensar que ignoramos totalmente de qué trata la biología —puntualizó Dutton.

—Cállate, Dutton —le aconsejé—. Pollard, ¿qué tiene que ver la evolución con la investigación que has realizado aquí?

—Es mi investigación —respondió Pollard. Se inclinó hacia adelante—. Trataré de explicároslo desde el principio. Conocéis, o decís conocer, los pasos principales del desarrollo evolutivo. En esta Tierra la vida comenzó como simple protoplasma, una masa gelatinosa, a partir de la cual se desarrollaron pequeños organismos unicelulares. A partir de éstos se desarrollaron, a su vez, las criaturas marinas, los saurios terrestres, los mamíferos, a través de mutaciones sucesivas. Hasta ahora, ese proceso evolutivo infinitamente lento ha alcanzado su punto más alto con el mamífero Hombre, y continúa con la misma lentitud. Éste es un hecho biológico comprobado pero, hasta ahora, han quedado sin responder dos grandes preguntas relativas a este proceso evolutivo. La primera: ¿cuál es la causa del cambio evolutivo, la causa de las mutaciones lentas y constantes hacia formas superiores? La segunda: ¿cuál será el camino futuro de la evolución del hombre; hacia qué formas evolucionará el hombre futuro y dónde se detendrá su evolución? Por ahora, la biología no ha sido capaz de responder a estas dos preguntas.—Pollard guardó silencio un momento y luego agregó con serenidad—: Encontré la respuesta a una de estas preguntas, y esta noche encontraré la de la otra.

Le miramos fijamente.

—¿Quieres tomarnos el pelo? —pregunté por último.

—Hablo absolutamente en serio, Arthur. He resuelto realmente el primero de estos problemas, he descubierto la causa de la evolución.

—¿De qué se trata? —estalló Dutton.

—De lo que hace algunos años piensan ciertos biólogos —repuso Pollard—. Los rayos cósmicos.

—¿Los rayos cósmicos? —repetí—. ¿Las vibraciones del espacio que descubrió Millikan?

—Sí, los rayos cósmicos, la longitud de onda más corta y la energía vibratoria más penetrante. Se ha sabido que bombardean incesantemente nuestro planeta desde el espacio exterior, despedidos por esos inmensos generadores que son las estrellas, y también se ha sabido que deben ejercer una gran influencia, de un modo u otro sobre la vida en la Tierra. He demostrado que existe esa influencia... ¡y que es lo que llamamos evolución! Pues son los rayos cósmicos que chocan contra todo organismo viviente de la Tierra los que provocan profundos cambios en su estructura, llamados mutaciones. Ciertamente, los cambios son lentos, pero tal es la causa de que la vida se haya elevado desde el primer protoplasma hasta el hombre a través de las edades, y aún siga elevándose.

—¡Santo Dios, Pollard! ¡No estás hablando en serio! —protestó Dutton.

—Tan en serio, que esta noche arriesgaré mi vida por mi descubrimiento —respondió Pollard con gran seguridad.

Quedamos sorprendidos.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que he descubierto en los rayos cósmicos la causa de la evolución, la respuesta a la primera pregunta, y que esta noche, mediante ellos, responderé a la segunda pregunta y averiguaré cuál será el futuro desarrollo evolutivo del hombre.

—Pero, ¿cómo podrías...?

Pollard le interrumpió.

—Es muy sencillo. En los últimos meses he logrado algo que ningún físico pudo hacer: concentrar los rayos cósmicos y al mismo tiempo quitarles sus propiedades dañinas. ¿Visteis en mi laboratorio el cilindro que corona el cubo de metal? Ese cilindro recoge literalmente desde una distancia inmensa los rayos cósmicos que golpean esta parte de la Tierra y los concentra dentro del cubo. Ahora bien, supongamos que esos rayos cósmicos concentrados, millones de veces más poderosos que los rayos cósmicos normalmente incidentes sobre la superficie terrestre, caen sobre un hombre que se halle dentro del cubo. ¿Cuál será el resultado? Los rayos cósmicos producen el cambio evolutivo, y como ya dije, aún modifican la vida sobre la Tierra, aún cambian al hombre, pero tan lentamente que resulta imperceptible. Pero, ¿qué pasaría con el hombre sometido a los rayos terriblemente intensificados? ¡Cambiará millones de veces más rápido que lo normal, atravesará en horas o minutos las mutaciones evolutivas que toda la humanidad recorrerá en eras futuras!

—¿Te propones intentar ese experimento? —grité.

—Me propongo intentarlo —respondió Pollard gravemente— y descubrir en mí mismo los cambios evolutivos que esperan a la humanidad.

—¡Pero es una locura! —exclamó Dutton.

Pollard sonrió.

—La vieja objeción —comentó—. Siempre que alguien intenta manipular las leyes de la naturaleza, se oye esa exclamación.

—¡Dutton tiene razón! —grité—. Pollard, has trabajado demasiado tiempo solo... has permitido que tu mente se alejara...

—Intentas decirme que me he vuelto un poco loco —afirmó—. No. Estoy cuerdo... tal vez maravillosamente cuerdo al intentar esto. —Su expresión cambió y sus ojos se volvieron soñadores—: ¿No comprendéis lo que podría significar para la humanidad? Los hombres del futuro serán para nosotros lo que nosotros somos para los monos. Si pudiéramos emplear mi método para que la humanidad venciese millones de años de desarrollo evolutivo en un solo paso, ¿no sería cuerdo?

La cabeza me daba vueltas.

—¡Santo cielo! Es todo tan absurdo... —protesté—. ¿Acelerar la evolución de la raza humana? En cierto modo, parece algo prohibido.

—Será glorioso si puede lograrse —respondió— y sé que es posible. Pero alguien debe adelantarse, debe recorrer los estadios del desarrollo futuro del hombre para descubrir cuál es el nivel más deseable, al que será transferida toda la humanidad. Sé que ese nivel existe.

—¿Y nos has invitado para que participemos en eso?

—Exactamente. Me propongo entrar en el cubo y dejar que los rayos concentrados me conduzcan por el camino de la evolución; pero necesito a alguien que accione el mecanismo de encendido y apagado de los rayos en los momentos oportunos.

—¡Es absolutamente increíble! —exclamó Dutton—. Pollard, si esto es una broma, ya basta.

Por toda respuesta, Pollard se puso en pie.

—Ahora iremos al laboratorio —agregó sencillamente—. Estoy deseoso de comenzar.

No recuerdo cómo seguí a Pollard y a Dutton hasta el laboratorio, pues me sentía mareado. Cuando nos detuvimos delante del gran cubo sobre el cual se alzaba el gran cilindro de metal, me di cuenta de que todo aquello era real y verdadero.

Pollard entró en la sala de las máquinas y mientras Dutton y yo observábamos en silencio el gran cubo y el cilindro, las retortas y las redomas de ácido y el extraño instrumental que nos rodeaba, escuchamos el zumbido de los grupos electrógenos. Pollard regresó hasta el conmutador colocado en un cuadro de acero junto al cubo y, cuando bajó la palanca, se oyó un chasquido y el cilindro se llenó de luz blanca.

Pollard señaló el gran disco, que parecía de cuarzo, en el techo de la cámara cúbica, de donde caía el blanco haz de energía.

—Ahora el cilindro recoge los rayos cósmicos de una zona inmensa del espacio —dijo— y esos rayos concentrados caen a través del disco en el interior del cubo. Para interrumpir el paso de los rayos es necesario levantar este interruptor.

Se incorporó para levantar la palanca y la luz se apagó.

El hombre que evolucionó

Mientras mirábamos, se quitó rápidamente las ropas y revistió una holgada bata blanca.

—Dentro de lo posible, me gustaría observar los cambios que se produzcan en mi cuerpo —explicó—. Ahora entraré en el cubo, y vosotros pondréis en funcionamiento los rayos dejando que caigan sobre mí durante quince minutos. Esto equivale

aproximadamente a un período de unos cincuenta millones de años de cambio evolutivo futuro. Pasados los quince minutos, cortaréis la emisión de rayos y podremos observar qué cambios han provocado. Luego reanudaremos el proceso, avanzando por períodos de quince minutos o, mejor dicho, de cincuenta millones de años.

—¿Pero dónde se detendrá... dónde interrumpiremos el proceso? —preguntó Dutton.

Pollard se encogió de hombros.

—Nos detendremos donde se detenga la evolución, es decir, cuando los rayos ya no me afecten. Ya sabéis que los biólogos, frecuentemente, se han preguntado cuál será el último cambio, el desarrollo final o la última mutación del hombre. Bien, esta noche lo sabremos.

Hizo ademán de entrar en el cubo, pero luego se detuvo, se acercó a un escritorio, cogió un sobre lacrado y me la entregó.

—Esto es por si me sucede algo fatal —dijo—. Contiene un testimonio firmado de mi puño y letra en el cual afirmo que vosotros no sois en modo alguno responsables de la que estoy haciendo.

—¡Pollard, renuncia a esta empresa blasfema! —grité, tomándole del brazo—. ¡Todavía estás a tiempo y esto me parece horrible!

—Creo que es demasiado tarde —sonrió—. Si cediese ahora, después no sería capaz ni de mirarme al espejo. ¡Ningún explorador estuvo nunca más ansioso que yo, al internarme en la senda de la evolución futura del hombre!

Entró en el cubo y se colocó directamente debajo del disco del techo. Hizo un gesto imperativo y yo, como un autómatas, cerré la puerta y bajé la palanca del interruptor.

El cilindro volvió a cubrirse de brillante luz blanca, y mientras los haces de resplandeciente energía blanca caían desde el disco del techo del cubo sobre Pollard, pudimos ver que todo su cuerpo se retorció como sometido a una energía eléctrica terriblemente concentrada. El chorro de emanaciones resplandecientes casi lo ocultó a nuestra vista. Sabía que los rayos cósmicos son invisibles, y supuse que la luz del cilindro era, en cierto modo, la transformación de parte de la energía en luz visible.

Dutton y yo observamos la cámara cúbica con el ánimo encogido, mientras distinguíamos fugazmente el cuerpo de Pollard. Yo tenía el reloj en una mano y la otra apoyada en el interruptor. Los quince minutos parecieron transcurrir con la lentitud de quince eternidades. Ninguno de los dos habló y el único sonido audible era el zumbido de los generadores y el crujido del cilindro que desde los espacios lejanos reunía y concentraba los rayos de la evolución.

Al fin la manecilla del reloj señaló el cuarto de hora; moví de un golpe la palanca y la luz del cilindro y del interior del cubo se apagó. Ambos lanzamos una exclamación.

Pollard estaba dentro del cubo, tambaleándose como si aún estuviera aturdido por efecto del experimento, ¡pero no era el Pollard que había entrado en la cámara! ¡Estaba

transfigurado, parecía un dios! ¡Su cuerpo se había convertido en una gran figura, de tal poder y belleza física como nunca imaginamos que pudiera existir! Tenía varios centímetros más de estatura y de ancho, su piel era de un color rosa pálido y todos los miembros y músculos parecían modelados por un maestro escultor.

No obstante, el cambio principal se había producido en su rostro. Los rasgos sencillos y de buen humor habían desaparecido, reemplazados por un rostro cuyas facciones perfectas respondían al inmenso poder intelectual que brillaba casi sobrecogedoramente en los lípidos ojos oscuros. ¡No es Pollard quien está ante nosotros, me dije, sino un ser muy superior, del mismo modo que el hombre más avanzado de hoy es superior al troglodita!

Salió del cubo y su voz llegó hasta nuestros oídos, clara, bronceada, triunfante.

—¿Veis? ¡Resultó tal como yo supuse! ¡Me hallo cincuenta millones de años adelante del resto de la humanidad en mi desarrollo evolutivo!

—¡Pollard! —mis labios se movieron con dificultad—. Pollard, esto es terrible... este cambio...

Sus ojos radiantes relampaguearon.

—¿Terrible! ¡Es maravilloso! ¿Comprendéis lo que soy ahora? ¿Podéis comprenderlo? ¡Mi cuerpo es el que tendrán todos los hombres dentro de cincuenta millones de años, y el cerebro que contiene se halla cincuenta millones por delante del vuestro en desarrollo!

Hizo un movimiento con la mano, abarcándolo todo.

—¡Este laboratorio y mi investigación anterior me parecen infinitamente minúsculos, infantiles! Los problemas que intenté resolver durante años, ahora podría resolverlos en cuestión de minutos.

¡Ahora puedo hacer por la humanidad más de lo que podrían hacer unidos todos los hombres vivientes!

—Entonces, ¿te detendrás en este estadio? —gritó Dutton ansiosamente—. No continuarás con esto, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Si el desarrollo de cincuenta millones de años produce un cambio así en el hombre, ¿que producirán cien, doscientos millones de años? Es lo que pretendo averiguar.

Lo tomé de la mano.

—¡Escúchame, Pollard! ¡Tu experimento se ha visto coronado por el éxito, ha cumplido tus sueños más descabellados. ¡Detente aquí! ¡Hombre, piensa lo que puedes lograr! Sé que siempre has ambicionado convertirte en uno de los grandes benefactores de la humanidad... ¡Deteniéndote aquí serás el más grande! ¡Puedes ser para la humanidad

una prueba viviente de lo que tu proceso puede alcanzar y, con esta prueba, toda la humanidad estará dispuesta a convertirse en lo mismo que tú!

Se desprendió de mi mano.

—No, Arthur... he recorrido parte de la senda del futuro de la humanidad, y voy a continuar.

Volvió a entrar en la cámara mientras Dutton y yo mirábamos, impotentes. El laboratorio, la cámara cúbica, la figura del interior, semejante a un dios, que a la vez era y no era Pollard, parecía un sueño.

—Da paso a los rayos y déjalos actuar durante otros quince minutos —indicó—. Me hará avanzar otros cincuenta millones de años.

Sus ojos y su voz eran imperativos, de modo que miré la hora y accioné el interruptor. El cilindro volvió a llenarse de luz, la flecha de energía volvió a caer sobre el cubo y ocultó la espléndida figura de Pollard.

Durante los minutos siguientes, Dutton y yo observamos con febril intensidad. Pollard seguía de pie bajo la ancha flecha de energía. de modo que quedaba oculto a nuestra vista. ¿Qué revelaría este avance? ¿Cambiaría aún más. adoptando alguna forma gigante. o seguiría siendo el mismo, habiendo alcanzado el máximo desarrollo posible de la humanidad?

Cuando al final del período fijado desconecté el mecanismo, Dutton y yo quedamos trastornados. ¡Pollard había cambiado de nuevo!

Ya no era la figura radiante y físicamente perfecta de la primera metamorfosis. Su cuerpo parecía adelgazado y encogido; los contornos de los huesos eran visibles a través de la carne. Por cierto, su cuerpo parecía haber perdido la mitad del volumen y muchos centímetros de estatura y anchura, pero esto quedaba compensado por el cambio producido en el cráneo.

¡Porque la cabeza sustentada por aquel cuerpo débil era un inmenso balón saliente. que medía cuarenta y cinco centímetros de la frente a la nuca! Carecía casi totalmente de pelo y su gran masa se balanceaba precariamente sobre los hombros y el delgado cuello. Su rostro también había cambiado notablemente; los ojos eran más grandes, la boca más pequeña y las orejas también parecían de menor tamaño. La inmensa y abultada frente dominaba las facciones.

¿Era posible que éste fuera Pollard? Su voz llegó delgada y débilmente a nuestros oídos.

—¿Os sorprende verme esta vez? Bien. estáis viendo a un hombre que se halla cien millones de años más desarrollado que vosotros. Y he de confesar que os veo como vosotros veríais a dos cavernícolas salvajes y peludos.

—Pero. Pollard, ¡esto es espantoso! —gimió Dutton—. Este cambio es más terrible que el primero... si te hubieras detenido en el primero...



Los ojos del pigmeo de enorme cabeza que estaba en el cubo se cargaron de ira.

—¿Detenerme en aquel primer estadio? ¡Me alegro de no haberlo hecho! ¡El hombre que fui hace quince minutos... hace cincuenta millones de años, según el desarrollo... me parece semianimal! ¿Qué era su gran cuerpo simiesco en comparación con mi poderoso cerebro?

—¡Dices eso porque con este cambio te has alejado de los sentimientos y las emociones humanos! —estallé—. Pollard, ¿comprendes lo que estás haciendo? ¡Estás perdiendo tu aspecto humano!

—Lo comprendo perfectamente —afirmó—. y no veo nada deplorable en ello. Esto significa que dentro de cien millones de años el hombre desarrollará su capacidad cerebral y no se preocupará lo más mínimo del desarrollo de su cuerpo. A dos seres burdos como vosotros esto, que para mí pertenece al pasado, os parece terrible, pero para mí es deseable y natural. ¡Poned nuevamente en marcha los rayos!

—¡No lo hagas, Art! —gritó Dutton—. ¡Ya hemos ido demasiado lejos con esta locura!

Los inmensos ojos de Pollard nos recorrieron con una fría amenaza.

—Pondrás en marcha los rayos —ordenó fríamente con su voz delgada—. Si no lo haces, tardaré sólo un momento en aniquilaros a ambos y continuaré solo.

—¿Nos matarías? —dije confundido—. ¿A nosotros, tus mejores amigos?

Su boca delgada pareció hacer una mueca de burla.

—¿Amigos? Estoy millones de años por encima de emociones tan irracionales como la amistad. La única emoción que despertáis en mí es el desprecio ante vuestro primitivismo. ¡Poned en marcha los rayos!

El monstruo cerebral

Sus ojos relampaguearon cuando dio la última orden y yo, como impulsado por una fuerza exterior a mí mismo, accioné el interruptor. La flecha de energía resplandeciente volvió a ocultarle a nuestra vista.

No sabría describir nuestros pensamientos durante el siguiente cuarto de hora, ya que Dutton y yo estábamos yertos de temor y horror y en nuestras mentes reinaba el caos. De todos modos. Jamás olvidaré el primer momento después de transcurrido el tiempo y de haber desconectado el mecanismo.

El cambio había continuado y Pollard —mentalmente ya no me atrevía a darle ese nombre— permanecía en la cámara cúbica como una forma cuyo aspecto aturdió nuestras mentes.

¡Se había convertido. simplemente.. en una gran cabeza! ¡Una inmensa cabeza lampiña de un metro de diámetro. apoyada en minúsculas piernas. ya que los brazos se habían reducido a meros apéndices manuales que sobresalían exactamente debajo de la cabeza! ¡Los ojos eran enormes, semejantes a platillos, pero las orejas estaban reducidas a dos minúsculos agujeros a ambos lados de la cabeza; asimismo, la nariz y la boca eran agujeros emplazados bajo los ojos!

Salía de la cámara con sus miembros ridículamente pequeños; mientras Dutton y yo retrocedíamos presa de un horror irracional, su voz llegó hasta nosotros casi como un silbido inaudible. ¡Y cuánto orgullo contenía!

—Habéis tratado de impedir que continuase, pero ¿veis en que me he convertido? Indudablemente, a vosotros parezco terrible, pero vosotros dos y todos los demás que se os parecen sois para mí tan viles como los gusanos que se arrastran.

—¡Buen Dios, Pollard! ¡Te has convertido en un monstruo! —las palabras salieron de mi boca sin pensar.

Sus enormes ojos se fijaron en mí.

—Me llamas Pollard, pero ya no soy el Pollard que conociste y que entró en esa cámara, del mismo modo que tú no eres el simio del cual surgiste hace millones de años. ¡Y toda la humanidad es como vosotros dos! ¡Bien! Todos conocerán los poderes de quien se halla adelantado ciento cincuenta millones de años.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Dutton.

—Quiero decir que con mi cerebro colosal dominaré sin esfuerzo este planeta rebosante de hombres; y lo convertiré en un inmenso laboratorio para realizar los experimentos que me plazca.

—¡Pero, Pollard..., recuerda por qué comenzaste esto! —grité—. ¡Para avanzar y trazar la senda de la evolución futura de la humanidad...! ¡Para beneficiar a la humanidad, no para gobernarla!

Los ojos enormes de la gran cabeza carecían de expresión.

—Sí, recuerdo que la criatura Pollard que fui hasta esta noche albergaba tan estúpidas ambiciones. Si ahora pudiera experimentar una emoción semejante, sentiría alegría. ¿Para beneficiar a la humanidad? Vosotros los hombres ¿soñáis con beneficiar a los animales que domináis? ¡No se me ocurriría pensar en trabajar a beneficio de vosotros, los humanos! ¿Comprendéis que con mi poder cerebral me hallo tan lejos de vosotros como vosotros estáis lejos de las bestias mortales? Mirad esto...

Trepó a una silla situada junto a una de las mesas del laboratorio, y comenzó a manipular las retortas y aparatos. Vertió rápidamente varios compuestos en un mortero de plomo, agregó otros y echó sobre la mezcla otra mixtura preparada con la misma rapidez.

Al instante salió del mortero una bocanada de humo color verde intenso y luego la gran cabeza —sólo puedo llamarlo así— dio vuelta al mortero. Cayó una pepita de brillante metal vetado, y ahogamos una exclamación al reconocer el matiz amarillo del oro puro, preparado al parecer en un instante, mediante una mezcla de productos corrientes.

—¿Veis? —preguntó la grotesca figura—, ¿Qué es la transmutación de los elementos para una mente como la mía? ¡Vosotros ni siquiera podéis comprender el alcance de mi inteligencia! Si lo deseo, puedo destruir toda la vida de la Tierra desde este cuarto. ¡Puedo construir un telescopio que me permitirá observar los planetas de las galaxias más lejanas! Puedo hacer que mi mente se ponga en contacto con otras mentes sin la menor comunicación material.

¡Y pensáis que es terrible que yo gobierne vuestra raza! ¡No os gobernaré, os poseeré y poseeré este planeta del mismo modo que vosotros podríais poseer una granja con ganado!

—No podrás —grité—. ¡Pollard, si queda algo de Pollard en ti, renuncia a esa idea! ¡Nosotros mismos te mataríamos antes de tolerar esa monstruosa dictadura sobre los hombres!

—¡Lo haremos... por Dios, lo haremos! —gimió Dutton con el rostro contraído.

Habíamos comenzado a avanzar desesperadamente hacia la gran cabeza, pero de pronto nos detuvimos, cuando sus grandes ojos se clavaron en los nuestros. Me halle caminando hacia atrás, hacia el sitio de donde habla partido, retrocediendo lo mismo que Dutton, como dos autómatas.

—Así que ¿intentaríais matarme? —inquirió la cabeza que había sido Pollard—. ¡Pues yo podría ordenaros sin palabras que os matarais en un instante! ¿Qué posibilidades tiene vuestra mísera voluntad y vuestro cerebro contra el mío? ¿Y qué posibilidades tendrá toda la fuerza de los hombres contra mí, cuando con una sola mirada puedo convertirlos en títeres de mi voluntad?

Una inspiración desesperada iluminó mi cerebro.

—¡Espera, Pollard! —exclamé—. ¡Debes continuar con el proceso, con los rayos! ¡Si te detienes ahora, no sabrás qué cambios existen más allá de tu estado actual!

Pareció analizarlo.

—Es verdad —reconoció— y, aunque me parece imposible que ningún progreso pueda alcanzar una inteligencia superior a la que poseo ahora, necesito saberlo con certeza.

—Entonces, ¿te someterás a los rayos otros quince minutos? —pregunté rápidamente.

—Así es —respondió—, pero no abriguéis ideas estúpidas. Os advierto que incluso dentro de la cámara puedo leer vuestros pensamientos, y mataros a ambos antes de que podáis iniciar un movimiento para dañarme.

Volvió a entrar en la cámara, y mientras me acercaba al interruptor en compañía del tembloroso Dutton, logramos ver durante un instante la inmensa cabeza antes de que la aplastante energía blanca la ocultara.

Aquel período pareció transcurrir aún más lentamente que antes.

Los minutos se convirtieron en horas, hasta que finalmente me acerqué para cortar el paso de los rayos. Miramos espantados hacia la cámara.

A primera vista, la gran cabeza parecía igual, pero luego notamos que había cambiado, que había cambiado notablemente. En lugar de ser una cabeza cubierta de piel y, al menos, con brazos y piernas rudimentarios, no había sino una gran forma gris en forma de cabeza, de tamaño aún mayor, sostenida por dos tentáculos musculares de color gris. La superficie de aquella cosa gris en forma de cabeza estaba arrugada y plegada y su único rasgo lo constituían dos ojos pequeños como los nuestros.

—¡Oh, Dios mío! —se estremeció Dutton—. ¡Ha dejado de ser una cabeza para convertirse en cerebro... ha perdido todo aspecto humano!

Nuestras mentes recibieron un pensamiento de la cosa gris que teníamos ante nosotros, un pensamiento tan claro como si hubiese sido expresado con palabras.

—Lo habéis adivinado, porque incluso la estructura de mi cabeza está desapareciendo. Todo se atrofia a excepción del cerebro. Me he convertido en un cerebro caminante y vidente. Dentro de doscientos millones de años, vuestra raza será tal como soy yo ahora. Perderá gradualmente sus cuerpos atrofiados y desarrollará cada vez más sus grandes cerebros —sus ojos parecieron leer en los nuestros—. No sintáis temor por mis amenazas del último estado de desarrollo. ¡Mi mente, que ha crecido infinitamente, ya no desea gobernar a los hombres, ni a vuestro pequeño planeta, lo mismo que vosotros no queríais gobernar un hormiguero y sus habitantes! ¡Mi mente, que ha avanzado otros cincuenta millones de años en el desarrollo, ahora puede aspirar a visiones de poder y conocimiento inimaginadas por mí en el último estadio, e inimaginables para vosotros.

—¡Santo Dios, Pollard! —grité—. ¿En qué te has convertido?

—¿Pollard? —Dutton reía históricamente—. ¿Llamas Pollard a esa cosa? ¡Hace tres horas cenamos con Pollard... y era un ser humano, no una cosa como ésta!

—Me he convertido en lo que todos los hombres serán con el tiempo —me respondió el pensamiento de la cosa—. He llegado hasta aquí en la senda de la evolución futura del hombre, e insistiré hasta el final de la senda. ¡Alcanzaré el desarrollo que me dé la última mutación posible. Pon en marcha los rayos —prosiguió su pensamiento—. Creo que me estoy acercando a la última mutación posible.

Volví a accionar el interruptor, y la flecha blanca de los rayos concentrados nos impidió ver la gran forma gris. Con todos los nervios torturados por la máxima tensión, finalmente desconecté el interruptor. Los rayos cesaron y la figura de la cámara volvió a ser visible.

Dutton comenzó a reír chillonamente y luego, bruscamente, sollozó. No sabría decir si me ocurrió lo mismo, aunque recuerdo confusamente haber pronunciado palabras incoherentes cuando mis ojos vieron la forma contenida en la cámara.

¡Se trataba de un gran cerebro! Una masa gris y flácida de un metro veinte yacía en la cámara. con la superficie acanalada y arrugada por innumerables circunvoluciones delgadas. No había rasgos ni miembros de ningún tipo en la masa gris. Se trataba, sencillamente, de un inmenso cerebro cuya única señal externa de vida era un movimiento lento y espasmódico.

Nuestras mentes cargadas de horror recibieron poderosamente los pensamientos de la masa.

—Ya me veis. Soy sólo un gran cerebro, exactamente lo que los hombres serán en un futuro lejano. Sí, podríais haberlo sabido; cuando yo era como vosotros pude adivinar que éste sería el camino de la evolución humana. Que el cerebro, al ser lo único que asegura la superioridad del hombre, se desarrollaría, y que el cuerpo que estorba a ese cerebro se atrofiaría hasta reducirse al cerebro puro que yo soy ahora. No tengo rasgos ni sentidos que pueda describiros, pero comprendo el universo infinitamente mejor que vosotros con vuestros sentidos elementales. Tengo conciencia de planos de existencia que no podéis imaginar. Puedo alimentarme con energía pura, sin necesidad de un cuerpo engorroso que la transforme, y moverme y actuar, a pesar de mi falta de miembros, por unos medios y a velocidades y potencias que están mucho más allá de vuestra comprensión. Si aún tenéis miedo a las amenazas que hice hace dos estadios contra vuestro mundo y vuestra raza, ¡olvidadlo! Ahora soy pura inteligencia y como tal, aunque ya no puedo sentir las emociones del amor ni de la amistad, tampoco experimento ambición ni orgullo. La única emoción, por decirlo así, que persiste en mí es la curiosidad intelectual. Este deseo de verdad que ha consumido al hombre desde su estado simiesco, será el último de los deseos que lo abandone.

La última mutación

—¡Un cerebro... un gran cerebro! —decía Dutton ofuscadamente—. Aquí, en el laboratorio de Pollard... Pero, ¿dónde está Pollard? Él también estaba aquí...

—Entonces, ¿algún día todos los hombres serán como tú ahora —gemí.

—Sí —llegó el pensamiento en respuesta—. Dentro de doscientos cincuenta millones de años el hombre, tal como lo conoces y como eres tú ahora, ya no existirá. Después de atravesar todos los estadios por los cuales he pasado esta noche, la raza humana se habrá desarrollado hasta convertirse en grandes cerebros que, indudablemente, no sólo habitarán vuestro sistema solar, sino los sistemas de otras estrellas.

—¿Y ése es el fin del camino evolutivo del hombre? ¿Es el punto más alto que alcanzará?

—No; creo que dejará de ser este gran cerebro para alcanzar una forma superior — respondió el cerebro (¡el cerebro que tres horas antes había sido Pollard! )—, y voy a averiguar cuál será esta forma superior. Considero que ésta será la última mutación y que con ella alcanzaré el final de la senda evolutiva del hombre, la forma última y más elevada que pueda alcanzar. Ahora pondrás en marcha el mecanismo de los rayos — prosiguió la orden del cerebro— y dentro de quince minutos sabremos cuál es esta forma última y más elevada.

Tenía la mano sobre el interruptor, pero Dutton se abalanzó sobre mí y me retuvo por el brazo.

—¡No, Arthur! —exclamó precipitadamente—. Ya hemos visto bastantes horrores... no presenciemos el último... salgamos de aquí...

—¡No puedo! —grité—. Te juro que querría detenerme, pero ahora no puedo... Yo también quiero ver el final... debo presenciar...

—¡Pon en marcha el mecanismo de los rayos! —volvió a repetir el pensamiento-orden del cerebro.

—El final de la senda... la última mutación —jadeé—. Es preciso saber... saber... — accioné el interruptor.

Los rayos volvieron a resplandecer y ocultaron el gran cerebro gris contenido en el cubo. Los ojos de Dutton miraban al vacío, y se aferraba a mí.

¡Los minutos transcurrieron! Cada tic-tac del reloj parecía el poderoso rebato de una gran campana resonando en mis oídos.

Me sentí paralizado. ¡La manecilla del reloj se acercaba al minuto fijado, pero yo no lograba levantar la mano hasta el interruptor!

¡Luego, cuando la manecilla alcanzó el minuto previsto, pude quebrar mi inmovilidad y en un súbito frenesí de la voluntad accioné el interruptor y corrí con Dutton hasta el borde del cubo!

El gran cerebro gris había desaparecido. En su lugar, en el suelo del cubo, yacía una masa informe de materia transparente y gelatinosa. Con excepción de un ligero estremecimiento, parecía inerte.

Acerqué mi mano temblorosa para tocarla y en ese momento grité, proferí un grito que todas las torturas de los demonios más crueles del infierno no podrían haber extraído de una garganta humana.

¡La masa del interior del cubo era una masa de simple protoplasma! Entonces ¡era éste el final de la senda evolutiva del hombre, la forma más elevada a que lo llevaría el tiempo, la última mutación!

¡El camino de la evolución humana era circular, retornaba a su origen!

Del seno de la Tierra surgieron los primeros organismos primitivos, luego las criaturas marinas y las criaturas terrestres, los mamíferos y los simios hasta llegar al hombre; y en el futuro seguiría progresando desde el hombre a través de todas las formas que habíamos visto esta noche. ¡Habría superhombres, cabezas sin cuerpo, cerebros puros; sólo para regresar, por efecto de la última mutación, al protoplasma primigenio!

No sé exactamente qué ocurrió después. Sé que me lancé sobre esa masa temblorosa llamando delirantemente a Pollard y gritando cosas que me alegro de no recordar. Sé que Dutton también gritaba, reía absurdamente. Avanzó por el laboratorio con aullidos de orate y lleno de ira. El estrépito de cristales rotos y el siseo de los gases que se escapaban llegó a mis oídos. y luego brotaron brillantes llamas de aquellos ácidos mezclados. Aquel repentino incendio, pienso ahora, fue lo que me permitió conservar la cordura.

Recuerdo que saqué a rastras a Dutton —que reía como un loco— de aquella habitación, de la casa, hacia la fría oscuridad de la noche. Recuerdo el contacto del césped húmedo bajo mis manos y mi rostro, mientras crecían las llamas que devoraban la casa de Pollard. y recuerdo que cuando vi reír como un loco a Dutton bajo esa luz carmesí, supe que seguiría riendo de ese modo hasta su muerte.

Así termina mi narración del fin de Pollard y su casa. Como he dicho al principio, sólo yo puedo atestiguarlo, ya que Dutton no ha pronunciado una palabra sensata desde entonces. En la institución donde reside ahora creen que su estado fue producido por el pánico del incendio; todos creen también que Pollard pereció en ese mismo incendio. Hasta ahora, nadie había revelado la verdad.

Pero ahora debo hablar, con la esperanza de aliviar, en cierto modo, el pánico que aún me sobrecoge, pues no cabe imaginar horrores como los que vivimos aquella noche en casa de Pollard. Lo he meditado. He rememorado aquel tremendo ciclo de cambios, aquella evolución sin propósito, los múltiples avatares de la vida que transcurre desde el simple protoplasma, a través de infinidad de formas, a costa de incesantes dolores y luchas, sólo para terminar nuevamente en simple protoplasma.

¿Se repetirá una y otra vez ese ciclo evolutivo en este y otros mundos, incesantemente, sin propósito, hasta que no quede universo donde continuar? Este ciclo colosal de la vida ¿es tan inevitable y necesario como el ciclo cósmico que convierte a las nebulosas en numerosos soles, y a los soles en estrellas enanas, y a las enanas que chocan entre sí en otra nebulosa?

¿O existe en este ciclo evolutivo al que nosotros consideramos como un círculo, algún cambio que no podemos comprender, por encima y más allá de él? No sé cuál de estas posibilidades es cierta, pero sé que la primera me obsesiona. y sería la pesadilla del mundo si éste creyera en mi relato. Tal vez, mientras escribo, deba felicitar me sabiendo que no me creerán.

\* \* \*

Mientras releía *El hombre que evolucionó*, intenté recordar cuándo oí hablar por primera vez de los rayos cósmicos y de la evolución.

No lo conseguí. Es como si hubiera conocido ambos fenómenos de toda la vida, aunque desde luego no nació sabiéndolo.

Sinceramente, creo que me familiaricé con ambos fenómenos a través de los cuentos de ciencia-ficción. Hasta es posible que los encontrase por primera vez en este relato.

En efecto, recuerdo que algunos conocimientos los he hallado por primera vez leyendo relatos de ciencia-ficción.

Por ejemplo, en *The Universe Wreckers*, de Hamilton, gran parte de la acción transcurría en Neptuno, considerado en el cuento como el planeta más alejado. (Plutón todavía no había sido descubierto y en 1931, cuando me enteré de su descubrimiento, lo primero que pensé fue que complicaba la novela de Hamilton.) En esa novela leí por primera vez que Neptuno tenía un satélite llamado Tritón. Recuerdo claramente esa circunstancia.

Gracias a *The Drums of Tapujos* supe que en la cuenca del Amazonas existía una zona llamada Mato Grosso. Fue en *The Black Star Passes* y otros cuentos de John W. Campbell hijo, donde por primera vez leí algo sobre relatividad.

El placer de leer sobre esos temas en la versión dramática y fascinante de la ciencia-ficción me aficionó irresistiblemente a la ciencia. Gracias a la ciencia-ficción deseé con tanto afán ser un científico que posteriormente lo conseguí.

Esto no significa que se pueda confiar demasiado en los relatos de ciencia-ficción como fuente de conocimientos exactos. En el caso de *El hombre que evolucionó*, Hamilton se basaba en algo cierto al afirmar que los rayos cósmicos son una fuerza motriz de la evolución. Es así, pero sólo por cuanto contribuyen a crear mutaciones al azar. Es la selección natural la que impone la dirección del cambio evolutivo y esto actúa, muy dolorosa y lentamente, sobre grandes poblaciones, no sobre individuos.

La idea de que una concentración de rayos cósmicos haría que un ser humano evolucionase individualmente en el sentido que de modo inevitable seguiría toda la especie es, por supuesto, del todo errónea. La radiación concentrada, sencillamente, provocaría la muerte.

Sin embargo, los errores de la ciencia-ficción pueden corregirse. A veces, el proceso de corrección no es fácil, pero es un módico precio que hay que pagar, a cambio de conocer la fascinación de la ciencia.

Dicho sea de paso, una característica de los primeros y bastante ingenuos cuentos de ciencia-ficción de los años 30 era que solían comenzar con un sabio dando



explicaciones a sus antagonistas sobre temas que éstos no desconocerían si la situación fuese real, pero que era preciso hacer entender a los lectores.

Recuerdo que el primer relato que escribí para publicar —aunque nunca fue publicado—, *Cosmic Corkscrew*, empezaba así, con el sabio protagonista dando una charla a un amigo sobre rayos cósmicos y neutrinos. Indudablemente, este comienzo fue uno de los motivos por los cuales Campbell decidió rechazar de inmediato mi trabajo (véase *The Early Asimov*).

En el mismo mes en que terminé octavo grado, leí otro cuento que quedó grabado en mi memoria: *El satélite Jameson*, de Neil R. Jones, que apareció en «*Amazing Stories*» de julio de 1931.

## EL SATÉLITE JAMESON

Neil R. Jones

### Prólogo - El cohete satélite

En la inmensidad del espacio, aproximadamente a treinta y dos mil kilómetros de la Tierra, el cuerpo del profesor Jameson vagaba dentro de su cohete, recorriendo su ruta infinita alrededor de la esfera gigante. El cohete era satélite del enorme planeta giratorio, alrededor del cual describía su órbita. En el año 1958, el profesor Jameson había buscado un método que le permitiese conservar indefinidamente su cuerpo después de la muerte. Había trabajado mucho y con tesón en el proyecto.

Desde la época de los faraones, la raza humana ha buscado la forma de proteger a los muertos contra los estragos del tiempo. Grande fue el arte de los egipcios en embalsamar a sus muertos, técnica que la humanidad olvidó durante la era mecánica siguiente y que jamás redescubrió. Pero incluso el arte de embalsamar practicado por los egipcios —según había señalado el profesor Jameson— sería inútil frente a un período de millones de años, ya que, en comparación con el mismo, la disolución de los cuerpos sería tan contingente como la cremación inmediata después de la muerte. El profesor quiso hallar un procedimiento mediante el cual pudiera conservarse el cuerpo eternamente y en perfectas condiciones. Pero luego llegó a la conclusión de que nada en la tierra puede perdurar más allá de cierto límite de tiempo. Siempre que intentase

recurrir a un medio terrestre de conservación, quedaría condenado al fracaso. Todos los elementos terrestres están compuestos por átomos que se separan y recombinan, aunque jamás se destruyen a sí mismos. Al quemar una cerilla, los átomos no cambian aunque el objeto se descomponga en humo, anhídrido carbónico, cenizas y otros elementos. Para el profesor fue evidente que jamás lograría su propósito si empleaba un sistema de estructura atómica —por ejemplo un líquido embalsamador u otra combinación— para preservar otra combinación de átomos, como lo es el cuerpo humano, dado que toda combinación de átomos está sometida al cambio universal, por lento que sea.

Luego reflexionó sobre la posibilidad de preservar el cuerpo humano en su estado de muerte hasta el fin del tiempo terrenal, hasta ese día en que la Tierra habrá de regresar al Sol del cual ha surgido. Un día, de súbito, concibió la solución al difícil problema que atormentaba su mente, y sintió el vértigo de sus posibilidades descabelladas y pavorosas.

Haría que su cuerpo fuera disparado hacia el espacio encerrado en un cohete, que se convertiría en un satélite de la Tierra mientras ésta existiese. Había razonado lógicamente. Toda sustancia material, ya sea de origen orgánico o inorgánico, existiría indefinidamente una vez lanzada a la inmensidad del espacio. Imaginó su cuerpo muerto encerrado en un cohete que navegase por los ilimitados abismos del espacio. Permanecería perfectamente conservado, mientras en la Tierra millones de generaciones humanas vivirían y morirían para confundir sus cuerpos en el polvo del pasado olvidado. De este modo, seguiría existiendo mientras la humanidad, bajo un Sol en proceso de enfriamiento, desaparecería para siempre en la atmósfera fría y tenue de un mundo agonizante. Y su cuerpo permanecería en el cohete recipiente, intacto y tan perfecto como el día del lejano pasado en que abandonó la Tierra para emprender su viaje. ¡Magnífica idea!

Al principio le asolaron las dudas. ¿Y si su cohete fúnebre aterrizaba en algún otro planeta o, atraído por la gravedad del gran Sol, caía sobre las circunvoluciones llameantes de la esfera incandescente? O también podría alejarse del sistema solar, zambulléndose a través de los océanos ilimitados del espacio durante millones de años, para entrar finalmente en el sistema solar de alguna estrella lejana, lo mismo que los meteoros son capturados por el nuestro. ¿Y si su cohete se estrellaba contra un planeta o una estrella, o se convertía en un satélite cautivo de otro cuerpo celeste?

En este punto se le ocurrió que su cohete debía convertirse en un satélite de la Tierra, e inmediatamente se puso a ejecutar tal proyecto. El profesor averiguó la cantidad de radio que necesitaría para alejar el cohete de la Tierra, lo suficiente como para no caer y estrellarse, y no tanto que escapase a la atracción gravitatoria de la Tierra y del sistema solar. Como la Luna, giraría eternamente alrededor de la Tierra.

Estableció para su cohete una órbita situada a ciento cinco mil kilómetros de la Tierra. La única preocupación restante se refería a los enormes meteoros que surcan el espacio a velocidades vertiginosas. No obstante, logró resolver ese problema y eliminar la posibilidad de una colisión con aquellos monstruos estelares. Instaló en su cohete unos rayos de repulsión radiactiva, que desviarían de su rumbo a todos los meteoros que llegasen a la vecindad del vagabundo del espacio.

El anciano profesor estaba preparado para cualquier contingencia y se dispuso a descansar, satisfecho con los resultados estupendos e inéditos que alcanzaría. Su cuerpo jamás sufriría la descomposición; sus huesos nunca se blanquearían para retomar al polvo de la tierra, del cual surgieron originariamente todos los hombres y al cual debían retornar. Su cuerpo seguiría durante millones de años en un estado perfecto de conservación, inmune a la ineluctable guadaña de un tiempo tan dilatado como sólo los geólogos y astrónomos pueden concebirlo.

Su empresa superaría incluso las fantasías más descabelladas de H. Rider Haggard, al describir las extrañas técnicas de inhumación de la antigua nación de Kor, en su inmortal novela *She*, donde Holly, en compañía de la incomparable Ayesha, llegaba a conocer magníficas obras maestras naturales de embalsamamiento realizadas por las gentes de un imperio desaparecido. Gracias a la útil ayuda de un sobrino —que cumplió sus instrucciones y deseos después de la muerte—, el profesor Jameson fue lanzado a su peregrinación por el espacio dentro del cohete construido por él mismo. Su sobrino y heredero jamás reveló el secreto.

Generaciones y generaciones fueron sucediéndose. Poco a poco, la humanidad degeneró y finalmente desapareció de la Tierra. Los hombres fueron reemplazados por diversas formas de vida que dominaron el globo durante extensos períodos de tiempo, hasta que también se extinguieron. Los años fueron sumándose, alcanzando millones, y el Satélite Jameson seguía su vigilia solitaria alrededor de la Tierra, mientras disminuía gradualmente la distancia entre satélite y planeta, cediendo poco a poco a la poderosa atracción de este último.

Cuarenta millones de años después, su órbita se hallaba a unos treinta y dos mil kilómetros, mientras el mundo muerto se aproximaba al Sol, en proceso de enfriamiento a su vez, cuya bola opaca y roja cubría una gran extensión del horizonte. A través de la tenue y enrarecida atmósfera terrestre se habrían podido divisar muchas de las estrellas que rodeaban la esfera llameante. A medida que el planeta avanzaba lenta e inexorablemente hacia la luminaria solar, la Luna giraba aún más cerca de la Tierra y parecía un gran brillante en el cielo nocturno.

El cohete que contenía los restos del profesor Jameson prosiguió su viaje interminable alrededor de la gran esfera terrestre, cuya rotación había cesado del todo, de modo que uno de sus hemisferios miraba siempre hacia el sol agonizante. El féretro cósmico prosiguió su camino solitario, acompañado por el cortejo fúnebre de estrellas titilantes en medio del profundo silencio del espacio eterno que todo lo envolvía. Solitario, a excepción del paso ocasional de algún meteoro que se deslizaba a notable velocidad en viaje errático a través del vacío, entre los mundos gigantescos.

¿Continuaría el satélite su órbita hasta el fin del mundo, o se agotaría su previsión de radio al transcurso de tantas eras, convirtiéndose al cohete en víctima del primer gran meteoro que pasara casualmente por allí? ¿Volvería a caer sobre la Tierra, tal como presagiaba su acercamiento, y aumentaría su aceleración en un gran arco hasta estrellarse sobre la superficie del planeta agónico? Cuando el cohete rindiera viaje, el cuerpo del profesor Jameson ¿aparecería perfectamente conservado, o sería un mero montículo de polvo?

## 1 - Cuarenta millones de años después

Al aproximarse a los límites del sistema solar, una nave larga, oscura y puntiaguda aumentó su velocidad cruzando los dominios del espacio hacia el minúsculo punto de luz que situaba la bola opaca y roja del Sol agonizante, que algún día quedaría frío y oscuro para siempre. Relampagueó como un enorme meteoro hacia el sistema solar, procedente de un sistema de planetas situado en el otro confín del ilimitado Universo de estrellas y mundos, avanzando hacia el Sol rojo a una velocidad inconcebible.

En el interior del artefacto espacial, extrañas criaturas de metal manejaban los mandos de la nave espacial que aproximaba a la lejana luminaria solar. Rebasó rápidamente las órbitas de Neptuno y Urano, y avanzó rumbo al Sol. Los cuerpos de aquellas criaturas extrañas eran bloques cuadrados de un metal muy semejante al acero, y este cubo de metal se sustentaba sobre unos apéndices formados por cuatro patas articuladas capaces de movimiento. Un haz de seis tentáculos, del mismo metal que el tronco, sobresalía de la mitad superior del cuerpo cúbico, coronado por una cabeza de forma extraña, que formaba como una cúpula en el centro y estaba equipada con un círculo de ojos. Aquellas criaturas, gracias a sus ojos mecánicos provistos de compuertas de metal, podían ver en todas direcciones. Un único ojo miraba directamente hacia arriba desde la parte superior de la cúpula, y alejado en una ligera depresión de la misma.

Eran los zoromes, del planeta Zor que giraba alrededor de una estrella situada a millones de años luz de nuestro sistema solar. Hacía cientos de miles de años que los zoromes habían alcanzado tal nivel científico que les permitió lograr la inmortalidad y olvidar para siempre las enfermedades corporales y los diversos inconvenientes de una anatomía de carne y hueso. Quisieron vencer a la muerte y lo consiguieron pero, al mismo tiempo, tuvieron que prescindir de la procreación. Hacía varios cientos de miles de años que no existían los nacimientos, aunque sí unas pocas muertes, en la historia de los zoromes.

Esta raza extraña creó sus propios cuerpos mecánicos, y mediante una serie de operaciones, trasladó los cerebros a las cabezas de metal, desde donde dirigían las funciones y movimientos de su anatomía inorgánica. Las muertes no se producían por desgaste de los cuerpos. Cuando una pieza de los hombres metálicos se gastaba, la reemplazaban por otra nueva. De este modo, los zoromes eran prácticamente inmortales, sufriendo muy pocas bajas. Ciertamente que, desde la introducción de las máquinas, se habían producido algunos accidentes que provocaron la destrucción de las cabezas de metal con sus cerebros irreparables. Sin embargo, estos casos fueron raros y la población de Zor disminuyó muy poco. Los hombres-máquina de Zor no necesitaban atmósfera, y si no fuese por la terrible frialdad del espacio, podrían subsistir lo mismo en el vacío etéreo que en algún planeta. Sus cuerpos de metal, y en especial sus cerebros alojados en el metal, necesitaban cierta cantidad de calor, aun siendo capaces de soportar cómodamente unas temperaturas que habrían fulminado instantáneamente, por congelamiento, a una criatura de carne y hueso.

El pasatiempo más común entre los hombres-máquina de Zor era la exploración del Universo. Esto les proporcionaba una fuente infinita de novedades mientras iban descubriendo las poblaciones y los paisajes de incontables planetas donde se detenían a descansar. Cientos de astronaves fueron enviadas en todas direcciones, y muchas permanecían en expedición cientos de años antes de regresar al planeta, al lejano Zor.

La extraña nave espacial de los zoromes entró en el sistema solar, cuyos planetas gradualmente circulaban cada vez más cerca de la opaca bola roja del Sol en declinación. Varios de los hombres-máquina que componían la tripulación de la nave espacial —unos cincuenta individuos— estudiaron cuidadosamente los diversos planetas de aquel sistema planetario inexplorado, a través de telescopios de inmensa potencia.

Los hombres-máquina no tenían nombre, sino que empleaban letras y números. Hablaban mediante impulsos de pensamiento, pues no necesitaban producir vocalmente un sonido ni oírlo.

—¿Adonde iremos? —preguntó uno de los hombres ante los mandos a otro que se hallaba a su lado, observando un mapa colocado en la pared.

—Parece que todos son mundos muertos, 4R-3579 —respondió el interrogado—, pero el segundo planeta a contar del sol parece tener una atmósfera que podría sustentar algunas criaturas vivientes, y el tercero podría resultar interesante, pues tiene un satélite. Examinaremos los planetas interiores y luego exploraremos los exteriores, si consideramos que vale la pena emplear el tiempo en ello.

—Mucho ruido para nada —aventuró 9G-721—. Este sistema de planetas presenta escaso interés, teniendo en cuenta que lo hemos visto muchas veces en nuestros viajes anteriores. El sol se ha enfriado tanto que no puede alimentar el tipo de vida más corriente en los planetas, las formas de vida que solemos encontrar en nuestros viajes. Sería mejor visitar un sistema planetario que cuente con un sol más brillante.

—Hablas de vida corriente —señaló 25X-987—. ¿Qué me dices de la vida no corriente? ¿Acaso no hemos encontrado que la vida puede existir en planetas fríos y muertos, sin luz solar ni atmósfera?

—Sí, es verdad —reconoció 9G-721—, pero es sumamente raro.

—No obstante, en este caso la posibilidad existe —puntualizó 4R-3579—. ¿Qué importa si pasamos un poco de tiempo improductivo en este sistema planetario? ¿Acaso no disponemos de una vida ilimitada? La eternidad es nuestra.

—En principio, visitaremos el segundo planeta —decretó 25X-987, que mandaba aquella expedición de los zoromes— y de paso nos acercaremos al tercer planeta, para ver lo que podamos de su superficie. Tal vez logremos saber si contiene algo de interés para nosotros. Si es así, visitaremos el segundo planeta y de allí nos dirigiremos al tercero. No vale la pena estudiar el primero.

La astronave de Zor siguió un rumbo que la haría pasar a varios miles de kilómetros por encima de la Tierra, y luego la conduciría hasta el planeta que conocemos con el nombre de Venus. A medida que la nave espacial se aproximaba rápidamente a la Tierra, disminuyó de velocidad para que los zoromes pudieran examinar de cerca con sus lentes el tercer planeta.

De súbito, uno de los hombres-máquina entró excitadamente en la sala donde 25X-987 observaba la topografía del mundo que tenía ante sí.

—¡Hemos encontrado algo! —exclamó.

—¿Qué?

—¡Otra astronave!

—¿Dónde?

—A poca distancia delante de nosotros y dentro de nuestro rumbo. Ven a la proa de la nave y podrás verla con la lente.

—¿Qué camino sigue? —preguntó 25X-987.

—Se comporta extrañamente —respondió el hombre-máquina de Zor—. Parece que está orbitando el planeta.

—¿Supones que realmente hay vida en ese mundo muerto, seres inteligentes como nosotros, y que ésta pudiera ser una de sus naves espaciales?

—Podría tratarse de otra nave de exploración como la nuestra, procedente de otro mundo —fue la sugerencia.

—Pero no del nuestro —dijo 25X-987.

Los dos zoromes se apresuraron a entrar en la sala de observación de la astronave, donde otros hombres-máquina observaban con avidez la misteriosa nave espacial. Sus impulsos mentales se entrecruzaban rápidamente, como balas incorpóreas.

—¡Es muy pequeña!

—¡Va a poca velocidad!

—La nave no puede contener sino pocos tripulantes —señaló uno.

—Todavía no conocemos el tamaño de sus creadores —le recordó otro—. Tal vez haya miles en esa nave espacial. Podrían ser tan pequeños que hubiéramos de mirar dos veces antes de ver uno. Seres de este tipo no son desconocidos.

—Pronto la alcanzaremos y lo sabremos.

—Me gustaría saber si nos han visto.

—¿De dónde supones que vino?

—Del mundo que está debajo de nosotros —fue la suposición.

—Es posible.

## 2 - La misteriosa nave espacial

Los hombres-máquina abrieron paso a su líder, 25X-987, quien observó críticamente la nave espacial que tenían delante.

—¿Habéis intentado comunicaros con ella? —preguntó.

—No hay respuesta a ninguna de nuestras señales —fue la contestación.

—Entonces, colócate a su lado —ordenó el comandante—. Es lo bastante pequeña como para meterla en nuestro compartimiento de transporte, y con nuestros rayos de penetración podremos ver qué tipo de criaturas contiene. Por el tipo de nave espacial, es indudable que transporta seres inteligentes.

La nave espacial de los zoromes redujo la velocidad mientras se acercaba al misterioso vagabundo del vacío cósmico, que flotaba en la vecindad del mundo agonizante.

—Tiene una forma muy extraña —señaló 25X-987—. Es aún más pequeña de lo que anteriormente calculé.

Entre los hombres-máquina de Zor se había producido un hecho excepcional: eran presa de una gran curiosidad que no podían dejar de satisfacer. Como estaban acostumbrados a ver escenarios extraños y criaturas aún más extrañas, a vivir aventuras espeluznantes en diversos rincones del Universo, se habían templado frente a las incesantes sorpresas que solían encontrar. Era necesario algo muy llamativo para alterar sus actitudes imperturbables. No obstante, algo había en aquella extraña nave espacial, que se apoderaba de su imaginación. Tal vez una intuición subconsciente advirtió a sus mentes que se encontraban ante una aventura totalmente fuera de lo acostumbrado.

—Colócate a su lado —repitió 25X-987 al piloto mientras regresaba a la sala de mandos y miraba por un costado de la astronave hacia el pequeño vagabundo cósmico.

—Eso intento —replicó el hombre-máquina—, pero parece dar un salto cada vez que me acerco a cierta distancia de ella. Nuestra nave también parece dar un salto hacia atrás.

—¿Intentan evitarnos?

—No lo sé. Si así fuera, deberían tomar más velocidad.

—Tal vez avanzan a su velocidad máxima y ya no pueden aumentar la aceleración.

—¡Mira! —exclamó el operador—. ¿Has visto? ¡La cosa ha vuelto a saltar, apartándose de nosotros!

—Nuestra nave también se movió —dijo 25X-987—. He visto un fogonazo de luz disparado desde el otro lado de esa nave cuando ocurrió.

Otro hombre-máquina entró para hablar con el comandante de la expedición zorome.

—Utilizan rayos repelentes de radio para impedir que nos acerquemos —informó.

—Contraataca —ordenó 25X-987.

El interpelado se alejó y el hombre-máquina que estaba al mando de la nave intentó acercarse de nuevo al misterioso vagabundo del espacio que circulaba entre los planetas. Tuvo éxito y esta vez no se produjo el resplandor de los rayos de repulsión al otro lado del largo cilindro de metal.

Pasaron al compartimiento de la nave interplanetaria donde introducían los diversos objetos hallados en la inmensidad del espacio. Luego aguardaron pacientemente a que los demás hombres-máquina abrieran el costado de la nave espacial e introdujeran el extraño cilindro alargado.

—¡Colocadlo bajo el rayo de penetración! —ordenó 25X-987—. ¡Así sabremos qué contiene!

Todo el grupo de zoromes se había reunido alrededor del largo cilindro, cuyo casco de planchas de níquel resplandecía. Observaron con interés aquel objeto de cuatro metros y medio, un poco afilado hacia la base. La cabeza era una ojiva puntiaguda como una bala. De la base salían ocho protuberancias cilíndricas, y los cuatro costados llevaban aletas como las que tienen las bombas de aviación para estabilizar su trayectoria y no desviarse a través de la atmósfera. De la base del extraño aparato sobresalía una palanca, y a un lado del casco se veía una puerta que seguramente se abría hacia afuera. Uno de los hombres-máquina se acercó para abrirla, pero se detuvo al advertirle el comandante:

—¡No la abras! ¡Todavía no sabemos qué contiene!

Uno de los hombres-máquina proyectó una serie de luces sobre el cilindro. Éste quedó envuelto en una niebla de luz que atravesó los costados metálicos de la misteriosa nave espacial. El interior del cilindro quedó visible como si hubiera sido abierto. Los hombres maquina, que esperaban ver algunas criaturas extrañas moviéndose dentro del cilindro de metal, observaron estupefactos el interior. Sólo había un ser que yacía totalmente inmóvil, ya fuera en un estado de animación suspendida o de muerte. Medía aproximadamente dos veces la estatura de los hombres mecánicos de Zor. Durante largo rato lo observaron en un silencio meditativo, y luego el líder les ordenó:

—Sacadlo del recipiente.



Desconectaron el mecanismo de los rayos de penetración, y dos hombres-máquina avanzaron con rapidez para abrir la puerta. Uno de ellos se asomó para contemplar el cuerpo yacente del individuo de aspecto extraño, con sus cuatro apéndices. La criatura yacía en un emplazamiento lujosamente tapizado, con una correa ajustada al mentón y otras cuatro que sujetaban los apéndices superiores e inferiores al interior del cilindro. Un hombre-máquina las desató, y con ayuda de su compañero extrajo el cuerpo del ser desconocido, sacándolo del féretro cósmico en donde lo habían encontrado.

—¡Está muerto! —dictaminó uno de los hombres-máquina después de examinar prolongada y cuidadosamente el cadáver—. Lleva mucho tiempo así.

—En su mente hay extrañas trazas de pensamiento —comentó otro.

Uno de los hombres-máquina, cuyo cuerpo metálico era de un color diferente al de sus compañeros, se acercó e inclinó su cuerpo cúbico sobre el de la criatura extraña y fría, que estaba cubierto por fantásticos atavíos. Examinó un instante el organismo muerto y luego se dirigió a sus compañeros:

—¿Os gustaría conocer su historia? —preguntó.

—¡Sí! —fue la respuesta unánime.

—Así será —fue el ultimátum—. Llevadlo a mi laboratorio. Le extraeré el cerebro y volveré a poner en actividad las células. Volveremos a darle vida transplantando su cerebro a la cabeza de una de nuestras máquinas.

Dicho esto, ordenó a dos zoromes que transportaran el cadáver al laboratorio.

Mientras la astronave navegaba cerca del tercer planeta que 25X-987 había decidido visitar antes de encontrar el cilindro de metal con su extraño habitante, 8B-52, el experimentador, trabajo sin descanso en su laboratorio para revivir las células cerebrales muertas hacía mucho tiempo. Finalmente, después de cumplir su propósito, y viendo coronados sus esfuerzos por el éxito, trasplantó el cerebro a la cabeza de una máquina. El cerebro fue despertado a la conciencia. El cuerpo de la criatura fue desechado después de extraer el cerebro, único elemento que importaba.

### 3 - Retorno a la vida

Cuando el profesor Jameson recuperó el conocimiento, experimentó una extraña sensación. Estaba enfermo. Los doctores no esperaban que sobreviviera; se lo dijeron sinceramente, pero no le importó al pensar en los largos y felices años que dejaba atrás. Tal vez no falleció en ese momento. Se preguntó cuánto tiempo había dormido. Qué raro se sentía... como si no tuviera cuerpo. ¿Por qué no podía abrir los ojos? Lo intentó con gran esfuerzo. Sólo percibió una espesa niebla. Había tenido los ojos abiertos todo

el tiempo, pero no veía. Qué raro, pensó. Había silencio junto a su lecho. Los médicos y las enfermeras habrían salido para dejarle dormir... ¿o morir?

Maldijo la niebla que velaba sus ojos, privándole de visión. Llamaría a su sobrino. Intentó en vano gritar la palabra «Douglas». ¿Dónde estaba su boca? Le pareció que había perdido el habla. ¿Era todo esto un delirio? El extraño silencio... tal vez había perdido el sentido del oído junto con la capacidad de hablar y, además, no lograba ver nada claramente. La niebla se había convertido en una mezcolanza de objetos indistintos, algunos de los cuales se movían frente a él.

Tuvo conciencia de un impulso que exploraba su mente para averiguar cómo se sentía. También sintió otras ideas extrañas que parecían quedar impresas en su cerebro, pero el pensamiento relativo a su indisposición se sobreponía insistentemente a las ideas secundarias. Incluso le pareció que alguien se dirigía a él e, instintivamente, intentó pronunciar un sonido y explicarles cuán raro se sentía. Parecía que le habían quitado la voz; no podía hablar, aun esforzándose en hacerlo. Era inútil. Pero, cosa rara, el impulso dentro de su mente parecía contentarse con el esfuerzo y le hizo otra pregunta: ¿De dónde venía? Qué pregunta extraña... puesto que estaba en su casa. Así respondió. ¿Siempre había vivido allí? Claro que sí, por supuesto.

El anciano profesor empezaba a comprender su estado. Al principio, sólo fue una extrañeza moderada y pasiva ante su impotencia y los pensamientos extraños que recorrían su mente. Procuró sacudirse el letargo.

De súbito su visión se hizo clara y... ¡qué sorpresa! ¡Podía ver todo lo que le rodeaba sin mover la cabeza! ¡Y podía ver el techo de su cuarto! ¿Su cuarto? ¡Como si fuera su cuarto! No... no podía ser. ¿Dónde estaba? ¿Qué eran aquellas extrañas máquinas que tenía delante? Se movían sobre cuatro patas. Seis tentáculos salían de sus cuerpos cúbicos. Una de las máquinas estaba cerca de él. Un tentáculo se alargó desde la cosa y le acarició la cabeza. Una sensación muy extraña sobre su frente. Obedeció instintivamente al impulso de apartar el artefacto de metal con las manos.

Sus brazos no se levantaron; en su lugar, seis tentáculos se alzaron para apartar a la máquina. El profesor Jameson profirió una exclamación mental, sorprendido al comprobar el resultado de su intención de apartar a la extraña caricatura de máquina, de aspecto extraterrestre. Bajó con ansiedad la mirada hacia su propio cuerpo para ver de dónde provenían los tentáculos, y su sorpresa se convirtió en absoluto terror y asombro. ¡Su cuerpo era idéntico al de la máquina móvil que tenía delante! ¿Dónde estaba? ¿Qué le había sucedido de improviso? Hacía unos instantes, estaba en su lecho, con los médicos y su sobrino a su lado, esperando la muerte. Las últimas palabras que había escuchado fueron pronunciadas en voz baja por uno de los médicos:

—Ya no podemos hacer nada.

Pero, evidentemente, no había muerto. Una idea horrible lo invadió. ¿Así era la vida después de la muerte? ¿O se trataba de una ilusión de la mente? Notó que la máquina que tenía enfrente intentaba comunicarle algo. Cómo lo haría, pensó el profesor, si no tenía boca. El intento de comunicarle la idea se intensificó. La sugerencia del hombre-máquina estaba en su mente. Telepatía, pensó.

La criatura le preguntaba que de dónde venía. No lo sabía; su mente era un torbellino de pensamientos e ideas en conflicto. Permitió que lo condujeran hasta una ventana y que la máquina, con un tentáculo móvil, señalara hacia un objeto exterior. Experimentó una sensación extraña al caminar sobre cuatro patas de metal. Miró por la ventana y quedó tan azorado por lo que vio, que estuvo a punto de caerse.

El profesor miraba desde la inmensidad infinita del espacio, a través del vacío cósmico, hacia un planeta inmenso e inmóvil. Creyó que era una ilusión lo que hacía que su mente y su visión le comunicasen impresiones tan extrañas. Le parecía sufrir una pesadilla. Observó con atención la topografía del globo gigantesco que se veía allá lejos. Al mismo tiempo veía a su alrededor el grupo de criaturas mecánicas que le observaban, y tuvo conciencia de una conversación telepática que se realizaba a sus espaldas... o quizá delante de él. ¿Qué era delante y qué era detrás? Los ojos rodeaban su cabeza, y no podía distinguir entre los cuatro costados de su cuerpo cúbico. Descubrió que sus patas mecánicas podían desplazarle en las cuatro direcciones con toda facilidad.

Estaba seguro de que aquel planeta no era la Tierra. Ninguno de los continentes conocidos aparecía ante sus ojos. Entonces vio la gran bola opaca y roja del sol agonizante. No era el Sol que conocía. Había sido mucho más brillante.

—¿Vienes de ese planeta? —le llegó el impulso mental de la máquina que tema a su lado.

—No —respondió.

Luego permitió que los hombres-máquina —suponía que eran hombres-máquina y razonó que, de algún modo u otro, mediante una maravillosa transformación lo habían convertido en un ser igual a ellos— lo condujeran por la nave, que aquel momento veía por primera vez. Se convenció de que era un artefacto interplanetario o astronave.

Entonces, 25X-987 lo condujo al compartimiento donde había quedado el extraño recipiente que encontraron flotando cerca del mundo inexplorado. Le mostraron el largo cilindro.

—¡Es mi cohete satélite! —exclamó el profesor Jameson para sí, aunque, en realidad, todos los hombres-máquina leían claramente sus pensamientos—. ¿Qué hace aquí?

—Encontramos tu cuerpo muerto en su interior —respondió 25X-987. Después de ponerlo nuevamente en actividad, tu cerebro fue trasladado a la máquina. Desechamos tu antigua carcasa.

El profesor Jameson quedó confundido por las palabras del hombre-máquina.

—Entonces ¡estaba muerto! —exclamó el profesor—. ¡Y mi cuerpo fue colocado dentro del cohete para permanecer eternamente intacto hasta el fin del tiempo terrestre! ¡Que éxito! ¡He alcanzado un éxito sin precedentes! —se dirigió al hombre-máquina—. ¿Cuánto tiempo estuve así? —preguntó excitado.

—¿Cómo podemos saberlo? —respondió el zorome—. Recogimos tu cohete hace muy poco tiempo, menos de un día según tu sistema de medir el tiempo. Ésta es la primera

visita que hacemos a tu sistema planetario, y hemos encontrado tu cohete por casualidad. ¿Así que es un satélite? No lo estudiamos lo suficiente como para averiguar si lo era o no. Al principio, supusimos que se trataba de otra nave espacial viajera, pero cuando se negó a responder a nuestras señales, investigamos.

—Entonces, lo que vi era la Tierra —dedujo el profesor—. No es extraño que no la haya reconocido. La topografía ha cambiado demasiado. ¡Cuan diferente está el Sol!... Debo de haber muerto hace más de un millón de años.

—Muchos millones —corrigió 25X-987—. Los soles del tamaño de éste no se enfrían en un tiempo tan breve como el que tú indicas.

El profesor Jameson, a pesar de todos los inventos sorprendentes que había realizado antes de su muerte, quedó sobrecogido por la realidad.

— ¿Quiénes sois? —preguntó de súbito.

—Somos los zoromes, de Zor, un planeta de un sol situado muy lejos en el Universo.

Luego, 25X-987 explicó al profesor Jameson algunas cosas sobre cómo los zoromes habían alcanzado su avanzado desarrollo y detenido instantáneamente todos los nacimientos, la evolución y las muertes de su pueblo, convirtiéndose en hombres-máquina.

#### 4 - El mundo agonizante

—Y ahora habíamos de ti y de tu mundo —pidió 25X-987.

El profesor Jameson, famoso conferenciante universitario y muy acostumbrado a resumir la historia, la evolución y la sucesión de los acontecimientos terrestres desde el nacimiento de la civilización hasta su propia época, dio comienzo a su relato. Al principio, el discurso mental le resultó difícil, pero pronto se acostumbró a manejarlo fácilmente y acabó por agraderle más de lo que le había gustado el discurso oral. Los zoromes escucharon interesados el largo relato, y por último el profesor Jameson concluyó:

—Evidentemente, mi sobrino cumplió mis instrucciones —terminó el profesor— y colocó mi cuerpo en el cohete que inventé, lanzándolo al espacio, donde durante todos estos millones de años he sido un satélite de la Tierra.

—¿Realmente deseas saber cuánto tiempo permaneciste muerto hasta que te encontramos? —preguntó 25X-987—. Sería interesante averiguarlo.

—Sí, me gustaría mucho saberlo —replicó el profesor.

—Nuestro mejor matemático, 459C-79, te lo dirá.

El matemático se adelantó. A un costado de su cuerpo cúbico llevaba muchos botones dispuestos en largas hileras y en cuadros.

—¿Cuál es tu medida de longitud? —preguntó.

—Un kilómetro.

—¿Cuántas veces cabe el largo de tu satélite cohete en un kilómetro?

—Mi cohete mide cinco metros. La longitud de mi cohete cabe doscientas veces en un kilómetro.

El matemático apretó algunos botones.

—¿A qué distancia o a cuántos kilómetros se hallaba tu planeta del Sol en esa época?

—A ciento cincuenta millones de kilómetros —fue la respuesta.

—Y el satélite de tu mundo, eso que en tu planeta llamabais Luna, ¿a qué distancia se hallaba de la Tierra?

—Trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros.

—¿Y tu cohete?

—Lo preparé para que orbitase a ciento cinco mil kilómetros de distancia de la Tierra.

—Cuando lo recogimos, sólo se hallaba a treinta y dos mil kilómetros de la Tierra —dijo el matemático, apretando otros botones—. Ahora el Sol y la Luna también están mucho más cerca de tu planeta.

El profesor Jameson lanzó una exclamación mental de asombro.

—¿Sabes cuánto tiempo has navegado en tu satélite alrededor del planeta? —preguntó el matemático—. Desde que comenzaste ese viaje, el planeta al que llamas Tierra ha girado alrededor del Sol más de cuarenta millones de veces.

—¡Cuarenta... millones... de... años! —exclamó, vacilante, el profesor Jameson—. ¡Entonces la humanidad ha debido desaparecer de la Tierra hace mucho tiempo! ¡Soy el último hombre de la Tierra!

—Ahora es un mundo muerto —intervino 25X-987.

—Naturalmente —puntualizó el matemático—, los últimos millones de años fueron más cortos que cuando tú vivías. La órbita de la Tierra es de menor diámetro y la velocidad de revolución se ha incrementado enormemente, debido a su aproximación al Sol en proceso de enfriamiento. Diría que tu año era unas cuatro veces más largo que el lapso que ahora emplea tu viejo planeta en circunnavegar el Sol.

—¿Cuántos días tenía tu año?

—Trescientos sesenta y cinco.

—La rotación de ese planeta ha cesado totalmente.

—Parece extraño que tu satélite cohete consiguiera evitar los meteoros durante tanto tiempo —observó 459C-79, el matemático,

—Rayos de repulsión radiactiva, que funcionaban automáticamente —explicó el profesor.

—Los mismos rayos que nos impidieron acercarnos a tu cohete, hasta que los neutralizamos —declaró 25X-987.

—Moriste y fuiste lanzado al espacio mucho antes de que existiera vida en Zor —monologó uno de los hombres-máquina—. Nuestro pueblo ni siquiera había nacido cuando el tuyo probablemente ya había desaparecido por completo de la faz de la Tierra.

—Escucha a 72N-4783 —dijo 25X-987—; es nuestro filósofo y le encanta recordar la vida pasada de Zor, cuando éramos criaturas de carne y hueso y la amenaza de la muerte pendía sobre nuestras cabezas. En esa época, a semejanza de la vida que conociste, nosotros nacíamos, vivíamos y moríamos, en un período de tiempo comparativamente muy breve.

—Naturalmente, el tiempo ha terminado por perder significado para nosotros, en especial cuando salimos al espacio —observó 72N-4783—. Jamás lo tenemos en cuenta durante las expediciones, aunque en Zor los cálculos se llevan con exactitud. A propósito, ¿sabes cuánto tiempo hemos estado escuchando la historia de tu planeta? Ya sabes que nuestros cuerpos mecánicos jamás se cansan.

—Bien —rumió el profesor Jameson, calculando una cantidad generosa de tiempo—. Supongo que alrededor de medio día, aunque me pareció mucho menos.

—Te hemos escuchado durante cuatro días —respondió 72N-4783.

El profesor Jameson quedó realmente estupefacto.

—En realidad, no me proponía ser tan pesado —se disculpó.

—No es nada —respondió el otro—. Tu relato era interesante, y aunque hubiera sido doblemente largo no habría importado ni nos habría parecido más largo. El tiempo es meramente relativo, y en el espacio el tiempo real no existe en lo más mínimo, lo mismo que la interrupción de tu vida durante cuarenta millones de años te pareció de pocos momentos. Comprendimos que era así cuando nos llegaron tus primeras impresiones mentales después de revivir.

—Sigamos hasta tu planeta Tierra —dijo 25X-987—. Tal vez allí encontremos revelaciones aún más sorprendentes.

A medida que la nave espacial de los zoromes se acercaba a la esfera desde donde había sido lanzado el profesor Jameson en su cohete hacia cuarenta millones de años, éste se preguntaba cuál sería el aspecto de la Tierra y qué cambios radicales encontraría. Ya sabía que las condiciones geográficas de los diversos continentes se habían modificado. Lo había visto desde la astronave.

Poco después aterrizaron. Los viajeros espaciales de Zor y el profesor Jameson salieron de la cosmonave para recorrer la superficie del planeta. La Tierra había dejado de rotar, de modo que un hemisferio miraba siempre hacia el Sol. Este lado de la Tierra alcanzaba una temperatura considerable mientras su antípoda, apartado siempre de la luminaria solar, era un yermo helado y desolado. Los viajeros espaciales de Zor no se atrevieron a internarse demasiado en ninguno de los hemisferios, sino que se posaron en la franja de territorio, unos mil quinientos kilómetros, que separaba la mitad congelada de la Tierra de su antípoda castigada por el Sol.

Mientras salía de la cosmonave junto a 25X-987, el profesor Jameson observó con sorpresa la gran transformación que habían producido cuatrocientos mil siglos. La superficie de la Tierra, su cielo y el Sol habían cambiado muchísimo y parecían extraterrestres. Hacia el este, la bola carmesí del Sol, ya menguado en su actividad, descansaba sobre el horizonte iluminando el día eterno. La Tierra colgaba inmóvil del cielo mientras giraba alrededor de su padre solar, acercándose con caída lenta pero segura hacia el gran cuerpo astral. Los dos planetas interiores, Mercurio y Venus, se hallaban ahora muy cerca de la esfera roja, cuya brillantez radiante y deslumbradora se había perdido durante el proceso de enfriamiento. Pronto los dos planetas más cercanos sucumbirían a la fuerte atracción y regresarían a los pliegues llameantes de donde habían sido despedidos como cuerpos gaseosos en el pasado oscuro y milenario, cuando su carrera recién comenzaba.

La atmósfera estaba muy tenue, y el profesor Jameson vio con sorprendente claridad a través de ella, sin que sus ojos se vieran afectados, el enorme perímetro del Sol moribundo. Debido a su proximidad relativa, parecía varias veces más grande que cuando lo viera por última vez, antes de morir. La Tierra se había acercado mucho a la gran estrella alrededor de la cual giraba.

Hacia el oeste, el cielo era negro azabache, excepto el resplandor iridiscente de las estrellas que tachonaban aquella zona de los cielos. Mientras miraba, un débil resplandor cubrió el cielo occidental, aclarándolo poco a poco, y la Luna llena se alzó majestuosamente sobre el horizonte, lanzando su brillo pálido y etéreo sobre el mundo agonizante. Era varias veces mayor de lo que había sido durante el tiempo natural de vida del profesor Jameson. La mayor atracción de la Tierra acercaba la Luna del mismo modo que el Sol atraía la Tierra.

El inhóspito paisaje que veía el profesor representaba el estado al cual había llegado la Tierra. Era una extensión impresionante de soledad, donde no quedaban rastros de la abundante vida que había conocido en épocas pasadas y mejores. El escenario espeluznante y hermoso mostraba a sus ojos un panorama melancólico, que sumió sus pensamientos a una abstracción tenebrosa, con su influencia funesta y deprimente. De súbito, aquel espectáculo fúnebre y opresor lo asoló con el frío de una terrible soledad.

El hombre-máquina 25X-987 le sacó de sus dolorosos recuerdos.

—Caminemos y veamos si encontramos algo. Puedo comprender cómo te sientes al recordar el pasado. Es triste..., pero, tarde o temprano, le sucederá a todos los mundos, incluso a Zor. Cuando llegue ese momento, los zoromes encontraremos un nuevo planeta donde vivir. Si viajas con nosotros, te acostumbrarás a ver mundos muertos e inhabitados, al igual que otros nuevos y hermosos que laten de vida y energía. Claro que como éste es tu mundo, tiene para ti un valor sentimental especial. Pero, en realidad, es sólo un planeta entre miles de millones.

El profesor Jameson guardó silencio.

—Me gustaría saber si encontraremos ruinas —agregó 25X-987.

—Creo que no —replicó el profesor—. Recuerdo haber oído declarar a un científico eminente de mi época que, pasados cincuenta mil años, todas las obras y las demás creaciones del hombre quedarían totalmente borradas de la superficie de la Tierra.

—Y tenía razón —afirmó el hombre-máquina de Zor—. El tiempo es un gran destructor.

Los hombres-máquina vagabundearon durante largo rato por la monótona superficie de la Tierra, y luego 25X-987 propuso que fueran a explorar el otro hemisferio. Se trasladaron al otro lado de la Tierra en la cosmonave, manteniéndose cerca del cinturón de sombra que rodeaba totalmente el globo como un anillo gigantesco. En el lugar donde aterrizaron se alzaba una serie de conos con cumbres huecas.

—¡Volcanes! —exclamó el profesor.

—Extinguidos —agregó el hombre-máquina.

Alrededor de cincuenta hombres-máquina y el profesor Jameson salieron de la astronave y se dedicaron a explorar las cumbres de formas curiosas. El profesor se alejó del grupo y se acercó a una de las depresiones en forma de taza, quedando fuera de la vista de sus compañeros, los zoromes.

## 5 - Eternidad o muerte

Se hallaba en el centro de la cavidad, cuando el terreno blando cedió de repente y se precipitó hacia la oscuridad. Rodó a través de la tiniebla estigia en lo que parecía una caída interminable. Finalmente se estrelló contra algo duro. La delgada costra del cráter había cedido, precipitándolo hacia la profunda caldera hueca.

Debió caer durante largo rato... o eso le pareció. ¿Cómo no estaba desmayado o muerto? Luego se palpó con tres de sus tentáculos. Sus patas metálicas eran cuatro masas rotas y



retorcidas, y la mitad inferior de su cuerpo cúbico estaba deformada y agrietada. No podía moverse, y de los seis tentáculos, tres estaban paralizados.

¿Cómo lograría salir de allí?, se preguntó. Tal vez los hombres-máquina de Zor no acertasen a encontrarle. Y entonces, ¿qué sería de él? Permanecería para siempre en un estado inmortal y monótono, incapaz de moverse para salir del agujero negro del cráter. ¡Qué idea tan horrible! No podría morir de hambre; la comida era desconocida entre los zoromes, ya que las máquinas no necesitaban alimentos. Ni siquiera podría suicidarse. La única forma de morir sería aplastando la sólida cabeza de metal pero, en su estado actual de inmovilidad, ello era imposible.

Repentinamente se le ocurrió emitir pensamientos pidiendo ayuda. ¿Recibirían sus mensajes los zoromes? Se preguntó hasta qué distancia podrían transmitir los mensajes telepáticos. Concentró los poderes de su mente en la petición de socorro, y señaló varias veces su posición y estado. Luego vació la mente para recibir las respuestas de los zoromes. No recibió nada. Volvió a intentarlo. Seguía sin recibir respuesta. El profesor Jameson se desanimó.

Era inútil. Los mensajes telepáticos no llegaban hasta los hombres-máquina de Zor. Estaban demasiado lejos, del mismo modo que una persona puede hallarse fuera del alcance de la voz de otra. ¡Estaba condenado a un terrible destino! Hubiera sido mejor que su cohete jamás hubiera sido encontrado. Deseó que los zoromes lo hubieran destruido en vez de devolverle la vida... ¡para esto!

De pronto, sus pensamientos se interrumpieron.

—¡Allá vamos!

—¡No te desanimes!

Si el cuerpo mecánico del profesor hubiera tenido corazón, éste habría saltado de alegría ante estas agradables sollicitaciones mentales. Poco después, apareció por la grieta escabrosa del cráter donde había caído la cabeza de metal de uno de los hombres-máquina.

—Pronto te sacaremos de aquí —dijo.

El profesor nunca supo cómo lo lograron, porque perdió el conocimiento bajo la influencia de cierto rayo de luz extraño que ellos proyectaron sobre él en su prisión. Cuando volvió en sí se halló en el interior de la nave espacial.

—Si al caer te hubieras aplastado la cabeza, todo habría terminado para ti —fueron los primeros impulsos mentales que recibió—. Tal como ocurrió, podremos repararte.

—¿Por qué no respondisteis la primera vez que os llamé? —preguntó el profesor—. ¿No me oísteis?

—Te oímos y respondimos, pero tú no. Como sabes, tu cerebro es distinto al nuestro y, aunque puedes enviar ondas de pensamiento tan lejos como nosotros, no puedes recibirlas desde una distancia tan grande.

—Estoy destrozado —dijo el profesor, mirando sus miembros retorcidos, los tentáculos paralizados y el cuerpo abollado.

—Te arreglaremos —fue la respuesta—. Tienes suerte al no haberte aplastado la cabeza.

—¿Qué haréis conmigo? —inquirió el profesor—. ¿Trasladaréis mi cerebro a otra máquina?

—No, no es necesario. Simplemente sacaremos tu cabeza y la montaremos sobre otro cuerpo mecánico.

Los zoromes se pusieron inmediatamente a trabajar, y poco después separaron la cabeza metálica del profesor Jameson de la máquina destrozada por la caída. Durante la operación indolora, el profesor mantuvo una serie de intercambios de pensamiento en conversación con los zoromes. Al cabo de lo que le pareció poco tiempo, su cabeza coronaba una nueva máquina y estaba preparado para seguir explorando. Durante la operación, la astronave había ganado una nueva posición y, mientras bajaban, 25X-987 acompañó al profesor Jameson.

—Será mejor que te vigile —dijo—. Te meterás en más dificultades hasta que te hayas acostumbrado al organismo metálico.

Pero el profesor Jameson estaba distraído, pensando. Indudablemente, aquellos extraños hombres-máquina que habían rescatado su cohete de la inmensidad del espacio y le habían devuelto la vida, esperaban que viajara con ellos e ingresara en las filas de los zoromes. ¿Deseaba él ir con ellos? No lograba decidirse. Había olvidado que los hombres-máquina podían leer sus pensamientos, incluso los más íntimos.

—¿Deseas quedarte solo aquí, en la Tierra? —preguntó 25X-987—. Tienes derecho a hacerlo si realmente lo deseas.

—No lo sé —respondió sinceramente el profesor Jameson.

Observó el polvo que pisaban sus pies. Probablemente era el mismo que había formado los cuerpos humanos, y que según las épocas había configurado otras estructuras atómicas, otras formas extrañas de vida que sucedieron a la humanidad. Era la ley del átomo que nunca muere. Ahora estaba en condiciones de vivir perpetuamente. ¡Si lo deseaba, podía ser inmortal! Sería una inmortalidad animada por interminables aventuras en el vasto e ilimitado Universo, en medio de la galaxia de estrellas y planetas.

Se apoderó de él una sensación de soledad. ¿Sería feliz entre aquellos hombres-máquina de otro mundo lejano, entre los zoromes? Eran amables y le cuidaban. ¿Que más podía desear? Pero despertó en él el deseo de la especie, la llamada de la humanidad. Era

irresistible. ¿Qué hacer? ¿No era todo inútil? Hacía mucho que la humanidad había desaparecido de la Tierra. Millones de años. Se preguntó qué había más allá de la muerte... de la muerte verdadera, cuando el cuerpo se descompone y se consume para regresar al polvo e integrar nuevas estructuras atómicas.

Se preguntó si estuvo o no muerto durante esos cuarenta millones de años... Supuso que había estado meramente en condiciones de animación suspendida. Recordó que un científico de su época había afirmado que el cuerpo no muere cuando se certifica oficialmente la muerte. Según las afirmaciones de aquel hombre, las células corporales no mueren cuando cesan la respiración, los latidos cardíacos y la circulación sanguínea, sino que su vida vegetativa se prolonga durante varios días más, sobre todo las células óseas, que son las últimas en morir.

Tal vez, cuando fue lanzado al espacio en el cohete, inmediatamente después de su muerte, la acción del vacío cósmico logró detener la lenta descomposición de las células de su cuerpo y mantenerlo en un estado de animación suspendida durante millones de años. ¿Y si realmente muriera... destruyendo su propio cerebro? ¿Qué había más allá de la muerte real? ¿Existiría un plano de existencia mejor que el que los zoromes podían ofrecerle? ¿Redescubriría a la humanidad, o quizás ésta se había elevado desde hacía mucho tiempo a planos más altos de la existencia o la reencarnación? ¿Existía el tiempo más allá del umbral misterioso de la muerte? Si no fuese así, entonces le resultaría posible reunirse con las almas de la raza humana. ¿Había estado verdaderamente muerto todo ese tiempo? Si era así, sabía lo que le esperaba si destruía realmente su propio cerebro. ¡El olvido!

El intenso sentimiento de soledad volvió a recorrerlo, agarrotándolo con su puño melancólico. Desesperado, decidió acercarse al precipicio más cercano y saltar... ¡de cabeza! La humanidad lo llamaba; ningún hombre vivo quedaba para acompañarlo. Sus cuatro miembros metálicos lo llevaron rápidamente hasta la cumbre de un precipicio cercano. ¿Por qué no apostar a favor del más allá? El hombre-máquina 25X-987 comprendió sus pensamientos y no intentó detenerlo. El oriundo de Zor esperó con paciencia.

Mientras meditaba sobre el salto que lo lanzaría a un nuevo plano de existencia o al olvido, el profesor Jameson recibió el pensamiento de 25X-987. Estaba cargado de una sabiduría destilada en muchos planetas y en miles de siglos de experiencia.

—¿Por qué saltar? —preguntó el hombre-máquina—. El mundo agonizante encierra tu imaginación en una sugerencia mórbida. Es una cuestión de actitud mental. Libera tu mente de ese influjo fascinante y ven con nosotros a visitar otros mundos, la mayoría de los cuales son hermosos y nuevos. Entonces conocerás una gran diferencia. ¿Vendrás?

El profesor lo pensó un momento mientras combatía el impulso de lanzarse por el barranco hacia las seductoras rocas que se veían abajo. Pero entonces experimentó una súbita inspiración; se apartó del precipicio y volvió a reunirse con 25X-987.

—Iré —declaró.

Al fin y al cabo, más valía ser inmortal y unirse a los zoromes en sus interminables aventuras de mundo en mundo. Se apresuraron a regresar a la astronave para escapar a

la influencia lóbrega y letal del mundo agonizante, que había estado a punto de empujar al profesor Jameson y hacerle dar el salto fatal hacia el olvido.

\* \* \*

El Satélite Jameson es un notable ejemplo de los errores de la ciencia-ficción anterior a la era de Campbell. Los supuestos científicos no se integran en el relato, sino que se intercalan en bloques inasimilables que quiebran la acción. Además, los datos científicos son inexactos, incluso para el estado de los conocimientos en esa época.

Por ejemplo, en 1931, el radio todavía era considerado como la fuente más rica y natural de radiactividad, de modo que resulta lógico proponer su empleo como energía propulsora de un satélite (lanzado en 1958: casi acierta, dicho sea de paso). Sin embargo, ni en 1931 ni hoy se tienen pruebas de que el radio posea «rayos de repulsión».

Es evidente que al comienzo de su carrera —sólo hacía un año que publicaba y éste fue su cuarto relato de ciencia-ficción—, Jones tampoco dominaba del todo el idioma. Seguramente, El Satélite Jameson es el cuento menos artísticamente escrito de los que incluye esta antología.

Pero a mis once años y medio, yo no me fijaba en ningún defecto de estilo y construcción. A mí me emocionó la sugerencia dolorosa de una posible inmortalidad frente a la visión de un triste fin del mundo, para no hablar de las espirales decrecientes de las órbitas planetarias de aquí a cuarenta millones de años (a propósito, no son suficientes; habría sido mejor decir cuarenta mil millones de años, si fuese así como habrá de morir el Sistema Solar. Que no lo es, en absoluto).

Además, los zoromes de Jones —de hecho, eran robots— son importantes en otro aspecto. Los cerebros orgánicos no eran sino un detalle. Jones los describe como seres mecánicos, haciéndolos objetivos pero no insensibles, benévolos pero no entrometidos. Ellos no tratan de emplear la fuerza para impedir que el profesor Jameson se suicide si realmente quiere hacerlo, sino que se limitan a persuadirle con argumentos imparciales.

La buena acogida por parte de los lectores solía manifestarse solicitando continuaciones del relato que había gustado. Los lectores (no sólo yo) quedamos tan conmovidos por El Satélite Jameson, que durante los siete años siguientes Jones tuvo que escribir unas doce «aventuras del profesor Jameson». En cada una de ellas, los zoromes visitaban un mundo nuevo y sorprendente. Aunque los zoromes nunca tuvieron personalidad individual, yo podía repetir de memoria las combinaciones de números y letras que designaban a los principales protagonistas.

Fueron los zoromes, que aparecieron por primera vez en El Satélite Jameson, quienes me sugirieron la idea de que podían existir robots benévolos dedicados a servir

fielmente al hombre, tal como aquellos habían atendido al profesor Jameson. Por eso, los zoromes son los antepasados espirituales de todos mis «robots positrónicos», desde Robbie hasta R. Daneel.

Algo que también prevalecía en la ciencia-ficción de la década de los 30 era el cuento de aventuras, provisto de los adornos científicos mínimos para cumplir con los requisitos del género. Los mejores ejemplos de este tipo de cuentos, muy corriente en las revistas de ciencia-ficción durante la primera mitad de la década, se hallan entre las obras del capitán S. P. Meek.

Entre 1930 y 1932, que fue su mejor época, este autor publicó en las revistas alrededor de treinta relatos, el mejor de los cuales fue *The Drums of Tapajos*, un cuento sobre una civilización perdida en el Amazonas que ya he mencionado dos veces.

Igualmente representativos, y lo bastante breves como para poder incluirlos aquí, son *Submicroscópico* y su continuación *Awlo de Ulm*, que aparecieron en dos números consecutivos de «*Amazing Stories*» (agosto y septiembre de 1931), y que me conmovieron con los románticos amores del «chico» y la «chica». Ese tema llegaba en un momento oportuno de mi vida.

## SUBMICROSCOPICO

Capitán S. P. Meek

Después de muchos meses de sacrificio agotador, mi tarea está terminada. Hoy, al ponerse el sol, he soldado la última conexión de mi Mecanismo de Vibración Electrónica y lo he probado mientras anochece. Funciona perfectamente y mañana, al amanecer, abandonaré este plano, espero que para siempre. Al principio pensaba desaparecer sin dejar rastro, como hice la primera vez, pero mientras estoy sentado esperando el amanecer, esta opción me parece poco justa. En conjunto, este plano me ha tratado bastante bien y realmente conviene que deje algún testimonio de mis descubrimientos y de mis aventuras, que probablemente son las más extrañas que haya vivido un hombre de este plano. Además, esto me ayudará a pasar el tiempo hasta que pueda emprender viaje.

Me llamo Courtney Edwards. Nací hace treinta y cuatro años en la ciudad de Honolulu, hijo único del productor de azúcar más acaudalado de las islas. Cuando alcancé la edad de asistir a la escuela secundaria, fui enviado al continente y aquí me he quedado. La

muerte de mis padres hizo de mi un hombre rico, y ya no deseé retornar al escenario de mi infancia.

Durante la guerra estuve en Aviación, y cuando terminó me despojé del traje oliva y regresé a la universidad de Minneconsin para terminar mis estudios. Mi interés hacia la ciencia nació cuando asistí a una conferencia sobre la composición de la materia. Era una conferencia para estudiantes de carreras no científicas de modo que podía comprender lo que se decía. El conferenciante era el doctor Harvey, uno de los catedráticos más populares. Incluso hoy me parece estar viéndole allí, de pie, y recuerdo algunas de sus palabras.

—Para darnos una idea sobre el tamaño de un átomo —dijo—, tomaré como ejemplo un milímetro cúbico de gas hidrógeno a una temperatura de cero grados centígrados y a presión normal. Este contiene aproximadamente noventa cuatrillones de átomos. Una cantidad casi inconcebible. Pensar en este enorme número de partículas contenidas en un cubo cuya arista mide un milímetro; a su vez, cada átomo es tan pequeño en relación con el espacio que existe entre ellos que, en comparación, el sistema solar está atestado. Sin embargo, y a fin de averiguar la composición final de la materia, nos vemos obligados a analizar unidades aún más pequeñas. El átomo no es una partícula indivisible, sino que está formado por partículas menores llamadas protones y electrones. Los protones son partículas cargadas de electricidad positiva, que forman el centro o núcleo de los átomos; los electrones son partículas cargadas de electricidad negativa, algunas de las cuales giran alrededor del centro y, en la mayoría de los elementos, otras forman parte del núcleo. Cada una de estas partículas es tan pequeña comparada con el espacio que existe entre ellas como los átomos comparados con la molécula.

La cabeza me daba vueltas cuando salí del salón de conferencias. Mi imaginación había quedado cautivada por la idea de contar y medir estas partículas infinitesimales. Al día siguiente fui al despacho del doctor Harvey y solicité una entrevista.

—Doctor, me gustaría hacerle algunas preguntas sobre su conferencia de anoche —le dije.

Sus afables ojos grises parpadearon y me indicó que me sentara.

—Según comprendí, doctor —comencé a decir—, el espacio entre los átomos y entre los electrones y protones de cada átomo es tan vasto comparado con su volumen, que si se pudieran concentrar los protones y electrones de un kilómetro cúbico de gas hasta que se tocaran, la masa resultante no sería visible ni siquiera bajo el microscopio.

—Ha expresado aproximadamente la idea, pero así es —respondió.

—En nombre del sentido común, ¿qué es lo que los mantiene separados? —inquirí.

—Cada átomo se halla en estado de movimiento violento —respondió—, recorriendo el espacio a gran velocidad, chocando continuamente con otros átomos y rebotando hasta que vuelve a chocar con otro átomo y rebota nuevamente. Los electrones también se hallan en un estado de agitación violenta, girando alrededor de los protones, y esta

combinación de fuerza centrífuga y atracción eléctrica mantiene al átomo en un estado de equilibrio dinámico.

—Una última pregunta, doctor, y le dejo. ¿Estas cosas que me ha dicho son hechos reales, susceptibles de demostración, o son, meramente, productos de una imaginación excesivamente activa?

Sonrió; luego se inclinó sobre el escritorio y respondió seriamente:

—Algunos son hechos probados que puedo demostrarle en el laboratorio. Por ejemplo, usted mismo, con los conocimientos adecuados, podría contar el número de átomos que hay en un volumen dado. Otras cosas que he dicho son meramente teorías o suposiciones audaces, que explican del mejor modo posible los hechos que conocemos. En la fisicoquímica existe un enorme campo de trabajo abierto a los hombres dotados de capacidad y paciencia para investigar. Nadie sabe lo que el futuro puede dar de sí.

El doctor me había comunicado su evidente entusiasmo.

—¡Seré uno de los hombres que harán esa tarea, si me acepta usted como alumno! — exclamé.

—Me agradaría mucho, Edwards —respondió—. Creo que usted tiene capacidad y voluntad. Solo el tiempo podrá decir si posee la paciencia.

Al día siguiente renuncié a mi curso y me matriculé por libre como alumno del doctor Harvey. Después de un período de intenso estudio de métodos, me hallé preparado para lanzarme a lo desconocido. Los trabajos de Bohr y Langmuir me atraían especialmente, y dediqué mis energías a estudiar el supuesto movimiento de los electrones alrededor de los protones del núcleo. Esta línea de investigación me llevó a intuir que el movimiento no era circular y constante, sino periódico y armónico simple, salvo cuando los períodos armónicos quedaban interferidos por los frecuentes choques.

Concebí un experimento que me demostró satisfactoriamente este hecho, y presenté los resultados al doctor Harvey para que lo comprobara. Aquella noche se llevó mis datos a su casa con intención de leerlos en la cama, como era su costumbre pero jamás volvió a levantarse de su lecho. La muerte me robó a mi preceptor, y fue nombrado decano de la Facultad de Química el doctor Julius. Le llevé mis resultados, pero solo recibí desdén y risas. El doctor Julius era un analista capaz, pero carecía de perspectiva y los árboles nunca le dejaban ver el bosque. A consecuencia de mi entrevista con él, abandoné rápidamente Minnenconsin y decidí continuar mi investigación en otro centro de estudio.

El problema que me interesaba analizar era la reducción de período de vibración de los átomos y de sus partes constitutivas. Si mi teoría acerca de su movimiento era correcta, sería posible amortiguar sus vibraciones y así condensar la materia y hacerla ocupar un volumen menor en el espacio. Pronto descubrí que los hombres como el doctor Harvey podían contarse con los dedos de una mano. No encontré un solo encargado de un departamento universitario que poseyera perspectiva suficiente como para comprender las posibilidades de mi investigación. Furioso, decidí seguir con mis experimentos a solas y apartado del mundo, hasta demostrar el acierto de mis teorías.

Pilotaba aviones por diversión y un día, mientras volaba de Salt Lake City a San Francisco, sobrevolé un valle fértil y verde oculto en los despeñaderos casi inaccesible de Timpahute, al sur de Nevada. Interrumpí mi paseo y aterricé en Beatty para hacer averiguaciones. No encontré a nadie que hubiera oído hablar de mi valle escondido. Hasta los más viejos exploradores ignoraban su existencia y se burlaron de mí cuando les aseguré que había visto correr agua y crecer árboles copudos en los yermos de Timpahute.

Comprobé la situación del valle, volé a San Francisco y ordené mis asuntos. Regresé en avión a Beatty, compré algunos pertrechos, aterricé al pie de los desfiladeros que ocultaban el valle y me puse a buscar a pie una entrada. Me costó un mes de cuidadosa búsqueda el encontrarla. Si se practicaban algunas voladuras, podría abrirse un camino transitable para los mulos. Los materiales que había pedido en San Francisco ya habían sido enviados a Beatty, y contraté muleros para que los transportaran a Timpahute. Establecí un depósito a kilómetro y medio del paso e hice descargar allí los materiales. Cuando se fueron, cargué mis propios mulos y me metí en el valle. No me interesaba que nadie supiera donde me hallaba y, por lo que sé, nadie se enteró.

Cuando terminé de trasladarlo todo, me puse a trabajar.

En pocos días pude aparejar en la corriente una rueda hidráulica de admisión inferior que me proporcionó energía suficiente para poner en marcha un generador eléctrico; de este modo, tuve a mi disposición la fuerza de veinte hombres. Construí una barraca de madera como laboratorio, con un cuarto para cocinar y dormir.

Tuve la suerte de no sufrir ningún revés importante en mi investigación, y unos catorce meses después había puesto a punto mi primer aparato. No pienso consignar como lo hice, pues creo que el mundo no está preparado para ello, pero daré alguna idea acerca de su aspecto y de cómo funcionaba. El mecanismo tiene una base circular de metal plateado (se trata de una aleación de paladio) que sustenta los seis soportes de la cúspide. Ésta, construida con la misma aleación que la base, es de forma parabólica, y cóncava hacia abajo. La parábola contiene una bobina de inducción coronada por un espinterómetro, de modo tal que el mecanismo se encuentra en el foco del reflector, pues eso es en realidad la cúspide. La bobina y el espinterómetro están conectados con otras bobinas y condensadores que son alimentados por grandes baterías de reserva colocadas alrededor del borde de la base. En cada uno de los seis soportes se ajusta un pequeño reflector parabólico con una bobina y un espinterómetro pequeños en el foco. Los pequeños reflectores están dispuestos de tal modo que enfocan la cúspide con el rayo generador, mientras que el gran espinterómetro superior baña el resto del aparato.

Cuando los espinterómetros y bobinas son recorridos por la corriente eléctrica, generan un rayo de longitud de onda similar a la de las vibraciones electrónicas y atómicas pero con un desfase de media onda. El rayo solo es eficaz si puede fluir libremente; la base y la cúspide actúan como conductores y también como aisladores, ya que absorben y transforman las vibraciones que caen sobre ellas de modo que no afectan a lo que está fuera del aparato ni a lo que se halla entre la base y la cúspide.

Naturalmente, tan pronto estuvo terminado lo probé. El aparato funciona al accionar un interruptor. Cogí una varilla de acero y lo puse en marcha. En seguida, el aparato



comenzó a encoger. Proferí un grito y me felicité a mí mismo. Me arrodillé para observar cómo disminuía rápidamente, pero de pronto comprendí que se volvería demasiado pequeño y que dejaría de verlo si no conseguía desconectar. Quise tocar el interruptor con la varilla, pero me había demorado demasiado. La vara no pasaba por el hueco existente entre los soportes laterales. Sentí la mortificación de ver cómo el producto de un año de trabajo disminuía cada vez más, hasta que finalmente se desvaneció.

La pérdida de mi máquina fue un gran golpe pero, al menos, había verificado mi teoría. Tras descansar algunos días, me puse a construir un duplicado. La senda ya estaba abierta, y necesité menos de un año para completar el segundo aparato. Lo probé y detuve el proceso de encogimiento cuando el mecanismo estaba aproximadamente a la mitad de su tamaño original. Entonces invertí la polaridad de las bobinas, comprobando con satisfacción que la máquina volvía a dilatarse hasta recuperar sus proporciones originales. En ese momento la desconecté, y comencé a planear experimentos para conocer sus limitaciones.

Cuando determiné a mi satisfacción que todo objeto inanimado colocado en la base se dilataba o contraía, ensayé con organismos vivientes. Primero experimenté con una liebre y descubrí que podía aumentar su tamaño hasta el de un pony de Shetland o reducirlo al de un ratón sin consecuencias nocivas aparentes. Concluido este experimento, probé el mecanismo en mí mismo.

El primer experimento consistió en aumentar mi tamaño. Me coloqué sobre el platillo de la base y di paso a la corriente, pero no sentí ningún efecto. Miré el paisaje y, contrariado, descubrí que algo había salido mal. Yo tenía el mismo tamaño, pero la casa y los terrenos cercanos habían sufrido la influencia de mi aparato y se encogían rápidamente. Alarmado, corté la corriente y salí. La casa se había encogido a la mitad de su tamaño normal y yo no pasaba por la puerta, ni siquiera a gatas. Tuve una idea. Metí la mano, saqué una balanza y me pesé. Pesaba poco más de quinientos cuarenta kilos. Entonces comprendí que había tenido éxito más allá de mis sueños más descabellados, por lo que entré de nuevo en la máquina y me encogí hasta diez centímetros de estatura, sin experimentar efectos nocivos, aunque sí la impresión de que la casa y el paisaje crecían. Regresé a mi tamaño normal y, aunque me sentía débil por efecto de la excitación, por lo demás me encontraba totalmente normal.

Mi primera idea fue regresar a la civilización y confundir a los hombres que se habían burlado de mí. Pero, cuanto más analizaba la cuestión, más comprendía la importancia de mi invento y la necesidad de ser precavido al presentarlo. Sea como fuese, me di cuenta de que necesitaba descansar, y me quedé en el valle para ultimar mis planes antes de anunciar el descubrimiento.

Pronto empecé a aburrirme. Siempre me ha gustado la caza mayor; poseía un excelente rifle y municiones en abundancia, pero las piezas no abundan en Timpahute. En el valle había muchísimas hormigas y se me ocurrió que, si reducía mi persona y mi rifle a dimensiones adecuadas, me servirían para mi deporte. La novedad de la idea me fascinó tanto como la posibilidad de cazar, y rápidamente me apoderé de una pistola y una cartuchera antes de entrar en la máquina.

Accioné el interruptor. La casa y el paisaje comenzaron a adquirir proporciones ciclópeas, pero continué hasta que los granos de arena se parecieron a rocas inmensas. Entonces quise cerrar el interruptor. Estaba atascado. Muy intranquilo, traté de moverlo a la fuerza y, como resultado, rompí la palanca... El aparato siguió funcionando y yo me volvía cada vez más pequeño. Los granos de arena se convirtieron en altísimas montañas y luego me sentí caer. Comprendí que la máquina había estado en equilibrio sobre un grano de arena. Ahora había resbalado y caía por el abismo existente entre dos granos. Poco después quedó colgada sobre un precipicio tenebroso, pero siguió funcionando, y luego volví a caer.

Una mirada a la escala del indicador de tamaño relativo me señaló que la aguja casi había llegado al punto que yo había marcado como infinito. Golpeé desesperadamente el interruptor estropeado con la culata del rifle, pero era de construcción sólida. Finalmente lo rompí. La bobina emitió un gemido que recorrió todas las notas de la escala hasta quedar en silencio. Había dejado de encogerme, pero ya era mucho más pequeño de lo que cualquier microscopio podía detectar; revisé el interruptor y me convencí de que estaba totalmente roto; me llevaría varias horas el repararlo.

Cuando terminé esta revisión, miré por primera vez a mi alrededor. Apenas daba crédito a mis ojos. La máquina descansaba en un hermoso claro iluminado por el sol, alfombrado con césped y alegrado por variopintas flores. Ahora debo explicar una cosa. Como decía, no me daba cuenta de cuándo mi tamaño aumentaba o disminuía; era el paisaje el que aparentemente sufría una modificación. Por eso, mientras estuve en Ulm jamás me acostumbré a pensar que todo era realmente submicroscópico, sino que persistía en referirlo todo a mi altura normal de un metro ochenta. En realidad, el claro donde se hallaba la máquina sólo medía una ínfima fracción de centímetro, pero a mí me pareció de ochocientos metros y tardé diez minutos en cruzarlo. Ni siquiera ahora estoy seguro de cuán pequeño era realmente, de modo que no intentaré describir el tamaño absoluto de las cosas, sino que las describiré tal como las percibía. En síntesis, me referiré al tamaño relativo que tenían para mí. Observé el paisaje y me froté los ojos, intentando convencerme de que estaba soñando, pero la escena no cambió y comprendí que había ocurrido algo insospechado hasta ese momento: es decir, que nuestro mundo es muy complejo y oculta muchos tipos de vida desconocidos para nosotros. Todo lo que estaba al alcance de mi visión parecía normal, el césped, los árboles e incluso algunos mosquitos se arremolinaban a mi alrededor y uno se posó en mi muñeca y me picó. ¡Imaginad, si podéis, cuál debía ser el tamaño real de ese mosquito!

Convencido de que no soñaba, salí de la máquina y me detuve en el césped. Pensaba echar una mirada y ver cómo era este mundo en miniatura antes de reparar el interruptor. Sólo había caminado unos pocos pasos desde la máquina, cuando un poderoso gamo apareció en el prado y saltó. Levanté instintivamente el rifle, disparé y el gamo cayó pataleando. Seguro de que mis armas funcionaban correctamente, comencé a recorrer el claro a paso rápido. Me orienté cuidadosamente con la brújula de bolsillo para no tener problemas al buscar el camino de regreso. Durante los diez minutos que tardé en atravesar el claro, tuve varias oportunidades de cazar venados, pero no lo hice. No quería desperdiciar municiones ni llamar la atención hasta averiguar dónde me hallaba.

Hacia un calor asfixiante en el claro y levanté la mirada hacia el sol, esperando verlo enorme, pero no parecía más grande que de costumbre, fenómeno que no pude entender

en ese momento, ni tampoco ahora. Antes de llegar al bosque que bordeaba el claro, noté que el horizonte estaba totalmente cercado de enormes montañas, las más altas que había visto en mi vida. Quedé asombrado al comprender que aquellas poderosas e imponentes masas de roca sólo eran, en realidad, granos de arena o tal vez algo más pequeño; tal vez eran partículas de ese polvo impalpable que hay entre los granos de arena.

Tardé alrededor de diez minutos en llegar al lindero de la selva, pues eso era. La mayoría de los árboles eran de especies desconocidas, aunque reconocí algunos típicamente tropicales, entre ellos el baobab, o uno de sus parientes, y el *lignum vitae*. El paisaje me recordó las selvas amazónicas. El suelo estaba cubierto de restos vegetales en estado de descomposición, y los bejucos entorpecían mis pasos. Me interné en la espesura y diez minutos después estaba perdido como nunca en mi vida. La frondosidad de los árboles me impedía orientarme por el sol, y además había olvidado consultar la brújula al adentrarme en la selva.

Me fijé un rumbo con la brújula y avancé con mucha dificultad. Media hora de caminata incesante me convenció de que había tomado una dirección equivocada. La selva era demasiado espesa como para retroceder, de modo que elegí otra orientación con el compás y seguí adelante. Anduve quizá diez minutos por mi nuevo camino cuando oí un sonido que me detuvo, haciéndome dudar de mis sentidos. Había oído un grito lanzado por una voz humana. Presté atención y volví a oírlo en la misma dirección y un poco más cerca. Alguien se acercaba a mí, y busqué un lugar donde esconderme. Un grupo de raíces de baobab me permitió emboscarme bastante bien y me agaché, con el rifle preparado, esperando lo que pudiera aparecer.

Poco después oí pasos apresurados y atisbo desde mi escondite. Imaginad mi sorpresa al ver aparecer a una muchacha, de raza blanca al parecer, corriendo a toda velocidad. A menos de cincuenta metros la seguía un grupo de hombres o de bestias, pues a primera vista no se distinguía lo que eran. Eran negros como boca de lobo, de labios gruesos, narices chatas, y casi desprovistos de frente. Medían, o parecían medir, unos dos metros de altura; su tórax era enormemente fornido, y los brazos les llegaban más abajo de las rodillas. A veces se inclinaban hacia delante, para apoyar los nudillos en el suelo y avanzar a gatas, a mayor velocidad de la que les consentían sus piernas relativamente cortas y torcidas cuando se hallaban en posición erguida. Tenían la cabeza, el pecho y los brazos cubiertos de espeso pelo negro, aunque las piernas, el vientre y la espalda eran casi lampiños. Sus bocas eran anchas y la mandíbula inferior saliente dejaba ver unos colmillos amarillentos que les prestaban una expresión espantosamente bestial. Tenían dos ojos, pero no colocados como en los monos antropoides o en el hombre. Un ojo se situaba en medio de la frente y el otro en la nuca. Sólo llevaban taparrabos y cintos de los que colgaban espadas cortas y pesadas. En las manos portaban lanzas de unos tres metros de largo. El peso medio de un hombre de aquellos sería de unos ciento ochenta kilos en nuestro mundo. Naturalmente, no observé todo esto a primera vista, pero más tarde me familiaricé con los menas —así se llamaban— hasta acostumbrarme a su aspecto.

Me bastó una mirada para comprender que la muchacha estaba cansada y que aquellos brutos le daban caza. Ella era un ser humano, y la visión de aquellos salvajes hizo que mi acto siguiente fuese una reacción puramente instintiva. Salí de mi escondite dando un grito, y me llevé el rifle al hombro. La muchacha me vio y cambió de dirección para acercarse a mí. Los negros también me vieron y avanzaron hacia mí, esgrimiendo sus lanzas.

Soy buen tirador; ellos estaban cerca y constituían un blanco fácil. Tenía cuatro cartuchos en el rifle, y cuatro negros cayeron a medida que yo iba apretando el gatillo. Los demás se detuvieron un instante, lo cual me dio tiempo a cargar el rifle. Mientras lo hacía, elegí al que parecía ser su jefe y lo liquidé con el siguiente disparo. Esto volvió a detenerlos, pero otro demonio negro dio un salto para tomar la iniciativa y tuve que colocarle un trocito de plomo en la cara. Cayó como un tronco, y como ninguno de los demás parecía deseoso de asumir la jefatura, distribuí los tres proyectiles restantes donde pensé que caerían mejor. Mientras bajaba el rifle para recargarlo, otro negro saltó, corrió hacia mí y los demás le siguieron. No me daba tiempo a cargar, por lo que saqué el Colt 45, y cuando se hallaba a menos de veinticinco metros le metí plomo en el pecho, iniciando una escabechina general. Cuando el Colt quedó descargado, había catorce negros en el suelo y el resto huía a toda velocidad. Recargué el rifle y la pistola, y luego busqué a la muchacha.

Al principio no la vi, y luego descubrí un mechón de pelo rubio en la maraña que había bajo mis pies. Se había emboscado en la vegetación, ocultándose perfectamente mientras yo disparaba. Me agaché y la toqué pero, cuando notó que su escondite había sido descubierto, se levantó de un salto y huyó como un conejo asustado. La llamé, me miró por encima del hombro y cuando vio que estaba solo se detuvo. Dudó un instante y luego regresó para echarse de rodillas a mis pies. La levanté y le palmeé el hombro.

—Eh, nena, no llores —dije estúpidamente, en parte porque no sabía qué decir y, además, porque su aspecto me tenía totalmente embelesado.

Era sin duda la muchacha más hermosa que he visto en mi vida, alta y esbelta, llena de curvas y gracia, con los ojos azules como el mar que rodea Oahu y una cabellera donde los rayos del sol aprisionados luchaban permanentemente por recuperar la libertad, lanzando destellos a través de las redes de su prisión. Rodeaba su cabeza una cinta de oro que tenía engarzada una inmensa piedra cuadrada de brillo y reflejos maravillosos. Recogía sus prendas de vaporosa gasa gris un cinturón también dorado, del que colgaba una bolsita que tenía una gema incrustada en oro. En la hebilla del cinturón lucía otra gema cuadrada como la que adornaba la cinta de su cabello.

Siempre he tratado con franqueza a las muchachas, sobre todo porque nunca me fijé demasiado en ellas, pero no supe qué decir ante aquella salvaje sucia pero hermosa como el amanecer. Sólo pude tragar saliva y tartamudear.

—Esto... ¿Crees que esos bribones volverán a por más? —proferí al fin.

Me echó una mirada de reojo, haciéndome perder la cabeza, y mi corazón saltó emocionado. Luego habló. Su idioma era maravillosamente fluido y me sonaba vagamente familiar. No la entendí, pero estaba seguro de haber oído antes aquella lengua. Luego capté una palabra y repentinamente lo supe. Era como una variedad del

hawaiano. Desesperado, intenté recordar el idioma de Leilani, mi vieja niñera, pero la única frase que logré recordar fue «E nac iki ne puu wai». No parecía muy apropiado decir a una muchacha a quien acababa de conocer «Rubia, séme fiel», pero como era la única frase que lograba recordar, la dije.

Lo entendió y tuvo una reacción de dignidad ofendida. Lanzó un fluido discurso a tal velocidad, que no comprendí una sola palabra. Pensé rápidamente y luego recordé otra frase:

—Pau hawaiano.

Tuve que repetirla dos veces, hasta que ella comprendió, no la palabra hawaiano, sino pau —«se acabó»— y entonces interpretó que mi primera frase era lo único que yo sabía decir en su idioma. Al comprender mi apuro, depuso su indignación y rió. Me alegré al verla otra vez contenta, aunque seguía preocupado por la posibilidad de que los negros regresaran.

Mi ignorancia de su idioma me obligó a recurrir al lenguaje de los gestos con objeto de hacerme entender. Me comprendió fácilmente y se mostró preocupada un instante, hasta que vio mi rifle. Lo tocó inquisitivamente y, dando un puntapié al cuerpo del negro más cercano, volvió a reír.

Evidentemente, creía que el arma me hacía invencible, pero yo sabía que no era así. Sólo me quedaban dos cargas para el revólver y ochenta y cinco cartuchos de rifle, que no bastarían para rechazar un ataque en regla. Toqué el rifle, sacudí con tristeza la cabeza y dije:

—Pau.

Su rostro volvió a ensombrecerse y se puso a hablar muy despacio, repitiendo varias veces la palabra «Ulm». Gradualmente recordé el hawaiano y, aunque su idioma no era el que yo había aprendido en mi juventud, ya que ella empleaba las consonantes «s» y «t», ambas desconocidas en hawaiano, logré deducir lo que quería decir. Me invitaba a ir con ella a Ulm. Yo no tenía la menor idea acerca de Ulm, pero ya había renunciado a la esperanza de regresar a mi máquina y, desde que había visto a la muchacha, tampoco tenía mucha prisa en encontrarla. Me pareció que podría interesarme visitar Ulm y luego regresar al claro con un guía competente. En consecuencia, le hice comprender que aceptaba su proposición. Asintió alegremente, me precedió y empezó a abrirse paso hacia el nordeste.

Caminamos más de tres horas a través de la selva, siguiendo una línea recta por medio de la brújula. Más tarde supe que la gente de Ulm posee un asombroso sentido de orientación y sabe encontrar su camino por el mundo en miniatura sin ayuda de guías. La muchacha habló todo el tiempo en su idioma y, a medida que recordaba el hawaiano que aprendí de niño, descubrí que lograba comprender el sentido de lo que decía si hablaba muy despacio. Incluso, en cierto modo, podía contestar.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Awlo Sibi Tam —respondió, alzando orgullosamente la cabeza.

—Me llamo Courtney —agregué.

Intentó repetir mi nombre, pero tuvo problemas con el sonido de la «r», que, por lo visto, le era desconocido. Lo repitió varias veces mientras avanzábamos, y por último, logró una imitación bastante buena. De todos modos, pensé que nunca mi nombre había sido tan encantadoramente pronunciado.

De súbito, Awlo se interrumpió y escuchó con atención. Volvió hacia mí su rostro lleno de temor y dijo:

—Vienen.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Los menas —respondió.

Presté atención, pero no oí nada.

—¿Hay muchos? —inquirí.

—Muchos —repuso—, creo que cientos. Están siguiendo nuestra senda. ¿No los oyes?

Apoyé la oreja sobre la tierra y percibí un débil rumor. Jamás habría logrado adivinar de qué se trataba.

—¿Qué podemos hacer? —consulté. Levanté el rifle—. Éste matará a cien, pero luego estamos perdidos.

—Correr —dijo—, correr lo más rápido que podamos. No servirá de mucho, ya que los menas pueden alcanzarnos. Tú eres lento y yo estoy cansada pero, si tenemos suerte, lograremos llegar a las llanuras de Ulm y allí estaremos a salvo.

Su consejo me pareció bueno y comencé a seguirla tan rápido como podía. Soy buen corredor, pero no podía seguir el paso de Awlo, que volaba como un ciervo sobre el terreno. El rifle me estorbaba, pero desde luego no era cuestión de abandonarlo. Poco después oí claramente los gritos de los menas que nos perseguían.

—¿Falta mucho? —jadeé.

—No —respondió por encima del hombro—. ¡Apúrate!

Jadeé tras ella. La selva empezó a clarear delante de nosotros y salimos a una inmensa llanura abierta. Awlo se detuvo y exhaló un grito de desesperación.

—¿Qué sucede? —pregunté imperativamente.

No respondió, sino que señaló hacia delante. Nuestro camino estaba cortado por un ancho río, de sereno caudal. Había un puente, pero una mirada me bastó para ver que el arco central estaba derruido; en medio de la estructura se abría una brecha de seis metros.

—¿Sabes nadar? —pregunté.

Me miró, interrogante. Era manifiesto que la palabra le resultaba desconocida.

—Nadar, correr por el agua —expliqué.

Una expresión de pánico cerval desfiguró su rostro.

—Es tabú —replico—. Entrar es mortal.

—Quedarse a este lado es lo mortal —señalé.

—Es mejor morir en manos de los menas que por obra de los dioses —respondió.

Hablaba en serio. Prefería enfrentarse a la muerte segura en manos de aquellos salvajes espantosos, antes que meterse en el agua. Sólo podía hacer una cosa: buscar un refugio desde donde vendería cara mi vida. Pensé en esto y recorrí la orilla del río, buscando una depresión que nos defendiese de las lanzas de los menas. Al rebasar un grupo de árboles me tocó a mí el turno de gritar, aunque éste fue un grito de alegría y no de temor. Allí, entre los árboles y la orilla del río, había un objeto que me resultaba familiar: el Mecanismo de Vibración Electrónica.

—Estamos salvados, Awlo —grité de alegría mientras corría hacia la máquina.

Comprendí que era el primer modelo, construido hacía casi un año. Tal como me había figurado, se redujo a pequeñez infinitesimal. Quedé un instante desconcertado, preguntándome cómo no se había encogido hasta desaparecer, pero no era momento para análisis científicos. Los gritos de los menas ya se oían peligrosamente cerca.

—Awlo, aléjate unos metros y no te asustes —ordené—. Te salvaré fácilmente.

Me obedeció y entré en la máquina. Al pronto temí que las baterías estuvieran agotadas. Pero al tomar la palanca del interruptor y moverla para aumentar el tamaño, el paisaje comenzó a disminuir como otras veces, sin que yo notase nada. Mantuve los ojos fijos en el río, hasta ver su anchura reducida a dimensiones que yo podría saltar fácilmente; luego corté el contacto y salí.

Al principio no vi a Awlo, pero luego la hallé caída boca abajo sobre el terreno. Me incliné sobre ella y entonces vi algo más. Cientos de menas habían salido de la selva y se acercaban por nuestro sendero. No dudé ni un minuto más. Cogí a Awlo con la mayor precaución, y salté el río con ella. Me volví para ver si los menas intentaban seguirnos, pero, evidentemente, al ver mis proporciones gigantescas huyeron a toda velocidad. Luego supe que el río era tan tabú para ellos como para Awlo, y que por ningún motivo habrían cruzado la corriente de agua, salvo por medio de un puente o una barca.

Levanté a Awlo hasta mis ojos para tranquilizarla, pero se había desmayado. Regresé a la otra orilla del río, volví a entrar en la máquina y bajé la palanca reductora. En vista de que la máquina funcionaba, decidí no detenerla hasta averiguar por qué había dejado de funcionar súbitamente. No logré que redujera más su tamaño ni el mío. La única explicación que se me ocurre consiste en que el mundo de Ulm debe hallarse en el límite de la pequeñez, o sea en la magnitud de la vibración de los átomos y sus partes constituyentes.

Sin duda es el límite inferior del movimiento, y toda reducción mayor produciría la inmovilidad y, por consiguiente, la aniquilación de la materia.

Me había propuesto cruzar a nado el río mientras Awlo permanecía inconsciente, pero pensé que la máquina también podía serme útil en la otra orilla, de modo que volví a aumentar mi tamaño para poder cruzarlo a pie. Salí y, para reducir sólo la máquina, moví la palanca reductora con un palito hasta que alcanzó el tamaño de un juguete. Cogí la máquina con la mano, salté nuevamente el río, y con mi navaja de bolsillo accioné la palanca en sentido contrario. Cuando aumentó al tamaño adecuado la detuve, volví a entrar y pronto, tanto ella como yo, quedamos al tamaño mínimo.

Awlo seguía inconsciente. Me incliné sobre ella y le froté las manos. Pronto volvió en sí y se sentó. Fijó una mirada distraída en la máquina, se estremeció y luego volvió sus ojos asustados hacia mí.

—¿Qué ha sucedido, Courtney Siba? —preguntó con voz temblorosa—. Creí que te habías convertido en un kahuma, un hechicero de la antigüedad. ¿He soñado?

Reflexioné rápidamente. Resultaba evidente que un kahuma era alguien digno de respeto y, a la vez, alguien ajeno a la categoría humana. Las ventajas e inconvenientes de serlo parecían equivalentes, pero al contemplar el rostro asustado de Awlo tomé una decisión:

—No soy un kahuma, Awlo —repliqué—. Hice lo que hice gracias a esto, que me permitió aparecer ante los menas más grande de lo que soy. Por eso huyeron. Mientras lo hacían, os pasé a ti y a la máquina. Ahora estamos a salvo y, si los menas no hallan una manera de cruzar, no volverán a molestarnos.

Awlo pareció contentarse con mi explicación. Le propuse descansar un rato para recuperarse del susto, pero se burló de esta idea.

—Ulm está muy cerca —explicó— y hemos de apresurarnos. No quiero que mi padre se inquiete demasiado por mi ausencia.

—Esto me recuerda algo que quería preguntarte, Awlo —dije mientras nos poníamos en marcha—. ¿Por qué estabas en la selva donde te perseguían los menas cuando te encontré?



—Había ido a la ciudad de Ame para visitar a mi tío Hama —respondió—. Mi visita concluyó ayer y emprendí el camino de regreso. Desde hace tres años los menas no se atrevían a atacarnos. Por eso llevaba una escolta reducida, de sólo unos trescientos soldados. Estábamos a mitad de camino entre las dos ciudades y avanzábamos pacíficamente por la selva cuando, sin previo aviso, los menas atacaron. Los soldados lucharon violentamente, pero los menas eran muchos y demasiado fuertes, y toda la escolta fue asesinada. Dos de mis doncellas y yo fuimos capturadas. Los menas nos llevaron a una de sus ciudades en la selva y prepararon el banquete.

—¿El banquete? —inquirí.

—Para los menas, somos comida —respondió con sencillez.

Me estremecí ante la idea y apreté los dientes al pensar en aquellos monstruos que huían, y que pocos minutos antes habían estado a mi merced. Si hubiera sabido cuan salvajes eran, los habría castigado a placer.

—Anoche sacaron primero a una y después a la otra doncella de la cueva donde estábamos prisioneras, las mataron y las arrastraron hacia la caldera. Luego me tocó a mí, y dos menas me cogieron y me llevaron a rastras. Luego me soltaron y uno levantó una lanza para terminar con mi vida. Me eche al suelo, la lanza pasó por encima de mi cabeza y luego huí. Intenté correr hacia Ulm, pero adivinaron la dirección que emprendería y enviaron a un destacamento para que me cortara el paso mientras otros seguían mi rastro. Durante la noche pude despistarlos y avanzar en menos tiempo del que ellos tardaban en rastrearlos, pero al amanecer descubrieron mis huellas y pronto los tuve a mis espaldas. Corrí tanto como pude, pero ellos me alcanzaron fácilmente y creí que estaba perdida cuando te oí gritar. Awlo Sibi Tam y Ulm jamás olvidarán que la salvaste, Courtney Siba. Mi padre, Kalu, te recompensará como mereces.

—Si los menas son tan salvajes, ¿por qué tus soldados no les hacen la guerra hasta exterminarlos? —pregunté.

—Durante años guerrearon contra ellos —respondió—, pero hay demasiados menas y no podemos cazarlos a todos. En otras épocas, los menas no existían y había guerra entre Ulm y Ame. A veces una salía victoriosa, en otras ocasiones la otra, pero siempre dejaban de luchar antes de aniquilarse. Entonces llegaron los menas a través de los desfiladeros del desierto norte. Vinieron a millares y atacaron Ame. Los hombres de Ulm olvidaron la antigua enemistad y nuestros ejércitos salieron para socorrer a la ciudad amenazada. Durante algún tiempo nuestros ejércitos rechazaron a los invasores, pero llegaron del norte cada vez más menas, y llevaron la batalla hasta las puertas de la misma Ame. Allí nuestros ejércitos los detuvieron, pues ellos no podían escalar las murallas ni irrumpir en la ciudad. Cuando comprendieron que no lograrían tomar la ciudad, atacaron Ulm. Nuestro ejército regresó rápidamente para defender la ciudad y los hombres de Ame lo acompañaron, quedando sólo los necesarios para proteger las murallas. Nuevamente los menas lucharon ante las murallas, y nuevamente fueron detenidos. Cuando comprendieron que no podían tomar ninguna de las ciudades, se replegaron hacia la selva y fundaron poblados de cabañas. Esta es la situación actual. Los menas luchan entre sí y, cuando están numéricamente debilitados, los ejércitos de Ulm y Ame salen a atacarlos. Siempre los han derrotado. Hemos intentado expulsarlos, y a veces no se ven menas durante una generación, pero siempre regresan más fuertes

que nunca y atacan alguna de las ciudades. Han pasado varios años desde que se les hizo la última guerra, y es posible que piensen atacar de nuevo.

—¿Ulm y Ame están en guerra actualmente? —pregunté.

—No; reina la paz entre nosotros. Hermanos de la misma sangre se sientan en ambos tronos, y la vieja enemistad ha sido olvidada. ¡Mira, allí está Ulm!

Habíamos coronado una pequeña elevación que dominaba los campos cultivados. Ante nosotros se extendían, una tras otra, hileras de plantaciones, la mayoría de las cuales eran de keili, cuya nuez es el alimento básico de las clases más pobres de Ulm. Unos tres kilómetros más allá se alzaba en la llanura una maciza ciudad amurallada. La llanura estaba salpicada de pequeñas casamatas de piedra, que me recordaron los antiguos fortines que solían erigirse en las llanuras norteamericanas para protegerse de los ataques indios. De hecho, aquella era también la función de las casamatas.

Mientras nos acercábamos, una figura apareció en la muralla y nos observó atentamente. Emitió un sonido musical y Awlo levantó la vista.

—Awlo Sibi Tam ordena que te presentes —gritó ella imperiosamente.

El centinela se frotó los ojos, volvió a mirar y bajó de la muralla a toda prisa. Las macizas puertas se abrieron y salió un oficial que se postró y besó el suelo delante de Awlo.

—¡Levántate! —ordenó Awlo.

Se levantó, sacó a medias la espada de la vaina y le presentó la empuñadura a Awlo. Ella la tocó; el oficial volvió a envainarla con un movimiento brusco y se cuadró.

—Voy hacia Ulm —dijo—. Envía mensajeros que anuncien a mi padre mi llegada, y ordena a mi escolta que venga aquí.

El funcionario hizo una profunda reverencia; Awlo me tomó de la mano y me condujo al interior del edificio. Era un típico cuarto de guardia, exactamente igual a los que se encuentran en todas las naciones y todas las épocas.

Nos sentamos y escuché el sonido de los cascos que se perdían rápidamente en dirección a la ciudad.

—¿Quién eres, Awlo? —pregunté—. ¿Eres la hija de un jefe o algo por el estilo?

—Soy Sibi Tam —repuso.

—No conozco ese rango —expliqué—. ¿Cuál es su importancia?

Me miró sorprendida, y luego se echó a reír.

—En su momento lo sabrás, Courtney Siba —dijo riendo.

Quise insistir, pero se negó a responder y desvió la conversación hacia otros temas. Al cabo de media hora escuché un rumor confuso que se acercaba desde la ciudad. Awlo se puso en pie.

—Sin duda alguna, es nuestra escolta —dijo—. Salgamos a recibirla.

La seguí hasta el patio bordeando la gruesa muralla que rodeaba el edificio. Por el camino se acercaba la cabalgata más suntuosa que haya visto nunca. Primero apareció un escuadrón de caballería montado en magníficos corceles y armado con largas lanzas. Usaban cascos dorados de los que salían penachos colgantes de crin color carmesí. Llevaban coraza de oro y grebas doradas en las piernas, con los muslos desnudos. Además de la armadura usaban una prenda corta, también carmesí, semejante a una falda, que cubría hasta la mitad del muslo, y una vaporosa capa roja ribeteada de piel marrón. Al lado izquierdo de sus cintos colgaban pesadas espadas, y al derecho dagas que, sumadas a las lanzas de tres metros y medio, constituían sus armas ofensivas.

Detrás de la caballería apareció un cortejo de carrozas suntuosamente adornadas, ocupadas por hombres ricamente engalanados con todos los colores imaginables. Otro escuadrón de caballería semejante al primero, salvo en las plumas y ropa? que eran azules, cerraba el desfile.

Cuando el primer escuadrón de caballería quedó frente a la puerta, Awlo se irguió al borde de la muralla. Su aparición fue celebrada con una salva de aplausos y saludos, y la caballería roja refrenó los caballos para inclinar sus lanzas hacia ella, presentando la empuñadura. Correspondió al saludo con un movimiento de la mano y, a una orden, la tropa rebasó la torre, maniobrando para formar en cuadro frente a ella. Las carrozas se acercaron; un anciano se apeó de la primera y cruzó la puerta, subió hasta la muralla e hincó una rodilla ante Awlo, desenvainando la espada y presentando la empuñadura.

Awlo tocó la espada y el anciano se incorporó:

—Te saludo, Moka —dijo ella—. Ven, pues deseo hablar contigo.

Él obedeció, siguiéndola a algunos metros, sin apartarse de la muralla, y vi que ella hablaba con rapidez. A juzgar por las miradas de Moka, yo era el tema de la conversación. Sus acciones, cuando Awlo terminó de hablar, lo demostraron ampliamente. Moka se acercó, desenvainó la espada y la echó a mis pies. Saqué mi pistola y la dejé junto a su arma. Moka apoyó su mano izquierda sobre mi pecho, y yo le imité.

—Mi hermano y señor —dijo mientras se apartaba.

Awlo interrumpió antes de que yo pudiera responder.

—Quiero ir a Ulm —dijo.

Moka hizo una profunda inclinación, y ambos recogimos nuestras armas. Seguí a Awlo hasta las carrozas. La más grande y lujosa estaba vacía y ella subió ágilmente,

indicándome que acompañase a Moka en la suya. Todo el cortejo dio media vuelta y regresó hacia la ciudad.

Pasamos bajo un portal inmenso que se abrió ante nosotros, y recorrimos una ancha avenida que conducía directamente al centro. Aquella vía desembocaba en un parque donde se alzaba el palacio más espacioso y bello de la ciudad. Bajamos de las carrozas, cruzamos a pie el parque y entramos en el palacio entre filas de guardias, que desenvainaban sus espadas, ofreciendo la empuñadura al paso de Awlo.

Awlo se detuvo al final de la galería.

—Seguramente estás tan cansado como yo, Courtney Siba. Moka te dará ropas adecuadas a tu rango y un refrigerio. Mi padre te recibirá cuando hayas descansado, y te premiará como mereces.

Había aprendido algunas cosas sobre las costumbres de Ulm, de modo que hiqué una rodilla y desfundé mi pistola, ofreciéndole la culata. La tocó sonriente, y luego me levanté para acompañar a Moka. Lo seguí y después de subir algunos peldaños entramos finalmente en un aposento digno de un verdadero príncipe. Llamó a los sirvientes y me dejó entregado a sus atenciones.

No había notado el cansancio hasta que un baño caliente reveló la verdadera naturaleza de mi fatiga. Uno de los sirvientes se acercó y mediante gestos me indicó que me tendiera en un diván. Obedecí y me hizo maravillosos masajes con una esencia de olor dulce que disipó maravillosamente mi cansancio. Luego se acercaron otros sirvientes con prendas que, evidentemente, pretendían que me pusiera. Hice grandes esfuerzos por conversar con ellos, pero se limitaron a menear la cabeza. No era extraño; luego descubrí que eran mudos.

El atavío que trajeron consistía en una falda semejante a la de los soldados, salvo que era de color blanco níveo. Además, me dieron un manto blanco que llegaba hasta debajo de la cintura y se abrochaba al cuello con un diamante del tamaño de una nuez. Calzaron mis pies con sandalias de cuero que tenían incrustaciones de oro y diamantes, y alrededor de mis piernas ataron tiras de cuero que también estaban adornadas con gemas. Ciñeron mi cabeza con una corona de oro que tenía un diamante cuadrado en el centro, y mi cintura con un cinto provisto de hebilla de diamante, a cuyo lado izquierdo pendía una larga espada y al derecho una daga profusamente enjoyada. Como detalle final colocaron sobre mi cabeza un casco de oro semejante a los que se ven en las antiguas monedas griegas, adornado con un penacho de crin color blanco. Por último, me presentaron un espejo para ver si me sentía satisfecho.

Sólo rectifiqué un detalle. Cogí mis viejas ropas, tomé mi Colt y colgué la cartuchera del cinturón, reemplazando la inútil daga. Tal vez no quedaba tan elegante pero, si iba a necesitar armas, sabía cuáles me serían de mayor utilidad. Cuando les di a entender que estaba satisfecho, mis sirvientes se retiraron con muchas reverencias y me dejaron solo.

Como no sabía a qué esperábamos, me tendí en el diván para descansar. Aguardé cerca de una hora; luego se abrió la puerta y entró Moka.

—Mi señor —dijo con una reverencia—, Kalu Sabama te espera.

—Estoy dispuesto —respondí mientras me ponía de pie.

Al cruzar el umbral, apareció una escolta de guardias. Cuando salimos apoyaron sus lanzas en el suelo, produciendo un ruido estruendoso, y nos rodearon. Recorrimos un pasillo, bajamos por la escalera hasta el salón principal y nos acercamos a una gran puerta doble cerrada, donde otro destacamento nos detuvo y exigió el santo y seña. Moka lo pronunció y las grandes puertas se abrieron con un clarinazo. Una voz sonora pronunció algunas palabras que no comprendí, aunque estoy seguro de que dijo «Awlo» y «Courtney». Evidentemente, se trataba de una presentación. Cuando la voz calló, Moka me invitó a entrar. Me adelanté con la cabeza erguida. Los guardias me acompañaron unos pasos, luego formaron cuadro y me cedieron el paso, dejándome avanzar solo por el salón.

Era un lugar inmenso, con el centro despejado y los lados llenos de gente vistosamente ataviada. Por todas partes había guardias y al fondo se alzaba un estrado sobre una escalinata de siete escalones. Sobre el mismo había cuatro tronos. Debajo, a distintos niveles, aparecía un grupo de hombres y mujeres vestidos con todos los colores imaginables salvo el verde, que estaba reservado a los ocupantes de los tronos. En el penúltimo escalón aguardaba una figura solitaria que también vestía de verde.

Me adelanté hasta detenerme al pie de la escalinata. A medida que avanzaba escuché un murmullo en el salón, pero, al ignorar si era de aprobación o desaprobación, proseguí en línea recta y luego hice una profunda reverencia. Me erguí y miré a los ojos a los ocupantes de los tronos.

Los dos tronos centrales estaban ocupados por un hombre y una mujer ancianos, de gran presencia y dignidad; el asiento derecho estaba desocupado y el izquierdo era el de Awlo. Por los honores que le prodigaban, había pensado que ella era un personaje bastante importante, pero me sorprendió comprobar que era uno de los más importantes. Me dedicó una breve sonrisa y luego adoptó un continente tan serio y oficial como los otros dos.

El hombre que ocupaba uno de los tronos centrales se puso en pie y se dirigió a mí:

—Courtney Siba —dijo gravemente con voz sonora y melodiosa—, mi hija ya me ha referido, cuando todos podían escuchar, las grandes victorias que has obtenido contra los menas. Y tú, que salvaste a mi hija, en quien están puestas las esperanzas de la dinastía de Kslu, mereces y recibirás la gratitud de la nación. El reconocimiento de un padre por la vida de su única hija, lo tienes asegurado. En mi poder no hay premio suficiente para tus méritos, pero, si expresas tus deseos, serán cumplidos en la medida que Ulm pueda satisfacerlos. Por este acto confirmo tu rango de Siba de Ulm y Ame y ordeno que tu jerarquía esté por encima de todas las demás del imperio, a excepción de los miembros de la familia real. ¿Qué recompensa deseas?

—Te agradezco, ¡oh rey! —respondí—, y recordaré tus benevolentes palabras. Ya he sido honrado en demasía por mis pobres méritos, pero tal vez llegue el día en que te recuerde tus promesas.

—Mis promesas están grabadas en mi memoria, Courtney Siba —agregó el rey con una cordial sonrisa— y el tiempo no las borrará. Tu rango te da derecho a un sitio en el segundo nivel de mi trono, debajo sólo de mi amado sobrino Lamu Siba.

Señaló al hombre que se hallaba en el penúltimo escalón, y noté que vestía de verde, al igual que Kalu. Lo miré y descubrí que me contemplaba con rostro amenazador. Interesado, devolví la mueca de desdén y tomé nota mentalmente. Medía cerca de cinco centímetros menos que yo, su cuerpo era deforme y su actitud evidenciaba una gran tensión. Su cabellera negra, que, como a todos los hombres de Ulm, le llegaba hasta los hombros, correspondía a su piel cetrina. Lo que me previno contra él fue la expresión ladina de sus ojos muy juntos, que eran de color gris, en lugar del sencillo negro o castaño que hubiera correspondido a su tez.

A un gesto del rey (o Sabama, que era su verdadero título), subí al estrado y me coloqué un escalón por debajo de Lamu, haciendo frente a Awlo. Cuando ocupé mi lugar, el Sabama se dirigió a la corte y comenzó a recitar con su voz sonora unas palabras que, evidentemente, eran una fórmula protocolaria.

—La casa de Kalu es como un árbol marchito que sólo tiene una rama verde —dijo—. Si esa rama fuese cortada, el árbol moriría y no quedaría resto alguno de vida. La rama ha estado a punto de ser cortada. La esperanza de todo Ulm reside en que esta rama dé nueva vida al árbol, pero las leyes inmemoriales de Ulm establecen que la Sibi Tam será libre de elegir esposo cuándo y cómo desee, y que ni siquiera el Sabama podrá forzar su elección. Awlo, hija mía, rama verde del árbol de la casa de Kalu, ¿estás preparada para hacer tu elección?

Awlo se puso de pie y avanzó.

—Así es —declaró con voz armoniosa.

La respuesta causó sensación. El público había escuchado con interés las palabras del Sabama, pero era evidente que no esperaba la respuesta de Awlo. La sorpresa fue general. Un murmullo rápidamente reprimido recorrió el salón, y el Sabama impuso silencio. Noté que Lamu apretaba la empuñadura de la daga.

—Hija mía, ¿a quién has elegido como tu príncipe? —preguntó Kalu.

Awlo bajó dos escalones y se acercó a mi lado.

—Cuando la rama estuvo a punto de ser cortada, apareció un hombre que detuvo la mano de los menas e impidió que el árbol se convirtiera en un tronco seco y estéril. ¿Quién sino él merece ser elegido para el honor más alto de Ulm y como su gobernante futuro? Padre mío, elijo por esposo a Courtney Siba.

Cuando concluyó, tomó mi mano derecha y la alzó sobre mi cabeza. Hubo un momento de silencio en el salón, y luego empezaron los aplausos. Evidentemente, la elección de Awlo había agradado al pueblo. El Sabama avanzó y levantó la mano reclamando silencio.

El clamor se apagó en seguida y él se dispuso a hablar. Fue ininterrumpido por un gesto dramático.

Lamu le hizo frente, espada en mano.

—¿Autorizas a la Sibi Tam para que haga semejante elección? —preguntó, imperativo.

—La Sibi Tam elige a quien quiere —respondió Kalu con sequedad—. Guarda tu arma. Estás en presencia del Sabama.

—Mi arma seguirá desenfundada hasta que sea vengado el honor de Ame —gritó Lamu ásperamente—. Tío mío, ¿has perdido tu sensatez hasta el punto de entregar a tu única hija, orgullo y esperanza de Ulm, a un aventurero sin nombre cuya procedencia ignoramos? ¿Quién sabe si no es un kahuma que destruirá la tierra? Awlo dice que mató a los menas mediante brujerías.

—Awlo ha escogido —afirmó Kalu serenamente, pero con cierta amenaza en su tono de voz—. ¿Con qué derecho te opones a su elección?

—La he cortejado durante años, intentando consolidar la alianza de Ulm y de Ame —replicó Lamu— y, hasta que llegó a Ulm este extranjero, tenía motivos para creer que favorecía mis intenciones. Tío mío, ¿quieres alzar una barrera de sangre entre Ulm y Ame, para que los menas puedan destruir ambas?

—¿Qué quieres decir? —atronó Kalu.

—Exijo que el extranjero se presente ante el Tribunal de los Señores para demostrar que no es un kahuma.

—Lamu preside el Tribunal de los Señores —intervino Awlo con amargo sarcasmo—. ¿Crees que voy a permitir que mi elegido se presente ante tus esbirros para ser juzgado?

El golpe dio en el blanco y Lamu se mordió los labios.

—¿Apruebas la elección de Awlo? —preguntó con insolencia al Sabama.

—Sí —fue la respuesta.

—Entonces, apelo a los antiguos fueros de Ulm. Todo Siba de sangre real tiene derecho a desafiar y luchar a muerte con el elegido de la Sibi Tam. A ti que pretendes el rango de Siba, te desafío a muerte.

—Courtney Siba —dijo Kalu gravemente—. ¿Aceptas este desafío? Debes renunciar a tu rango o luchar por él.

Dudé, pero Awlo me tocó el brazo. La miré y ella miró la pistola con significativo ademán. Tuve una idea.

—Lucharé con él, pero no hasta su muerte —grité—. Si él vence, que disponga de mí como guste, pero yo lucho con mis armas y, si venzo, le perdono la vida.

—Entonces, saca tu arma, Courtney Siba, y defiéndete —gritó Lamu mientras acometía.

Me dirigió un golpe bajo sin darme tiempo a sacar mi arma. Lo esquivé saltando ágilmente hacia atrás. Volvió a lanzarse sobre mí, pero me hice a un lado y saqué el Colt. Cuando me atacó por tercera vez, apunté la pistola y disparé. Como ya he dicho, soy buen tirador y no tiré a matar, a pesar de que nos separaba muy poca distancia. Disparé a la mano que empuñaba la espada, y tuve la suerte de acertar en la empuñadura del arma. El poderoso proyectil del 45 le quitó la espada del puño y la hizo volar por el aire. Guardé en seguida la pistola y aguardé su próxima reacción. Ésta se produjo en seguida.

Se frotó un instante la mano derecha, que sin duda tendría entumecida. Desenvainó la daga y se abalanzó sobre mí con el arma en la izquierda. Yo era un poco más alto que él y estaba prevenido, con que lo detuve en pleno ataque. Intentó clavarme la daga, pero hice una finta y luego le propiné un poderoso directo a la mandíbula, que lo hizo caer como un buey apuntillado. En el salón se alzó un tremendo murmullo y estalló una salva de aplausos. Llegué a la conclusión de que Lamu no era un personaje popular. Cuando el clamor se apagó, el Sabama habló:

—¿Alguien más desea desafiar al elegido de la Sibi Tam? —preguntó irónicamente.

No hubo respuesta, y él hizo una seña de asentimiento a Awlo. Ella se adelantó, cogió mi mano derecha con la suya, la volvió, me besó la palma y luego apoyó mi mano sobre su cabeza. Cuando concluyó la ceremonia me miró, expectante. Como no estaba muy seguro de lo que debía hacer, le cogí la mano, la besé y luego la coloqué sobre mi cabeza, tal como ella había hecho. Un momento después me rodeó con los brazos y la asamblea prorrumpió en aplausos.

Luego Awlo se apartó y el Sabama descendió de su trono. Algunos funcionarios se acercaron, me quitaron el manto blanco y lo cambiaron por uno de color verde. El Sabama en persona me ciñó la frente con una cinta de oro que tenía una piedra cuadrada, semejante a las que usaban él y Awlo. Luego me tomó de la mano y me acompañó hasta el trono vacío. Hubo otro clarinazo, y el Sabama me proclamó oficialmente «Courtney Siba Tam». De este modo yo, Courtney Edwards, ciudadano de los Estados Unidos de América, en el año del Señor de 1922, me convertí en Príncipe de la Casa de Kalu, Príncipe Heredero del Imperio de Ulm y esposo de la única hija del monarca reinante.

Pronto me acostumbré a mi rango de Siba Tam. Mi primera misión oficial consistió en dictar sentencia con respecto a Lamu. Cuando me enteré de la situación, comprendí su enfado. Era el único hijo del monarca de Ame, y había cortejado a Awlo durante años. Por su rango era general en jefe de los ejércitos aliados de Ulm y Ame. Cuando vio que yo, un extranjero, llegaba, lo despojaba de su encumbrada posición y tomaba a su amada por esposa, perdió la cabeza. El Sabama quiso reducirlo a condición plebeya y encerrarlo en la cárcel, pero Awlo y yo intercedimos, por lo que fue perdonado, y lo nombré jefe adjunto del ejército. A pesar de sus errores, era buen soldado y muy



popular entre los militares. Durante un par de años se mostró muy frío conmigo, pero luego superó esta actitud y llegó a ser uno de mis mejores amigos.

Uno de mis primeros actos consistió en enviar un grupo de tropas para que trajeran a Ulm mi máquina. Saqué el electrolito de las baterías, la revisé de cabo a rabo y la guardé en la bodega del palacio. Era totalmente feliz y no pensaba abandonar Ulm, pero más valía estar prevenido ante cualquier eventualidad. En cualquier momento, algún explorador podría encontrar mi valle, dar una palada de tierra y destruir Ulm. Cuando esto ocurriese, me proponía tomar a Awlo, aumentar nuestro tamaño y salvarnos.

Durante cinco años, la paz y el orden reinaron en Ulm. Éramos la pareja más feliz de todo el imperio. Ella era el ídolo de la ciudad y el hecho de ser su salvador me favoreció. Pronto fui popular, y cuando Lamu se convirtió en mi amigo, el ejército se unió al pueblo en el afecto que sentían hacia mí.

En otoño de 1927 comenzamos a oír rumores sobre una gran concentración de menas. Al principio, tanto Lamu como yo nos sentimos inclinados a rechazar la idea, pero los rumores se hicieron más insistentes y finalmente tuvimos que considerar la posibilidad de que los menas estuvieran preparándose para un ataque realmente fuerte. Tomamos nuestras disposiciones para soportar el asedio, y aguardamos el ataque. Una de las cosas que más me sorprendieron en Ulm era que desconociesen el uso de armas arrojadas. Ni siquiera habían creado el arco y la flecha. Creyendo haber descubierto el modo de aplastar a los menas, construí un arco y una flecha y se los mostré a Kalu, proponiéndole que nuestro ejército fuera equipado con este tipo de armas. Sonrió enigmáticamente y me aconsejó que las presentara al consejo.

Lo hice, y tuve la sorpresa de que Lamu y el consejo ni siquiera se dignasen escuchar mi propuesta. Cuando explicaron sus motivos, comprendí que tenían razón. Los menas, aunque no tienen capacidad inventiva, poseen un gran instinto de imitación. El consejo temía que, si bien rechazaríamos el primer ataque mediante la superioridad de nuestras armas, luego los menas también se proveerían de arcos, y entonces nos veríamos en dificultades para repeler un segundo asalto. Los de Ulm conocían bien el principio del arco y la flecha pero jamás los habían empleado, por la razón expuesta.

El año pasado atacaron los menas. Me parecieron millones, y se mostraban terriblemente temerarios, dispuestos a soportar pérdidas inmensas con tal de ganar cualquier posición. Como eran más fuertes que nosotros, no los desafiábamos fuera de las murallas, sino que nos limitábamos a defender la ciudad. Traían escaleras e intentaron escalar las murallas; además, llevaban arietes para derribar las puertas. Nosotros nos mantuvimos en las murallas y les arrojábamos rocas y aceite hirviendo. Cuando lograban alzar una escalera, la derribábamos y matábamos a estocadas y lanzazos a quienes lograban poner los pies sobre las murallas. Por los relatos históricos conocía precedentes de este tipo de defensas, lo cual me permitió introducir algunos trucos nuevos que sorprendieron desagradablemente a los menas. Después de tres meses de lucha, la situación no había variado lo más mínimo. Supe que los asedios de diez o veinte años no eran infrecuentes. En la ciudad teníamos nueces de keili suficientes para alimentarnos durante cincuenta años, y una abundante provisión de agua. No éramos lo bastante fuertes para salir en descubierta; lo único que podíamos hacer era defendernos

y aguardar a que los menas se cansaran y se retiraran, o empezaran a pelear entre sí. Esto último sucedía cada vez que un asedio se prolongaba demasiado.

La continua lucha me mantenía mucho tiempo apartado de Awlo, y naturalmente tenía ganas de terminar cuanto antes. Un día pasé por el arsenal, vi mi máquina y tuve una gran idea. Si podía utilizar armas de fuego, rompería el sitio de los menas en un instante. El consejo no me permitiría emplear arcos y flechas, por temor a que nuestros enemigos los copiasen para emplearlos contra nosotros, pero desafiaba a cualquier artesano mena, o aunque fuese de Ulm, a copiar un rifle moderno y sus municiones. ¿Por qué no emplear la máquina para aumentar mi tamaño, regresar al mundo normal, adquirir armas y municiones, y reducirlo todo a un tamaño conveniente? Me apresuré a proponer mi idea ante Kalu y el consejo.

No sé si alguno de los miembros del consejo creyó alguna vez la historia de mis orígenes, aunque jamás dijeron nada. No conviene dudar de la palabra de quienes poseen gran autoridad. Cuando me ofrecí modestamente a aumentar mi tamaño y conseguir armas y municiones, menearon la cabeza y se pusieron a analizar la cuestión. Los conduje a la muralla, les mostré cuál sería el efecto de un disparo de rifle contra los menas, y toda oposición a mi plan desapareció. Muy excitado, recargué las baterías con el electrolito que había guardado años antes, y me preparé para emprender el viaje. Pronto descubrí que no había contado con la opinión de Awlo. Mi princesa se negó, lisa y llanamente, a separarse de mí.

Al principio me sentí desconcertado, pero la misma Awlo propuso una solución para el problema que había planteado.

—Courtney, ¿por qué no puedo acompañarte? —preguntó—. Si regresamos bien, el viaje será útil, y si no regresamos, al menos estaremos juntos.

La idea era lógica y se la comuniqué a Kalu. No quería que Awlo partiera, pero finalmente consintió bajo mi solemne promesa de regresar con ella. Como sabía que la misión iba a ser bastante difícil, solicité que me acompañara un voluntario. Con gran sorpresa por mi parte, se ofreció Lamu. Esto me alegró, aunque no me parecía conveniente que el ejército se quedase temporalmente sin jefes. Insistió y señaló que los riesgos del viaje debían ser compartidos por los dos hombres de más alta graduación, y finalmente acepte.

La máquina fue transportada hasta la azotea del palacio, e hice algunas adaptaciones para aumentar su velocidad de acción e impedir que aplastara bajo su peso toda la ciudad antes de que la base se dilatase lo suficiente como para necesitar una superficie de apoyo más elevada. Finalmente, cuando todo quedó dispuesto, los tres nos apiñamos en la máquina, y con un saludo final para todos accioné la palanca.

Con la nueva disposición, la máquina funcionó a una velocidad superior a la prevista. Antes de que pudiera cerrar el interruptor medíamos tres metros y medio. Volví a ponerla a baja velocidad y reduje nuestro tamaño hasta que el indicador me mostró mi altura normal de un metro ochenta. Awlo y Lamu salieron a un nuevo mundo, aunque para mí no lo era tanto.

Fuimos hasta mi cabaña y la revisamos. Todo estaba intacto y nadie había pasado por allí. Por tanto, Awlo podía esperarnos en ella mientras Lamu y yo íbamos a Beatty, nos poníamos en contacto con mis banqueros y adquiriríamos los pertrechos necesarios. Discutimos la cuestión y Awlo quiso acompañarnos. No había motivo para oponerse ni, por cierto, dejar de hacer una visita a Nueva York si ella lo deseaba, de modo que convine en ello. Lamu sugirió que podía ser una buena idea el aprender a manejar el mecanismo, por si nos parecía aconsejable enviar el material en varias partidas. Él podría recibirlo y devolver la máquina; de este modo Awlo y yo no tendríamos que separarnos. La idea era buena, por lo que puse la máquina a poca velocidad y le enseñé su sencillo manejo. Lo comprendió fácilmente y la redujo varias veces hasta un tamaño sumamente pequeño, declarándose luego satisfecho de lo aprendido. ¡Ojalá hubiera adivinado entonces lo que maquinaba su negro corazón de villano!

La mañana siguiente me hallaba en la cabaña preparando las mochilas para la caminata hacia Beatty, cuando Awlo, que estaba fuera, dio un grito de alarma. Abandoné todo y salí corriendo. Al principio no vi a Awlo ni a Lamu, y luego escuché un gemido casi inaudible. Miré al lugar de donde provenía, y vi la máquina. Su tamaño era unas diez veces más pequeño del normal, y noté que seguía encogiéndose. Salté hacia la máquina con la esperanza de alcanzar el interruptor e invertir la acción, pero era demasiado tarde. Me dejé caer de rodillas y la observé. Lamu había raptado a mi princesa y tenía la mano sobre la palanca. Detuvo la acción un minuto, pero el aparato ya era demasiado pequeño como para poder introducir el dedo entre las columnas, y temí romper la máquina. Me acerqué y escuché sus minúsculas vocecillas.

—Courtney Siba Tam —gritó Lamu triunfalmente—, te he oído decir que quien ríe último ríe mejor. Una vez me robaste mi reino pero, cuando regresemos y les diga cómo pensabas abandonar Ulm en su hora de dificultades y raptar a la princesa, recobraré todo lo que he perdido. Durante años he planeado cómo derribar tu ambición y por eso refrené mis impulsos y fingí ser tu amigo. Despidete de Awlo, pues es la última vez que la ves.

—Awlo —grité en un susurro—, ¿no puedes hacer nada?

—No, Courtney —respondió su vocecilla—, es demasiado fuerte y no me atrevo a luchar. ¡Ven a rescatarme, Courtney! Sálvame de este monstruo peor que los menas, de cuyas manos me sacaste una vez. ¡Te esperaré, Courtney!

Ésas fueron las últimas palabras que oí de ella, y respondí:

—Amor mío, iré a buscarte tan pronto como pueda —gemí—. En cuanto a ti, Lamu Siba, el juego todavía no ha terminado. ¡Cuando regrese, me pagarás esto con la sangre de tu corazón!

—Sí, Courtney Siba Tam —me llegó su voz burlona—. Cuando regreses.

Volvió a accionar la palanca, y la máquina que contenía mi más preciado bien desapareció.

No recuerdo lo que ocurrió durante los días siguientes. De algún modo, conseguí llegar a Beatty e identificarme. Puse varios telegramas a San Francisco pidiendo los materiales

necesarios para construir otra máquina. Tampoco olvidé a mi pueblo. Con los materiales pedí las armas y municiones que necesitaba. Creí que tardaban una eternidad en llegar a mi valle, pero al fin estuvieron en mi poder. Desde entonces he trabajado día y noche. Esta tarde he terminado el aparato, lo he emplazado donde estuvo el otro, y mañana dejaré este plano tratando de llevar a Ulm las armas y municiones.

Tengo la esperanza de localizar Ulm, pero no estoy absolutamente seguro de lograrlo. He marcado el sitio donde estuvo mi máquina anterior, mas era fácil cometer un error al colocar el nuevo modelo en el sitio donde estuvo el viejo. Si no he logrado colocarla en el punto exacto, desviándome aunque sólo sea una fracción de centímetro, apareceré a muchos kilómetros de distancia de la ciudad. Incluso puedo llegar a un mundo desconocido, muy lejos de mi imperio, y no saber qué camino tomar. He hecho cuanto me ha sido posible, y sólo el tiempo podrá decir si me he equivocado. Hay algo que sé con certeza. No importa lo que Lamu haga o diga, Awlo me espera y me es fiel. Tengo el rifle, muchas municiones y, aunque la raza mena quiera cerrarme el paso, hallaré el modo de destruirlos y abrazar una vez más a mi princesa.

AWLO DE ULM

Capitán S. P. Meek

Cuando permití que mi manuscrito «Submicroscópico» fuera publicado, no me proponía contar al mundo el resultado de mis aventuras. Sinceramente, no esperaba que me creyeran. Los acontecimientos que narraba eran tan fantásticos, tan fuera de lo común y ajenos a las ideas preconcebidas de los hombres en este plano de la existencia, que esperaba ver acogida mi historia como un relato ocioso, escrito sólo para entretener. El director de «Amazing Stories» ha tenido la amabilidad de enviarme diversos comentarios recibidos. Cuando los leí descubrí, asombrado, que un pequeño grupo de pensadores sagaces había comprendido que mi cuento narraba hechos reales. La mayoría lamentaba que el final de la historia fuera un libro cerrado para ellos. Esta continuación se dirige a ese grupo selecto a quienes estimo como a amigos míos. El interés que han mostrado por mi paradero y por el de mi amada princesa es tan conmovedor, que me veo obligado a publicar, como atención hacia ellos, los extraordinarios acontecimientos que siguieron a aquella noche terrible, pasada en mi valle secreto de Nevada, antes de emprender la búsqueda de Awlo y su raptor.

Vi impaciente cómo el sol se alzaba sobre Timpahute. En Ulm el amanecer se produce un poco más tarde que en este plano, debido a la altura de las montañas (¡granos de

arena!) que rodean el imperio. Pensé que era mejor aguardar la plena luz del día antes de lanzarme a lo que, fácilmente, podía resultarme desconocido. Había emplazado mi mecanismo de vibración electrónica lo más exactamente posible en el sitio donde habían desaparecido Lamu y mi princesa, pero sé que una distancia inapreciable, no visible ni siquiera bajo el microscopio, puede equivaler a kilómetros en Ulm, y tenía pocas esperanzas de regresar a la ciudad sitiada.

Finalmente, sentí que había llegado el momento. Entré en mi máquina recién terminada, accioné la palanca y me puse en camino. La escena se redujo rápidamente a proporciones ciclópeas y desapareció cuando fue demasiado grande para que mis ojos la vieran o mi mente la comprendiera. Observé la escala del indicador a medida que la aguja avanzaba hacia el infinito. Luego dejó de moverse y oí el gemido de los generadores. La nota recorrió toda la escala y se perdió en el silencio. Miré a mi alrededor desde la máquina, y el desánimo hizo presa en mí. El paisaje no se parecía en nada a los alrededores de Ulm. Indudablemente, me había desviado muchos kilómetros de la meta.

Mi primer impulso fue aumentar de tamaño y cambiar la máquina de lugar, pero lo pensé mejor y comprendí la inutilidad de tal acción. Había situado la máquina tan exactamente como podía, y cualquier cambio podría apartarme aún más de la ciudad. Lo único que cabía hacer era ponerme en marcha, con la esperanza de encontrar a alguien, aunque fuese un mena hostil, que me indicara en qué dirección viajar. Me eché sobre los hombros otro par de cartucheras, cogí el rifle y salí de la máquina. Una idea súbita me detuvo. Regresé y abrí un armario lateral para sacar dos pequeñas pistolas automáticas calibre 32, que guardé en sendas pistoleras bajo la camisa. Cada pistola disparaba seis tiros y, aun siendo pequeñas, iban cargadas con balas de punta hueca que producirían un efecto mortal a poca distancia. Con este armamento, me sentí preparado para emprender el viaje.

El lugar donde me encontraba era indescriptiblemente árido. No se veía la espesa vegetación semitropical que estaba acostumbrado a relacionar con el imperio submicroscópico; allí sólo había roca, piedra desnuda y escabrosa. Inmensos bloques pétreos de cientos e incluso miles de metros de altura, se apilaban unos sobre otros como si hubieran sido arrojados como diversión por una raza de gigantes despreocupados. Aquello era muy diferente de la solidez y simetría que caracteriza a las montañas de nuestro mundo. La mayoría de las piedras parecían hallarse en equilibrio precario, e incluso las que estaban encajadas producían sensación de inseguridad. Me estremecí y temí moverme, pensando que incluso mi ínfimo peso podía echar a rodar una de aquellas masas rocosas, aplastándome con todas mis posesiones en el cataclismo. Caminé cuidadosamente hasta una de las masas rocosas de aspecto inestable y apoyé mi mano contra ella. Estaba firme; la empujé un poco al principio y luego con todas mis fuerzas, tratando en vano de mover la masa, que debía pesar miles de toneladas en comparación con mi peso insignificante, calculado en ochenta y dos kilos a escala normal. Satisfecho de mi experimento, me sentí más seguro y comencé a pensar en qué dirección debía viajar.

Busqué una pista en mi cerebro. En algún rincón de mi mente había un recuerdo fugaz evocado por aquella desordenada fantasmagoría de rocas. De súbito, lo rememoré con claridad.

En los días en que fui Príncipe Heredero de Ulm, por ser el esposo de la única hija de su gobernante, me interesaban en gran medida las antiguas leyendas sobre la historia primitiva del imperio. Ulm no poseía documentos escritos ni archivos a los que yo pudiera recurrir, salvo las tradiciones y leyendas que habían sido transmitidas de generación en generación. Tales leyendas se conservaban en forma de versos. El aprendizaje y recitado de éstos en determinadas solemnidades era la ocupación principal de una clase de personas llamadas tamaaini. Se trataba, por lo general, de ancianos que no pertenecían a la nobleza pero que, gracias a su profesión, tenían acceso a la corte y a la mayoría de los privilegios de la nobleza. Algunos poseían una memoria maravillosa y podían repetir sin error miles y miles de versos de las antiguas leyendas. Gracias a ellos, supe que los menas procedían del norte, de donde llegaron a través de los desfiladeros desérticos entre las imponentes montañas que rodean Ulm. Pero jamás logré averiguar los orígenes del pueblo de Ulm. Por lo que los tamaaini contaban, siempre habían vivido en el mismo lugar. No obstante, las leyendas contenían alusiones oscuras y poco inteligibles a otros países. Uno de aquellos pasajes era lo que intentaba recordar. De improviso, como un fogonazo, el relato olvidado hacía tiempo iluminó mi mente.

Narraba la huida del hijo natural de un monarca de Ulm, que a la muerte de su padre había intentado usurpar el trono de su hermanastro legítimo. La leyenda describía su derrota y muerte. El vencedor lo persiguió con un grupo de soldados y lo alcanzó en un lugar donde «los gigantes jugaban como niños, pasándose las montañas de una mano a la otra». Allí encontraron una raza de kahumas o hechiceros, que volaban como pájaros y arrojaban fuego con sus múltiples manos. Podían «matar desde lejos con fuego» y no permitían que ningún intruso regresara de su territorio. Evidentemente, al menos uno escapó a Ulm para anunciar la muerte del usurpador, referida por la leyenda con gran lujo de detalles. Aquel pasaje siempre me interesó, pues parecía indicar la existencia de una civilización superior a la que poseían los valientes y caballerosos guerreros de Ulm.

Miré a mi alrededor y no me pareció que desmintiera la fantasía del antiguo bardo, al comparar el paisaje con travesuras de gigantes o perversas maquinaciones de hechiceros. Por cierto, la descripción cuadraba. Según la leyenda, la tierra prohibida se hallaba «hacia el sol poniente». Si el relato era real y si me hallaba en el teatro de la antigua tragedia, Ulm debía quedar hacia el este y a pocos días de viaje. La pista era bastante dudosa, pero no disponía de otra. Si la descartaba, no sabría qué dirección tomar, por lo que decidí confiar en la autenticidad de una leyenda de inmemorial antigüedad y emprender viaje hacia el este.

Mi primer paso consistió en tomar de memoria el paisaje y determinar el rumbo con la brújula, partiendo de los accidentes más notables de aquella geografía. Si encontraba el camino de Ulm, todo mi trabajo y esfuerzo habrían sido inútiles a menos que pudiera regresar a mi máquina, con su preciosa carga de armas. Hacia el norte, tres cumbres destacadas dominaban el paisaje, agrupándose de modo tal que la más lejana era equidistante de las dos más cercanas. La posición de la cumbre más lejana era de cuatro grados al oeste del norte magnético. Exactamente al sureste había otra cumbre que se distinguía por una hendedura peculiar. Un breve repaso me permitió grabar en mi mente la situación de la máquina, hasta estar seguro de que sabría volver al lugar. Eché una última mirada a mi alrededor, me cargué con el rifle, me orienté al este y eché a andar.

A pesar de la escabrosidad del terreno, pude mantener la dirección al este con ayuda de la brújula, aunque me vi obligado a dar algunos prolongados rodeos alrededor de las masas rocosas. Anduve varias horas, hasta que el terreno fue haciéndose menos escabroso. No había señales de vida animal, aunque sí algunas matas parecidas a los arbustos tan comunes en algunas partes del oeste americano.

Hacia mediodía empecé a sufrir un calor insoportable. Lamenté haber cargado tanta comida y municiones, y no haber llevado más de dos litros de agua. Era demasiado tarde para retroceder, por lo que decidí racionar el agua con cuidado, y seguí avanzando. A mediodía el calor se volvió tan insoportable, que me puse a buscar un sitio donde refugiarme.

Al ver algo que parecía una cueva entre las rocas, me acerqué para explorarla. No se trataba de una verdadera cueva, sino de algo parecido, gracias a dos enormes masas rocosas apoyadas una contra la otra. No sabía qué profundidad podía tener el hueco, pero hacía fresco a la sombra y me quité la mochila con un suspiro de alivio. También me quité las pesadas cartucheras, y apoyé el rifle contra la pared de la caverna. Según mi cuentapasos, había recorrido dieciséis kilómetros. Saqué un lápiz y una libreta de la mochila y me acerqué a la boca de la caverna para observar dónde quedaban las cumbres que me servían para orientarme.

Las localicé sin dificultad. Estaba distraído, tratando de calcular mi posición por triangulación sobre un tosco mapa que había trazado cuando me sobresaltó un ruido extraño. Escuché atentamente y el sonido desapareció un instante para luego aumentar de volumen. Intenté averiguar su origen. Se trataba de un ruido continuo y vibrante, que me recordó el zumbido de una hélice de aeroplano, cosa desconocida en Ulm.

El ruido se acercó. Me escondí en la cueva y cogí el rifle. Entonces apareció ante mi vista lo que provocaba el sonido. Mis oídos de aviador no se habían equivocado. A velocidad moderada, a unos trescientos metros sobre mí, volaba un aeroplano. No era el modelo corriente que yo conocía, aunque no dejaba de tener alguna semejanza con los aviones que yo había pilotado. La principal diferencia estaba en el tamaño y forma de las alas. En lugar del ala rectangular normal a ambos lados del fuselaje, aquella máquina poseía un ala única en forma de corazón con la punta dirigida hacia atrás. Sobre el ala había un dispositivo de cables que me recordaron una antena.

La cabina era larga y en forma de cigarro, de longitud poco superior a la del ala. En los costados se abrían ventanillas cubiertas con vidrio u otro material transparente, a través del cual creí entrever figuras en movimiento, aunque la distancia era demasiado grande y no podía estar seguro.

El aparato tenía tres hélices, una en el morro más o menos a nivel del ala, mientras las otras dos, de menor tamaño, se hallaban sobre los lados del ala y equidistantes de la cabina. Me llamó la atención, no sólo la reducida envergadura y otros rasgos poco habituales, sino la ausencia total de ruido de motores, pese a que las tres hélices giraban rápidamente.

Miré estúpidamente el aparato hasta que voló casi sobre mí, y entonces recobré la cordura suficiente para reaccionar. Aunque los ocupantes de la nave no sufrían el inconveniente del rugido de los motores, no esperaba que me oyeran desde tanta altura,

por lo que me quité a toda prisa el sombrero y lo agité con frenesí. La aeronave continuó su vuelo sin que nadie, al parecer, hubiera reparado en mis señas. Busqué desesperado una manera de llamar la atención, y entonces tuve una idea que me salvó. Un viejo amigo mío había realizado algunos experimentos con balas trazadoras y me había dado algunos cartuchos. De súbito recordé que una de mis pistolas iba cargada con esa clase de proyectiles, ya que me había propuesto ensayarlos, pero luego se me olvidó. Era una excelente ocasión de comprobar su utilidad. Desenfundé la pistola y disparé al aire.

De la boca del arma brotó una línea de fuego, que pasó junto a la aeronave y siguió ascendiendo. La llama debió prolongarse unos ochocientos metros antes de su extinción. Volví a disparar y fijé la vista en el aeroplano. Evidentemente, habían visto mi señal, pues la nave describía un amplio arco. Agité mi abrigo. Era indudable que me habían localizado; la nave planeó descendiendo hacia el suelo. Miré el pequeño claro que tenía delante y pensé que ningún avión corriente podría aterrizar allí sin estrellarse. Pero aún no conocía las posibilidades de aquella nave rechoncha con su escasa envergadura. El avión trazó una curva y se detuvo a menos de treinta metros del punto donde había tocado tierra. La hélice central dejó de girar, pero las dos laterales siguieron funcionando incluso después de que la nave quedase inmóvil.

Una escotilla se abrió al costado de la nave y salieron cuatro personajes. Me acerqué corriendo, pero algo me detuvo casi en seguida. Tenían aspecto humano a primera vista, pero de súbito me pareció estar en presencia de unos arácnidos gigantes. Espantado, no conseguí precisar aquella impresión hasta que me fijé en el que llevaba la delantera. De sus hombros salían, no un par de brazos, sino tres pares. Lo demás parecía normal, al menos por lo que dejaba adivinar el atavío voluminoso e informe que llevaba y el casco que ocultaba sus facciones.

Las cuatro figuras se desplegaron mientras avanzaban, y no me pareció que esto significase una acogida amistosa. Por un instante pensé regresar a la caverna donde había dejado el rifle, pero ignoraba con qué rapidez se moverían los recién llegados. Además, estaban tan cerca de la caverna como yo. Me recosté contra una pared de roca y saqué la pistola. Tal vez no pretendían hacerme daño alguno, pero preferí estar preparado para cualquier contingencia.

Los cuatro siguieron acercándose hasta quedar a cinco metros de mí. Levanté la pistola, pero vacilé en mostrarme hostil antes de saber si las intenciones de ellos eran o no amistosas. Ante mi acción se detuvieron y me miraron. Uno de ellos levantó un brazo y me apuntó. Como estaban cerca, pude ver sus facciones a través de las mirillas encristaladas que llevaban en la parte anterior de los cascos. Eran diferentes de las razas que había conocido hasta ese momento. Tenían los rostros de un color azafrán subido y los ojos colocados oblicuamente en la cabeza. Alcé la mano izquierda haciendo el gesto universal de la paz y dije:

—¿Pehea oc, malahini?

Su jefe me miró dubitativamente un instante y luego respondió. Hablaba con una extraña voz gutural y, pese a que su lengua no era la de Ulm, pude entenderle.

—¿De dónde vienes y qué buscas aquí —inquirió en tono imperioso.



—Soy de Ulm —respondí—. Vengo de la capital, que está sitiada por los menas, e intento ayudar a Kalu Sibama, mi señor y soberano. Me he perdido y trato de encontrar mi camino hacia allí. ¿Puedes orientarme?

—¿Ulm? —preguntó al cabo de un rato, y luego se echó a reír con sorna—. ¡Mientes! Ulm no es más que un recuerdo. Hace muchas lunas que Kalu Sibama descansa, supongo que en paz, en el estómago de los menas.

—¿Ulm ha caído? —exclamé, incapaz de dar crédito a mis oídos.

—Ulm ha caído —respondió, claramente divertido ante mi horror—. Sus jefes la abandonaron como las pulgas abandonan un perro muerto. Los menas asaltaron sus murallas y sólo un grupo logró salvarse. Ahora, esos sobrevivientes son esclavos de mi señor Kapioma Sibama, del Imperio de Kau. Se alegrará cuando le lleve dos esclavos en vez de uno que me envió a buscar.

Sus palabras confirmaron mi recelo en cuanto a sus intenciones. Me dije sombríamente que aún no tenía cogido al esclavo, mientras le apuntaba cuidadosamente al pecho con la pistola. La bala trazadora lo alcanzó en el pecho y estalló en una llamarada de luz roja. El impacto le hizo tambalearse, pero no cayó. Levante la pistola para disparar por segunda vez, pero no llegué a hacerlo. Un fogonazo de luz verde cegadora salió de uno de sus brazos, y mi pistola cayó al suelo. Mi brazo derecho quedó entumecido y paralizado hasta el hombro. Lanzó un segundo fogonazo, y mi brazo izquierdo quedó en el mismo estado que el derecho. Me volví para huir, pero era demasiado tarde. Una docena de manos me sujetaron.

A una orden del jefe, los tres desconocidos me arrastraron brutalmente por el suelo hacia su aparato, y me hicieron entrar a empujones. Al entrar eché una rápida mirada a mi alrededor, pues deseaba ver cómo eran aquellos motores silenciosos. No había ninguno a la vista. En la parte anterior de la cabina se veía un doble juego de mandos, semejantes a los que yo sabía manejar. En la carlinga había tres minúsculos motores de un tipo que yo no conocía, pero no había baterías, generadores ni otra especie de máquina productora de energía, sino un gran tablero lleno de conmutadores y cuadrantes que se hallaba entre los dos puestos de control de vuelo. Junto a ese tablero había un hombre. A primera vista, nadie más ocupaba la nave.

Mis raptores me condujeron a la parte posterior de la cabina y me obligaron a sentarme. Otros dos fogonazos verdes iluminaron el interior de la cabina, y mis piernas quedaron tan inutilizadas como mis brazos. Los tres se retiraron al lado opuesto de la cabina y se quitaron los trajes. Eran hombres de estatura media y cuerpo bastante delgado, pero de frente ancha y expresión de gran inteligencia. El jefe volvió hacia mí sus ojos oblicuos. Había poder e inteligencia en ellos, pero también la quintaesencia de la crueldad. Me obsesionó tanto su rostro, que al principio no me di cuenta de que cuatro de sus seis brazos habían desaparecido.

La explicación se me ocurrió cuando vi al resto de la tripulación. Todos tenían dos brazos normales, como era de esperar. Sobre la pared había un perchero y de allí colgaban cinco trajes de vuelo, de cuyos hombros salían tres pares de brazos. Cuando los observé con más detenimiento, vi que sólo dos brazos en cada traje terminaban en un guante. Los demás terminaban en tubos huecos que, evidentemente, servían para

lanzar los rayos paralizantes. Aquellas prendas me impresionaron tanto como sus rostros fríamente implacables, pues ponían de manifiesto que no estaba tratando con los valientes y caballerosos salvajes de Ulm, sino con una raza que había desarrollado ampliamente su capacidad mental y conocía a fondo las leyes científicas.

El jefe dio una orden y dos de los tripulantes se pusieron a los mandos. El hombre del tablero pulsó algunos botones. La nave despegó verticalmente, ascendiendo en un ángulo que para mí era inaudito. Sin embargo, la nave lo hizo sin dificultades, alcanzó una altura de unos trescientos metros y emprendió el vuelo hacia el este. Eché una rápida mirada a la brújula empotrada en el techo, y decidí memorizar el rumbo.

Dos tripulantes se adelantaron y corrieron una tela que cubría un objeto alargado sobre el suelo. Cuando levantaron la tela, reprimí a duras penas una exclamación. El objeto era un hombre, y me bastó una mirada para saber que no era de la misma raza que los tripulantes de la nave. Largos rizos rubios poblaban su cabeza, en lugar del pelo negro corto de los kauanitas; su piel era blanca como la mía y no del desagradable color azafrán que caracterizaba a nuestros raptos.

Sus brazos y sus piernas colgaron flácidos e inútiles cuando lo levantaron y lo echaron en la parte trasera. Lo tumbaron sin contemplaciones en el suelo, a mi lado, y regresaron a la parte delantera de la cabina. Miré con curiosidad a mi compañero de cautiverio, interés que, evidentemente, él compartía.

—¿De dónde eres? —me preguntó en un susurro. Su voz no tenía el sonido gutural que caracterizaba el modo de hablar de los tripulantes. Era suave y fluida como la de los oriundos de Ulm.

—De Ulm —respondí, también en voz baja.

—Pero si hace meses que Ulm cayó —añadió, incrédulo—. No creo que pudieras escapar al saqueo de la ciudad. Y aunque así fuese, ¿cómo has sobrevivido desde entonces?

—No estaba allí cuando Ulm cayó —repuse—. Había ido a buscar ayuda. Acabo de regresar.

Me miró con extrañeza.

—¿Cuál era tu rango? —preguntó inquisitivamente.

—Era Siba Tam —respondí con orgullo.

Una expresión de alegría iluminó su rostro.

—Siba Tam, si tuviera una espada que ofrecer, colocaría la empuñadura en tu mano —dijo—. Desde hace mucho tiempo he deseado conocer al hijo de mi soberano.

—No soy hijo de Kalu —contesté—. Soy el esposo de su única hija.

—Igual te ofrezco mi empuñadura —agregó—. No he regresado a mi tierra natal desde niño, pero no hay súbdito más leal a su Sibama. ¿Deseas continuar hasta Kau?

—No deseo ir a ningún sitio como esclavo —respondí con cautela.

—Entonces, tendremos que escapar —aseguró—. Pensaba tratar de ganar la libertad antes de llegar a la ciudad, aunque no tenía muchas esperanzas de lograrlo. Ahora tendremos más posibilidades de dominar a los cinco hombres de Kau.

—Pero tengo las piernas y los brazos paralizados —le informé.

—Eso no importa. ¿Podrás mantenerlos inmóviles y fingir parálisis mientras yo anulo los efectos del rayo?

—Supongo que sí.

—Entonces, pon atención y no te muevas mientras trabajo.

Se dejó rodar hasta caer sobre mí. Los kauanitas se volvieron a mirar, pero luego no le prestaron más atención. Poco después sentí un dolor agudo en la espalda y otro en el hombro.

—Ahora, no te muevas —dijo mi nuevo aliado.

A mis espaldas se oyó un zumbido apagado, y un dolor insoportable recorrió mis miembros. Me mordí los labios para no gritar. El dolor cesó y descubrí con satisfacción que había recobrado el tacto y el movimiento.

—¿Cuáles son tus órdenes? —inquirió suavemente mi compañero de cautiverio.

—No tengo ningún plan. Tú sabes mejor que yo lo que conviene hacer. Ordena y te obedeceré.

—Cuando pronuncie la palabra clave, ponte de pie de un salto y corre hacia ellos —dijo—. Colócate entre ellos y los trajes de combate, y no dejes que se acerquen. Si recuperan sus armas, podemos darnos por muertos, o algo peor. Sin los trajes, no tienen más recurso que su fuerza.

—Un momento —señalé cautamente—. Creo que tengo un arma. Sirve para matar a los hombres comunes, pero falló contra estos hombres. Entonces tenían puestos los trajes de combate. Dime, ¿son vulnerables a una estocada?

—Sin los trajes de combate, sí; con ellos puestos, no.

—Bien. Quédate quieto y déjame intentarlo. ¿Sabrás dirigir la nave después de que la tomemos?

—Sin duda alguna.

—De acuerdo. Veré qué puedo hacer. Si mi arma vuelve a fallar, tendremos que atacarles con las manos.

Me preparé para el combate. La distancia era escasa y estaba seguro que las dos pequeñas pistolas automáticas del 32 que providencialmente llevaba servirían para mi propósito. Ambas estaban en sus fundas... una bajo cada brazo.

Me moví con rapidez, poniéndome en pie de un salto con una pistola en cada mano. Apunté la derecha y disparé contra el jefe. Vi en sus ojos una expresión de sorpresa. Se tambaleó y luego cayó de bruces. El arma era eficaz.

Los demás tripulantes contemplaron estúpidamente a su jefe muerto. La pequeña pistola volvió a disparar, y las fuerzas enfrentadas quedaron tres a dos. La tripulación se abalanzó hacia los trajes de combate, pero no consiguió alcanzarlos. La pequeña automática escupió por tres veces su mensaje de muerte. Mi puntería siempre ha sido buena. Mi compañero se había puesto en pie y se precipitó hacia los mandos. Llegó en el momento justo, pues la nave picaba peligrosamente. Al instante, el vuelo volvía a quedar equilibrado.

Observé a la tripulación abatida. A tan poca distancia, las balas que cargaba mi pistola se abrían como hongos. Mis armas habían cumplido su cometido. Sólo uno de nuestros enemigos vivía, aunque mortalmente herido. Me cercioré de que no podía hacernos daño y me acerqué al puesto de mandos.

—¿Adonde vamos, Siba Tam?

Reflexioné antes de responder. Era inútil regresar a la caída Ulm. La nave me serviría para continuar la búsqueda de mi princesa perdida, y además había ganado un aliado leal. El primer paso consistía en procurarse armas.

—Regresa al lugar donde fui capturado, y luego continúa en línea recta hacia el oeste durante algunos kilómetros. Mientras tanto, enséñame a conducir esta nave. ¿De dónde obtiene la fuerza motriz? No veo ninguna fuente de energía.

—Nuestra energía procede de la central eléctrica de Kaulani.

—¡Radiotransmisión de energía! —me asombré.

—No comprendo tus palabras —dijo (sin darme cuenta, yo había hablado en inglés)—. La energía que acciona nuestras hélices y hace funcionar los trajes de combate es generada en Kaulani y se envía en forma de ondas que son captadas por antenas situadas en la parte superior de la nave.

—Las he visto, pero no imaginé para qué servían —respondí—. Creí que eran para recibir y probablemente transmitir mensajes.

—¿Pueden recibirse o enviarse mensajes a través de ellas?

—Claro que sí. ¿No lo sabías?

—No, Siba Tam.

—Así pues, poseemos conocimientos que los kauanitas no tienen —comenté con alegría—. Luego te mostraré cómo se hace. Ahora enséñame a controlar la nave.

Me indicó que ocupase los mandos del copiloto e inició las explicaciones. Era algo ridículamente sencillo para un experto en el vuelo, y cinco minutos después yo manejaba la nave como un veterano. El secreto de la escasa envergadura del ala y la corta distancia de despegue y aterrizaje residía en la disposición de las hélices laterales. Estaban inclinadas de tal modo, que el aire impulsado se proyectaba sobre el ala produciendo una fuerza ascensional. Al invertir las actuaban como freno y el aparato tomaba tierra en pocos metros. La hélice central servía para el avance de la nave.

Poco después sobrevolábamos el lugar donde yo había sido capturado. Aterrizamos para recuperar mi rifle y la mochila. Volvimos a despegar, y diez minutos después tomábamos tierra sin dificultad junto a mi máquina.

—Ahora te recompensaré el que me hayas enseñado a conducir esa nave —dije sonriente—, enseñándote a manejar una máquina que, según creo, ni siquiera el jefe de esos bribones que nos capturaron, sabría entender. Sin embargo, antes de hacerlo, quiero que me hables de ti mismo. ¿Quién eres y cómo has llegado hasta aquí? He vivido varios años en Ulm, pero no conozco tu rostro y tú tampoco me conocías a mí.

—De niño me sacaron de Ulm, y crecí en Kau.

—¿Cómo es eso?

—Me llamo Olua; Olua Alii por derecho, ya que soy hijo de Muana Alii, miembro del Tribunal de los Señores. De pequeño acompañé a mi padre en un viaje a Ame. Durante el regreso fuimos atacados por los menas. Mi padre fue asesinado, pero yo quede con vida y fui llevado como regalo para el jefe. Estaba destinado a su despensa, pero jamás llegó a verme. Durante el camino hacia su campamento, una aeronave como esta se abatió sobre nosotros. Los menas huyeron en todas direcciones. Los hombres de Kau bajaron de la nave con sus trajes de combate, y uno de ellos, un gran Alii, me recogió. Su único hijo había muerto recientemente y por ese motivo me perdonó la vida, pues los hombres de Kau no suelen tener ninguna piedad en sus tratos con los de otras razas. Me llevó a Kau, y me crió y me educó como a su hijo. De los secretos científicos de Kau, pocos me son desconocidos.

—¿Cómo te convertiste en prisionero?

—Debido a mi lealtad hacia la tierra que me vio nacer. Aun criado en Kaa, nunca olvidé que por nacimiento soy un Alii de Ulm, miembro del Tribunal de los Señores. Leí cuanto pude acerca de Ulm, y cuanto más supe de su valentía y caballerosidad, más me alegraba de ser uno de ellos y no un kauanita traidor. Siempre fui leal a Kalu Sibama de Ulm y no a Kapioma Sibama de Kau, aunque jamás lo dije abiertamente. Cuando Ulm cayó en manos de los menas, un puñado de guerreros de Ulm se abrió paso a través de las montañas que existen entre Kau y Ulm, donde fueron capturados y llevados a

Kaulani como esclavos. Se me cayó el alma a los pies cuando los vi llegar. Eran los hombres con quienes yo siempre había soñado, hombres que luchaban contra sus enemigos con el acero y no con armas de astucia y traición. Me propuse rescatarlos y huir con ellos a Ame, que no había caído en manos de los menas. Trace cuidadosamente mis planes. Pensaba capturar una de las naves de más capacidad y huir con ellos. Un día antes de llevar a cabo mi plan, fui descubierto. Un esclavo fiel me avisó de que los guardias de Sibama venían a arrestarme. No aguardé, sino salí a la azotea de la central eléctrica, donde se guardan los aviones privados del Sibama, los más rápidos de Kau. Tomé un avión monoplace de gran velocidad y en plena noche huí hacia el oeste. Pero mi empresa estaba destinada a fracasar. La energía producida en la central eléctrica de Kaulani se transmite sobre cinco longitudes de onda. Una de ellas sirve para todas las máquinas civiles, el alumbrado, las cocinas y otros usos semejantes. Otra alimenta los trajes de combate y otras armas de guerra. Las otras tres están destinadas a las naves; una a las comerciales, otra a las de guerra y la tercera a los aviones privados del Sibama. Ellas se limitaron a desconectar la longitud de onda que yo utilizaba, y mi nave se estrelló convirtiéndose en una ruina. Mediante los contadores que tienen en Kaulani saben dónde se halla cualquier nave, y enviaron aparatos de guerra para buscarme. No lograron localizarme. Antes de salir, conseguí dotar el avión con un aparato inventado por mí, que falseaba las lecturas de los contadores. Me hallaba a muchos kilómetros del sitio donde me buscaron. Oculté bajo unas rocas los restos de mi nave y logré sobrevivir a duras penas, esperando que algún día lograría capturar otro avión y llegar solo a Ame. Como sabía que emplearían contra mí el rayo paralizador si me localizaban, construí un aparato de bolsillo que anularía los efectos del rayo. Después de varios meses de sacrificios logré perfeccionarlo. Los kauanitas nunca dejaron de buscarme, pues sabían que yo no podría traspasar las fronteras del imperio. Muchas veces tuve que ocultarme al paso de las patrullas. Esta mañana me dejé ver deliberadamente. Todo salió tal como yo quería. Paralizaron mis brazos y piernas, pero mi neutralizador de bolsillo anuló los efectos. Fingí parálisis y me dejé conducir a la nave como prisionero. Esperé mi oportunidad y estaba a punto de atacar cuando vieron tu señal y se detuvieron para capturarte. Ya conoces lo demás.

—Una pregunta, Olua Alii. Has dicho que los supervivientes de Ulm fueron llevados a Kaulani. ¿Había mujeres entre ellos?

—No, Siba Tam. Todos eran guerreros.

Evidentemente, Awlo y Lamu no habían logrado llegar a Ulm. Era lo que yo esperaba.

—Tal vez convenga que me enseñes a manejar uno de esos trajes de lucha —propuse.

—Cómo no, Siba Tam. Lo que tú ordenes. Como ves, cada traje tiene seis brazos. Dos son los brazos de trabajo y los cuatro restantes constituyen armas. Son todas distintas. El rayo verde es el paralizante, cuyos efectos ya conoces. Puede emplearse como arma paralizadora o arma mortal. Si se paraliza el corazón, la muerte es instantánea. El segundo brazo tiene un rayo naranja que neutraliza el efecto del verde. Se emplea como arma defensiva contra el enemigo provisto del rayo verde paralizante. También restaura el funcionamiento de cualquier parte del cuerpo que haya sido paralizada. El tercer brazo contiene un rayo rojo o de calor. Te mostraré los efectos que produce.

Se colocó un traje y dirigió el brazo central del costado izquierdo hacia un pedrusco. Brotó un rayo de luminosidad insoportable. El pedazo de granito resplandeció un instante, y luego se deshizo en un charco de materia licuada. Olua interrumpió la emisión del rayo.

—El cuarto rayo es azul, y neutraliza el rayo rojo de un contrario —prosiguió—. Como ves, cada traje posee dos armas ofensivas y dos defensivas. Éste es el equipo de los soldados comunes. Los Alii poseen trajes con más brazos y más armas mortíferas, tanto ofensivas como defensivas. Se dice que Kapioma Sibama ha construido un traje de cuarenta brazos, pero tan pesado que no puede caminar llevándolo puesto. No funciona con la longitud de onda normal, sino con la privada que sirve para accionar sus aviones. Sin embargo, no es ése el traje más eficaz de Kaulani. El más mortífero es uno que yo mismo fabriqué en secreto y está escondido allí. No pude llevármelo; de lo contrario, todas las fuerzas de Kau no habrían logrado vencerme. Te diré dónde está escondido, Siba Tam. Es posible que el saberlo no te aproveche, pero tampoco te perjudicará. En la central eléctrica hay un laboratorio donde se fabrican y prueban los trajes de combate. El pañol está protegido por una pantalla, contra la cual todos los rayos son inservibles. Sin que nadie lo supiera, monté una trampa en esa pantalla. Si alguna vez deseas conseguir mi traje, entra en el laboratorio y dispara el rayo rojo corriente, el brazo térmico de los trajes comunes, contra la esquina superior de la pantalla, a treinta y cinco centímetros del borde superior y a veintiocho del lado izquierdo. Que el rayo incida con toda su potencia durante ocho segundos. Luego aplica el rayo naranja durante doce. Parte de la pantalla se desintegrará, y detrás encontrarás el traje. Funciona sobre la misma onda que el de Kapioma.

—Gracias, Olua —dije después de practicar con uno de los trajes hasta familiarizarme con su manejo—; me has dicho, con toda sinceridad y lujo de detalles, lo que deseaba saber. Corresponderé a tu confianza hablándote con la misma sinceridad. Aunque soy Siba Tam de Ulm, no nací en ese imperio. Nací en un mundo más grande. ¿Conoces la composición de la materia?

Pronto descubrí que la educación de un Alii de Kau dejaba poco que desear desde el punto de vista científico. Olua conocía a la perfección la constitución de la materia en moléculas y átomos, y la de éstos en protones y electrones. Uno de sus comentarios me sorprendió muchísimo, hasta que lo pensé mejor. Dijo que los átomos no estaban en movimiento, sino que eran estáticos, y que lo mismo ocurría con los electrones. Quise oponer objeciones, pero una idea súbita me hizo callar. Un instante de reflexión me indicó que él tenía razón. En su plano, tanto los átomos como los electrones eran estáticos.

La primera vez que puse en marcha mi mecanismo de vibración electrónica, que reducía la amplitud de vibración de los electrones, la palanca se encasquilló y yo la rompí al querer moverla. A pesar de ello, la máquina dejó de funcionar una vez me vi reducido a la escala del mundo de Ulm. El mismo fenómeno se produjo en todos los viajes. Comprendí que la razón era evidente; yo había reducido la amplitud de vibración a cero, y en este minúsculo plano los electrones no vibraban.

Entendido esto con claridad, me resultó sencillo explicarle a Olua que los átomos vibraban en el plano superior. Él no discutió mi teoría del movimiento vibratorio

armónico de los electrones, teoría, que en otra época me había valido tantos sarcasmos. Comprendió en seguida cómo el tamaño de un cuerpo podía aumentar bajo tales circunstancias. Pero cuando le hablé del mundo desde el cual yo había llegado a Ulm, abrió mucho los ojos. Ignoraba la existencia de ese mundo como nosotros, los del plano superior, ignorábamos la existencia de Ulm antes de mi primer viaje. Lo primero que se le ocurrió fue huir al plano mayor para escapar a la persecución de los kauanitas.

—Allí estaremos a salvo —afirmó—. Dentro de pocas horas nos perseguirán con naves más rápidas, y provistos de trajes de combate contra los cuales no tenemos defensa.

—Si lo deseas, puedes irte —dije—, pero he regresado a Ulm con un propósito y todavía no lo he llevado a cabo. Me quedaré y continuaré mi búsqueda.

—Donde esté el Siba Tam de Ulm, allí estará Olua Alii de Ulm —afirmó sencillamente—. ¿Cuáles son tus planes?

—El único lugar donde puedo obtener la información que busco es Kaulani, donde se encuentran los sobrevivientes de Ulm —respondí—. Te diré por qué estoy aquí y lo que busco.

En pocas palabras le expliqué la traición de Lamu y la búsqueda de mi princesa perdida.

—No la encontrarás en Kaulani —dijo pensativamente—, pues allí no fueron llevadas mujeres. No obstante, algún prisionero podrá decirte si regresaron a Ulm antes de que cayera la ciudad. Puesto que así lo deseas, esperaremos aquí a los kauanitas y dejaremos que nos capturen.

—No, no haremos eso —diseñé—. Si vienen aquí, no sólo nos capturarán a nosotros, sino también mi máquina y las armas que he traído del plano superior. ¿Cuánto tiempo tardarán en iniciar la búsqueda?

—Al menos cuatro horas.

—Bien. Durante ese tiempo te enseñaré a manejar un rifle, una pistola y la máquina. Hay una cosa que te interesaba conocer. Aquí tengo un aparato de transmisión inalámbrico que te permitirá enviar mensajes a través del aire. Un instrumento similar podría recibirlos y también responder. Si es posible, construiré uno en Kaulani para que podamos comunicarnos. No regresarás a Kaulani conmigo.

—Me quedaré con mi señor.

—Obedecerás mis órdenes. Allí no me servirías de nada, pues sería tu muerte. Si te ocultas aquí, tal vez podrás ayudarme. Si yo fuese asesinado, te ordeno que continúes la búsqueda de Awlo de Ulm y no la abandones mientras vivas, hasta que la hayas rescatado de manos de Lamu o hayas visto su cadáver. ¿Entendido?

—Sí, señor. Tus órdenes serán cumplidas.

—Bien. Ahora deseo enseñarte todo lo que pueda antes de emprender la marcha.



Olua era un discípulo hábil, y en dos horas supo manejar un rifle y una pistola tan bien como yo, e incluso disparar con bastante puntería a poca distancia. Las armas no servirían contra hombres armados con trajes de combate, el más sencillo de los cuales creaba alrededor de su portador una pantalla repulsiva que ningún proyectil lograba penetrar. Pero estimé que ningún conocimiento era inútil, dado que mi habilidad con la pistola ya nos había salvado una vez. El transmisor le pareció elemental, y le asombró que a ningún kauanita se le hubiera ocurrido una aplicación tan evidente.

Cuando hubo asimilado todas mis instrucciones, entramos en la máquina y aumentamos poco a poco nuestro tamaño hasta una estatura de quizá noventa metros, comparada con las magnitudes de Ulm. Salimos, empujé con el cañón del rifle para accionar el interruptor y dejé que se redujera de tamaño hasta dimensiones ulmitas. Hecho esto, la recogí y me la llevé sin dificultad con el resto de nuestros pertrechos. Olua cogió la nave kauanita y regresamos andando sobre las colinas al lugar donde yo había sido capturado. Resolví hacer de la caverna nuestra base de operaciones.

La encontramos sin dificultad, y nos redujimos a nuestras dimensiones anteriores. Fue muy laborioso trasladar la máquina y las demás cosas a la caverna, pero lo hicimos. Cuando la tarea finalizó me despedí de Olua y subí a la nave kauanita. Volé unos cincuenta kilómetros hacia el este y luego aterricé. Dispuse los mandos de la nave para la ascensión máxima y moví la palanca para que despegase a toda velocidad. La nave subió impulsada como un resorte, y yo salté en el momento preciso. Voló varios kilómetros hasta quedar descontrolada. Después de algunas sacudidas, se precipitó a toda velocidad hacia el suelo. Me senté y esperé la aparición de una nave kauanita.

No tuve que esperar mucho. Menos de una hora después apareció una mancha en el cielo, hacia el este. La nave era de mayor tamaño que la primera y me pareció más rápida. Temí que los ocupantes vieran los restos del aparato estrellado, pero la suerte me sonrió y no repararon en ellos. Debió caer en una hondonada profunda y oscura, pues ninguno de los aviones de reconocimiento que salieron de Kau para recuperarla pudo cumplir su misión. La localización de una pequeña nave de cinco plazas en el desierto montañoso de Kau se parecía mucho a la proverbial búsqueda de la aguja en un pajar.

Cuando la nave estuvo a la vista, anduve lentamente hacia un lugar despejado para llamar su atención. Me pareció que una figura en movimiento sería más visible desde el aire. No me había equivocado: la nave inició el descenso y se posó a menos de cinco metros de donde yo estaba. Se abrió la escotilla y aparecieron seis soldados provistos de trajes de combate con ocho brazos. Avancé confiado hacia ellos.

—Os saludo, hombres de Kau —dije cuando estuve a medio metro de ellos.

Ellos se detuvieron y el jefe dio un paso adelante.

—Te saludo, hombre de Ulm —respondió con su voz gutural—. ¿Qué buscas en las montañas de Kau?

—Quiero hablar con Kapioma Sibama de Kau —respondí—. El camino a Kaulani es largo y agotador, por lo que solicito vuestra ayuda para llegar hasta allí.

—¿Quién eres tú? —inquirió—. Por tu piel y tu lenguaje pareces un hombre de Ulm pero, ¿qué hombre de Ulm sabe algo de Kau y Kaulani?

—Sé muchas cosas —contesté con arrogancia—, y quiero ir a Kau para enseñar esas cosas a vuestro Sibama.

—¿Cuál es tu nombre y tu rango?

—Soy Courtney Siba Tam, príncipe heredero de Ulm.

Una expresión extraña relampagueó durante un instante en su rostro, y me hizo una reverencia.

—Neimeha de Kau se considera honrado por estar a tu servicio —dijo—. Mi mísera nave está a disposición de Vuestra Alteza para conducirnos a la corte de Kapioma Sibama. Allí hallarás a algunos de tus compatriotas.

—Creo que algunos súbditos míos huyeron hacia las montañas de Kau cuando cayó Ulm —dije con indiferencia— y me gustaría volver a verlos. No olvidaré su cortesía cuando hable con Kapioma Sibama.

Ante mis palabras, se inclinó de nuevo y me cedió el paso hasta el avión.

Avancé esperando recibir en cualquier momento el rayo paralizante pero, por lo visto, mi estratagema había surtido efecto. Neimeha entró detrás de mí, y tanto él como sus seguidores se quitaron los trajes de combate.

—Ha sido una suerte que tomarais este camino —dije alegremente—. Tenía pocas esperanzas de encontrar tan pronto una nave.

—Buscamos a un hombre que ha huido de Kau —replicó—. Mientras haya luz continuaremos la búsqueda. Ésas fueron las órdenes que recibí.

—Es una lástima que vosotros, hombres de Kau, no comprendáis algunas de las leyes de la naturaleza que yo conozco —afirmé—. Si las conocierais, os sería fácil poneros en comunicación con vuestro soberano y solicitar una modificación de las órdenes. Las ondas que provienen de vuestra central eléctrica podrían servir para enviar un mensaje.

—¿Cómo es posible algo semejante? —inquirió Neimeha, sorprendido.

Sonreí enigmáticamente.

—Es una de las muchas cosas que puedo enseñaros —repuse—. Podría enseñárselo a uno de vosotros en poco tiempo, pero prefiero no hacerlo. Tal vez vuestro Sibama desee reservar este nuevo adelanto a sus Alii. ¿Cuánto tardaremos en llegar a Kaulani?

Se volvió hacia un mapa colgado en el interior de la cabina, y yo me acerqué para estudiarlo. Era la primera vez que veía un mapa del país submicroscópico, pues Ulm no poseía conocimientos geográficos y probablemente no hubiera llegado a poseerlos

nunca. Los ulmitas tenían un misterioso sentido de la orientación, que les permitía encontrar su camino sin necesidad de otros recursos.

Yo había sido capturado en lo que sin duda era «tierra de nadie» entre los imperios de Ulm y Kau. A juzgar por el cálculo aproximado que establecí a simple vista, Ulm estaba a unos ciento cuarenta y cinco kilómetros al oeste. Después de todo, la vieja leyenda contenía un error. Kaulani quedaba a unos trescientos veinte kilómetros al este, de los cuales doscientos cincuenta eran montañas desérticas.

—Podemos volar hasta Kaulani en una hora y media —dijo Neimeha—. Teniendo en cuenta tu categoría, tomaré la iniciativa de cancelar mis instrucciones y te llevaré directamente a la ciudad.

—Muchas gracias —respondí—. Conozco bastante bien este tipo de nave. Si me lo permites, tomaré el puesto del copiloto y guiaré la nave parte del recorrido.

Aceptó, y durante el resto del viaje me dediqué a mejorar mi técnica. Era realmente muy fácil, y mucho antes de llegar a Kaulani me sentí seguro de mi destreza para volar con cualquier nave de aquéllas, como si se tratase de pilotar un Bach o un Douglas.

Casi había anochecido cuando aterrizamos en Kaulani. El trazado de la ciudad se asemejaba al de Ulm, pero la arquitectura era de un estilo mucho más sutil y elegante. Ulm no dejaba de ser una ciudad hermosa, pero su atractivo era el de la grandeza y la solidez. Una gran pureza caracterizaba sus líneas arquitectónicas. Kaulani, por lo que pude ver bajo el crepúsculo, tenía edificios mucho más suntuosos. No logré definir el estilo arquitectónico aunque más adelante, a plena luz del día, vi que tenía un notable parecido con el mejor estilo griego.

Aterrizamos en el extenso prado que rodeaba el palacio real. Neimeha y dos de sus guardias me escoltaron por el interior del palacio hasta un alojamiento subterráneo.

—Te dejo en las habitaciones de los esclavos —explicó—, no porque no respetemos tu condición de invitado, sino porque es necesario mantenerte bajo vigilancia hasta que sepamos si Kapioma Sibama accede a recibirte o no. Las habitaciones de los esclavos son el único lugar que ofrece seguridad. Además, he pensado que te gustaría ver a algunos de tus antiguos súbditos —agregó con un deje de malicia.

El lugar donde entré era una sala central rodeada de dormitorios. Estaba bien iluminada y ventilada; además, se veían varias sillas y divanes de aspecto cómodo. Al lado opuesto a la entrada, media docena de hombres vestidos con sencillas prendas blancas conversaban. Cuando entré se volvieron y me miraron de pies a cabeza. A medida que me acercaba, uno de ellos se adelantó y me contempló fijamente. Yo vestía pantalones de pana y una camisa de franela, en lugar de los elegantes atavíos de Príncipe Heredero de Ulm, con la diadema indicativa de mi rango real resplandeciendo sobre la frente. Tales prendas no habrían sido adecuadas para un trabajo duro, y las había dejado donde la máquina, al cuidado de Olua. Apelando a toda mi dignidad, me enfrenté con el grupo. De súbito reconocí al hombre que se había adelantado.

—¡Moka! —grité alegremente. En efecto, era Moka Alii, camerlengo mayor de la corte de Kalu.

El anciano aristócrata me observó incrédulo un instante, y luego su rostro arrogante se encendió. Me volvió bruscamente la espalda.

—¡Moka! —grité—. ¿No me recuerdas? Soy tu príncipe, Courtney Siba Tam; o Courtney Sibama, si Olua dijo la verdad cuando afirmó que Kalu Sibama había muerto.

Moka se volvió y me miró con hostilidad, ignorando mi mano tendida.

—Te conozco, Courtney —respondió en tono amargo, evitando cuidadosamente citar mi rango—. ¡Por desgracia, te conozco, pero mis labios jamás tocarán la mano de un traidor, aunque me frían en aceite por esta negativa!

—¡Moka! —grité angustiado, pues la frialdad del primer amigo que había hecho en Ulm me traspasaba el corazón—. No es verdad. No soy un traidor a Ulm. Sufrí un retraso, y cuando regresaba a Ulm con ayuda supe que la ciudad había caído. Me he rendido a los kauanitas para aportar la ayuda y consuelo que pueda a aquellos de mis súbditos que aún están con vida. Jamás he abandonado a Ulm, y la idea de su salvación nunca se apartó de mis pensamientos.

—¡Traidor! ¡Traidor doblemente falso! —exclamó Moka lenta y amargamente—. ¡No eres más que un embustero y un aprovechado! Sabe que conozco el motivo por el que abandonaste Ulm. Pensabas ayudar a tus enemigos, derrocar a Kalu Sibama, tu señor, y reinar en su lugar. Celebro que Kalu, que te amó neciamente, muriese antes de conocer tu traición.

—¡No soy un traidor, Moka! Quien diga tal cosa miente. ¡Alto, mi viejo amigo! —exclamé cuando hizo intención de abalanzarse sobre mí—. No me refiero a ti, sino a quien ha contado todas esas patrañas. ¿Cómo supiste eso que, según dices, era mi motivo?

—Tu lengua hábil, que engañó a Kalu Sibama, aquí no te servirá de nada, Courtney —respondió con frialdad—. Cubre tu rostro de vergüenza y entérate de que Lamu Siba, a quien intentaste corromper y no pudiste, denunció tu traición.

—¡Lamu! —jadeé—. ¿Lamu regresó a Ulm?

—Está aquí. Ha contado que tú le confiaste los planes para destruir a Kalu, y cómo huyó de ti cuando conoció tu bajeza. Indudablemente, Courtney, tu traición está demostrada.

—Conque regresó sin dificultades a Ulm —dije. Por alguna razón, siempre había supuesto que él se habría perdido como yo, y que vagaba con Awlo por algún paraje del mundo submicroscópico. La noticia de que había llegado a Ulm y había logrado volver contra mí a mis amigos era un golpe amargo, pues sólo podía significar una cosa: que Awlo estaba muerta. De lo contrario, Lamu jamás habría sido capaz de mentir y esperar que le creyeran. Hice la pregunta con el corazón encogido—: ¿Y Awlo?

Trastabillé, pues, inesperadamente, Moka me había golpeado en la boca.

—¡Miserable! —gritó—. ¡El nombre de una Sibama de Ulm no debe ser pronunciado por los labios de un traidor perjuro! Para aumentar tu confusión, te diré que la Sibama de Ulm se halla en Kaulani.

—¿Ella ha atestiguado que soy un traidor? —pregunté con amargura.

Moka vaciló.

—No —admitió de mala gana—, no lo hizo, pero no es necesario. Lo que Lamu Siba ha contado basta. Nosotros, hombres de Ulm, no necesitamos la palabra de ella para condenarte más.

Mi corazón saltó de alegría cuando supe que Awlo estaba con vida y en la misma ciudad que yo. Aunque su silencio era inexplicable, me hice cargo de que debía tener buenas razones para callar. Awlo sabía que yo no había traicionado a Ulm, y que era capaz de apostar mi vida por su amor y lealtad.

—Oye, viejo amigo —le dije a Moka—. No debes condenar a un hombre sin escuchar su defensa frente a las acusaciones de sus enemigos. Hace años que me conoces como tu señor y tu amigo. ¿Alguna vez me oíste decir una mentira?

—No —reconoció.

—Entonces, escúchame, viejo amigo. Te contaré la verdad. Lamu Siba es el traidor, no yo.

Rápidamente, pero con todo detalle, narré lo ocurrido desde el día fatal en que dejé Ulm con mi máquina en compañía de Awlo y Lamu, para buscar armas y municiones con las cuales esperaba derrotar, si no destruir, a los sitiadores menas. Expliqué que Lamu había aprendido a manejar el mecanismo, que había raptado a mi princesa, y huyó con ella dejándome desconsolado. Conté mis dificultades para obtener pertrechos, los meses de trabajo febril para construir una nueva máquina y emprender la búsqueda, y por último expliqué cómo había aterrizado con las armas y municiones, que había conocido a Olua y que me había rendido a los kauanitas a fin de ser trasladado a Kaulani.

El rostro de Moka se puso cada vez más serio mientras yo narraba los hechos. Mi sinceridad estuvo a punto de convencerlo, pero me había considerado un traidor durante meses; la duda se leía en su rostro. Deseaba creerme y no podía. Cuando terminé la narración y volví a ofrecerle mi mano Moka dudó, pero otro de los oyentes, un joven oficial llamado Hiko, que en tiempos había sido mi ayudante personal, no vaciló.

—¡Te ofrezco mi espada, Courtney Sibama! —gritó mientras hincaba una rodilla en tierra, apretaba mi mano contra su frente y luego se la llevaba a los labios—. ¡Pongo mi vida en tus manos!

Su entusiasmo arrastró a todos y un instante después no sólo Moka, sino todo el grupo se ponía de rodillas y me declaraba su lealtad.

—Perdóname por dudar de ti, Courtney Sibama —gritó Moka, con la voz rota por las lágrimas—, pero las palabras de un Siba tienen peso.

—¿Dónde está mi Sibimi? —inquirí.

—¡Ay, mi señor! —repuso Moka—. Está prisionera en el palacio de Kapioma Sibama, señor de Kau. La he visto dos veces, pero ninguno de nosotros pudo hablarle nunca.

—¿Hablaste con ella en Ulm? —pregunté.

—No, mi señor. Ni ella ni Lamu regresaron a Ulm. Cuatro meses después de que nos dejarais, Ulm cayó ante un ataque nocturno de los menas. Si hubieras estado allí, jamás habría ocurrido, pero la disciplina decayó cuando te fuiste y las guardias se hacían sin orden. Además, los menas jamás habían atacado de noche. La ciudad fue abandonada a la matanza, pero un resto de la guardia real se reunió alrededor del palacio del Sibama y lo defendió durante ocho días. Luego atacaron el palacio y nos vimos vencidos. Kalu, la Sibimi y la mayoría de los guardias fueron asesinados, pero un pequeño grupo nos mantuvimos unidos y nos abrimos paso hacia los yermos. Suponíamos que los kahumas, que según la leyenda gobernaban allí, nos defenderían o nos matarían con honor. Los menas nos rodearon y, kilómetro a kilómetro, nuestras filas iban siendo mermadas. Sólo quedábamos ciento veinte, la mayoría gravemente heridos, cuando de súbito cesó la persecución de los menas y los vimos dispersarse como hojas bajo un vendaval. Oímos un sonido extraño que provenía de lo alto, alzamos la mirada y vimos que una multitud de pájaros extraños volaba sobre nosotros. Algunos de los pájaros descendieron y vomitaron hombres con muchos brazos que nos tomaron prisioneros y nos arrastraron al interior de los pájaros. Supusimos que eran kahumas. Cuando subieron a los pájaros se quitaron todos los brazos menos dos, y nosotros nos preparamos para morir. Pero no nos asesinaron, sino que nos dejaron con vida y nos trajeron a Kaulani. Llevábamos un mes aquí cuando supimos que un Alii de Kau planeaba rescatarnos. Nos alegramos, pero su plan fracasó y tuvo que huir para salvar la vida. Dos meses después, Lamu Siba llegó aquí como esclavo. Nos habló de tu traición y de cómo él y Awlo Sibimi habían huido de ti y luego habían sido capturados en los yermos de Kau. Le creímos neciamente, sobre todo porque Awlo Sibimi estaba prisionera en el palacio de Kapioma y nadie de nosotros podía hablar con ella. Exceptuando el hecho de que somos esclavos y no hombres libres, no podemos quejarnos. Los kahumas nos han tratado consideradamente, aunque estamos obligados a trabajar y el castigo para quienes se niegan es horrible. Creemos que nuestra situación mejorará, ya que Kapioma quiere convertir a Awlo en su Sibimi cuando la actual sea asesinada.

—¿Asesinada? —repetí.

—Sí. En Kau, los kahumas tienen una costumbre bárbara. Se escoge una Sibimi y un año después, si no ha quedado embarazada, la matan y eligen otra. La Sibimi actual morirá dentro de un mes. Como te creía muerto, Kapioma pensaba hacer de Awlo la Sibimi de Kau. ¡Escucha! Los demás ya vuelven del trabajo. Ocúltate detrás de nosotros, Courtney Sibama, hasta que les informe de tu presencia.

Conocía el apego de los hombres de Ulm a las escenas dramáticas, conque me oculté entre las filas de mis seguidores. La puerta se abrió y entraron unos cien hombres,

vestidos igual que sus compañeros, con la tosca prenda blanca que entre los kauanitas designa a los esclavos. Moka se adelantó y alzó la mano reclamando silencio.

—¡Tenemos entre nosotros a un traidor! —gritó dramáticamente—. Alguien que es traidor a su Sibama, traidor a su Sibimi y traidor a Ulm. ¿Cuál es el castigo que merece semejante persona?

—¡La muerte! —fue el grito de los hombres de Ulm.

Lamu avanzó hasta enfrentarse con Moka.

—La muerte es el castigo que debe ser ejecutado tan pronto como se le conozca —dijo—. Designe al traidor.

Era la respuesta que Moka esperaba. Se irguió con solemnidad y apuntó con el dedo al príncipe.

—¡Tú eres el hombre! —tronó—. ¡Arrodíllate y pide clemencia a Courtney, Sibama de Ulm!

Cuando dijo estas palabras, avancé para que me vieran. Lamu se espantó y palideció al verme, pero los demás lanzaron gruñidos hostiles.

—¿Qué significa esto. Moka? —inquirió uno de ellos. Era Hama Alü, noble de Ulm, miembro del Tribunal de los Señores y además, si mi memoria no me engañaba, primo lejano de Lamu—. Como todos sabemos muy bien, Courtney es el traidor. A él ha de serle aplicada la sentencia de muerte.

Un murmullo afirmativo surgió entre las filas de los ulmitas, quienes se dispusieron a rodearme.

—¡Acabad con él! —gritó Lamu señalándome.

El grupo avanzó.

—¡Alto! —grité, y obedecieron un instante—. Todo hombre tiene derecho a ser escuchado. Dejadme exponer mi historia, y que el Tribunal de los Señores me juzgue luego. Una persona de sangre real sólo puede ser juzgada por ese tribunal.

Mi observación fue bien recibida. Apelaba a la justicia de los hombres, y todos asintieron. En pocas palabras, pero recurriendo a toda mi elocuencia, repetí por segunda vez mi narración. Impresionó, pero esta vez no surgió un ayudante leal para inclinar la balanza a mi favor, y al final de mi discurso se hizo un silencio. Lamu lo rompió gritando:

—¡Es mentira! Matad al traidor y acabemos con esto.

Hubo un murmullo, mitad de asentimiento y mitad de disconformidad, y volví a jugar la misma carta.

—¿Cuántos miembros del Tribunal de los Señores hay aquí? —pregunté.

—Hama Alii y yo —respondió Moka.

—Una cuestión que afecta a la familia real de Ulm, sólo puede decidirla el pleno — insistí—. Ni Lamu Siba ni yo podemos ser juzgados por un tribunal de rango inferior. Que Hama y Moka decidan.

Mis palabras fueron aprobadas con un rugido y los dos nobles se apartaron a un rincón para discutir el problema. Hablaron durante media hora. Como sabía que Hama era pariente de Lamu, yo esperaba un desacuerdo insuperable, y eso fue lo que ocurrió. Los dos se acercaron y Moka, por ser el más anciano, anunció la decisión.

—Cuando el juicio del Tribunal de los Señores es indeciso, el fallo queda en manos del Sibama —declaró—. Pero en este caso el Sibama es parte interesada y no sería justo permitirle decidir la cuestión. Traidor o no, Courtney es el Sibama de Ulm hasta que el Tribunal de los Señores declare vacante el trono. Courtney Sibama y Lamu Siba han hablado y, a nuestros oídos, ambos parecen igualmente sinceros. Fallamos que Courtney Sibama y Lamu Siba se respeten mutuamente, y no se juzgará culpable a nadie hasta que sea posible someter el pleito a la decisión de la Sibimi. Mientras tanto, que ambos se juren amistad y todos viviremos en armonía, como corresponde a hermanos en desgracia.

Lamu y yo nos observamos con aire dubitativo. Al fin y al cabo, no se podía hacer otra cosa sino aceptar la decisión que, evidentemente, era justa. Sabía que cuando Awlo hablara, la cuestión quedaría resuelta. Indudablemente, Lamu esperaba que ella no tuviera oportunidad de hablar, o tenía otro plan. De todos modos, fue el primero en responder.

—El Príncipe de Ame se somete al Tribunal —dijo—. Moka Alii ha hablado y así será.

—Así será —repetí.

Mientras Lamu y yo nos acercábamos para la ceremonia de juramos amistad, se produjo una interrupción. La puerta se abrió, y apareció Neimeha seguido de un escuadrón de guardias.

—Courtney Sibama —dijo—, Kapioma Sibama exige tu presencia en la sala del trono.

Me encogí de hombros, lo seguí y pasamos a la planta noble del palacio. El edificio era hermoso, mucho más decorado que el palacio de Kalu en Ulm. Pero para mí al menos, lo que ganaba en elegancia lo perdía en grandeza. Al llegar a la puerta de la sala del trono, una palabra de Neimeha nos franqueó el camino.

La escena era muy parecida a las decenas de audiencias de Kalu en que yo había participado. Por todas partes relucían los atavíos de los nobles y las joyas de las damas, destacándose del negro sombrío de los uniformes de la guardia. La sala del trono era amplia e impresionante. Al fondo había un estrado con cuatro tronos; los dos centrales estaban ocupados. Kapioma Sibama de Kau era un hombre alto y esbelto, que tendría mi misma edad. Su frente era espléndidamente ancha, pero sus ojos sesgados, al igual



que los de todos los kauanitas, tenían una mirada fría, de implacable crueldad. No obstante, lo primero que atrajo mi atención fue la tristeza que expresaba el rostro de la Sibimi sentada a su lado. Era una jovencita esbelta y bella, pese a su piel azafranada, pero en sus ojos trágicos se reflejaba una melancolía infinita. Entonces recordé lo que Moka me había contado sobre las costumbres de Kau, y comprendí que ella no ignoraba que iba a morir pronto. Me erguí y seguí hasta el pie del estrado. De aquella entrevista iba a salir esclavo o prisionero condenado a muerte, pero me comportaría como Sibama de Ulm. Miré a Kapioma directamente a los ojos; él me devolvió la mirada con rostro inexpresivo.

—Courtney de Ulm —comenzó con su voz gutural—, Neimeha me ha dicho que las maravillas que se cuentan de ti son auténticas, y que tus súbditos de Ulm te consideraban un poderoso kahuma porque sabías sobre la naturaleza y sus leyes más de lo que ellos podían imaginar. No eres un bárbaro de Ulm, útil sólo para ser esclavo, sino un hombre de inteligencia y educación. Me ha dicho que eres capaz de gobernar una nave.

Hice una reverencia sin hablar.

—Lamento profundamente las desgracias que te han arrojado de tu alta posición, sin lo cual habrías podido sentarte con todo derecho a mi lado. No deseo aumentar el infortunio de un hombre de rango real. Dado que puedes ingresar en esta comunidad como par de los míos, pienso nombrarte Alii de Kau y unirme a mi corte.

Volví a hacer una profunda reverencia en silencio.

—Naimeha también me ha dicho que sabes cómo enviar mensajes a través del aire desde la central eléctrica, a una nave situada a muchos kilómetros de distancia.

—Así es, señor. De todos modos, se trata de una cosa relativamente sencilla.

—Lo celebro, pues creo que este arte nos será de gran utilidad. Te elevaré al rango de Alii de Kau, pero antes he de pedirte un pequeño favor.

—Me alegraré de poner a tu servicio mis conocimientos —respondí.

Frunció ligeramente el ceño al oír mi respuesta.

—No se trata de eso, pues lo daba por hecho. El favor que te pido es otro. En Ulm estuviste casado con Awlo, hija de Kalu Sibama. Desde la muerte de éste, ella es Sibimi de Ulm. Dentro de un mes aproximadamente —se interrumpió y lanzó una mirada a la Sibimi, que se estremeció como golpeada por un látigo—, no habrá Sibimi en Kau, y pienso elevar a la hija de Kalu a ese rango sublime, como compensación por la pérdida de su trono. El favor que te pido es que te divorcies de ella.

—¿Divorciarme de Awlo? ¡Jamás! —grité.

—Será mejor que lo pienses muy bien antes de decidir eso —aconsejó, frunciendo el ceño—. Como esposa de un Alii, no podría casarme con ella sin librarme primero de ti. Si yo ordenase tu ejecución, esto no solucionaría nada, pues la esposa de un criminal

ejecutado no puede ser elevada al rango de Sibimi. No obstante, según las leyes de Kau, un esclavo no puede tener legalmente esposa. Si no das tu consentimiento, te degradaré a la posición de esclavo que, de hecho, disolverá el vínculo y la dejará libre para ocupar el trono a mi lado. Para mí es un detalle, mas para ti significa mucho. Te doy un día para decidirlo. O te conviertes en Alii de Kau y te divorcias de ella, o pasarás a ser esclavo de Kau, y me casaré con ella de todos modos.

—No necesito un día ni un minuto para decidirlo, Kapioma Sibama —respondí—. Jamás me divorciaré de ella.

Se encogió de hombros.

—En todo caso, he intentado ser clemente contigo —agregó—. Neimeha, este hombre es esclavo de Kau. Vístelo como tal y llévalo a las habitaciones de los esclavos. Trabajaré en el laboratorio de la central eléctrica y nos enseñará un método para enviar mensajes a nuestras naves, lo cual según afirma es muy sencillo. Si se niega a hacerlo o fracasa, azotadlo.

Los guardias me cogieron y me sacaron casi a rastras de la sala del trono. Tan pronto como salimos, me arrancaron la ropa y me echaron sobre los hombros la prenda blanca de los esclavos. Así vestido, fui conducido de nuevo al alojamiento de los esclavos, de donde había salido hacía pocos minutos. Moka y mis amigos se acercaron a saludarme, mostrando su indignación cuando les referí lo ocurrido. Aplaudieron con entusiasmo mi actitud, aunque Lamu sugirió que tal vez habría sido mejor aceptar la proposición de Kapioma y alcanzar el rango de Alii, lo cual me habría permitido quizás ayudarlos a escapar. Una fría mirada de Moka lo hizo callar. Después de hablar un rato, nos separamos para ocupar los dormitorios que comunicaban con la sala central.

Permanecí despierto haciendo planes. De momento, todo había salido mejor de lo que yo esperaba. Awlo estaba viva y no corría ningún peligro inmediato. Tenía cien amigos leales que me apoyaban y, mejor aún, se me había ordenado ir al laboratorio para construir un aparato de radio: exactamente lo que necesitaba para comunicarme con Olua. Me dormí pensando que la fortuna me mimaba.

La mañana siguiente, mientras los esclavos eran conducidos al trabajo, vino un guardia para conducirme a la central eléctrica, instalada en los jardines del palacio real. Fui trasladado al laboratorio y se me ordenó sin rodeos que explicase cómo pensaba enviar mensajes a través de las ondas eléctricas. Respondí que no conocía sus métodos de transmisión de electricidad y que ante todo necesitaba familiarizarme con sus instalaciones; de lo contrario no podría mostrarles nada nuevo. Después de una consulta, se consideró razonable mi postura y fui confiado a uno de los hombres del laboratorio, para que me enseñara todo lo que supiera sobre transmisión de la electricidad.

Mi guía e instructor era un joven de mi edad poco más o menos. A pesar de sus ojos sesgados y su piel amarilla, demostró ser un sujeto muy simpático y un científico capaz. Era hijo de uno de los Alii más importantes de Kau. Mientras trabajaba con él en cierta medida nos hicimos amigos, y un día me confesó que una de sus bisabuelas había sido

traída de Ame, la segunda ciudad del imperio de Ulm, como esclava. Esto probablemente explicaba por qué parecía interesarle un poco menos la ciencia y algo más los seres humanos, en comparación con el resto de sus compatriotas. En conjunto, fue la persona más amable y agradable que conocí entre los kauanitas. Sólo su inquebrantable lealtad a Kapioma me impidió sugerirle a Waimua —así se llamaba— la idea de unirse a nosotros. Su muerte trágica, ocurrida más adelante, fue un motivo de dolor inconsolable para mí.

Me resultó fácil seguir las explicaciones de Waimua. La electricidad de todo el imperio de Kau era generada en un edificio de Kaulani y transmitida para uso general. Había cinco instalaciones distintas y separadas entre sí, cada una de las cuales radiaba las cinco longitudes de onda que Olua me había descrito anteriormente. Al principio me asombré pensando en la enorme pérdida de energía que implicaba una transmisión ininterrumpida, pero luego descubrí que sólo se emitía en régimen continuo una onda piloto de poca energía. Los generadores estaban contruidos de modo que, cuando la onda piloto comunicaba una demanda, automáticamente se conectaba una onda direccional de la energía necesaria para satisfacer aquélla. Los contadores registraban la dirección así como la distancia entre la central eléctrica y el consumidor. Por tanto, era posible determinar la situación de cualquier nave que volara sobre el imperio, con un error no superior a veinte kilómetros, sobre un mapa instalado en la estación emisora de vuelo. Naturalmente, la instalación más pequeña era la que alimentaba los aviones privados y los trajes de combate del Sibama.

El fin del día llegó antes de que hubiéramos terminado la explicación del sistema, pero tuve ocasión de introducir a Waimua en los elementos fundamentales de la radiotelegrafía. Comprendió en seguida el principio y prometió reunir cuanto necesitáramos para los experimentos, haciendo que los mejores proveedores de instrumentos del imperio fabricasen válvulas de acuerdo con mis instrucciones. Cuando se dispusiera del equipo necesario, estaríamos en condiciones de comenzar los experimentos. Localicé con facilidad la pantalla del laboratorio tras de la cual había escondido Olua su traje de lucha pero, naturalmente, no traté de entrar ni di a entender que conociera su existencia.

Mientras recorría la central eléctrica, empecé a forjar un plan que parecía convertir nuestra huida en algo no del todo imposible. Aunque no me proponía dar el golpe sin establecer antes comunicación con Olua, para ponerlo al tanto acerca de la parte que le tocaba a él, consulté la idea con Moka, como algo absolutamente confidencial. Prometió disponer a nuestros hombres para que recogieran con urgencia cierta información que yo necesitaba. Al principio propuse hablar únicamente con nuestros hombres más discretos y seguros, no divulgando el asunto hasta la hora de entrar en acción. Como aquella noche no fuimos interrumpidos, los miembros del Tribunal de los Señores consideraron que el momento era propicio, y Lamu y yo hicimos un juramento temporal de amistad.

Al día siguiente terminé de dictar mis instrucciones, y al tercer día los fabricantes sometieron a mi aprobación una docena de válvulas de radio. Teniendo en cuenta que jamás habían visto la menor válvula para telecomunicación, habían hecho un trabajo bastante aceptable, lo cual me dejó pocas dudas en cuanto al éxito de mis esfuerzos. En seguida, Waimua y yo comenzamos a montar un transmisor y dos receptores. Uno de los receptores sólo funcionaba con determinada longitud de onda, pero el otro era de

varias bandas, lo cual, no sólo me permitía comunicar con mi propio transmisor, sino también recibir mensajes de Olua cuando estableciese comunicación con él. Transcurrió una semana antes de que pudiera hacer un ensayo.

Los receptores funcionaban perfectamente mientras se hallaban en la misma sala que el transmisor. Bajo pretexto de probarlos a mayor distancia, envié a Waimua en un avión militar a ochenta kilómetros. Tan pronto como salió, sintonicé la longitud de onda de mi máquina y lancé varios mensajes, frenético. Me pareció que transcurrían horas, hasta que llegó una respuesta. Olua había estudiado diligentemente el código internacional desde mi partida, y no tuvo dificultad en recibir mis mensajes y responder. Le resumí el estado de cosas en Kau y le expliqué nuestros planes. Hizo algunas sugerencias excelentes, basadas en su conocimiento de la ciudad de Kaulani, propuestas que incorporé rápidamente a mis planes. Previendo la posibilidad remota de que esto pudiera ser útil, le ordené que efectuara un viaje en mi máquina al plano superior, para traer ciertas provisiones. En mi valle escondido de Nevada había dejado una suma cuantiosa en oro, y le dije dónde encontrarla. Prometió cumplir fielmente el encargo, y entonces sintonicé la longitud de onda correspondiente al receptor que llevaba Waimua.

Transmití un mensaje mutilado, variando de vez en cuando la energía para que las señales llegaran con poca claridad. Estaba bastante seguro de que Waimua sólo captaría algunos fragmentos del mensaje, pero este éxito parcial le daría ánimos. Pensaba alargar el trabajo algunos días fingiendo estudiar el perfeccionamiento del sistema, hasta que estuviéramos preparados para alcanzar la libertad. Mi plan se desarrolló a la perfección. Waimua regresó locamente entusiasmado con los resultados obtenidos en el primer intento.

Desarmamos los dos receptores y los transmisores, y nos propusimos reconstruirlos con ligeras modificaciones que, según le aseguré, darían un fruto completo.

Aquella noche Moka nos comunicó que Hiko había obtenido la última información que precisábamos. Ya no era necesario esperar más. Todos, incluso Lamu, estaban al tanto del plan y del papel que correspondería a cada uno en el mismo.

En resumen, nuestro plan era el siguiente: En un momento dado, nos dividiríamos en dos grupos. Uno atacaría la central eléctrica a mis órdenes, y cortaría la emisión de energía. Hecho esto, los demás, a las órdenes de Moka, invadirían el palacio y rescatarían a Awlo. Luego todos nos refugiaríamos en la central eléctrica. Pensábamos capturar varios científicos kauanitas y encerrarlos en la central con objeto de obligarlos a modificar un avión militar de cien plazas que estaba en un hangar situado en la azotea de la central eléctrica, y que utilizaba la longitud de onda privada del Sibama. Estropearíamos todas las unidades generadoras salvo la pequeña, que emitía dicha longitud de onda. Entonces todos, excepto un destacamento escogido, partiríamos en la nave modificada, y el grupo de héroes procuraría defender la central eléctrica hasta que estuviéramos muy lejos de Kau.

El plan era arriesgado, pero no se me ocurrió otro mejor, y me negué terminantemente a explicar lo que sucedería cuando los rezagados fueran vencidos y nuestra nave derribada. Tenía otro plan que no había confiado siquiera a Moka. Pensaba llegar hasta

mi máquina y armar a mi grupo. A juzgar por lo que nosotros habíamos visto, Kau no poseía armas de fuego. Ante cien hombres bien armados y decididos, todo el ejército de Kau sería impotente, puesto que sus trajes de combate habrían dejado de funcionar al quedar privados de la energía que los alimentaba. Lo que hiciéramos después de escapar dependería de los deseos de Awlo. Podíamos destruir a los menas y volver a fundar el imperio de Ulm (por lo que sabíamos. Ame aún no había caído en manos de los menas) o fundar un nuevo imperio en algún punto lejano de nuestro minúsculo mundo, en un lugar donde ni los menas ni los kauanitas pudieran encontrarlos.

La parte más débil del plan consistía en el hecho de tener que actuar a plena luz del día, pues de noche nos encerraban. Como esto era irremediable, decidimos intentarlo a mediodía. Confiábamos en el factor sorpresa y en el hecho de que la mayoría de los asistentes del palacio estarían comiendo. Por la mañana, al salir de nuestras habitaciones, no pude dejar de preguntarme cuántos de mis valientes súbditos estarían con vida esa misma noche.

Alrededor de las diez, mientras Waimua y yo trabajábamos en el transmisor de radio, aparecieron dos guardias en el laboratorio y me ordenaron que los siguiera. Se negaron a contestar a mis preguntas y sólo dijeron que se reclamaba mi presencia en la sala del trono. Di algunas instrucciones a Waimua, me situé entre ellos y salimos. Al salir de la central eléctrica, vi que algo había ido mal. Los ulmitas eran conducidos a sus alojamientos por escuadrones de guardias provistos de trajes de combate. Fui llevado ante la puerta de la sala del trono, donde encontré a Lamu, Moka y Hama, todos bajo custodia. La puerta se abrió y me ordenaron que entrase para presentarme ante el Sibama. Aparté bruscamente las manos de los guardianes y caminé con la cabeza erguida hasta el pie del estrado. Miré a Kapioma con desafío, y él devolvió la mirada con la frialdad que solía.

—Courtney —dijo con voz gutural—, he sido informado de una conjura que existe entre los esclavos ulmitas para apoderarse de la central eléctrica y huir luego en un avión militar pilotado por ti. ¿Qué tienes que decir?

—Nada, señor —respondí secamente.

—Poseo todos los detalles de la conspiración, y toda negativa es inútil —prosiguió—. Como cabecilla, naturalmente tu destino es la muerte. Aún no he decidido en qué forma serás ejecutado, y mi Tribunal de los Señores aún no ha debatido la suerte que correrán tus partidarios.

—Comprendí hace mucho tiempo que habías decidido matarme, Kapioma Sibama —dije fríamente—. Sólo así puedes disolver los lazos que me unen con Awlo. Las leyes de Kau podrán decir lo que quieran sobre los esclavos, pero nos casamos según las leyes de Ulm cuando yo era libre y príncipe. Mi esclavitud no anula el lazo, que sólo puede ser cortado por el Sibama de Ulm con la aprobación de su Tribunal de los Señores. Me gustaría saber cómo conociste nuestro plan.

—Uno de los tuyos, a quien vilmente pensabas dejar en la estacada por motivos de celos, se enteró casualmente del plan, averiguó los detalles y te denunció.

—No pensaba dejar a nadie aquí —exclamé, sorprendido.

—¿No pensabais abandonar a Lamu aquí?

—No. Iba a ser el jefe del grupo encargado de tomar y cubrir la instalación eléctrica mediante la cual pensábamos escapar.

—Entonces, Lamu ha mentido —afirmó Kapioma en tono grave—. No es la primera vez que descubrimos sus embustes. Parece ser, Courtney, que hasta un Príncipe de Ulm es capaz de traicionar. ¡Traed a Lamu!

El tembloroso Lamu fue arrastrado por los guardias hasta el estrado. Se postró ante el trono y alzó la mirada con gesto abyecto. Su servilismo me desagradó, y le propiné un puntapié.

—¡Levántate y acepta tu suerte como un hombre! —dije.

Kapioma sonrió fríamente, mientras Lamu procuraba ponerse en pie y me dirigía una mirada de odio.

—Lamu —dijo—, has mentido demasiado. El castigo por mentir al Sibama de Kau es la muerte, y ésa es la pena que mereces. En todos los países, los reos de alta traición son condenados a muerte, y tú lo has traicionado a él, que es tu Sibama legítimo, aunque ahora sólo sea un esclavo de Kau. Eres doblemente reo de muerte, y morirás tan poco a poco, que te parecerá haber pasado dos veces por la agonía de la disolución. A pesar de lo que me dijiste, pensabas escapar.

—¡No es verdad! —gritó Lamu—. Hasta anoche no me enteré de la conjura, cuando sorprendí una conversación entre Moka y Courtney. Se lo dije a la guardia en la primera oportunidad que se me presentó.

—Traed a Moka y a Hama —ordenó Kapioma.

Los dos Alii fueron conducidos hasta el trono, y me alegré al ver que ambos se inclinaban sólo con el mínimo de deferencia debida a un monarca entronizado, y ni un solo punto más.

—¿El esclavo Lamu era cómplice de la conjura para escapar, o no pudo conocerla hasta anoche? —preguntó imperativamente el Sibama.

Los dos nobles me miraron esperando mis órdenes.

—¡Decid la verdad! —dije.

—Tomó parte en la conjura para escapar, pues fue iniciado en ella hace cuatro noches, Kapioma Sibama —respondió Hama. Moka asintió con la cabeza.

—Lamu, las palabras de tus compatriotas te condenan —declaró Kapioma—. Tu muerte será tal, que durante generaciones hará brotar sudores de terror en las frentes de los

criminales. Courtney, las leyes de Kau no son inexorables. Has sido víctima de alguien en quien confiabas, y el tormento de saber que uno de tus príncipes era un traidor constituye ya un gran castigo. Tal vez no tengas que morir. Si te divorcias de Awlo como te he pedido, presentaré tu caso ante mi Tribunal de los Señores recomendando clemencia. No, no me respondas ahora; sé cuál iba a ser tu respuesta si no te diera tiempo para meditar la cuestión. Reflexiona. Si mueres, contigo morirán todos los implicados en la conjura. Como criminales, morirán en el tormento. A ti te reservaré una muerte de soldado.

—No por consideración a mí, Kapioma Sibama, sino porque no puedes dignificar a la viuda de un hombre ejecutado como criminal —señalé, indignado.

—Exacto, Courtney. Nada vas a ganar negándote a aceptar mis condiciones. Te doy dos días para tomar una decisión. Mientras tanto, será un placer concederte cualquier deseo razonable que formules. ¿Tienes algún deseo?

—Sí —repliqué, con la sangre hirviendo—. Permite que sea yo quien ejecute tu sentencia de muerte contra ese canalla, que ha sido el culpable de todas mis miserias.

Kapioma sonrió levemente, y Lamu se estremeció.

—De buena gana —respondió el Sibama—. Será un espectáculo entretenido. Incluso te permito elegir el procedimiento que más te guste.

—Deseo matarlo en lucha justa.

Kapioma nos contempló a ambos durante un rato.

—Sea —accedió—. Si él te mata, el problema de Awlo queda resuelto del modo más sencillo. Se le perdonará la vida y servirá como esclavo en Kau el resto de sus días. Si lo matas, tú y tus súbditos quedaréis en libertad. Seréis llevados a las montañas de Kau y abandonados allí con armas, así como agua y alimentos para dos semanas. Si alguno de vosotros regresa a Kau, morirá en el tormento. Si lográis atravesar las montañas, tal vez seáis exterminados por los menas. ¿Qué me dices?

—¿Y Awlo? —pregunté.

—En cualquier caso, Awlo debe permanecer aquí y convertirse en mi Sibimi —respondió con impaciencia.

—Entonces yo... —me interrumpí para reflexionar. Había estado a punto de afirmar que prefería morir en Kau antes que separarme de Awlo, pero se me ocurrió un plan. Mi muerte en Kau privaría a Awlo de su único protector, y en las montañas de Kau estaban almacenadas mis preciosas armas de fuego. Me corregí—: Kapioma Sibama, acepto tus condiciones.

—¡Traed trajes de combate! —ordenó el Sibama.

Un guardia se apresuró a acercar dos trajes de combate, equipados con ocho brazos.

—Courtney, un sabio como tú no necesita instrucciones sobre el manejo de una herramienta tan sencilla —comentó fríamente Kapioma—. Puesto que Lamu no tiene tus conocimientos, lo instruiré personalmente para que la lucha sea más equilibrada.

Comprendí en seguida que su plan consistía en que Lamu acabara conmigo, y recordé con pesar el traje de treinta brazos que Olua había escondido en el laboratorio. Sin embargo, no era cuestión de pedir imposibles, y dediqué mi atención a estudiar los seis mandos con que estaba equipado mi traje. Los localicé pronto.

Kapioma tardó un rato en instruir a Lamu. Cuando estuvo seguro de que mi adversario conocía sus armas, ordenó que nos pusiéramos los trajes. Lo hicimos, y los guardias acercaron una inmensa cúpula de un material transparente y cristalino, que colocaron sobre ambos. Era un material desconocido para mí. Parecía vidrio pero, pese a que la cúpula medía diez metros de diámetro y tres de altura, cuatro hombres la habían levantado con facilidad, como si fuese algo muy ligero. Oía la voz de Kapioma tan claramente como si la cúpula no nos cubriera.

—Que nadie intervenga —dijo el Sibama—. Contaré hasta cinco. Cuando haya pronunciado el último número, podréis pelear, antes no. ¿Preparados? ¡Uno! ¡Dos!...

Un fognazo verde cegador brotó de uno de los brazos del traje de Lamu. Mi brazo izquierdo quedó inutilizado, paralizado por el rayo mortífero. Lamu desvió la cabeza y levantó un brazo para protegerse los ojos del resplandor. El rayo cesó sin dañarme más. Aguardé a que Kapioma finalizase la cuenta. Estaba seguro de que le había sugerido a Lamu que diese comienzo a la pelea antes de escuchar el último número; en cambio, yo habría sido castigado si hubiera hecho lo mismo.

—¡Tres! —exclamó su voz después de una pausa—. ¡Cuatro!

Lamu se había recuperado del sobresalto y con expresión astuta acercaba poco a poco el rayo verde, que se quebraba inofensivamente contra la cúpula cristalina que nos cubría, para apuntarlo sobre mí. Cada vez se acercaba más, y Kapioma no pronunciaba el último número. El rayo tocó mi brazo paralizado y bajó hacia la pierna.

—¡Cinco! —pronunció al fin la voz de Kapioma.

Encendí el rayo naranja, y el rayo verde de Lamu desapareció. Perdí un segundo volviendo el rayo naranja hacia mi brazo paralizado para recobrar su uso. Esto me permitiría emplear dos de mis armas a la vez.

Concentré de nuevo el rayo naranja sobre Lamu y luego, en rápida sucesión, el rojo y el verde. Era un truco de lucha que me había enseñado Olua. Hubo un fognazo cegador en el traje de Lamu, y su rayo verde desapareció. Una de sus armas más poderosas había quedado inutilizada.

Una expresión de pánico apareció en su rostro, y lanzó el rayo rojo. Yo había decidido luchar a la defensiva, limitándome a neutralizar sus armas, por lo que apagué los rayos naranja, verde y rojo, envolviéndome en un resplandor azul. Lamu trató en vano de atravesar el escudo de luz azul con el cual me protegía. Entonces tocó su traje y comenzó a moverse un rayo blanco junto al rojo. Olua me había hablado de este rayo



terrible, que deshidratava todo lo que alcanzaba, y me apresuré a activar el rayo amarillo para combatirlo. Nos movimos en círculos y sus rayos intentaron, en vano, encontrar un hueco en mi armadura de luz. Procuré recordar otros trucos de los que me había hablado Olua, y se me ocurrió uno. Desconecté de súbito la emisión de ambos rayos. Lamu dirigió los dos brazos resplandecientes de su traje de combate hacia mi corazón. Cuando los dos rayos coincidieron momentáneamente, encendí el verde y el amarillo. Como había que cubrir sólo un rayo, la ventaja estaba de mi parte.

No conseguí recordar la forma de inutilizar su rayo blanco y, para impedir que la lucha se prolongara indefinidamente, desvié con rapidez mi rayo verde y lo dirigí contra sus piernas. Antes de que pudiera encender el rayo neutralizador naranja, el paralizante había surtido su efecto infalible y cayó al suelo. Me acerqué a él. Olua me había dicho que casi todos los rayos eran destructores cuando alcanzaban la misma fuerza que los generaba. Cogí el brazo que emitía el rayo blanco y lo retorcí lentamente. Lamu intentó luchar, pero un toque del rayo paralizante dejó sus brazos tan inútiles como sus piernas. Seguí doblándole el brazo, hasta que el rayo blanco taladró su propio generador. Al instante se apagó y Lamu quedó desarmado.

Un disparo con cualquiera de mis rayos ofensivos habría terminado con él, pero no pensaba matarlo de ese modo. Me incliné y le quité el destrozado traje de combate. Lo arrojé a un lado y retrocedí. Mi rayo naranja brilló un instante y Lamu se puso en pie, tan fuerte como al principio de la batalla.

—Esta lucha es entre tú y yo, Lamu Siba —le dije en tono amenazador, hablando despacio—. Prepárate a morir a mis manos.

Me quité rápidamente el traje de combate. Lamu me espiaba como un felino. Cuando me vio con los brazos ocupados en quitarme el traje, se irguió y atacó. Retrocedí y me hice a un lado, esquivándole. Levantó el pie derecho y me dio una fuerte patada en la ingle. Me doblé, lanzando un grito de dolor, y Lamu se abalanzó sobre mí, esgrimiendo una daga.

Tuve lucidez suficiente para volverme sobre un costado, y la daga de Lamu sólo rozó mi espalda. El dolor del golpe bajo era terrible, y yo estaba desarmado. Pero, mientras se rehacía para atacar de nuevo, logré quitarme el traje y me precipité hacia su garganta. Su daga relampagueó ante mis ojos, pero no hice caso y lo agarré por el cuello, dejándome caer al suelo. Sentí una puñalada en el hombro y otra en el costado antes de conseguir ponerle la rodilla en el pecho. Entonces le arranqué la daga, arrojándola lejos. Volví a tomarle del cuello y comencé a apretar. Su rostro se congestionó y me dirigió una mirada suplicante. Aflojé un momento la presión y bajé la cabeza.

—¡Piedad, Courtney Sibama!—fue el áspero susurro que salió de sus labios.

—¿Y tú cuándo has conocido la piedad? —pregunté—. ¿Dónde está Awlo? ¿Dónde está Kalu Sibama? ¿Dónde está la destruida Ulm? Tu vida está triplemente perdida a causa de tu traición, y mi corazón no tendrá piedad de ti.

Apreté lentamente su garganta. Su respiración se volvió jadeante y luego se convirtió en un silbido rápido. Su cabeza cayó hacia atrás, con los ojos saliéndole de las cuencas y horriblemente fijos. Aún los recuerdo. Arrodillado sobre su pecho, aflojé mi presión

sobre su garganta, le cogí la cabeza y la retorcí poco a poco, hasta que las vértebras cedieron con un chasquido y la cabeza cayó inerte. Así murió Lamu Siba, Príncipe de Ame del Imperio de Ulm, a manos de su rey, a quien había traicionado.

Me puse en pie, vacilante, y me volví hacia Kapioma.

—Tu sentencia ha sido cumplida, ¡oh Sibama! —jadeé—. ¿Cuándo podemos partir mis súbditos y yo?

—Tan pronto como te hayas curado las heridas y puedas viajar, Courtney —respondió gravemente—. Me ha defraudado la pelea ofrecida por ese miserable, pero cuando el Sibama ha dado su palabra no puede volverse atrás. Has desdeñado la muerte rápida y honrosa de un soldado a cambio de una muerte lenta por la sed y el hambre en las montañas. Ya has tomado la decisión. Recuerda, sin embargo, que mi oferta de respetar tu vida sigue en pie. Divórciate de Awlo y serás libre.

Me erguí para lanzarle un desafío, pero no pude hacerlo. Había perdido más sangre de lo que suponía. Me tambaleé unos momentos y luego todo se volvió negro. Sentí que caía por un abismo interminable, y luego no recuerdo nada más.

Tardé cuatro días en recobrar los sentidos, pero cuando lo hice estaba en condiciones de viajar. Los médicos de Kau me habían tratado con rayos terapéuticos que curaron mis heridas y restauraron mis fuerzas. En efecto, apenas sentía las secuelas de la terrible batalla que había reñido. Moka quiso que descansara algunos días, pero no me atreví a hacerlo. Sólo faltaban catorce días para la fecha en que había de morir la Sibimi de Kau, y me estremecía pensar en el sino de Awlo si no lográbamos regresar antes. Por ello, le recordé a Kapioma su promesa y solicité partir en seguida.

En algún resquicio de su corazón debía quedar una pizca de caballerosidad no pervertida, pues acudió en persona a la central eléctrica para despedirnos.

—Adiós, Courtney Sibama —dijo—, pues habiéndote liberado de la esclavitud, recobras tu título real. Lamento que no hayas aceptado las condiciones tan generosas que te ofrecí; considero que habrías sido útil en mi corte. No obstante, he dado mi palabra y puedes irte. Con eso no hago más que modificar la forma de tu muerte. No os está permitido regresar a Kau. Si os quedáis en las montañas, moriréis de hambre, y si volvéis a Ulm los menas os exterminarán. En cualquier caso, me veré pronto libre de vosotros.

Me humillé para solicitar de él un favor antes de irme.

—Kapioma Sibama, puesto que voy a morir —dije—, apelo a tu compasión para una cosa. Deseo ver a Awlo antes de partir.

Frunció el ceño.

—Eso es imposible —señaló con severidad—. Awlo no sabe que estás aquí, y te cree muerto. Puesto que morirás pronto, de todos modos, no deseo refrescar su memoria y abrir sus heridas. Eso la enemistaría conmigo.

No me atreví a decir más, sino que entré en el aparato de transporte que nos esperaba. Mis hombres me siguieron, y poco después nos elevamos rápidamente, poniendo proa al oeste.

—¿Dónde aterrizamos, Courtney Sibama? —preguntó Neimeha, que era el comandante.

—Déjanos donde me encontraste —respondí.

Neimeha se encogió de hombros y habló con el piloto. Dos horas después de nuestra salida de Kaulani, la nave aterrizó y desembarcamos. Luego voló sobre nosotros durante algunos minutos, y por último emprendió el regreso a la capital de Kau. Moka se dirigió a mí cuando hubo desaparecido la nave kauanita.

—¿Cuáles son tus proyectos, Courtney Sibama? —preguntó.

—Regresaremos a Kau y rescataremos a nuestra Sibimi. Luego haremos lo que indiquen las circunstancias.

—Sólo somos ciento dos —señaló Moka, pensativo—, y Kau tiene miles de hombres. ¿Podemos confiar en la victoria?

—Cien hombres bien armados pueden hacer maravillas, Moka —repuse—. ¿Has olvidado que salí de Ulm en busca de armas? Están escondidas en estas montañas. Iremos hasta donde se encuentran, y luego haremos planes. Debo encontrar a un Alii de Ulm que ha vivido muchos años en Kau y conoce sus armas. ¿Crees que la nave kauanita regresará para espiar nuestros movimientos?

—Puesto que nos prohibieron regresar, supongo que sí.

—Eso espero. Si regresan, tengo una idea que tal vez nos permita llegar a Kaulani sin luchar. Pero antes hemos de conseguir las armas necesarias.

Los kauanitas me habían devuelto la brújula antes de dejarnos, quedándose con mis pistolas automáticas, aunque no sabían cómo usarlas. Me orienté con la brújula y, cargados con alimentos y agua, comenzamos nuestra expedición hacia donde estaba mi máquina.

Moka estaba en lo cierto cuando afirmó que los kauanitas nos seguirían. Aquella misma tarde, a última hora, mientras nuestro grupo escalaba entre grandes dificultades las rocas desnudas, el vehículo que nos había llevado a las montañas aterrizó sobre una elevación cercana. Cuando nos hubieron localizado parecieron darse por satisfechos; después de observarnos un rato, emprendieron el regreso a Kaulani. Se hizo de noche; habíamos recorrido poco más de la mitad de la distancia que, según mis cálculos, nos separaba del emplazamiento de la máquina. Esperaba no errar el camino.

La noche fue terriblemente fría y, como no teníamos mantas ni nada parecido, tuvimos que apiñarnos y procurar pasar la noche lo mejor que pudiéramos. Los hombres de Ulm no estaban acostumbrados al frío y sufrieron mucho, pero nadie se quejó. La mañana siguiente reanudamos la marcha.

A mediodía me pareció que ya habíamos andado bastante, pero ningún rasgo del paisaje me resultaba familiar. Di el alto a la columna y envié partidas de exploradores en varias direcciones. Todos tenían órdenes de regresar al mismo punto antes del crepúsculo.

Era difícil encontrar el camino en un terreno tan accidentado, incluso con la brújula. Estuve a punto de perderme, y había comenzado a ponerse el sol cuando la partida dirigida por mí regresó al campamento. Otras dos partidas aún no habían aparecido. No teníamos nada para encender fuego; lo único que podíamos hacer era gritar de vez en cuando para guiar a los rezagados. Una de las partidas regresó hacia las ocho de la mañana, pero amaneció sin noticias de la otra. Esto me extrañó, conociendo el maravilloso sentido de orientación que poseían todos los ulmitas. Hice una verificación y en seguida descubrí que tal sentido no funcionaba en las montañas. No sabría explicar el motivo, pero no funcionaba.

La mañana siguiente celebré consejo con Hama y Moka. Estaba seguro de que no andábamos lejos de la máquina y las armas, pese a que el día anterior habíamos recorrido la comarca sin encontrar nada. Juzgando que estábamos demasiado al sur, propuse trasladar el campamento, pero aún quedaba el problema de la partida perdida. Finalmente decidimos dejar diez hombres a las órdenes de Hama en el primer campamento; los demás nos trasladaríamos ocho kilómetros hacia el norte, manteniéndonos en comunicación por medio de mensajeros. Desde el nuevo campamento enviaría nuevas partidas de búsqueda. Así se hizo, pero al cabo de otros dos días aún no habíamos encontrado la máquina y empecé a temer que los kuanitas la hubieran hallado y cambiado de lugar. El cuarto y el quinto días transcurrieron del mismo modo. Hasta mi partidario más firme, Moka, empezó a dudar.

La mañana del sexto día nos disponíamos a enviar nuevas partidas para la pesada búsqueda, cuando oímos un grito débil al sur y vimos que uno de los hombres de la partida de Hama se acercaba corriendo. Según iba reduciéndose la distancia, pudimos notar que era presa de gran excitación.

—¡Hemos encontrado el lugar, Sibama! —jadeó cuando estuvo al alcance de nuestros oídos—. La partida de Hiko lo encontró el primer día, pero el mensajero que enviaron se cayó y se rompió una pierna. Hoy ha llegado a nuestro campamento, arrastrándose, casi muerto de dolor y de sed. Dice que Hiko y dos hombres se quedaron allí, pero que no sabe dónde es.

El hecho de que hubieran encontrado el mecanismo cerca de donde estábamos era algo esperanzador. Levantamos el campamento rápidamente y volvimos atrás para unirnos a la partida de Hama. Nos enteramos de que Hama había enviado a todos sus hombres en la dirección tomada por Hiko al salir del campamento. Sólo quedaba esperar que ellos encontrasen el lugar. Antes de tres horas llegó un hombre y nos avisó de que lo habían localizado. Afirmó que habían encontrado la cueva y las cajas, pero que no había rastro

de Olua ni de la maquina. Empecé la marcha en seguida, con una partida que llevaba alimentos y agua para los hombres de Hiko, y dejando a la mayoría en el campamento a la espera de que regresaran todos los hombres de Hama, después de lo cual levantarían el campamento y se reunirían conmigo la mañana siguiente.

El aviso del explorador era exacto. En la caverna estaban los cajones con armas y las cajas de municiones, pero no Olua ni la máquina. Me devané los sesos pensando qué pudo ocurrir. La única explicación lógica sugería que, al regresar desde el plano superior, cumplidas mis órdenes, la máquina se había movido. En tal caso lo tendríamos a varios kilómetros de distancia, buscándonos afanosamente. La pérdida de la máquina era un duro golpe, pero aún teníamos las armas y las municiones y no era cosa de desesperar.

Resultó fácil abrir los cajones de los rifles y las cajas de municiones. Me sentí mejor cuando vi a mi minúsculo ejército armado con rifles y pistolas modernos, si bien nadie sabía manejarlos, y además yo abrigaba serias dudas en cuanto a su eficacia contra los trajes de combate de los kauanitas. El hecho de que no supieran utilizar las armas no me preocupaba demasiado, pues aún faltaban ocho días para la ejecución de la Sibimi de Kau. Además, había forjado un plan que, en caso de éxito, nos permitiría recorrer en poco tiempo los trescientos sesenta kilómetros que nos separaban de Kaulani. La nave kauanita había sobrevolado nuestro grupo todas las tardes, con la evidente intención de controlar nuestros movimientos. Mi plan consistía en algo tan atrevido como intentar su captura. Bendije mi suerte al no haber terminado el aparato radiotelegráfico antes de abandonar la ciudad.

Mi primera ocupación fue instruir a mis hombres en el manejo de las pistolas y rifles. Había traído cien rifles y treinta mil cartuchos, además de un centenar de pistolas y diez mil balas. Consideré que podía gastar cien cartuchos de rifle por hombre y la mitad en municiones de pistola para prácticas de tiro, sin que corriéramos peligro de quedarnos inermes. Improvisamos un polígono y pusimos una guardia para advertir la llegada de las naves kauanitas. Los ulmitas se aficionaron a las armas tanto como los patos al agua. Cinco días después llegué a la conclusión de que mi instrucción había dado un resultado satisfactorio, y aguardé ansiosamente la llegada de la nave que pensaba capturar.

Me invadió una gran angustia cuando la nave no apareció ese día, ni al siguiente ni al tercero. Los alimentos y el agua estaban prácticamente agotados, dado que sólo nos habían proporcionado vituallas para catorce días. Evidentemente, y puesto que no podíamos regresar a su país, las kauanitas habían llegado a la conclusión de que no nos atrevíamos a luchar con los menas y estimaron superfluo continuar la vigilancia. Una negra desazón hizo presa de mí al anochecer del decimocuarto día desde nuestra salida de Kaulani. Era el día fijado para la ejecución de la Sibimi de Kau, y me enloquecía el pensar que mi princesa estaba a merced de Kapioma.

No podríamos cubrir la distancia que nos separaba de Kaulani en menos de cinco días de marcha forzada, ni teniendo provisiones suficientes; todo mi plan se fundaba en la captura de una nave kauanita. La mañana siguiente —la del decimoquinto día— nos halló sin agua, casi sin alimentos, y en el campamento cundió la desmoralización. Sentíamos necesidad de movernos, pero no sabíamos a dónde ir ni podíamos hacer nada. Aquella mañana, los ejercicios de tiro se hicieron de modo rutinario y bajo la impresión de que eran una pérdida de tiempo.

Procurando impedir la desmoralización de mis hombres, por la tarde volví a llevarlos al improvisado polígono, pero habían perdido el interés. La sed atormentaba a todos. Estaba a punto de ordenarles que regresaran al campamento, cuando nos estremeció el grito de alerta de uno de los centinelas apostados. Gritaba y señalaba hacia el este. En el repentino silencio que se hizo pude adivinar, más que escuchar, el lejano zumbido de las hélices. Todos conocíamos los planes y algunos de mis hombres adoptaron rápidamente la formación de emboscada que yo había previsto. Otros, mientras se acercaban los kauanitas, empezaban a disparar sobre los lejanos objetivos.

Confiaba en la curiosidad de los kauanitas, que los obligaría a descender para observar nuestros movimientos, y comprobé que no me había equivocado. La nave sobrevoló durante quince angustiosos minutos nuestra posición, antes de descender a unos noventa metros de distancia. Un destacamento de kauanitas armados con trajes de combate de seis brazos desembarcó entonces y se acercó a nuestros puestos. Yo me había cubierto detrás de una roca, a unos cincuenta metros de la nave. El ángulo en el que aterrizó la nave era tal que me impedía ver el cuadro de mandos a través de la escotilla abierta, algo esencial para tratar de capturarla. Dejé pasar a los kauanitas e hice sonar mi silbato.

Sonó una descarga cerrada, y los kauanitas retrocedieron bajo el impacto de las balas de grueso calibre disparadas desde tan corta distancia. Pero llevaban los trajes de combate y ninguno resultó herido. Rayos verdes y rojos surgieron de sus brazos, y varios de mis hombres cayeron. Los kauanitas seguían avanzando poco a poco, mientras se desplegaban. Era lo que yo esperaba. Levantando el arma, corrí a espaldas de los contendientes, hasta divisar a través de la escotilla el cuadro de mandos. Me eché al suelo y apunté. Antes me había sentido nervioso, pero cuando llegó el momento de disparar estaba tan firme como una roca. Apunté al interruptor que ponía bajo tensión los trajes de combate, perdiéndolo un instante de vista mientras apretaba despacio el gatillo. Sonó una detonación ensordecedora. Al instante, los rayos se apagaron y, con un grito de triunfo, mis hombres se pusieron en pie. Efectuaron una descarga cerrada y el terreno quedó cubierto de kauanitas muertos y heridos. Había logrado neutralizar todos los trajes de combate.

El piloto de la nave no perdía el tiempo. Mis hombres corrieron hacia la nave, pero el primero aún se hallaba a cuarenta metros cuando la hélice central se puso en marcha y la nave avanzó. Hiko estaba más cerca, y casi la alcanzaba, pero un fogonazo blanco y cegador brotó de un costado y lo obligó a retroceder. La nave ganaba impulso rápidamente.

Mis hombres la persiguieron, pero yo conocía mejor que ellos el manejo del rifle. Pasé un proyectil a la recámara y apunté con mucho cuidado. Al dar en el blanco, la hélice central perdió velocidad y yo recargué rápidamente mi arma. El segundo disparo no acertó, pero el tercero sí, y la hélice dejó de funcionar. Un cuarto disparo, el último del cargador, la hizo detenerse por completo. La nave, con sólo las dos hélices laterales, perdía altura.

—¡A por ella! —grité, y mis hombres corrieron valientemente hacia la nave averiada.

No quise disparar contra una hélice lateral, temiendo que la nave se estrellase y fuese imposible repararla. El aparato aterrizó y se detuvo. Mis hombres avanzaron con un

grito de júbilo. Casi habían llegado a la nave, cuando surgió del costado otro destello cegador y cayeron al suelo dos ulmitas.

Era evidente que los kauanitas poseían otros medios de ataque además de los trajes de combate, pero sólo parecían eficaces a corta distancia. Ordené a mis hombres que retrocedieran, y una descarga acribilló el aparato. Antes de acercarnos, disparamos por segunda y tercera vez contra la cabina, para más seguridad. Entonces no se produjo ningún fognazo. Cuando abrimos las escotillas, hallamos el interior de la cabina hecho un desastre.

Mis soldados retiraron los cadáveres mientras yo revisaba la nave. Salvo mi primer disparo, los demás no habían alcanzado el cuadro de mandos, pero la hélice central estaba inservible. Una rápida inspección me indicó que el mando de los trajes de combate también había sido destruido, pero como mis hombres no sabían utilizar aquellas armas terribles, poco importaba. Todas las naves kauanitas llevaban un juego de hélices de repuesto. Las busqué y ordené que algunos de mis hombres desmontaran la estropeada. Los ulmitas eran tan poco hábiles con las herramientas, que por último tuve que hacer solo casi todo el trabajo. Como resultado, era casi de noche cuando probé la nueva hélice. Todos subieron a bordo y ocupé el puesto del piloto. Un aparato capaz para cien hombres exigía más de un navegante, lo cual me causaba dificultades. Maldije el error de Olua al regresar de Kau en mi máquina. ¡Lo que habría dado por tenerlo allí en aquel momento! No obstante, tenía que apañármelas, conque emprendí el vuelo y puse proa a Kaulani.

Durante media hora navegamos hacia el este sin incidentes. Un grito del hombre que había puesto a vigilar nos avisó del peligro y Moka corrió a su lado para mirar por el telescopio. Tres naves de guerra kauanitas se acercaban a gran velocidad. Como no me atrevía a dejar los mandos ni un solo instante, impartí rápidas instrucciones para la lucha que se avecinaba y seguí pilotando.

La capitana del enemigo se colocó a cincuenta metros y una hilera de señales luminosas apareció al filo de su ala. No las entendí. La nave maniobró en círculo y voló acompañándonos aproximadamente a noventa metros de distancia, sin dejar de hacer señales. Di la orden a Moka.

Una salva de disparos salió de nuestras escotillas, y tuve la satisfacción de ver que la nave kauanita volaba sin rumbo unos instantes para luego caer en picado. Las demás se acercaron rápidamente, flanqueándonos. Cuando pasó la primera, nos disparó un fognazo de luz púrpura. Sentí como un duro golpe, pero afortunadamente habían errado la distancia. Nuestra nave dio tumbos por el aire, corrigió su vuelo y prosiguió. Los disparos de nuestros tiradores eran mortíferos, y la segunda nave fue derribada lo mismo que la primera.

La tercera nave había aprendido a respetarnos. Pasó a nuestra altura, pero volando mucho más lejos. De súbito despidió una minúscula ráfaga de luz intensa que brilló sólo un instante. Todos los conmutadores de nuestro cuadro de mandos saltaron a sus posiciones de desconexión. Empezábamos a caer; abandoné los mandos de navegación y corrí al cuadro, accionando los interruptores con ambas manos; luego regresé a mi

puesto y quise enderezar la nave. Apenas lo había logrado, la mancha de luz volvió a brillar y tuve que repetir la operación.

—¡Dispara, Moka! —grité—. ¡No te preocupes por la distancia!

A esta orden, se desencadenó fuego a discreción, pero la ráfaga apareció de nuevo cuando aún no había regresado yo a mi asiento de piloto. La nave cayó como una piedra. Los kauanitas, por lo visto, se consideraron satisfechos, pues nos mostraron su popa y se alejaron entre una oscuridad cada vez más densa. Restablecí los contactos, y con las tres hélices girando a máxima velocidad, hice un intento desesperado por enderezar la nave. Cada vez estábamos más cerca del suelo, mientras yo aplicaba toda mi fuerza a las palancas de mandos. Cuando ya parecía que íbamos a estrellarnos, noté que la nave respondía y poco a poco empezaba a ganar altura. Seguíamos manteniendo fuego de protección contra los kauanitas que huían, y cuando comenzábamos a subir, un grito de alegría de Moka, que vigilaba por el telescopio, me anunció que la nave kauanita tenía problemas. Nos acercamos a máxima velocidad y poco después vimos que volaba lentamente y con manifiesta dificultad. Bastaron unos disparos bien dirigidos para dar fin a la lucha. Abandonando los despojos, proseguimos nuestro viaje a Kaulani. Una vez más, agradecí la ignorancia de Kau en materia de telecomunicaciones.

La noche caía rápidamente, pero me orienté por la brújula, y antes de una hora aparecieron ante nosotros las luces de Kaulani. Con todas las luces encendidas, me dirigí audazmente a la central eléctrica y aterricé en la azotea. Un escuadrón de guardias salió a recibirnos. Abrimos la escotilla y salimos. Diez de mis hombres se habían puesto los inservibles trajes de combate de los kauanitas muertos. Yo iba entre ellos, y los demás ulmitas nos seguían, como si fueran prisioneros.

—¿Qué significa esto, Homena? —preguntó el oficial de guardia.

Fueron sus últimas palabras, pues Moka lo estranguló sin que pudiera decir nada más. Amenazados por los brazos de los trajes de combate, los guardias kauanitas fueron reducidos y trasladados a la nave, donde los ataron y amordazaron. Los diez hombres vestidos con trajes de combate formaron a mi alrededor y me condujeron como fingido prisionero por la escalera que daba al laboratorio. Nos detuvimos antes de entrar y oímos el zumbido de un transmisor de radio. Era Waimua que estaba trabajando.

Hice una seña a mis hombres para que se apartaran, y abrí despacio la puerta. Waimua estaba solo en el laboratorio; cuando entré alzó la mirada y sonrió.

—¡Ah!, llegas a tiempo, Courtney —dijo—. He oído algunas señales en mi receptor...

Su conferencia quedó interrumpida cuando le apunté con la pistola.

—Quiero respetar tu vida, Waimua —expliqué—, porque fuiste bueno conmigo. Para que pueda hacerlo, debes rendirte. Hemos tomado la central eléctrica y mis hombres están afuera. Si haces el menor ruido, te mato aquí mismo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, confuso.



—Exactamente lo que he dicho. Hemos regresado de las montañas de Kau para rescatar a nuestra Sibimi, y no toleraremos ninguna oposición. Levanta las manos en señal de rendición, o disparo.

Levantó de mala gana las manos, tal como le había ordenado. Me volví para llamar a mis hombres, y entonces él saltó. No contra mí, sino hacia un botón que había en su mesa de trabajo. Yo apreciaba a Waimua, pero era su vida o la mía y, con la mía, la de Awlo. Mi pistola lanzó su mensaje de muerte y el desgraciado investigador cayó al suelo. Mis hombres entraron al oír el disparo. Nos apiñamos junto a la puerta y aguardamos, con el alma en un hilo. No pasó nada. Por lo visto, los kauanitas estaban muy acostumbrados a oír ruidos extraños procedentes del laboratorio, y al ser un tiro cosa desconocida para ellos, no se alarmaron.

Seguro de que no vendrían a molestarnos, descolgué un traje de combate de seis brazos y me lo puse. Tomé una distancia de treinta y cinco centímetros desde el borde de la enorme pantalla protectora que cubría toda una pared del laboratorio, y otra de veintiocho centímetros desde el margen izquierdo. Tracé una cruz y retrocedí. Apunté con mi rayo rojo a la intersección de las dos líneas que había dibujado, y lo hice funcionar con intensidad máxima durante ocho segundos. Luego apliqué el rayo naranja durante doce segundos. Cuando lo apagué, una parte de la pantalla se abatió lentamente hacia delante y allí, en un hueco, se hallaba el traje de combate inventado por Olua. Lo saqué y lo revisé.

A pesar de sus treinta brazos, el traje pesaba menos de nueve kilos. Me quité el de seis brazos que llevaba y me endosé la nueva prenda. Me iba como anillo al dedo y no era mucho más incómodo que las ropas corrientes.

Olua me había explicado su funcionamiento y, además, hallé instrucciones detalladas en el mismo escondite. Retrocedí y pasé varios minutos practicando el uso de los diversos mandos, mientras disparaba sobre la pantalla de protección. No disponía de tiempo para probarlos todos ni para ensayar qué control hacía funcionar qué arma, pero localicé el mando maestro, que activaba todos los rayos protectores a la vez. Convencido de que había aprendido bastante, saqué a mis hombres del laboratorio.

Por algún motivo desconocido pudimos cruzar el edificio y salir a los jardines sin que ocurriese nada, aunque un grupo de once hombres con trajes de combate en el jardín del palacio del Sibama forzosamente debía llamar la atención. Avanzamos en silencio hacia el palacio real hasta llegar junto al ala sur, donde sabíamos que estaba encerrada Awlo. Moka me indicó la ventana de su habitación. Le cedí mi rifle y empecé a trepar por la enredadera que cubría la pared. La ascensión fue difícil y tuve ganas de regresar al suelo para quitarme el engorroso traje de combate, pero el sentido común prevaleció y seguí trepando dificultosamente. Por último llegué a una altura desde donde podía echar una mirada a la habitación. La hallé vacía; por tanto, introduje la punta de la daga en la cerradura, abrí la ventana y entré.

Me hallaba en un aposento lujosamente amueblado, pero un rápido recorrido de las habitaciones reveló que estaban tan vacías como la proverbial tumba. Me sentí abatido, temiendo que Awlo ya hubiera sido arrastrada hasta la cámara de Kapioma. Tanteé las

puertas y una de ellas se abrió. Salí a un pasillo desierto y avancé sigilosamente. Casi había llegado a otro corredor, cuando un leve roce a mis espaldas me obligó a volverme. Una puerta secreta de la pared que acababa de dejar atrás se abrió poco a poco, y aguardé a ver quién era. Apareció un Alii kauanita, quien se volvió hacia mí. Cuando me vio abrió la boca para gritar, pero mi rayo verde brilló un segundo y quedó petrificado. Puesto que no me había hecho daño, neutralicé con el rayo naranja la parálisis de su cerebro. Pero dejé inutilizada su lengua, y antes de irme le apliqué en las piernas una buena dosis de rayo paralizante. Lo dejé indefenso y exploré el nuevo camino.

Me hallaba en un pasadizo secreto, débilmente iluminado, que se prolongaba algunos metros hasta desembocar en una escalera. Dudé un instante sobre el camino a seguir y luego retrocedí hasta la puerta falsa. Estaba cerrada y no pude hallar el resorte o la palanca que la hacía funcionar. Me habría sido fácil abrirme paso con el rayo térmico, pero no quise correr el riesgo de producir un incendio en palacio. Pensé devolverle el habla al Alii que yacía inmóvil ante mí, pero, conociendo a los kauanitas como los conocía, estaba seguro de que su primera reacción sería dar la alarma. A pesar de su frialdad y astucia, eran tremendamente leales a su Sibama.

Sólo me quedaba una alternativa. Con una plegaria silenciosa regresé a la escalera y empecé a bajar. Tras un gran número de escalones, me detuve en un rellano desde donde se oía un murmullo de voces. Toqué la pared que tenía ante mí, y descubrí que no era pared sino un tapiz. Con mucho cuidado le hice un agujero con mi daga y espíe.

Se veía la sala del trono desde un lugar situado detrás y a un lado de los dos tronos centrales. El salón estaba desierto, a excepción de un grupito reunido delante del trono. No me molesté en contarlos, pues mis ojos se habían fijado en una de las figuras y mi corazón dio un vuelco que casi me rompe las costillas. La figura central era mi adorada princesa, Awlo de Ulm. Oí una voz que hablaba desde el trono, cuyo ocupante permanecía oculto por el respaldo, si bien reconocí a Kapioma.

—El trono de la Sibimi de Kau está vacío —dijo con una voz que parecía repetir por centésima vez un razonamiento— y te ofrezco el honor de ocuparlo. Podría poseerte sin esa ceremonia, pero no me conviene. Eres de sangre real y tus hijos serán dignos del trono de Kau, que algún día ocuparán. ¿Tendrás a bien deponer tu actitud beligerante y revestir las galas de la paz, para que pueda casarme honestamente contigo?

Awlo irguió su orgullosa cabeza.

—¡Jamás! —gritó—. Courtney Sibama, mi señor, vive y me rescatará. No podría ser tu Sibimi aunque lo deseara, y no lo desearía aunque pudiera.

—Te aseguro que Courtney ha muerto —protestó Kapioma.

—No lo creeré hasta que vea su cadáver, y en ese momento mi vida habrá concluido también —repuso con arrogancia—. Cuidado con lo que hagas, Kapioma Sibama; el brazo de mi señor es largo y sabrá cómo vengar cualquier ofensa que yo padezca.

—¡Basta! —gritó Kapioma, enojado—. ¿Acaso es ofensa proponerte un honroso matrimonio y el rango de Sibimi del imperio más grande del mundo? Si no te casas

conmigo por tu voluntad, lo harás por la fuerza. El matrimonio es necesario para que tus hijos puedan tener legalmente acceso al trono de Kau. ¿Dónde está el mayordomo de palacio.

Un funcionario vistosamente vestido se adelantó.

—Tú nos casarás, Wiki —dijo Kapioma—. Puesto que la he ganado por conquista, me casaré vestido con todas mis armas.

Al bajar del estrado pude verle. De no ser por la voz, no lo habría reconocido, pues llevaba un traje de combate equipado con cuarenta brazos. Debía pesar bastante, pues se movía despacio, como si le costara esfuerzo. Mientras avanzaba, el mayordomo también se acercó a Awlo, pero luego retrocedió como si hubiera visto una serpiente venenosa. En la mano de ella brillaba un puñal enjorado.

—¡Un paso más, y hundiré este puñal en mi corazón! —gritó.

El mayordomo se detuvo, pero Awlo no podía luchar contra las armas de Kau. Al instante, el traje de Kapioma emitió un fognazo verde y el puñal cayó de su brazo paralizado. Se volvió para salir corriendo, pero otro fognazo, esta vez de un verde más claro, llenó el salón durante un segundo y Awlo quedó detenida. La risa gutural de Kapioma resonó mientras caminaba hacia donde ella permanecía inmóvil. Le tomó la mano, la besó y luego la colocó un instante sobre su cabeza. Kapioma alargó su mano, que el mayordomo de Palacio tomó para alzarla hacia los labios de Awlo. Se oyó el estampido de un disparo, y el funcionario se tambaleó, cayendo luego de bruces. Como no estaba muy familiarizado con el traje de combate de Olua, decidí emplear el arma que más conocía. Ya he dicho que soy buen tirador, sobre todo a poca distancia.

Con un movimiento de la daga rasgué el tapiz y me dejé ver. Había pasado el momento de usar armas corrientes, por lo que dejé caer la pistola y la daga y me llevé ambas manos a los pulsadores de mi traje de combate. Apunté las armas mortalmente ofensivas hacia Kapioma y me dispuse a lanzarle mi selección mortífera de rayos. Los guardias, armados con lanzas, entraban por todas partes.

—¡Un paso más y vuestro Sibama morirá! —grité.

El Sibama me contempló con una expresión de asombro en sus ojos.

—¡Courtney Sibama! —exclamó.

Asentí con la cabeza, sin descuidar la vigilancia. Sus manos buscaron lentamente los mandos de su pesado traje de combate.

—¡No lo hagas! —le aconsejé sin vacilar—. Si intentas emplear un arma, serás hombre muerto.

Dejó caer la mano y me observó fijamente. Era una situación insostenible. Kapioma no se atrevía a moverse, y yo no podía rescatar a la inmovilizada Awlo para llevármela. Se me ocurrió lanzar uno de mis rayos sobre Kapioma, pero no sabía cuáles serían instantáneamente detenidos por su traje. Además, si estallaba la pelea, Awlo podía

resultar alcanzada durante el intercambio de rayos, que llenarían el salón del trono. Estuvimos observándonos como un minuto, y luego Kapioma habló:

—Courtney Sibama, uno de nosotros no saldrá vivo de aquí. Llevas un traje de combate de un tipo que yo no conozco. Yo tengo el traje más poderoso que existe en Kau. Ignoramos cuál de los dos ganará. Si luchamos, nadie puede pronosticar qué ocurrirá en este salón.

Se interrumpió y yo asentí con la cabeza a sus palabras, sin perderle de vista.

—Ambos deseamos lo mismo: la vida, y la persona de Awlo de Ulm —prosiguió—. Y uno de los dos ganará. Que sea ganada en justa lucha, y que ella pertenezca al vencedor.

—¿Qué quieres decir? —inquirí.

—Que traigan una cúpula de lucha y la hagan descender sobre nosotros. Cuando se dé la señal, demostraremos cuál de los trajes de combate es más poderoso. La princesa pertenecerá a quien sobreviva.

—Si yo ganara, ¿cuento con la garantía de que Awlo y yo podremos salir de Kau con nuestros súbditos sin que nadie trate de impedirnoslo? —pregunté.

—Te aseguro que yo no podría oponerme. Pero no respondo de nada más. La palabra de un Sibama muerto no compromete a su sucesor. No obstante, si ganas, podrás abrirte paso con los trajes de combate que halles.

Lo pensé un instante. Si luchaba y perdía, mi princesa estaba perdida. Si vencía, sólo ganaba una oportunidad de combatir para sacarla en mis brazos. En cambio, si rechazaba el desafío ella probablemente sería víctima de la batalla que se produciría en el salón. Tomé rápidamente una decisión.

—Que traigan tu cúpula de lucha —grité.

Los guardias se apresuraron. Con las manos aún en los botones de mando del traje, bajé del estrado y me acerqué a Kapioma. Trajeron la cúpula y la colocaron sobre nosotros.

—Aparta las manos de los controles, Courtney Sibama, para que podamos comenzar en igualdad de condiciones —dijo Kapioma.

Dejé colgar las manos a los lados del cuerpo. El Sibama se volvió hacia el grupo de espectadores.

—Noma —llamó a un Alii de los presentes—, coge la lanza de un guardia y déjala caer. La pelea comenzará cuando la lanza toque el suelo.

El Alii cogió una lanza y la alzó. Se hallaba colocado de tal modo que ambos podíamos verlo bien. Mantuvo un segundo la lanza sobre su cabeza y luego la dejó caer.

La fracción de segundo que transcurrió hasta que la lanza tocó el suelo me pareció durar días y semanas. Parecía caer con lentitud infinitesimal. Logré lanzar una ojeada a mi

alrededor, y la escena quedó grabada en mi cerebro. Kapioma estaba cerca de mí, con una sonrisa de confianza en el rostro amarillo, y sus ojos negros y oblicuos brillaban con afán de lucha. Los Alii y los guardias de Kau nos rodeaban, con sus rostros amarillos encendidos de excitación. El cuerpo de mi amada princesa se erguía como una flor blanca, rígida e inmóvil por efecto de los rayos que le había lanzado Kapioma. Observé que la lanza estaba a punto de tocar el suelo. Otra mirada a Kapioma me indicó que no se había movido, sino que permanecía con los músculos tensos, esperando la señal. Al menos, era un luchador noble.

La lanza chocó contra el suelo y mis manos volaron hacia los botones de control del traje. Accioné el botón de mando de las armas defensivas en el momento preciso, pues seis brazos del traje de Kapioma vomitaban rayos rojos y verdes. Fueron inofensivamente absorbidos por el resplandor que me cubría. Retrocedió un paso y accionó con las manos. El ataque de las armas más sencillas había fracasado, y se disponía a emplear armas exclusivamente inventadas para su traje.

Recordé lo que me había dicho Olua, y desconecté la emisión del rayo protector general. Accioné apresuradamente los botones cinco, dieciséis y diecisiete. Un sorprendente caleidoscopio de colores me rodeó y oí una explosión procedente del traje de Kapioma. Su rayo paralizador y el térmico, que eran del tipo corriente, habían quedado inutilizados.

Su mano encontró los botones que deseaba y me vi de nuevo en peligro. Disparó una nube de gas púrpura que avanzaba rápidamente hacia mí. Sabía qué defensa utilizar contra ello, y accioné el botón once. La nube de gas fue rápidamente absorbida por un brazo de mi traje. Apreté el doce y una nube de vapor amarillo rodó hacia él. Mientras sus manos buscaban las armas defensivas, accioné el nueve y el gas se convirtió en un fogonazo cegador que le dio de lleno en el pecho, obligándolo a retroceder por la violencia del golpe. Aproveché esta ventaja disparando el rayo violeta, pero él ya se había repuesto de la momentánea sorpresa y lanzó una espiral de llamas rojas que giró delante de él e inutilizó el rayo púrpura.

De otro brazo salían fogonazos alternativos de color rojo y blanco. Accioné un arma defensiva, pero no sirvió de nada. El rayo mortífero se abría camino a través de mis pantallas protectoras. Me sentí como si tuviera las venas llenas de fuego líquido. Apreté frenéticamente botón tras botón. Nubes de gases mortíferos y vividos rayos de distintas especies surgieron de los brazos de mi traje, pero Kapioma detuvo cada ataque con un arma adecuada y dio al traste con mis esfuerzos. Y aquel mortífero rojo y blanco seguía perforando mi pantalla. Faltaban pocos segundos para el desenlace.

Desesperado, empleé la última arma. Olua me había advertido que no la empleara salvo como último recurso. Con un sollozo, apreté el botón número treinta. Al hacerlo, un fogonazo cegador surgió de un brazo de mi traje, golpeó a Kapioma y se enroscó a su alrededor. Luchó paso a paso con el extraño poder, pero se vio inexorablemente arrastrado hacia mí. El rayo rojo y el blanco aún resplandecían, y yo sentía mi cuerpo seco y abrasado, pero no podía pensar en ello. Un instante más y él quedaría a mi alcance.

A pesar de sus forcejeos, se acercó hasta que pude alcanzarlo con las manos. Comprendí por qué Olua me había prevenido contra el uso de este arma; mis fuerzas se disipaban

rápidamente. Hacía pagar un precio tremendo al que la usaba. Kapioma quiso acudir a otros botones, pero no pudo hacerlo. El brazo treinta de Olua era nada menos que un acumulador eléctrico de la voluntad de su dueño; mientras Kapioma fuese su presa, yo era dueño de su voluntad. Cuando comprendí la naturaleza de la fuerza extraña que estaba utilizando, pensé en lo que deseaba que él hiciera. Su mano buscó los mandos con desesperada resistencia. Apretó uno y el mortífero rayo rojo y blanco que consumía mi propio cerebro se extinguió. De momento estaba a salvo.

Puse toda la fuerza de mi voluntad en la lucha, y aquella fue centuplicada por el instrumento debido al genio de Olua. Kapioma accionó un botón tras otro hasta que ningún rayo ni gas letal salió de su traje. Casi con un último esfuerzo, apreté un botón y lo bañé con el rayo verde paralizante normal, del que iban dotados hasta los trajes de combate más elementales. Se tambaleó un momento y luego cayó al suelo. Desconecté la terrible arma que me había servido para reducirlo, y me tambaleé, extenuado.

Creí que iba a caer, pero no fue así. Mis ojos vieron a Awlo, y esto me hizo reaccionar como si me hubieran arrojado a la cara un cubo de agua fría. Me rehice y me volví hacia los espectadores.

—¡Quitad la cúpula de lucha! —grité—. ¡Abrid paso a Courtney, Sibama de Ulm!

Obedecieron en seguida. Mientras me acercaba a Awlo, hubo un tumulto en la puerta. Levanté la mirada. Mis ojos jamás habían visto nada más agradable. En la puerta se hallaba Moka, y le seguían, en formación, seis ulmitas armados de rifles. Otros cuatro llevaban trajes de seis brazos.

—¡Paso! —grité con energía—. ¡Abrid paso a los hombres de Ulm! ¡Paso antes de que me abra camino sobre vuestros cuerpos vivos!

A estas palabras hubo una fuga precipitada, y el espacio entre Moka y yo se despejó. Ya se acercaban mis leales ulmitas. A una orden mía, dos de ellos cedieron sus rifles a los compañeros y tomaron con precaución el cuerpo de mi amada princesa. Pasamos junto a las hileras de ceñudos kauanitas hasta la puerta del palacio, que se abrió ante nosotros. Los guardias avanzaron con largos tubos negros en la mano para cerrarnos el paso. Apenas dudé un instante. Los pobres no llevaban trajes de combate y era casi un asesinato, pero no era cuestión de vacilar. Apreté el botón catorce y se disparó ante mí un fogonazo de llama violeta. Los guardias cayeron como bolos y sus tubos negros estallaron entre brillantes relámpagos de luz. Cuando salimos, el silbido de una bala de rifle nos indicó que la partida de Hama había dejado la azotea y combatía en la central eléctrica. Corrimos por el jardín hacia el edificio, sin deshacer la formación.

Habíamos recorrido la mitad de la distancia cuando el enemigo salió a nuestro encuentro. Oí un grito a mi espalda y me volví. De un grupo de árboles salían varios individuos con trajes de combate. Estábamos un poco más cerca de la central eléctrica que ellos, pero teníamos que acarrear los rifles y llevábamos a Awlo con nosotros. El encuentro iba a producirse en la puerta. Tomé una rápida decisión. Ordené a Moka que continuase rápidamente hacia la puerta, di media vuelta y me apresuré a contenerlos.

Mientras me acercaba, los recién llegados se detuvieron e hicieron funcionar sus trajes. Ninguno de ellos tenía más de diez brazos, por lo que me rodeé de un escudo protector y

arremetí contra ellos. Intentaron correr, pero era demasiado tarde. El catorce volvió a entrar en juego y cayeron. Miré por encima del hombro y vi que el grupo de Moka había llegado a la puerta.

Me uní a ellos corriendo y Hama cerró la puerta. Estaba seguro de que el edificio tendría algún tipo de rayos defensivos, pero no podía perder el tiempo buscándolos. Hama me comunicó que no había kauanitas en la central eléctrica, salvo un cuarto donde se había hecho fuerte un pequeño grupo. Pronto saldrían equipados con trajes, y en seguida otros defensores del palacio emplearían armas más potentes contra nosotros. Con Hama y Moka corrí hacia la sala central de máquinas. Llegué en el momento justo.

Tenía la mano sobre el interruptor que controlaba la electricidad de los trajes de combate, cuando se abrió la puerta y entraron doce figuras provistas de trajes de muchos brazos. Dejé que se acercaran y, en el instante en que bajaban las manos hacia los botones de control, desconecté. Todos los trajes de combate y todas las armas de guerra del imperio de Kau quedaron inutilizadas. En seguida desconecté las otras cuatro palancas de mando, y todas las instalaciones eléctricas del imperio quedaron paralizadas. Nuestro enemigo había agotado sus recursos y el combate, si así puede llamarse, iba a reñirse cuerpo a cuerpo, como las antiguas batallas con los menas. La única electricidad que quedaba en el imperio provenía de un minúsculo generador de emergencia que alimentaba las luces de la central eléctrica. Como descubrimos al día siguiente, la desconexión de la energía se había cumplido en el momento justo. Dos enormes naves de guerra kauanitas se estrellaron a menos de cien metros del edificio. Si yo hubiera actuado un poco más tarde, habrían aterrizado en la azotea y habríamos quedado copados.

Dejé a Awlo en el laboratorio y me apresuré a preparar nuestra defensa. Aunque muy disminuidos por la pérdida de la electricidad, los kauanitas no estaban del todo indefensos. Eran muchísimos, y aún tenían bastantes tubos negros como los que había visto en manos de los guardias de palacio. Para funcionar, estos tubos no dependían de la central pero, una vez disparados, no podían recargarse si los generadores no funcionaban. Lanzaban una carga de electricidad estática, y eran mortales a pequeña distancia.

Armados con los tubos y las lanzas, los kauanitas atacaron decididamente nuestro refugio. Pero estaban condenados al fracaso desde el principio. Los disparos de los tubos no eran peligrosos a más de cincuenta metros. Hicimos estragos entre los atacantes con nuestros mortales disparos de rifle. Al cabo de pocos minutos el combate amainó y pude regresar al laboratorio.

Awlo yacía sobre una mesa, fría y rígida. La respiración faltaba por completo y no logré detectar el menor latido del pulso. Si no hubiera visto lo ocurrido, la habría declarado muerta. No ignoraba que Kapioma jamás habría luchado por la posesión de un cadáver. Debía existir algún método para reanimarla y yo iba a encontrarlo. Le ordené a Moka que conectase el generador correspondiente al traje de lucha que yo usaba. Lo hizo, y bañé a Awlo con el rayo naranja antiparálisis. No produjo ningún efecto. Durante una hora ensayé sin éxito varios rayos y combinaciones. No me atrevía a emplear todos los recursos del traje de Olua, pues no conocía bien sus propiedades y fácilmente podía hacer más daño.

Mientras observaba su cuerpo postrado, me alarmó un estrépito en la puerta principal de la central. Bajé a ver qué pasaba, pero un mensajero enviado por Hama salió a mi encuentro.

—¡Un kauanita...! —jadeó el hombre—. ¡Un kauanita armado con un traje de combate ha forzado la puerta y ha matado a doce de nuestros hombres!

Comprendí que al conectar el motor que hacía funcionar mi traje de lucha, también había suministrado electricidad al de Kapioma, que funcionaba con la misma longitud de onda. Corrí a la sala y lo desconecté. Los disparos de rifle procedentes de abajo me indicaron que mis hombres estaban ocupados. Corrí escaleras abajo para tomar el mando, pero ya no me necesitaban. Al paralizar el traje de combate, nuestros rifles entraron en acción y liquidaron rápidamente a los kauanitas que habían seguido al audaz invasor.

Una hora después, la puerta quedó separada y nosotros en posición de desafiar a los ejércitos de Kau. Supe con pesar que los kauanitas derrotados se habían llevado el cadáver de aquél y con él, naturalmente, el traje de combate. Si éste hubiera caído en nuestro poder, dos de mis hombres habrían bastado para salir de Kaulani sin hallar oposición. Ahora no podía conectar ninguno de los generadores, pues ello armaría a nuestros enemigos. Ignoraba cómo salvar a Awlo, así que la falta de electricidad no me importaba demasiado.

En realidad, nuestra situación era desesperada en muchos sentidos. Cierto que estábamos relativamente a salvo en la central eléctrica, pero no podíamos salir. Teníamos a nuestro servicio una nave para cien hombres pero, si conectábamos la electricidad para propulsarla, también movilizaríamos todas las naves de guerra de Kau. Teníamos muchísimos trajes de combate poderosos, pero en manos de algunos Alii de Kau había otros más poderosos, y poner en funcionamiento nuestros trajes significaba hacerlo con los de ellos. Bien mirado, la toma de la central eléctrica me ponía en la situación clásica del hombre que ha atrapado a un oso por la cola; necesitaba mucha suerte para resistir, y aún más para salvarme.

Regresé al laboratorio y contemplé la figura inmóvil de Awlo. Pero no se me ocurrió nada y me tendí a descansar unos minutos, confiando en que el tiempo resolvería el problema. Al menos, estaba seguro de poder defender la central eléctrica indefinidamente. Al pensar esto subestimaba los recursos y el ingenio de los Alii de Kau. según descubrí a la mañana siguiente.

Durante toda la noche se oyeron ruidos de hombres trabajando y se vieron débiles luces que erraban por el jardín. De vez en cuando les disparábamos, pero como no sobraban municiones ordené a mis hombres que ahorrasen cartuchos. Cuando amaneció, vimos en el jardín, entre el palacio y la central eléctrica, una gigantesca máquina metálica. Mientras mirábamos, ésta avanzó poco a poco hacia la central eléctrica. Yo había olvidado que los Alii e incluso los soldados y plebeyos de Kau, conocían la electricidad bajo todas sus formas. Se les había ocurrido algo evidente. Puesto que la fuente normal de electricidad quedaba excluida, habían reunido o construido pilas. Aquel tanque, pues eso parecía, funcionaba con corriente continua. De la mole móvil de metal partían gruesos cables hacia el palacio.



Cogí un rifle y disparé contra un cable, ordenando a mis mejores tiradores que hicieran lo mismo. Sin embargo, la máquina siguió avanzando hasta pocos metros del edificio. Por un costado disparó una especie de rayo; la puerta de la central eléctrica volvió a astillarse y saltó de sus goznes. La máquina avanzó un poco más, y se detuvo. No volvió a disparar. Evidentemente, había quedado inutilizada. Algún disparo bien colocado había interrumpido su conexión con la fuente de energía. De momento estábamos salvados.

Como no parecía inminente un nuevo ataque, dejé a Moka la defensa y regresé al laboratorio. Se me había ocurrido que la corriente continua podía producir algún efecto sobre Awlo.

Un ruido familiar resonó en mis oídos cuando entré en el laboratorio. Me detuve y miré a mi alrededor, pero no pude localizar su origen. Era un tecleo intermitente. Mientras escuchaba, empezó a formar letras y palabras en mi cerebro: «—.—. ———...—.—.

... \_... \_ \_—.\_.», «COURTNEY, COURTNEY SIBAMA». Sólo una persona en aquel mundo podía llamarme por radio dándome ese título. Me precipité hacia el aparato de radio, que estaba olvidado sobre la mesa del laboratorio desde la muerte de Waimua. Cuando me calé los auriculares recibí el mensaje perfectamente. Me costó muy pocos segundos conectar el transmisor y disponerme a responder. Afortunadamente, tanto el emisor como el receptor recibían su alimentación del generador de emergencia que servía para iluminar la central eléctrica. Tecleé rápidamente.

—Olua —llamé—. Olua, ¿puedes oírme?

—Sí, Courtney Sibama —fue la respuesta.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—En la misma cueva donde nos separamos. Las armas han desaparecido. ¿Viniste a llevártelas, o fueron los kauanitas?

—Las tengo aquí.

—¿Dónde es aquí?

—En la central eléctrica de Kaulani. Ahora mismo te explicaré la situación.

—De acuerdo, pero transmite un poco más despacio.

Con la mayor concisión le describí lo ocurrido y la situación en que nos encontrábamos. Le hablé de la imposibilidad de salir, y de que no nos atrevíamos a poner en marcha la emisión de electricidad. Por último le conté que nos habían atacado con dispositivos que funcionaban a pilas.

—¿Cuánto tiempo puedes resistir? —preguntó.

Mientras recibía el mensaje, un estrépito procedente de abajo y una descarga de rifles me hizo saber que se habían reanudado las hostilidades; se lo comuniqué a Olua.

—Los aparatos a pilas no harán mucho daño —respondió—. Si puedes resistir unas horas, me reuniré contigo y te ayudaré.

—¿Cómo conseguirás llegar aquí, si no hay fuente de energía? —inquirí.

—Llegaré —afirmó—. Espérame dentro de tres horas, o quizá menos.

—Espera —agregué—. Quiero que me orientes.

Le describí sucintamente el estado en que se hallaba Awlo.

—¿Recibió un rayo verde claro con manchas amarillas? —preguntó.

—Sí.

—Utiliza durante dos segundos el botón veintiocho de mi traje. Adiós. Pronto me reuniré contigo.

Sin pensar en el riesgo que corría, me apresuré a entrar en la sala de máquinas y accioné el interruptor que alimentaba el traje de combate de Olua. Regresé al laboratorio, me puse la prenda y apreté el botón veintiocho con manos temblorosas. Durante dos segundos no ocurrió nada, y luego Awlo se incorporó. Lancé un grito de alegría, solté el botón y me acerqué a ella. Ella gritó espantada y quiso echar a correr. Me detuve, sin saber qué pensar de semejante acogida, hasta que recordé que tenía puesto el traje de combate. Me había confundido con un kauanita.

—¡Awlo! —grité mientras me quitaba el casco—. ¡Soy Courtney, tu Courtney! ¿No me reconoces?

Me miró azorada y luego, con un sollozo de profunda gratitud, se arrojó en mis brazos. Mientras la abrazaba hubo una interrupción.

Moka entró en la sala, espantado.

—¡Sibama! —gritó—. Ven pronto, o estamos perdidos. Los kauanitas van a romper nuestra defensa.

Estaba tan excitado, que no se fijó en Awlo. Cuando me separé de ella. Moka abrió la boca y cayó de rodillas.

—¡Sibimi! —exclamó, y la reverencia que había en su voz me hizo comprender una vez más el profundo afecto que aquellos hombres minúsculos sentían hacia sus soberanos. No le dejé pronunciar su discurso.

—¡En marcha, Moka! —grité mientras volvía a colocarme el casco—. Hemos de ayudar a nuestros hombres.

Fui el primero en llegar a la puerta. Varios kauanitas, provistos de trajes de combate conectados a largos cables que se prolongaban hasta el palacio, habían cruzado el jardín

y se abrían paso a través de la puerta destruida. Las balas eran inservibles y mis hombres caían a docenas bajo los tremendos rayos de los trajes. Sin embargo, aquellos débiles trajes de combate no podían oponerse al que yo llevaba, y tres minutos después de mi llegada no quedaba un kauanita con vida en la central eléctrica. Mi rayo violeta dio buena cuenta de ellos. Cuando el último cayó, un individuo que llevaba el traje de cuarenta brazos de Kapioma salió del palacio y avanzó poco a poco por el jardín. Antes de que llegase demasiado cerca e hiciera daño, corté la corriente eléctrica, y cayó de un disparo bien colocado por el rifle de Hama. El peligro había pasado, contemplé a mis hombres. Los trajes improvisados no tenían potencia suficiente para matar, o no iban dotados de rayo mortal. Mis seguidores estaban meramente aturdidos; algunos minutos de cuidados les permitieron recobrar fácilmente el conocimiento, dejándolos como nuevos.

Cedí el mando a Moka y regresé apresuradamente al laboratorio. Al entrar, Awlo volvió a echarse en mis brazos. La abracé fervientemente y luego accioné el pulsador del aparato de radio. No recibí señal de respuesta. Por último desistí y me dediqué a Awlo. Muy pronto supe toda su historia.

Mi máquina debió moverse un poco cuando Lamu la raptó y huyó con ella, pues aterrizaron en Kau, cerca de Kaulani. Lamu quiso obligarla a obedecer y amenazó con matarla si no corroboraba la historia de mi traición. Cuando escuché esto, apreté los dientes y deseé haber matado a Lamu más lenta y dolorosamente.

Trataron de alcanzar Ulm, pero fueron descubiertos y hechos prisioneros, trasladándoseles a Halekala, una de las ciudades de Kau situada a varios centenares de kilómetros de la capital. Allí permanecieron prisioneros varios meses. Al fin se supo en Kaulani su presencia y Kapioma los reclamó. En seguida hizo prisionero a Lamu y lo encerró con los supervivientes de Ulm que, mientras tanto, habían sido capturados y trasladados a la ciudad. Al principio Awlo recibió todas las consideraciones debidas a una invitada, pero, durante los últimos meses, el soberano se empeñó en que ella diera su consentimiento para ser su esposa. Su última tentativa fue la que yo interrumpí en la sala del trono.

Siempre se negó a darle esperanza alguna pues, como me aseguró, jamás creyó que yo estuviera muerto, sino que confió en que yo regresaría para rescatarla. Ignoraba mi presencia en Kaulani hasta que aparecí en la sala del trono.

Una hora después, los kauanitas atacaron en serio. Equipados con los improvisados trajes de corriente continua, se acercaron en gran número y repararon el cable roto de su máquina bélica. Bajé con mi traje de combate para derrotarlos, pero no me atreví a conectar la electricidad. Uno de ellos llevaba el traje de Kapioma, y todo intento de poner en marcha el mío activaría el suyo. Se cubría detrás de sus propios hombres, y quedaba fuera del alcance de nuestros rifles.

La enorme máquina parecida a un tanque avanzó lentamente. Hicimos descargas de rifle y pistola, pero no sirvió de nada. Como héroes que eran, los ulmitas leales se enfrentaron a ella y quisieron detenerla con sus cuerpos, cayendo bajo los rayos mortíferos que disparaba. Había perdido la mitad de mis efectivos, y el tanque se

acercaba lenta pero inexorablemente a la puerta abierta. A intervalos, fogonazos cegadores de luz blanca destruían todo cuanto se interponía en su camino, hombres, troncos o piedras. Siguió avanzando pese a todos nuestros esfuerzos. Estaba a punto de ordenar que conectasen la electricidad y realizar un último intento desesperado para detener el tanque con el traje de Olua, aunque tuviera que vérmelas con otro equivalente, cuando un ruido extraño hizo que los combatientes se inmovilizaran unos momentos. En el súbito silencio, oí un sonido que jamás pensé escuchar allí: el de los motores de un aeroplano. Los kauanitas alzaron la vista y lanzaron gritos de sorpresa. Muchos corrieron hacia los hangares donde guardaban sus naves.

El ruido se hizo cada vez más intenso, y sobre los jardines de palacio apareció la conocida silueta de un trimotor Fokker. Lancé un grito de alegría cuando lo vi, y otro de júbilo cuando comprendí quién era el piloto. Adiviné qué se proponía Olua, y ordené a mis hombres que se cubrieran.

El Fokker hizo una pasada sobre los jardines y luego maniobró y volvió a pasar por segunda vez. Mientras volaba a pocos metros sobre nuestras cabezas, soltaron algo desde la cabina. Era un objeto largo y negro, que cayó directamente sobre la máquina kauanita. Hubo un estrépito ensordecedor y un hongo de humo. Los pedazos de la máquina volaron en todas direcciones. Los kauanitas que no habían caído huyeron lanzando gritos de terror.

El Fokker volvió a maniobrar y pasó por encima del palacio. Otro cilindro negro abrió un inmenso boquete en una esquina de la majestuosa residencia de Kapioma. Considerando suficiente, por lo visto, la destrucción producida, el piloto planeó con el motor en punto muerto. Subí corriendo a la azotea para reunirme con él. El Fokker descendió y efectuó un aterrizaje perfecto, aunque se habría caído de la azotea si algunos de mis hombres no hubieran estado allí para ayudar en la maniobra. Olua bajó y se arrodilló a mis pies, quitándose las gafas de aviador.

—Llegas a tiempo, Olua Alii —dije mientras lo ayudaba a ponerse en pie—. Temí que la máquina hubiera cambiado de lugar y te resultara imposible hallar el camino de regreso.

—No tuve ningún problema, Courtney Sibama —respondió—. En cierto modo, me he excedido de tus órdenes, pues estaba seguro de que aprobarías lo que hice. Fui al plano superior sin problemas, y no me costó aprender a pilotar tu nave, pero me fue muy difícil conseguir los explosivos que pediste. No lograba hacerme entender y, cuando me comprendieron, no quisieron darme lo que pedía, aunque les ofrecí el metal que me aconsejaste. Por suerte, en ese lugar que llaman Beatty encontré a alguien que te conocía, y esa persona los consiguió. He regresado tan pronto como me ha sido posible.

—Y muy a tiempo —repetí—. Eres más que bien venido. Mis recursos estaban agotándose pero, con tus conocimientos de la técnica militar kauanita, la batalla estará más igualada.

Olua quiso conocer detalles de la lucha, y se mostró sorprendido ante la resistencia tenaz que habíamos presentado. Como miembro del Tribunal de los Señores, solicitó una entrevista a solas con Moka y Hama, favor al que accedí rápidamente. Una hora

después, los tres entraban en el laboratorio donde yo estaba conversando con Awlo, y solicitaron permiso para hablar.

—Hablad —dije, sorprendido por la gravedad de sus rostros.

Moka empezó.

—La ley de Ulm prescribe que, cuando un grave peligro amenaza a las personas del Sibama o la Sibimi, el Tribunal de los Señores puede imponerles el cumplimiento de ciertas medidas de seguridad. ¿No es así, mi señor?

—Así es —repliqué.

—Mi señor, ahora os amenaza un grave peligro a ti y a Awlo Sibimi. El Tribunal de los Señores te ordena que tomes la nave voladora en la que llegó Olua Alii, y conduzcas a la Sibimi a un sitio seguro.

—No pienso hacer nada de eso —respondí, tajante.

—Debes hacerlo, Courtney Sibama —insistió Moka—. Todos hemos arriesgado nuestras vidas y Olua Alii ha regresado de un lugar seguro a otro peligroso con tal de salvar a nuestros soberanos. Si te opones, el sacrificio de quienes ya han muerto por ti podría ser inútil. Durante incontables generaciones, mis antepasados han servido a la familia real de Ulm, y es justo y digno que hasta el último miembro de mi familia muera para que la familia real de Ulm siga viviendo. Además, empiezan a escasear las municiones.

Aquella era una noticia grave. Hice preguntas y descubrí que teníamos menos de sesenta cartuchos de rifle por hombre, y que otro ataque frontal podía ser decisivo. Olua esgrimió otro argumento.

—No conoces el poder de Kau —afirmó—. Hasta ahora han intentado vencerte rápidamente, pero creo que de ahora en adelante tratarán de hacerlo por agotamiento. Sólo es cuestión de tiempo el construir otra central eléctrica o, al menos, un generador de potencia suficiente para alimentar sus trajes de combate. Cuando lo consigan, la batalla habrá terminado. Yo puedo fabricar trajes para nuestros hombres, pero de todos modos nos superan por el número. No, Courtney Sibama, Moka tiene razón. Tú y nuestra Sibimi debéis volar hacia la seguridad. Por esa razón he traído tu nave.

Animado por estas palabras. Moka volvió a la carga.

—Ame aún no ha caído en manos de los menas —dijo—. Allí encontrarías refugio tú y la Sibimi, y podréis reconstruir el imperio de Ulm. Aquí somos pocos y no valemos nada, pero las esperanzas de un pueblo poderoso dependen de ti. Hasta es posible que cuando los menas sean derrotados puedas organizar una partida de rescate que venga a por nosotros.

—¡Espera! —grité. Me había dado una idea. Había olvidado las posibilidades de mi máquina de vibración electrónica. Si lograba llegar hasta ella, podría aumentar mi

Fokker hasta un tamaño suficiente para transportar la población completa de Ulm, Ame y Kaulani. Cuando comprendí las posibilidades del plan, lancé un grito de alegría.

—Nos vamos. Nos vamos, pero volveremos y todos seréis evacuados a Ame.

Explicué mi plan en pocas palabras y Moka, Hama y Olua se mostraron entusiasmados. Creo que ninguno de los tres creía que fuese posible, pero el hecho de que Awlo y yo estuviéramos a salvo importaba más a sus mentes leales. Pocos minutos después, subimos a la azotea y revisé el Fokker antes de despegar. Luego, Awlo y yo nos despedimos de nuestros súbditos. Conocían nuestro plan; aquellos valientes hombres presentaron las culatas de las armas para que yo las tocara y se postraron a los pies de Awlo. Dimos a cada uno un cálido apretón de manos y luego, en presencia de los tres Alii, regresamos a la azotea para emprender el viaje. En el último minuto le propuse a Olua que me acompañara para ayudarme con la máquina, pero desechó mi propuesta arguyendo que sus conocimientos eran imprescindibles para rechazar el próximo ataque. Moka se dejó caer sobre una rodilla, con los azules ojos inundados por las lágrimas.

—Adiós, mi señor; adiós, mi señora —murmuró—. El mejor modo de acabar es morir valientemente por aquellos a quienes amamos.

—¡Nada de morir! —exclamé—. Regresaré dentro de cinco horas como máximo, y seréis evacuados a Ame, donde estaremos a salvo.

—Si así está escrito —replicó—; si no, recordad siempre, amigos míos, que Ulm fue leal hasta el fin.

Awlo sollozaba desconsoladamente y las lágrimas comenzaban a inundar también mis ojos. Con un gesto brusco, hice que mi princesa subiera al avión y me puse a los mandos. Olua hizo girar la hélice, y el aparato se elevó, volando a máxima velocidad rumbo oeste, hacia las montañas de Kau.

Dos horas después sobrevolábamos las montañas buscando mi máquina. Finalmente la vi, e inicié la maniobra de aterrizaje. Nos hallábamos a cien metros del suelo, cuando de pronto el sol se oscureció y una terrible ráfaga de viento sacudió el avión. Intenté enderezarlo, pero estábamos demasiado cerca del suelo y nos estrellamos a oscuras. Logré ponerme en pie a duras penas, descubriendo que la caída no había hecho más que zarandearnos.

Cuando salimos de entre los restos del aparato, el viento estuvo a punto de derribarnos, mientras oíamos un estruendo que hacía temblar la tierra. El sol seguía eclipsado, y cuando levanté la mirada vi algo extraordinario. Por el aire volaban rocas como montañas; algunas parecían de varios kilómetros de diámetro. Volaban hacia el este y comprendí que algunas caerían sobre Kaulani o cerca de ella.

—¡Los kahumas! ¡Los gigantes! —gritó Awlo.

—No son los kahumas —respondí—. No sé lo que ocurre, pero no es brujería.

Mientras hablaba, hubo otra ráfaga de viento y la oscuridad se hizo aún más densa. Las peñas seguían volando por el aire. Un pedrusco que debía pesar un millón de toneladas cayó a menos de tres kilómetros de nosotros.

—¡Rápido, Awlo! —jadeé—. ¡Ven conmigo!

La tomé de la mano y corrimos hacia la máquina. Nuestra única defensa contra las masas de roca consistía en aumentar de tamaño hasta que resultaran pequeñas comparadas con nuestra estatura. Entramos en la máquina y puse el mando de velocidad al máximo, conectando al mismo tiempo el paro automático que había incluido en el nuevo modelo, y que detendría nuestro crecimiento cuando yo alcanzase mi estatura normal de un metro ochenta. Mi mano se precipitó hacia la palanca cuando otra masa rocosa voló por el aire y cayó al oeste de donde estábamos. Un fragmento golpeó la montaña más cercana y provocó un alud. Al alzar la mirada vi miles de toneladas de rocas cayendo sobre nosotros. Awlo lanzó un grito de desesperación y temor. Pero antes de que nos alcanzaran, mi mano se cerró sobre la palanca, y la bajé con todas mis fuerzas.

Salí de la máquina y me enfrenté, apretando los puños, con un viejo y canoso explorador que había caído al suelo, empujado por nuestro aparato cuando éste recobró casi instantáneamente su tamaño original.

—¿Quién le ha dado permiso para hacer excavaciones y matar a mis amigos? —pregunté, indignado. —Esto es propiedad privada.

—El mapa no lo dice —respondió poniéndose en pie—. Es, un solar sin dueño, y tengo derecho a explorar donde se me antoje. ¿De dónde demonios ha salido usted?

Sin molestarme en contestar, aparté rápidamente la máquina a un lado. Debajo de donde había estado se veía la tierra removida por aquel estúpido, y que el peso de mi aparato había apisonado. Ulm, Ame, Kau: todo había desaparecido; todo enterrado bajo lo que allí representaban kilómetros y kilómetros cúbicos de roca.

—¿De dónde ha salido? —repitió el explorador mientras se sacudía los pantalones—. ¡Hace un minuto no estaba aquí!

—Vengo de una tierra mejor que cualquiera de las que haya conocido usted en su vida —respondí, ceñudo—. Déjeme la pala un momento.

Tomé la herramienta, reduje la velocidad y accioné el mando reductor de la máquina, contemplándola con tristeza mientras se encogía y desaparecía de nuestra vista. Cuando se desvaneció, me volví hacia Awlo, sin hacer caso del anciano explorador, que lo había presenciado todo con la boca abierta y los ojos redondos como platos.

—Adiós, Awlo, Sibimi de Ulm —dije solemnemente—. Querida, has perdido para siempre tu título real, pero has ganado otro igualmente honroso, aunque menos exclusivo.

—¿Qué quieres decir, Courtney? —preguntó.

—Quiero decir que por designio de Dios y acción de este ignorante, Su instrumento, el Imperio de Ulm ha dejado de existir. Has dejado de ser Awlo, Sibimi de Ulm, y de ahora en adelante tendrás que contentarte con ser la señora de Courtney Edward, ciudadana de los Estados Unidos de América.

\* \* \*

Cuando releí Submicroscópico y Awlo de Ulm me molestaron mucho los rasgos de racismo que contenía. Se me ocurrió que debía intentar corregirlos pero, ya sabéis, eso no puedo hacerlo. Si empezase a meter mano a los textos, ¿dónde me detendría?

La cuestión es que los prejuicios raciales, desfavorables para todo aquel que no sea un blanco oriundo de la Europa noroccidental, estaban totalmente arraigados, y desde luego casi nadie reparaba en ellos en aquellas fechas, hace tan sólo cuarenta años (a excepción, seguramente, de quienes pertenecieran a los grupos discriminados por tales prejuicios).

Estoy seguro de que los lectores de aquella época no se fijaban en el detalle de que el valiente y caballeroso pueblo de Ulm fuese rubio y blanco, lo mismo que el héroe. (Ese héroe que es tan rico y atlético, es la clase de cazador que sería capaz de matar hormigas por deporte y que mata a un inofensivo ciervo tan pronto como lo ve, aunque no tiene hambre ni intención de comérselo.) Naturalmente, el único miembro del pueblo de Ulm que aparece como traidor es de piel cetrina.

Los principales malvados de Submicroscópico son los menas, de piel negra, brutales, desagradables y caníbales. En Awlo de Ulm los malvados están representados por los hombres de Kau, que son inteligentes y científicamente adelantados, pero de color amarillo y muy, muy crueles. Este arquetipo del negro salvaje (presentado prácticamente en todos los relatos de aventuras que hablan de otros confines del mundo, de Robinson Crusoe en adelante) y del cruel oriental (recordad Fu Manchú y Ming the Merciless) fue inculcado en las cabezas de los jóvenes hasta convertirse en una noción firme.

Por cierto, cuando mi amigo el narrador de 1928 me relataba sus cuentos, el grupo de personajes que inventaba incluía un negro y un oriental, asignando a cada uno una completa y ofensiva serie de características raciales estereotipadas. Ni él ni yo sabíamos que estábamos en un error.

Es positivo que nos hayamos corregido al cabo de cuarenta años, si bien esto, a mi parecer, obedece a que los excesos de Hitler hicieron del racismo algo insoportable para todo ser humano, y no tanto a nuestra propia virtud. Es indiscutible que aún nos queda mucho que mejorar.



Estos cuentos también tienen ingenuidades de tipo melodramático, habituales en los relatos de aventuras de la época. Hay amor a primera vista, y una princesa que toma como esposo a un aventurero desconocido y que amenaza: «¡Un paso más y hundiré este puñal en mi corazón!» (esa frase he tenido que leerla dos veces para convencerme de que estaba en el texto).

También aparecen ingenuidades científicas, como suponer que disminuyendo el movimiento atómico y subatómico se reduce el tamaño (en realidad, lo que se hace es enfriar el objeto), o que la masa aumenta y disminuye automáticamente con el tamaño, o que los seres vivientes del mundo submicroscópico serían de la misma especie que nosotros y hablarían cierto dialecto del hawaiano (que el héroe, por feliz coincidencia, comprende).

Pero no importa. La acción discurre rápida y violenta; el héroe es perfectamente heroico, la heroína perfectamente hermosa, y los distintos malvados perfectamente despreciables. Todo respira una atmósfera de caballeridad medieval, y en aquella época yo no pedía más.

Submicroscópico y Awlo de Ulm no influyeron directamente en mi producción literaria. No va conmigo el tipo de narración donde la virtud triunfa sencillamente porque tiene músculos más fuertes, puños más rápidos y mejores armas.

Sin embargo, dos aspectos perduraron. Uno fue la seductora visión de un mundo encerrado en una mota de polvo (tema tratado con muy superior fuerza en *El hombre que disminuyó*, incluido en el tomo II de esta antología). La idea es antigua, pero pareció recibir confirmación científica en 1910, cuando se intentó representar el átomo como un sistema solar ultramicroscópico.

La ciencia abandonó pronto esta representación por ser demasiado simplista, pero los escritores de ciencia-ficción se aferraron a la idea. Yo no la he empleado nunca, pues cuando me hice escritor ya tenía demasiada base en ciencias físicas como para manejar ese tema con alguna convicción.

Sin embargo, en 1965 recibí el encargo de novelar una película ya filmada, y me hallé enfrentado a una idea análoga. La película fue *Fantastic Voyage*, que trataba de la miniaturización de unos seres humanos al tamaño de bacterias, y de sus aventuras en el torrente sanguíneo humano. No se trataba de un planteamiento que yo hubiera elegido espontáneamente, pero, como la cosa venía dada así, el vago recuerdo de *Submicroscópico* contribuyó a persuadirme para que aceptase el encargo.

El otro aspecto de los cuentos que me impresionó mucho fue el duelo con los rayos en *Awlo de Ulm*. El lanzarrayos como arma ha sido un elemento fundamental de la ciencia-ficción (y, en cierto modo, se ha hecho realidad con el láser). Éste y la pistola desintegradora eran las principales armas cortas del futuro. Sin embargo, nadie se atrevió a ir tan lejos como Meek en *Awlo de Ulm*.

De hecho, creo que nunca he utilizado pistolas de rayos en mis narraciones, aunque el «látigo neurónico» de mi libro *Pebble in the Sky* es un evidente recuerdo de las armas descritas en *Awlo de Ulm*.

Poco después de Awlo de Ulm leí Tetraedros del espacio, publicado en «Wonder Stories» en noviembre de 1931, y me produjo casi tanta impresión como aquél. De todos modos, fue un número importante para mí, pues, después de doce meses de ensayar el formato «pulp», «Wonder Stories» regresaba al formato grande con gran alivio por mi parte.

## TETRAEDROS DEL ESPACIO

P. Schuyler Miller

Una luna de plata jaspeada nadaba en el cielo salpicado de estrellas, arrojando un torrente de luz pálida sobre el azulado mar de vegetación que crecía y crecía hasta formar una marea imponente y lenta que rompía contra la cresta espumosa de los Andes. La sombra del avión corría abajo, metiéndose en los desfiladeros, desafiando las cumbres de aquel vasto e imperturbable mar esmeralda que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Y las estrellas —la titilante Mira, muy cerca del cenit; la gran Fomalhaut resplandeciendo sobre las montañas lejanas, y hacia el sur una multitud de exóticas desconocidas, ardiendo con un fuego que nosotros los del norte apenas conocemos— se apiñaban como enormes y brillantes luciérnagas alrededor del invisible Polo. Pero yo prestaba poca atención a la luna, las estrellas y la selva plateada, porque la noche me había cogido desprevenido y no era fácil lanzar provisiones a un pequeño claro balizado tan sólo por una incierta hoguera, perdido en algún punto de las selvas del Brasil.

¿Era Brasil? Tres grandes estados confluían en una meseta cubierta de bosques, montañas y valles herbáceos: Perú, Bolivia, Brasil. Allí, antiguas razas habían tenido su hogar, levantado templos ciclópeos en los valles escondidos, arrebatado tesoros a las montañas, entregado sus vidas a las selvas... pueblos mucho más antiguos que los dominados por los incas. Hasta entonces nadie había venido a estudiarles, pero ahora, en algún punto de la oscuridad que tenía debajo, había un valle oblongo a medio camino entre la cordillera y el bosque, y allí estarían las tiendas y las hogueras de los científicos, hombres de mi mundo.

Debo descender, trazar círculos y dejar caer la carga; luego remontarme hacia la noche plateada como una gran colilla echando lumbre, salir del mundo de la luna y las selvas, regresar con el gobierno que me envía, para sumergirme una vez más en la aburrida

rutina de los vuelos de línea, olvidadas y desaparecidas para siempre la luna y la selva plateada.

Pero no vislumbré hoguera alguna en la oscuridad, ni claridad de tiendas blancas bajo la luz de la luna. Tan sólo la cruz extendida del avión nadó sobre el imperturbable mar verde, oscuro y agorero, y sobre su monocolor belleza. No se necesita un gran error para perder de vista un minúsculo claro en la oscuridad. Por eso, cuando el terreno empezó a quebrarse hacia el oeste, maniobré y volví a maniobrar, regresando a mayor altura sobre los silenciosos bosques iluminados por la luna.

Pero había visto en la selva una brecha: una áspera cicatriz negra, curtida por algún gran fuego procedente de las entrañas del planeta, horrible y amenazadora bajo la suave belleza de la noche. Volvió a deslizarse debajo de mí y, mientras la sombra del avión volvía a desvanecerse sobre su áspera negrura, me pareció ver un remolino de movimientos furtivos, una alternativa momentánea de sombras entre sus tinieblas más profundas. Distráido, comprobé el rumbo del avión, para corregirlo e investigar más de cerca y, ¡de pronto el aire que me rodeaba resplandeció con un fuego carmesí oscuro que quemó mi cuerpo con furor de energía desencadenada, el zumbido de los motores rateó y se apagó, y caímos en picado hacia el mar plateado que se extendía abajo!

La hormigueante parálisis pasó lo mismo que había venido. Corregí la zambullida loca del avión estropeado, corté el contacto y me arrojé por la borda. Sentí como en sueños el tirón del paracaídas y vi cómo el avión abandonado, semejante a un enorme murciélago de la selva herido, subía y bajaba y luego descendía en un largo vuelo planeado que no se interrumpió hasta que tropezó violentamente con las copas de los árboles. Luego el pesado péndulo de mi cuerpo fue la única medida de los segundos mientras colgaba y me contorsionaba bajo el hemisferio sedoso del paracaídas. Y entonces las ramas frondosas, ya no plateadas sino semejantes a garras hambrientas y ávidas de horror negro, se alzaron y me retuvieron. Caí en una maraña de follaje y ramas quebradizas, en medio de una oscuridad caliente y dulzona donde seres furtivos huían apresuradamente hacia la noche y el silencio.

La selva es como un poderoso techo que se extiende sobre los valles de la América tropical. Las ramas del arbolado privan de sol a un mundo de oscuridad húmeda y putrefacta, donde grandes serpientes multicolores zigzaguean entre las ramas entrelazadas y las grandes trepadoras chupan la vida a los gigantes del bosque, en la batalla eterna hacia la luz. Y hay alimañas venenosas en la oscuridad —hormigas salvajes de cinco centímetros con fuego en la boca, minúsculas serpientes cuya belleza de mosaico encubre una muerte terrible—, o criaturas aéreas y gloriosas que sobrevuelan las copas de los árboles. Al amanecer, un resplandor de vida y de color ardiente se cuela por el techo de la selva: luz de orquídea, de guacamayo, de las grandes y vistosas mariposas de este mundo superior. Debajo, la penumbra verde se aclara como pálido dosel bajo el cual minúsculos horrores acechan, trepan, vigilan, y enredaderas gigantes se retuercen y trepan cada vez más altas hacia la luz vivificadora. Y por debajo está la muerte y una húmeda podredumbre: la gruesa y mojada alfombra de humus, donde gordas larvas blancas hacen sus madrigueras de ciego terror y se arrastran gigantescos alacranes.

El sol se había puesto hacía una hora cuando caí, pero cuando volvió a salir me halló arrastrándome y deslizándome entre la maraña como si yo también formara parte de la

selva, avanzando hacia el lugar donde mi memoria situaba el claro marchito y la luz. Y al espesarse las tinieblas de las ramas superiores, lo vi casualmente, desde arriba.

Era un pequeño valle, como de un kilómetro y medio de largo por medio de ancho, hundido en un óvalo de azabache brillante junto a la ladera de la montaña. Aquí los Andes comenzaban su rápida ascensión desde las selvas hacia las nieves, y a mis pies había precipicios de quince metros de roca escarpada y negra hasta el lecho del valle.

He dicho que estaba marchito y quemado en el corazón viviente de la selva. ¡Era eso y mucho más! Había en las pendientes rocosas una suavidad que hablaba de siglos de hambrienta vida vegetal, espiando e invadiendo grietas, desmenuzando piedras gigantescas, muriendo y dejando caer una suave y rica capa de humus sobre la áspera roca del fondo, formando como un jardincillo de vida y luz en el oscuro corazón del bosque.

¡Entonces llegó el fuego... un terrible y flagelante estallido de calor abrasador que ni siquiera el infierno podría igualar! ¡Marchitó el valle, agostó horriblemente su verde belleza, convirtiendo las flores y las hierbas en ceniza blanca y muerta, arrancando el rico mantillo de pasadas eras para desnudar la roca durmiente, fundiendo esa roca en una áspera y resplandeciente escoria negra y quemada, fría, muerta, condenada! Los escarpados riscos de sus laderas, otrora envueltos en una delicada red de zarcillos florecidos, se habían rajado bajo el terrible calor, dividiéndose en enormes placas de roca viva que cayeron en el holocausto de abajo y murieron con el valle.

Los escasos arbustos que me ocultaban arriba mostraban sus hojas y ramas ennegrecidas y ampolladas, pese a que allí no había alcanzado tanto el calor. ¡Como ningún otro lugar de la tierra, aquel valle de las tierras altas estaba espantoso, terriblemente muerto, pero en su centro algo se movía!

Ansioso, temeroso, espíe a través de la oscuridad. Llena y dorada, la luna se elevaba por sobre el bosque, lanzando nuevas sombras sobre el lecho del valle, iluminando nuevos rincones, revelando nuevos movimientos. Y a medida que su anaranjado mate se convertía en oro blanco que se desvaía hacia la límpida plata, aquella luz gloriosa pareció suavizar el áspero azabache del valle. ¡Y provocó una leve fosforescencia en las dos grandes esferas que reposaban como dos grandes perlas gemelas sobre la roca oscura, para crear seres de la roca y de las sombras, deslizándose como espectros entre las piedras despedazadas!

Me arrastré dificultosamente hacia un espeso matorral, al borde del barranco, acercándome a las grandes esferas y a su espantosa carga. ¡Dentro de mi cráneo el cerebro me daba vueltas y latía, en mi garganta se congelaba el grito de espantada incredulidad que corrió a mis labios, y un sudor frío y pegajoso brotó de mis poros dilatados! ¡Era algo ajeno a toda lógica... a toda verosimilitud! ¡Pero... era! ¡Logré verlos claramente, en ordenadas filas, algunos cientos de ellos dispuestos en grandes círculos concéntricos alrededor de las esferas suavemente relucientes... ásperos como la misma roca negra, duros y resplandecientes y esquinados... de la altura de un hombre o algo más, desde la cúspide hasta la base... grandes tetraedros resplandecientes... tetraedros de horror!

Eran tetraedros y estaban vivos... ¡tan vivos como tú y yo! Se agitaban inquietos en grandes círculos, molestos por la pálida luz. En algunos lugares formaban grupitos y a veces creaban otras monstruosas figuras geométricas, pero siempre se movían con una quietud pavorosa, saltando con absoluta facilidad entre las rocas. ¡Y ahora surgía de la esfera gemela más cercana otro de su especie, pero de tamaño doble, y las paredes fosforescentes se abrieron y se cerraron a su paso como por efecto de un pensamiento mágico! ¡Avanzó un poco hasta quedar iluminado por la luna llena, y los círculos se desplazaron, tomándole como centro hasta que las esferas quedaron a un lado y el tetraedro gigante presidió a solas las huestes de sus súbditos inferiores!

Entonces se oyó su habla... ¡lo más destructor de todo! ¡La sentí dentro de mi cerebro antes de percibirla externamente, como un ritmo apagado y obsesivo, un latir insistente que golpeaba mis sienes y cubría mis ojos fríos con una cegadora niebla roja!

Y supe que no era una fantasía... ¡que ciertamente las grandes cosas del valle agostado hablaban, cantaban con una lenta y vibrante melopea que me golpeaba físicamente con intensas y prolongadas ondas sonoras! ¿Habéis oído las notas más graves del órgano, cuando las ventanas e incluso las paredes tiemblan y el edificio mismo resuena, pulsa y pulsa al ritmo hasta que lo sientes latiendo contra tu cráneo, palpitando en tu mente en un mar vasto e inquieto de sonido atronador?

¡Así era el hablar de los tetraedros, sólo que más grave, por debajo del umbral de audición... tan profundo, que todos los músculos y nervios de la piel notaban la monótona presión y transmitían gritos al cerebro enfebrecido... tan grave que parecía una gran oleada de algo más que sonido, rompiendo funestamente contra un acantilado solitario!

¡Porque carecía de modulación... sólo un lánguido y mortal pulso y pulso y pulso, acumulando latido sobre latido en mi cerebro palpitante al borde de la locura! ¡Ahora pienso que era una especie de cántico, el manifiesto de todos los tetraedros en coro, resonando, salvaje, airadamente contra el gigantesco líder, en una fúnebre queja de malestar y disgusto! Creo que estaban inquietos, llenos de promesas y propósitos insatisfechos, deseosos de asegurar su misión o partir. ¡Creo que había sido arrojada entre ellos la semilla de la rebelión tetraédrica y que, así como los presos enojados golpean los barrotes de la prisión y gritan monótonamente, también aquellos seres de otro mundo, de otra constitución vital, machacaban sus quejas ante el poderoso líder!

Entonces oí una voz más profunda y poderosa que se oponía a la pulsación, ahogándola, tronando orden y censura, haciendo callar a la multitud, hasta que el clamor se convirtió en un murmullo y cesó. ¡Pero la voz del tetraedro gigante siguió sonando, ahora modulada como las nuestras, elevándose y cayendo en enojado discurso y en órdenes, lanzando sarcasmo abrasador, intimidándolos tal vez con su gran autoridad!

Como a todos los grandes jefes, sus seguidores le parecían como niños, y el duro y áspero ritmo sonoro se convirtió en un murmullo suave y halagador, de ondas susurrantes como la brisa acariciando ligeramente la fina arena de alguna lejana playa tropical, casi insidioso, si cabe decir eso de un sonido, pero sin dejar de ser dominante y definitivo en su mensaje. Se convirtió en un rumor lejano y arrullador, y se desvaneció.

¡Permanecieron inmóviles un largo instante, como esculpidos en la misma piedra, y luego se elevó entre los círculos, como una ola creciente, un estremecimiento de lenta actividad, apresurándose, animándose todos hasta ponerse en marcha! ¡Las filas se abrieron y el tetraedro gigante cruzó raudo el lecho del valle hacia las dos enormes esferas, mientras la multitud esquinada fluía en rápido y suave movimiento, siguiéndole a corta distancia! De nuevo, con la misma velocidad y misterioso silencio de las escenas soñadas, las esferas se entreabrieron y las filas de tetraedros fueron absorbidas hacia su interior! Las perlas gemelas de luminiscencia jaspeada por el fuego descansaron entre las rocas negras: grandes orbes de pálida luz, resplandeciendo bajo la magia de la luna llena.

Durante largo rato permanecí allí, oculto entre los matorrales al borde del barranco, observando el valle, confundido por la espantosa irrealidad de las cosas que acababa de ver. ¡De la oscuridad que envolvía mis espaldas surgió una mano que agarró mi hombro como una tenaza de hierro! ¡Enloquecido por el repentino terror, me liberé, golpeé ciegamente la cosa que me había tocado, que aprisionó con la fuerza de un Hércules mis brazos que se debatían ciñéndolos a mis costados... una cosa que habló, y sus palabras fueron un áspero murmullo que apenas atravesó las tinieblas!

—¡Por Dios, hombre, no se mueva! ¿Quiere que ellos le oigan?

Era un hombre, un ser humano como yo. Mi lengua yerta balbuceó la respuesta:

—¿Quién es usted? ¿Qué son esas cosas? ¿De dónde demonios han venido?

—¡No de la Tierra! De eso puede estar seguro —fue la equívoca respuesta—. Pero más tarde se lo explicaremos todo. ¡Salgamos de aquí! Soy Marston, el biólogo de la expedición del museo. Supongo que usted es el aviador... Valdez vio cómo incendiaban su aparato anoche. Sígame.

—Sí, soy Hawkins. El avión estará cerca, si no ardió, con todas las provisiones. Fui atacado mientras cruzaba las montañas. Pero primero dígame... esas cosas de ahí... ¿viven?

—¿Eso le ha parecido? Supongo que a cualquiera le ocurriría lo mismo. Los indios los consideran una especie de dioses... comprenden que están más allá de toda experiencia y tradición. Pero yo soy biólogo. Sé algo acerca de las formas extrañas de la vida. Están tan vivos como nosotros... o tal vez más. Después de todo, si la vida es energía, ¿por qué no habría de hallarse en todas partes? ¿Acaso nosotros, seres débiles y minúsculos, compuestos de carbono y agua y otros elementos inestables, vamos a ser los únicos capaces de albergar vida? Pero éste no es lugar para reflexionar... ¡En marcha!

Desapareció en la oscuridad y lo seguí, lanzándome ciegamente tras el sonido de su ruidoso avance, alejándome del valle agostado y de los tetraedros, hacia cualquier seguridad que pudiera ofrecer la sombría profundidad de la húmeda selva.

Estaban agachados junto a un pequeño fuego de corteza y ramas, como aquellos hombres de Cro-Magnon hace cincuenta mil años: dos esqueletos miserables, vendados con harapos sucios, cavilando en torno a la frágil llamita. Ante los crujidos de nuestra

llegada se levantaron de un salto —dos acosados de la selva—, pero se tranquilizaron cuando entramos en el círculo de luz de la hoguera.

Siempre los recordaré como los vi entonces: Hornby, el arqueólogo del museo, alto y canoso, con su rostro ojeroso marcado por profundas arrugas de insomnio, miedo y asombro irracional; Valdez, el explorador enviado por el mismo gobierno que me había llamado a mí, bajo y moreno, con su sangre portuguesa mezclada con la de las tribus nómadas del interior... ¡Sus dientes resplandecían en una mueca, como los de un gran gato salvaje acosado, enloquecido y peligroso! Parecía más robusto que los otros dos, y supe que era muy capaz de valerse solo, y lo haría en caso necesario.

Por primera vez vi a mi guía como algo más que una negra masa en la oscuridad. Marston, el biólogo, parecía un viejo herrero, un hombre de formidable osamenta, con penetrantes ojos grises bajo las cejas y una espesa barba incipiente. He dicho un Hércules... ¡más bien un Atlas, sosteniendo la carga de aquel pequeño mundo salvaje, recibida de quien no deseaba compartirla ni la compartiría! Sus músculos nunca habían revestido muchas almohadillas de grasa y ahora carecían totalmente de ella, destacándose como nudosas raíces en su cuerpo fornido, haciéndole asemejarse a un ser toscamente labrado por la mano de un dios del bosque, o como si éste hubiera insuflado vida a un poderoso tronco de ciprés.

—Aquí estamos, Hawkins —rugió. Su voz fuerte incluso recordaba el habla de los tetraedros—. Tendremos que encontrar pronto el avión, o lo que quede de él. Valdez, ¿usted ha visto llamas?

—¿Llamas, señor Marston? No, señor... Como ya he dicho, sólo vi la caída del avión como un gran pájaro herido que busca refugio en la selva, y al señor... Hawkins... descendiendo con el paracaídas. No estoy seguro de poder encontrarlo ahora que se ha perdido un día y una noche, pero lo intentaré. Con la deserción de los guías no es fácil alimentar siquiera tres bocas, ¿eh, señor Marston?

—Cuatro valen tanto como tres, Valdez. Me alegro de que Hawkins esté aquí. Es sangre nueva, un cerebro fresco, ¡y tal vez con su ayuda podamos eliminar esas malditas cosas!

Luego se oyó la voz de Hornby —seca y marchita como su cuerpo encogido—, gastado como sus cansados y viejos ojos:

—Teniente Hawkins, ¿ha visto los tetraedros? ¿Entiende que son seres vivos e inteligentes? ¿Puede comprender el peligro que constituye su presencia en nuestra Tierra?

—Sí, profesor —respondí lentamente—. Los he visto y oído. Creo que no se parecen a nada que yo conozca, en la Tierra o fuera de ella, y que tienen algún propósito. Pero los vi sólo en la penumbra, y durante breves instantes. Había un gran jefe, cuyo tamaño era doble que el de los demás, y éstos parecían contrariados con su modo de dirigir las cosas.

—¿Oye, Marston? —gritó el profesor, casi con furia—. ¡Escuche!... ¡Están impacientes... actuarán tan pronto como se hayan alimentado de nuevo! ¡No podemos esperar! ¡Hemos de hacer algo, Marston! ¡Debemos actuar... ahora!

—Sí, yo también los vi —explicó Marston, lentamente—. Es verdad que están preparando algo. Pero no sé qué podríamos hacer... cuatro hombres con tres rifles y un par de machetes contra cien de ellos y contra todos sus poderes, sean los que fueren. Ni siquiera sé si podríamos pinchar uno... ¡me parecieron bastante duros!

—Marston —intervine con ansiedad—, si lo que necesita son armas, en el avión hay dos ametralladoras y muchas municiones; era un avión del gobierno, recién empleado contra los rebeldes del norte. Si logramos encontrarlo, tendremos armas además de comida. Creo que, a plena luz del día, podría localizarlo desde el valle.

—Valdez... ¿ha oído? ¿Puede contribuir a la búsqueda? Usted es el único que lo vio caer, y ha salido con los indios más de una vez. ¿Qué opina?

—De acuerdo, señor Marston. Haré lo que pueda. Pero no abrigue demasiadas esperanzas... recuerde que han pasado un día y una noche, y sólo le vi un segundo. Y las armas... ¿qué podrán hacer contra esos demonios de las esferas? Somos unos estúpidos quedándonos aquí... ¡Sería mejor huir, ahora que tendremos provisiones, y avisar al mundo del peligro que le amenaza!

—No me venga con esas monsergas, Valdez. ¡Si se trata de anunciar su presencia en la Tierra, ellos lo harán más pronto de lo que nosotros podríamos hacerlo! ¡Habríamos salvado nuestros propios pellejos, pero no por mucho tiempo! ¡Además, ya sabe lo que pasa con los indios cuando se les excita! Valdez, parece mentira que diga esas tonterías. ¡Le ordeno que salga mañana con Hawkins a buscar el avión!

El profesor Hornby había hablado poco... Permaneció recostado contra un árbol, observando distraídamente las llamas. Ahora, después de las palabras de Marston, volvió a hablar.

—Marston —dijo con voz maquinal—, ¿ha visto los indios de la selva como yo los vi? ¿Los ha visto, ha notado las miradas fijas en su espalda y ha adivinado que jugaban en la oscuridad con sus pequeñas flechas? Para ellos, los tetraedros son dioses o demonios... seres a quienes conviene adorar y aplacar con sacrificios. ¡El bosque está lleno de ellos... lo percibo... podría jurarlo! Marston, ¿qué están haciendo?

## 2 - La llegada de los tetraedros

La voz sarcástica de Marston puso fin a aquellas lamentaciones.

—Seguro, profe; es cierto que están aquí... alrededor de nosotros, en la selva, como las fieras. Yo también lo noto... Nos vigilan desde la oscuridad. Pero son inofensivos... simplemente curiosos, eso es todo. Son esas cosas del más allá lo que los atrae... dioses tal vez, o demonios, como usted dijo, algo salido de los viejos tiempos y las antiguas leyendas, cuando el pueblo de los Grandes Antiguos tenía sus fortalezas y palacios aquí, a la sombra de las colinas. Para ellos son una leyenda hecha realidad y, hasta que se



desengañen, supongo que nos relacionarán con las cosas que han aparecido en donde solía estar nuestro campamento... con nuestra magia blanca y nuestras muchas preguntas acerca del pueblo de los Antiguos. Todavía no nos harán daño, pero no estaría de más que nos acercásemos un poquito al valle, desde donde podremos vigilar a los seres y mantener el contacto con los indios.

Entonces Valdez expresó ácidamente su discrepancia, hablando con su melancólica suavidad habitual, disimulando su tremenda agudeza tras una deslumbradora sonrisa.

—Por supuesto, señor Marston. Usted sabe que los pobres indios conservan las supersticiones de sus antepasados, y que en épocas de peligro el pueblo de los Antiguos ofrecía sacrificios de sangre a sus dioses... ¡ofrecían la sangre de sus sacerdotes más encumbrados! Señor, ¡las viejas costumbres perduran entre los salvajes! Creo que ustedes tienen un refrán... «ojos que no ven, corazón que no siente», ¿no es así? Señor Marston, ese viejo dicho encierra una verdad.

—¿Quiere decir que podríamos escabullimos y dejar que nos olvidaran? Valdez, creo haber dicho antes que no estamos jugando a eso ninguno de nosotros... ¡entiéndalo! Nos quedaremos y lucharemos tan pronto como usted y Hawkins encuentren las armas, es decir mañana. Espero que su memoria mejore algo mientras duerme. ¡Ah, profe!... Creo que a Hawkins le gustaría saber más acerca de esas cosas de allá. Explíqueme lo que hay que explicar... supongo que usted es el que lo ha entendido mejor.

Y así, agazapados junto a la llama minúscula y vacilante, escuché cómo la voz delgada y seca del viejo profesor narraba la terrible historia de la llegada de los tetraedros. Estaba profundamente grabada en su mente, y la revivía cada vez que la contaba. Ahora el sudor corría por su rostro mientras miraba las débiles llamas como hipnotizado. Marston y Valdez nos observaban desde el otro lado, lo mismo que los otros ojos, ocultos en la oscuridad, cuyo manto aterciopelado cubría todo lo que estaba más allá del pálido círculo de la hoguera.

Tres blancos y media docena de guías indios oriundos de las tribus más civilizadas del norte habían llegado al valle entre las colinas. Habían levantado campamento en aquella cuenca entre flores y matas ondulantes, con la oscura barrera de la selva alzándose a su alrededor como los muros de una prisión. Y de aquellos muros, por último, salieron los indios de los bosques —pobres criaturas salvajes dominadas por la superstición y la ignorancia, diezmados por el hambre y las enfermedades—, descendientes degenerados de quienes habían sido siervos del pueblo de los Antiguos en épocas muy remotas.

Ellos atesoraban leyendas extrañas y ceremonias desfiguradas, de donde había desaparecido el significado originario. Tal vez nunca conocieron la realidad de los magníficos monumentos que habían erigido para los jefes, labrando con habilidad inmensos sillares, alzando elegantes murallas y terrazas, abriendo largos caminos en la selva y la montaña, dando la vida por la subsistencia de una raza opresora y decadente.

Pero era cierto que ellos tenían recuerdos de cosas que incluso la mente salvaje puede analizar, evocaciones de la magia y el ritual, y de la adoración de dioses feroces y poderosos. A medida que la nueva magia de aquella raza más joven, de pálido rostro, impresionaba sus mentes infantiles, narraban lo que sus padres antes que ellos habían aprendido de los abuelos al correr de los siglos. Relatos, no sólo de la vida y costumbres

en aquellos días muy lejanos, sino de ciudades erigidas en medio de la selva, ciudades de roca maciza y metal brillante, «el metal del sol» que duerme formando largas y gordas serpientes entre la roca blanca de las montañas. En los viejos ojos de Hornby brilló un nuevo y joven frenesí de esperanza y alegría, y en los ojillos de Valdez otra luz codiciosa más antigua se encendió al oír hablar de las serpientes doradas. Marston lo sabía, como sabía todo lo que iba a ocurrir, pero siguió estudiando las plantas del valle y de la selva como si nada... trabajó y vigiló.

Un día —la áspera voz del profesor Hornby casi descendió hasta un susurro mientras lo explicaba— llegó el grupito de salvajes que iban a guiarles hasta las ruinas enterradas de una gran ciudad de los Antiguos. Eran cuatro hombrecillos morenos con cerbatanas y flechas mortíferas, aguardando pacientemente a que los poderosos Blancos recogieran su magia y les siguieran. Hornby se había asomado a la puerta de su tienda para conferenciar con el cacique. Mientras lo hacía, levantó la mirada hacia los Andes majestuosos de donde habían venido los Antiguos. ¡Allí, moviéndose como burbujas arrastradas por el viento, flotando sobre las copas de los árboles, aparecieron las esferas de los tetraedros!

Se posaron suavemente al otro lado del valle, descansaron sobre el espeso césped como huevos de una inmensa mariposa salida de las fábulas. Los indios huyeron aterrorizados, pero Hardy y Marston, mientras bajaban corriendo por la pendiente hacia los globos gemelos, notaron que los ojos furtivos atisbaban desde la maleza, medio temerosos, medio hostiles, esperando con paciencia infinita la nueva magia... la nueva raza de jefes.

Los tres —Hornby, Marston, Valdez— se acercaron a las esferas que descansaban en el pasto ubérrimo, y el corazón de cada cual debió conocer el asombro que yo, a mi vez, había sentido. ¡Pues las esferas eran perfectas, sin ninguna abertura! ¡Semejaban orbes gemelos tallados en madreperla, iridiscentes, con delicados matices de azul y rosa sobre el blanco níveo, y al mismo tiempo irradiaban cierta fuerza, un hormigueo de energía excedente que crispaba los nervios y enervaba las mentes con inusitada intensidad!

¡Su intensidad aumentaba y fue Marston quien notó primero su insidiosa hostilidad, quien apartó su mirada de las enigmáticas esferas, viendo que las hierbas donde se habían posado se resecan y consumían hasta convertirse en blanda ceniza gris bajo la radiación abrasadora! Él fue quien lanzó el grito de alarma; repentinamente aterrorizados huyeron ladera arriba, para detenerse luego como ovejas espantadas y huir de nuevo cuando la oleada de energía volvió a brotar de las esferas iridiscentes, a latidos cada vez más rápidos.

¡Barrieron toda la vida, y la lujuriente vegetación pronto quedó convertida en un páramo reseco! Finalmente, los hombres se detuvieron junto a las tiendas, cerca de las sombras de la selva, y vieron cómo la lenta emanación convertía la vida del valle en plúmbea ceniza de muerte. ¡Luego la vanguardia invisible subió por la ladera hasta sus pies, y el veneno sutil volvió a recorrer perversamente sus venas, y huyeron enloquecidos, precipitándose de cabeza hacia la selva.

No lograron eludir por mucho tiempo el enigma que les hacía devanarse los sesos, y que había aniquilado su pequeño campamento. Marston, Homby, Valdez... retrocedieron y observaron desde la húmeda oscuridad de la selva las cosas que ocupaban el fondo de la quebrada iluminada por el sol. Entonces, Marston rompió el hechizo de terror que lo había sujetado... ¡rescató los rifles, mantas y comida de las tiendas abandonadas por el reflujó de las olas invisibles, y huyó de nuevo cuando la segunda oleada de devastación surgió de las esferas silenciosas! La hierba y las delicadas flores del valle habían perecido bajo la primera plaga, pero en algunos lugares crecían matas y arbustos, más resistentes, avanzadillas de la selva, así como formas superiores de vida: insectos, roedores, pájaros. ¡La oleada de muerte avanzó de nuevo, y otra vez más, y entonces pudieron distinguir un débil resplandor rojo que consumía sin piedad cuanto hallaba, una luminosidad atmosférica, no procedente de la vida quemada y agostada del valle! ¡Luego hubo un intervalo de calma... una paz casi semejante a la que reinaba cuando aquella pequeña mancha clara en la verde oscuridad era el hogar de unos hombres felices y atareados... semejante, pero no igual!

¡Porque ahora había un presagio en el aire, un agorero sentimiento de opresión, una tensión del éter, una coacción que embargaba el cerebro y roía con avidez la conciencia embotada! ¡En ese momento vieron que las esferas estaban iluminadas por un frío brillo verde que resplandecía vividamente, dominando incluso el resplandor del sol sobre la ceniza blanquecina! Casi se podía decir que era una incandescencia, pero no daba sensación de calor, sino sólo de una gran energía sobrenatural, que era proyectada por aquellas esferas extraterrestres hacia el valle y su cinturón vegetal. ¡Y no se equivocaban pues, de pronto, con una violencia terrible que estremeció incluso al impasible Marston, la desolación se extendió con toda su furia sobre el valle!

No llegó a la selva —cuya oscuridad húmeda y fría, por cierto, parecía evitar— y gracias a esto, los tres pudieron sobrevivir a la espantosa embestida. ¡En un instante la tensión estalló en un hirviente y caótico torbellino de llamas de tono azul verdoso, fuego eléctrico semejante al rayo, pero cuya furia no tenía parangón con ningún rayo de la Tierra!

Un océano embravecido de hórridas llamaradas azotó el valle, hurgando en la tierra, en la misma roca, donde suscitaban una enojada respuesta de llamas cárdenas, rápidas y silbantes. Los fuegos barrieron el mantillo y agostaron la misma roca desnuda como un horno espantoso de furia devoradora. ¡Invadid la cuenca, golpead sus laderas, agostad la florida cortina de bejucos entrelazados, rajando tremendos peñascos que estallaban como bombas cuyos pedazos volvían a caer en el tempestuoso mar de fuego, del que se alzó una poderosa columna de llamas rugientes que se elevó cientos de metros en el aire estremecido!

Y a través de la cortina donde el fuego de los cielos y el fuego de la Tierra se unían en aquel terrible holocausto, los tres hombres vieron que los núcleos incandescentes de las esferas gemelas se abrían, que enormes formas angulosas surgían de su interior... ¡formas nunca asociadas por la mente del hombre con la noción de la vida! Sin reparar en el incendio que hervía a su alrededor, se deslizaron sobre la roca derretida del lecho del valle, de veinte en veinte o más, mostrándose bajo la luz cegadora como poderosos tetraedros, de dos metros y medio de cristal oscuro y resplandeciente. ¡Eran de un púrpura que parecía propio de la materia de que estaban constituidos, antes que una

pigmentación superficial! ¡Cerca de cada cúspide, todos tenían dos ojos verdeamarillos que no miraban ni veían!

En su interior se vislumbraba un cuerpo esférico, también purpúreo, del cual salían cientos de extraños filamentos hacia las brillantes caras. ¡Eran tetraedros... tetraedros vivientes de terror glacial, que no temían a la llama ni al rayo, y sembraban la destrucción por todas partes!

Los tres hombres contemplaron con desmayo cómo se apagaban las llamas. El viento se alzó, llevándose la capa de polvo y ceniza que cubría la roca agostada. Mientras tanto, los tetraedros se ocupaban en sus asuntos, formando y deshaciendo grupos de contorno geométrico. O se transformaban de súbito en cuerpos poligonales que, a su vez, se convertían en monstruosidades monolíticas y cristalinas, y luego se fundían con sorprendente rapidez, recobrando la forma originaria. Desde un punto de vista humano, eran maniobras ociosas y absurdas, pero sin duda tenían motivo y significado ocultos, tan extrañas a la Tierra como los mismos seres. Todo indicaba las tremendas energías que dominaban... energías que nuestra mísera ciencia ni siquiera sospecha.

—No puedo explicarle el sentimiento que experimenté —prosiguió desesperadamente la voz cansada y sorda del profesor—. Se trata de una fuerza totalmente hostil a la gran civilización humana que evolucionó dolorosamente, fuerza que nos aplastará como a moscas si entramos en conflicto con los motivos de la raza tetraédrica. Son seres dotados por la naturaleza con poderes que exceden la capacidad de nuestra ciencia... incomprensibles según nuestras ideas acerca de la evolución, poco menos que inconcebibles para la imaginación y la razón. ¡He advertido el fin ineluctable de la humanidad y de todas las formas terrestres de vida, lo mismo que ha ocurrido en el valle, con una indiferencia cruel y ominosa que ha sembrado un terror paralizante en mi corazón! ¡Si el hombre debe morir, yo también moriré... moriré luchando por mi raza y mi civilización! ¡Creo que todos lo sentimos, lo supimos de corazón e hicimos un juramento de lucha a muerte sobre las rocas abrasadas de nuestro valle!

Su voz se apagó a medida que sus ojos mortecinos revivían una vez más la visión de aquella jornada terrible. Creí que había terminado, pero su voz volvió a romper el silencio:

—Tal vez pudiéramos huir incluso ahora... escondernos en alguna cueva donde no sospecharan nuestra existencia... sobrevivir durante algunos terribles meses o años mientras nuestro planeta es sometido a su tiranía descomunal. Tal vez, durante poco tiempo, podríamos salvar nuestras vidas pero... me pregunto si no es mejor morir estúpida, futilmente, pero sabiendo que hemos estado más cerca que cualquier otro hombre de lo impenetrable, de la realidad que sustenta toda la vida.

De la oscuridad, al otro lado de los rescoldos, llegó la serena voz de Marston:

—No podemos hacer otra cosa, profe. Lucharemos como luchan los hombres, y si nuestro destino es mayor y mejor que el de ellos usted ya sabe, en el fondo de su corazón, que venceremos como siempre ha vencido el hombre... y la ciencia tendrá otro problema que discutir. Mañana tendremos que hacer planes. Están inquietos... en cualquier momento pueden atacar, y conviene estar preparados y vigilantes. ¡Supongo que vamos a morir, pero lo haremos como hombres!

Eso fue todo.

Los acontecimientos de las últimas horas habían caído sobre mí con fuerza y complejidad tan abrumadoras, que la cabeza me daba vueltas. No lograba sacar una conclusión definida, una síntesis; lo que había ante mí era un confuso y fantástico panorama de hechos sobrenaturales y temores incapacitantes, que hacían atropellarse los pensamientos en una orgía de luz, sonido y sensaciones que me inundaba por completo. Incluso ahora que todo ha pasado y el tiempo ha aclarado muchas cosas, noto la misma imprecisión de los conceptos que me molestó entonces. Al día siguiente, todo cambió... cambió de modo rápido y radical, a medida que los acontecimientos se precipitaban, rompían como oleadas gigantescas sobre nuestras conciencias abrumadas y se desvanecían ante la tumultuosa embestida de otra contradicción entre la mente y la materia.

Nos levantamos al amanecer y, después de un frugal desayuno de frutos secos rescatados del campamento antes de la destrucción del valle, Valdez y yo salimos a buscar el avión. Quise regresar al valle para recoger mis instrumentos, pero Valdez protestó, señalando que era inútilmente peligroso, y que más valía partir desde donde estábamos. Nos metimos en la húmeda espesura. Valdez guiaba; segundos después de salir del campamento, me vi totalmente perdido. Mi compañero parecía seguro de su camino, abriéndose paso entre el laberinto de matorrales como una fiera de la selva, casi como siguiendo un hilo invisible.

Avanzamos durante casi una hora y de repente salimos a un claro del bosque, debido a la existencia de una angosta hondonada... ¡y comprendí con indignación lo que ocurría! ¡El sol, que estaba a nuestra derecha cuando salimos, se hallaba detrás de nosotros! ¡Nos alejábamos tanto del valle como del campamento y del avión!

¡Salté enojado y agarré a Valdez del hombro! ¡Él se revolvió como una serpiente golpeada, con rabia en sus ojos entrecerrados, rabia y terror de loco! ¡En su mano había un arma!

—Entonces... ¡al fin lo ha visto, señor Hawkins! —se mofó—. Le pareció que algo no marchaba por lo derecho, ¿no es así? ¡Idiota! ¿Acaso cree que voy a arriesgarme por esos imbéciles? ¿Parezco tan loco como para dar mi vida por unos idiotas como ellos? Usted... no formaba parte de nuestro grupo, pero... ahora está aquí, y en mi poder... ¡Y hará lo que le ordene, o no vivirá para contarle! ¿Me explico?

—¡Demasiado! —grité—. ¡Usted no es digno de vivir, Valdez, y ya es hora de que alguien se lo diga en su cara servil! ¿Conque pretende escabullirse y dejar a sus camaradas a merced de los tetraedros? ¡Quiere salvar su hermoso pellejo! ¡Maldita sea, es usted el más estúpido de todos nosotros! ¿Cómo saldrá de esta selva maldita sin guías? ¿Dónde encontrará alimentos cuando se le acaben las municiones? ¿Qué cree que harán esos malditos y apestosos salvajes cuando lo encuentren aquí, huyendo de sus nuevos dioses? ¡No tiene la menor oportunidad... está loco, eso es todo! ¡Está completamente loco... es un desgraciado y miserable bicho!

—Señor Hawkins, dice usted cosas muy ofensivas —respondió fríamente, con la desagradable mueca aún fija en sus labios violáceos y delgados—. Creo que usted no me hace falta. Tal vez le interese saber que Valdez es el apellido de mi padre adoptivo, señor. ¡Mi pueblo son los mismos a quienes usted califica tan amablemente de «malditos y apestosos salvajes»! ¡Mi hogar está en estos mismos bosques que le parecen tan poco acogedores! Señor Hawkins, ¿acaso no he dicho siempre que sería capaz de encontrar su avión?

—¿Qué significa eso?

—Quiero decir, señor, que soy capaz de encontrarlo y lo he encontrado, pocos minutos después de que se estrellara. Señor Hawkins, sufriría usted una decepción si lo viese ahora. Los alimentos, las armas y las municiones de que tanto alardeó..., no han existido nunca, a no ser en un cerebro perturbado por las fiebres tropicales. ¿O acaso los indios, los «apestosos salvajes» que ahora mismo nos rodean, que están detrás de usted en la sombra, los han robado? Sería interesante averiguar la verdad de la cuestión, ¿no le parece?

¡Contemplé a través del dosel de ramas el sol que brillaba pacíficamente, y un odio rojo empañó mi visión! ¡Levanté ambas manos, apretando los puños, para aplastar aquel rostro que sonreía perversamente! Pero la boca del arma que estaba apoyada en mi estómago habló elocuentemente, y de súbito tuve pensamientos claros, y palabras frías y calculadas:

—¡Hasta en eso ha de mentir, Valdez! ¡Creo que lo lleva en la sangre! No me cabe duda de que usted robó los alimentos y las armas, tan esenciales para sus compañeros. Es un acto demasiado característico como para dudarlo. Pero, señor Valdez, ningún indio robaría la comida de otra persona. ¿Acaso su madre era blanca?

¡Una furia ciega nubló sus ojillos inyectados de sangre, y apretó los delgados labios en espantosa mueca de ira! ¡Vi que la muerte me observaba desde aquellos ojos, y aprovechando el instante en que permanecía estremecido por el odio salté... arrojándole con todas mis fuerzas el grueso bejuco que colgaba de una rama, sobre mi cabeza! ¡Mientras el arma disparaba, el bejuco tenso lo golpeó en la nuca y lo derribó al negro suelo de la selva, muerto, muerto sin remisión!

### 3 - El poder de los tetraedros

Era su vida o la mía, pero no había pensado matarlo. El bejuco era pesado, colgaba suelto de la rama y le había dado un latigazo, como con un cable vigoroso, acertando exactamente en la base de su cerebro enloquecido. ¡Fue un golpe terrible, tan fuerte como un martillazo, que le partió las vértebras de la nuca como se rompe el tallo a una manzana! Di la vuelta al cuerpo. Tenía la cara desfigurada y púrpura; cuando lo levanté, su cabeza cayó hacia delante como la de una muñeca de trapo.

Espantado, lo dejé caer y me alejé.

En parte había sido un hombre blanco, y en todo caso un ser humano; por eso cavé en la tierra blanda una fosa no muy honda y lo enterré, no sin registrar sus ropas en busca de armas y comida. En el bolsillo del pecho encontré un tosco mapa donde aparecían el valle, el campamento y una crucecita que marcaba el lugar donde había caído el avión. Había dibujado a lápiz una delgada línea de puntos hacia el norte, desde el campamento hasta cerca del lugar donde estaba el avión. Luego torcí hacia el oeste, hacia las montañas, cruzando un arroyo producido por el deshielo.

Me hallaba en una hondonada, que según el mapa era el lecho seco de una corriente que iba hacia la salida inferior del valle. Al sur del sendero había trazado otra crucecita. Comprendí lo que significaba: ¡los alimentos y las armas del avión saqueado! Me di cuenta de que el camino estaba astutamente marcado por bejucos sueltos y ramas desviadas —un camino de menor resistencia, más que un sendero— y cinco minutos después hallé el escondrijo de Valdez, al lado de un afloramiento de cuarzo, y cargué una de las mochilas que había traído.

Cómo regresar al campamento con la noticia era ya otro problema totalmente distinto. Sabía que sería inútil querer desandar lo caminado o guiarme por el burdo mapa hacia el avión o el campamento. Podía buscar el valle directamente al sur, a lo largo de la hondonada, y estaba seguro de que cuando llegase allí podría orientarme o esperar a ser encontrado. El valle... ¡y los tetraedros! Inspirado por el instinto o la intuición, cargué al hombro una de las ametralladoras más ligeras y me até a la cintura tres cartucheras, por debajo de la camisa.

Era más fácil caminar por el borde de la pequeña hondonada que por el fondo, donde la humedad hacía más espesos los matorrales. Había otro camino como el que Valdez había seguido, un sendero invisible tallado en la maleza por manos desconocidas. A derecha e izquierda la maleza estaba entretejida muy espesamente, pero paralelas a la hondonada las ramas cedían en silencio a una ligera presión de la mano y volvían a cerrarse detrás. Evidentemente, Valdez o los indios habían abierto este camino hasta el valle, pero no figuraba en el mapa de Valdez.

Por último, el sendero se apartaba del cauce hacia el este, dando a una especie de promontorio que sobresalía en el valle cerca del lugar donde se hallaban las esferas gemelas. A través de los árboles vi brillar la luz del sol, pues había una especie de claro que daba al terreno de reunión de los tetraedros. Allí estaban reunidos los indios del bosque, apiñados tras la delgada cortina de vegetación, observando en estúpida adoración a los desconocidos seres de abajo. Estaban tan extasiados, que no se dieron cuenta de mi llegada y pude evitarlos desviándome hacia el oeste.

Era casi mediodía, y el ardor del sol hacía del valle una negra caldera recorrida por débiles remolinos de aire. Se elevaban de la roca desnuda en oleadas trémulas de calor, bajo las cuales la selva lejana y el suelo rocoso del valle parecían vibrar, dando un extraño aire de aquelarre a la congregación de seres sobrenaturales que tomaban el sol en el fondo del valle.

Ahora, a plena luz del día, pude verlos tal como el profesor Hornby los había descrito. Los tetraedros parecían constituidos por un mineral duro y cristalino, negro hasta resultar casi invisible, cruzado por finas vetas color púrpura intenso. Cuando se movían,

el sol arrancaba resplandecientes reflejos a sus lados lustrosos, yendo a dar como rayos de una linterna en el sombrío linderos de la selva. Porque los tetraedros estaban inquietos, se movían de un lado a otro entre los peñascos, componiendo extrañas figuras, como si los seres de cristal ejecutasen una danza misteriosa. Se reunían en grupitos de seis, más o menos, que se dispersaban y volvían a congregarse, igual que hacen los humanos cuando están intranquilos, esperando con impaciencia algún acontecimiento extraordinario.

Alejado de los demás, inmóvil en una especie de claro circular entre las rocas, se hallaba el gigantesco jefe de los tetraedros. El violeta oscuro del cristal, en su caso se convertía en un hermoso tono ciruela, o púrpura mezclado con bermellón, y el negro de fondo parecía menos cerrado. Era más cálido y se parecía más a la aterciopelada calma de la noche tropical. Pero éstas son impresiones, términos comparativos que empleo para distinguirlo de sus compañeros de otro modo que no sea simplemente el tamaño. Para un observador, la diferencia era evidente, pero no es fácil describirla en palabras corrientes. Baste decir que era inconfundiblemente distinto a los demás, que parecía poseer carácter y personalidad, mientras el resto eran tan sólo pirámides de cristal, aunque terriblemente vivas.

¡Y ahora el jefe gigantesco emitía su poderosa llamada con prolongadas y lentas ondas vibrantes que parecieron empujarme hacia atrás, apretarme contra la oscuridad del bosque, alejarme de los extraños monstruos del valle! En respuesta se acercaron treinta tetraedros menores, aparentemente salidos al azar de las filas, que se mantenían a igual distancia del jefe, formando un gran círculo de diez metros de diámetro.

De nuevo la sonora llamada despertó los ecos en los riscos que me rodeaban, y las hordas de tetraedros comenzaron a moverse fluidamente, caudal de resplandeciente cristal púrpura que se reunió en el anfiteatro natural, formando de tres en tres en los lugares que sus compañeros habían señalado... todos menos diez, que se enfrentaron a cada trío, formando una gigantesca rueda dentada con ejes, radios y corona de cristal viviente y sensible... ¡cristal con inteligencia!

Permanecieron allí bajo el sol abrasador, destacándose como gigantescas joyas de púrpura contra la roca color azabache. Pensé en el gran circo de piedra de Stonehenge y otros círculos monolíticos que los hombres han hallado en Inglaterra y en Europa. ¡Había un extraño parecido entre la forma de los monstruos vivientes de otro mundo y los antiguos templos de la raza prehistórica! Pero, ¿es tan descabellado suponer que los salvajes supersticiosos modelasen sus templo más importantes a imagen y semejanza de los dioses sobrenaturales a quienes rendían culto... dioses de cristal púrpura que llegaron, destruyeron y volvieron a desvanecerse en los cielos, dejando el recuerdo de su círculo inevitable, y el trueno de su lenguaje en los grandes timbales de los cultos? ¿No es posible que hubieran venido antes, para descubrir que la Tierra no servía a sus fines y continuar hacia otros mundos? Y si fue así y nos encontramos dispuestos, ¿qué les impidió retirarse con el relato de sus descubrimientos, señalando que la Tierra era inútil para sus propósitos tetraédricos? ¿Por qué regresaban una y otra vez?

Vi que los tríos que formaban la corona dentada de la gigantesca rueda de cristal avanzaban poco a poco hacia dentro, uniendo sus cúspides hasta formar un estrecho



foco, y que los diez que constituían los radios de la rueda eran del mismo color vivo que su jefe. Los conjuntos de tetraedros arrojaban sombras cortas y negras alrededor de sus bases brillantes.

A medida que el sol llegaba al cenit, dejando caer sus rayos abrasadores sobre el mundo sofocante, noté el inicio de un vago resplandor rosado en el foco de los grupos del círculo, un brillo como de energía, de luz, concentrada por los mismos tetraedros, aunque no surgía de ellos mismos, sino que era absorbida del torrente de luz que recibían desde lo alto. ¡Porque la luz que se reflejaba en sus caras resplandecía aún más azul, aún más fría, a medida que bebían los cálidos rayos rojos y los enfocaban hacia los hirvientes globos de energía contenida que se estaban formando sobre sus aristas!

El resplandor rosado se había convertido en un fuerte bermellón, aparentemente encerrado en las esferas definidas por los vértices de los tetraedros inclinados. ¡Treinta carbones brillantes sobre fondo negro, noventa grandes formas angulosas y negras que resplandecían con fantasmagórica luz azul bajo los rayos del sol, mientras se aproximaban lentamente al centro, a su poderoso jefe, llevándole comida, energía solar para su festín!

¡Ahora la llama escarlata de luz aprisionada ascendía rápidamente a un espantoso pináculo de color insoportable —fuego puro tomado de los cálidos rayos del sol—, pura energía para saciar a aquellos demonios tetraédricos de otro mundo! ¡Me pareció que habría de reventar las esferas que la aprisionaban y fundir toda aquella horda de cristal con su furia liberada de fuego viviente, liberándose de las fuerzas inimaginables que la mantenían contenida entre las caras ansiosas y resplandecientes, quebrando sus lazos artificiales para barrer el valle con una tempestad de fuego terrible que reduciría el horno de los tetraedros a una lastimera insignificancia! ¡Pero no ocurrió nada de eso, pues el poder que la había sustraído a los dorados rayos del sol la dominaba, sometida a la voluntad de los tetraedros, como el alfarero domina la arcilla!

El gran anillo se cerró lentamente, los tetraedros avanzaron poco a poco hacia el centro común, portando en sus focos los globos de llama terrible. Se detuvieron, preparándose largo rato. En un instante liberaron la energía acumulada de las esferas, en una poderosa explosión de fuego cegador que se convirtió en un único e inmenso manto de llamas, cubriendo la rueda gigantesca con su gloria y convergiendo luego sobre el inflamado torbellino de su centro. ¡Aquí toda la energía liberada de la llama fluía hacia el cuerpo del poderoso jefe de los tetraedros, bañándolo en una orgía de luz roja que fue absorbida por sus facetas brillantes como el agua por la arena reseca del desierto, produciendo un nuevo resplandor de vida renovada en su estructura gigante!

¡Y ahora, como en respuesta, surgió de su cúspide imponente una delicada y delgada fuente de fuego azul claro, silencioso, como la chispa generada por el hombre entre dos electrodos fuertemente cargados —el azul del fuego eléctrico—, la digestión del festín del gigante! Como esclavos que recogen las migajas de la mesa del amo, los diez tetraedros menores se acercaron. ¡A medida que su hambre espantosa manifestaba su intensidad tremenda y ansiosa, la fuente de llamas azules se dividió en diez lenguas delgadas, apenas visibles contra la roca negra, que alcanzaron las cúspides de los diez y se comunicaron a través de ellas a toda la rueda gigantesca, donde las bolas de fuego carmesí volvían a ascender hacia su estallido extático!

¡Las esferas rojas estallaron de nuevo y cubrieron la horda con un manto titánico de llamas, y una vez más el jefe gigante bebió de su gloria impetuosa! ¡Ahora la fuente azul se había convertido en un poderoso geiser de centelleante luz color zafiro, lanzada a treinta metros de altura en la atmósfera resplandeciente! ¡Atraída por la terrible avidez de las criaturas menores, se curvó en magnífica parábola por encima de la rueda de cristal y cayó sobre ellos y en ellos, renovando su sustancia y su vida!

¡Porque mientras yo miraba, cada tetraedro comenzó a hincharse visiblemente, espantosamente, adquiriendo una magnitud poco menor que la del líder gigantesco! ¡Y, mientras aumentaban su tamaño, el torrente de fuego azul se desvaneció y murió, dejándolos saciados y dispuestos para la escena final!

¡Ésta llegó con sorprendente rapidez! En un instante, los cien monstruos agrupados florecieron, estallaron, se dividieron en otros cuatro más pequeños, nacidos de cada vértice del tetraedro padre. Dejaron una forma octaédrica de cristal transparente, incolora y frágil, cuya vida había pasado a los seres recién nacidos, un esqueleto duro que se deshizo y cayó como delicado y resplandeciente polvo de cristal sobre el suelo del valle. Sólo el líder gigantesco permanecía intacto bajo los rayos oblicuos del sol. ¡El centenar se había convertido en cuatro centenares! ¡Los tetraedros se habían multiplicado!

¡Cuatrocientos seres monstruosos donde momentos antes habían existido cien!  
¡Bebiendo la luz del sol de mediodía, absorbiendo su energía para ganar realidad, aquellos entes tetraédricos de un mundo extraño utilizaban su poder para excluir la más leve oposición mediante la fuerza absoluta de su número cada vez mayor! ¡Contra cien o cuatrocientos, los ejércitos y la ciencia de la humanidad podían luchar con cierta posibilidad de éxito, pero cuando cada criatura de aquella hueste invulnerable podía convertirse en cuatro con el sol de mediodía, indudablemente las esperanzas eran nulas!  
¡La humanidad estaba condenada!

En el promontorio de la izquierda noté una agitación. Los indios entonaban una extraña cantinela, siguiendo el ritmo de un enorme y grave tambor. Era un monótono himno o plegaria a los dioses antiguos... dioses ahora personificados en aquellos seres. A través de la maleza que nos separaba logré ver al cacique, una cabeza más alto que los demás y con los brazos levantados, dirigiendo la ceremonia. ¡Sus voces se elevaron, y rompieron en un furibundo clamor cuando una docena de congéneres suyos salieron de la selva arrastrando el cuerpo atado de un hombre blanco... ¡de Marston!

Debía acercarme. ¡Allí, separado de ellos por una distancia de treinta metros y una doble cortina de enmarañados bejucos, no me atreví a disparar para no matar al amigo en vez de al enemigo! ¡Me precipite en la espesura, apartando los obstáculos con el cañón de la ametralladora! ¡Si no hubiesen estado distraídos con su ritual salvaje, los indios seguramente habrían oído mi llegada ruidosa, avanzando ciegamente a través de la maleza sin la menor precaución! Por casualidad o suerte la maleza era allí menos espesa, y logré salir al claro en el momento justo.

¡A pesar de su traidora hipocresía, Valdez había dicho la verdad sobre las antiguas costumbres y los sacrificios ancestrales! ¡El enorme cuerpo de Marston fue colocado sobre una losa redonda de piedra pulida en el centro del claro, y los pigmeos de la selva se apiñaban a su alrededor para sujetarlo! ¡El cacique estaba sobre él, con los brazos alzados en gesto de ofrenda, y sus rasgos estaban distorsionados por algo más que el temor a los dioses y el frenesí del sacrificio! ¡El odio y una ira terrible dominaban su rostro bronceado, convirtiéndolo en una verdadera máscara diabólica! ¡Y en su puño esgrimía un brillante puñal de acero que media hora antes yo había visto enterrado en la tierra negra del bosque... ¡El puñal de Valdez!

¡Volvió a elevar su cántico de ofrenda y sacrificio, dominando con sus gritos el ritmo atronador del timbal, a la manera de los antiguos predecesores de los incas! ¡Volvió a alcanzar su crescendo extático de frenética adoración y odio puro... que culminó en un grito enloquecido cuando su brazo bajó hacia la garganta de su víctima! ¡Mi arma le hizo eco, con un alegre tableteo que sonó como una carcajada salvaje, llenando de muerte plomiza el claro, segando vidas en un sacrificio más terrible que el imaginado por cualquier mente salvaje.

¡A través de una niebla sangrienta vi los cuerpos morenos y quebrados, retorcidos, derribados por los golpes secos de las balas que despedazaban su carne y rompían sus huesos, bañando el altar y el delgado cuerpo allí tendido con chorros de sangre humeante! ¡El deseo de sangre estaba dentro de mí cuando segué las filas aterrorizadas; entonces quedó vacía la primera cartuchera y, mientras buscaba la segunda, los escasos supervivientes agazapados huyeron entre gritos hacia la selva protectora!

¡Retornó la cordura, el horror ante la matanza que había cometido, y con ello un espantoso temor, pues en mi furia irracional tal vez había matado al amigo junto con los enemigos! ¡Salté frenético sobre las hileras despedazadas y sangrantes de la carnicería, y corrí por el ensangrentado lugar hacia donde él estaba, olvidando mi arma!

Cuando llegué al primitivo altar, Marston libró su cuerpo cubierto de sangre de los cadáveres que lo cubrían. Se incorporó y gruñó con sarcasmo:

—¿Está seguro de que ha matado suficientes por hoy? ¿O acaso no sabía que estaba cargada?

—¡Hombre, Marston! —grité sin reparar en sus palabras—. ¿Se encuentra bien? ¿Está herido?

—No, no. Estoy bien. Admito que es un tirador condenadamente bueno... aunque no acertó conmigo. Pero no digo que no lo haya intentado. Ha tratado bien a los mirones inocentes; naturalmente, para todo buen ciudadano lo primero es el público.

De hecho, le había herido en el brazo —una herida leve, que no interesaba el hueso— y la sangre que lo cubría no era sólo india. Pero sus burlas me ayudaron a serenarme, evitando que fuera presa de la histeria, lo cual no habría beneficiado a nadie. Me devolví a un estado de relativa normalidad; al menos podía hablar sin temblar como un loco. Cuando nos alejamos del escenario de la matanza, se acordó de Valdez.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Valdez se volvió atrás?

—Lo intentó —respondí sombrío—. Robó la carga del avión ocultándola junto a un sendero y... bueno, yo no quise atender a sus razones, y entonces sacó un arma y me amenazó. Le rompí la nuca... lo maté.

—No le acuso por ello. Supuse que ocurriría, e imagino que se trataba de su vida o de la de él. Pero ha suscitado mucha excitación entre los indios. ¿Sabía que era mestizo? Decía ser indio de pura raza, hijo de un cacique de la selva y una princesa descendiente del pueblo de los Antiguos, ¡pero era un mestizo y además bastardo! La menor insinuación al respecto lo enfurecía. Lo he visto aplastar sin compasión la cabeza de un hombre, un arriero portugués, que afirmó ser pariente suyo... ¡por parte materna! Valdez era un sacerdote de los indios, herencia de su padre, y supongo que ellos encontraron el cadáver. Pero Hornby no sabe nada. Yo que usted acusaría a los indios... a los muertos. ¿De acuerdo?

—Supongo que sí. Ocurrió tal como usted supone. Lo golpeé en la nuca con un grueso bejuco, con demasiada fuerza. ¿Cómo fue usted capturado?

—Ya le dije que sospechaba de Valdez. Intenté seguirlo y ellos me atacaron al sur de aquí, cerca de la hondonada. Debió ocurrir poco después de que encontrasen a Valdez, pues estaban furiosos. De todos modos, creo que el profesor está a salvo. ¿Comprende que esa multiplicación significa que están preparados para apoderarse de todo, arrasando todo el planeta para convertirlo en un sitio más seguro y acogedor para tetraedros? «Doc» dice que vienen de Mercurio... que estará superpoblado debido a la facilidad de esa reproducción por escisión, y que vienen a buscar nuevo espacio vital. No sé qué probabilidades tenemos de derrotarlos, pero seguro que desde hace una hora se han reducido a la cuarta parte para nosotros. Somos vulnerables, pese a nuestras armas. ¿Tiene usted la otra ametralladora?

—Está en el escondite con la mayor parte de la comida, si los indios no lo descubrieron cuando encontraron a Valdez. Me apoderaré del mapa que él usaba.

—Bien, veámoslo. Mañana usted vigilará al profesor, porque los indios están sedientos de sangre, y yo traeré el material al campamento. Como ahora sé que son hostiles, mantendré los ojos bien abiertos y le garantizo que no volverán a sorprenderme durmiendo. Vamos... busquémosle ahora, mientras los tenemos intimidados.

—Espere, Marston —respondí—. Será mejor que usted vaya a por el material. Tengo la corazonada de que lo necesitaremos muy pronto. A mí me será fácil hallar al profesor Hornby y creo que los indios no van a regresar por ahora.

—¡Tiene razón! —exclamó—. Hasta luego.

Se alejó por el camino que yo había andado.

No tuve dificultad en hallar al profesor. A decir verdad, fue él quien me encontró a mí. Estaba excitado, porque había descubierto algo que nosotros desconocíamos.

—¡Hawkins! —exclamó, tomándome con fuerza del hombro—. ¿Ha visto cómo se reproducen? Es notable..., ¡absolutamente insólito! La velocidad con que lo hacen... y oiga, Hawkins, no necesitan crecer antes de dividirse. He visto que dos de ellos lo hacían una y otra vez hasta engendrar tetraedros de ocho centímetros... ¡más de un millar! ¡Piénselo... Hawkins! Cuando quieran, podrán avasallar nuestro pequeño planeta en pocos días! ¡Estamos derrotados!

—Supongo que tiene razón, profesor —respondí—. Dígame... ¿ha visto a los indios?

—¿Los indios? Sí... Hawkins, ahora parece que algo anda mal entre ellos. Parecen haber perdido su respeto hacia los tetraedros... Estas tribus no suelen pintarse demasiado, pero los he visto con sus pinturas de guerra, y un viejo insultaba a los seres desde el lindero del bosque, con un torrente inacabable de injurias. Si los tetraedros intentan hacer algo, tal vez ahora se opongan.

—¡Marston se alegrará de oírlo! De momento creo que será mejor dirigirnos a la meseta, al otro lado de la hondonada, donde será menos probable que nos alcance su llama. Usted se quedará allí y yo regresaré para ayudar a Marston con las armas. Muy pronto las necesitaremos.

—De acuerdo, Hawkins. Su plan parece bueno, y celebro que hayan encontrado el avión. Pero, ¿dónde está Valdez? ¿Acompaña a Marston?

—No, está muerto.

—¡Muerto! ¿Quiere decir... los indios?

—Estuvieron a punto de atrapar también a Marston, pero yo iba armado. Vamos a recoger las cosas, y busquemos un sitio desde donde podamos ver lo que ocurre y estar resguardados. Sígame.

Encontramos un refugio ideal en lo alto de la ladera occidental de la hondonada, donde una pequeña estribación cubría la altura que dominaba el valle de los tetraedros. Milenios atrás, por cierto, había sido empleada como atalaya por los antiguos habitantes de la región, cuando las grandes ciudades de piedra tallada se alzaban en los valles ahora cubiertos de vegetación. Quedaba parte de las antiguas murallas, que constituía un buen baluarte contra posibles ataques, y dejé al profesor Hornby con el arma para que defendiese la posición hasta que yo encontrase a Marston.

No me resultó difícil hallarlo, y entre ambos trasladamos los pertrechos del escondrijo a la atalaya, mientras el profesor montaba guardia. En realidad, ardía de ganas de excavar el antiguo solar, que contenía cerámicas y herramientas de los antiguos habitantes. Explicó que la antigua oleada pleistocénica de inmigración desde Asia, a través de Alaska y América del Norte, se había bifurcado en Panamá para pasar hacia ambas vertientes de los Andes. Al oeste, a lo largo de la costa, florecieron las antiguas civilizaciones americanas que culminaron con los incas. Al este aparecieron los indios

de la selva, pobres criaturas salvajes de las regiones tropicales, semejantes a los que ya conocíamos. En el límite entre ambas regiones, él buscaba pruebas de posibles contactos. Tal vez las halló. Jamás lo sabríamos.

Dos días después dieron comienzo las hostilidades. Habíamos encontrado los restos del avión, que estaba casi intacto, aunque era imposible despegar en medio de la selva. Sacamos la gasolina de los depósitos y la guardamos en grandes tinajas de barro que el profesor Homby había encontrado intactas en un nicho antiguo. Propuso luchar con fuego contra el fuego, despejando el terreno que circundaba nuestra pequeña fortaleza, de modo que pudiéramos ver lo que nos rodeaba en caso de que hubiera problemas.

Marston y yo limpiamos el monte lo mejor que pudimos, e hicimos marcas profundas en los árboles más desarrollados de la ladera. Es difícil encender un fuego defensivo en la selva, pero lo conseguimos apilando maleza seca tomada al otro lado de nuestra pequeña plataforma, rociándola con gasolina y metiéndonos en una de las excavaciones del profesor mientras ardía. En un ambiente más seco, no habríamos vivido para contarlo. De hecho, despejamos el terreno unos seis metros a nuestro alrededor antes de que se apagara el fuego, dejando una maraña de restos ennegrecidos que delimitaba eficazmente los respectivos campos, además de despejar el terreno.

Quizá nuestro fuego suscitó el ataque de los tetraedros. La mañana siguiente renovaron su actividad en la rocosa hondonada. Devastaron una considerable extensión de selva antes que acabara el día. Al mediodía siguiente se dieron otro festín solar; el valle ennegrecido quedó atestado con sus formas angulosas, grandes y pequeñas, pues, tal como había visto el profesor, parecía que muchos se multiplicaban sin crecer.

¡El ejército destructor se aprestaba, y los tetraedros iniciaban la conquista de la Tierra! En vastas oleadas de espantosa capacidad destructiva, sus llameantes rayos de energía barrieron la selva y ni siquiera la húmeda oscuridad pudo resistir. Poderosos gigantes del bosque cayeron derribados por la calcinante llama amarilla, deshaciéndose en ceniza polvorienta antes de tocar el suelo. Bejucos gigantes se retorcieron como serpientes torturadas a medida que la savia se volatilizaba por efecto del espantoso calor, y luego cayeron muertos, para descansar como largas espirales grises sobre la roca desnuda que había sido el suelo del bosque... roca que presentaba el mismo aspecto vítreo que el fondo del valle, roca fundida por un calor de intensidad desconocida en la Tierra.

Por la tarde, nuestro nido rocoso era una península solitaria, un oasis en el desierto de áspera negrura, una torre que los tetraedros, por algún motivo desconocido, no habían intentado alcanzar.

Ahora podíamos comprender su plan de operaciones, y nos descorazonamos, temiendo por nuestra especie. Pues, mientras la mitad del ejército tetraédrico atendía a este holocausto de destrucción, el resto se alimentaba y reproducía bajo la plena luz del sol. Todos los días se sumaban decenas de kilómetros cuadrados a su territorio infernal, y miles de tetraedros a su ejército nefasto. ¡Ahora veíamos que utilizaban cada vez más el segundo procedimiento. ¡Engendraban un sinnúmero de minúsculas criaturas de ocho centímetros que, en pocos días, alcanzaban el tamaño adulto, y al día siguiente podían reproducirse! Era terrible, pero estábamos del todo aislados... una isla en un mar de roca negra, todavía respetada por los fuegos abrasadores. Nada podíamos hacer para salvarnos a nosotros mismos o a nuestro mundo.

Salvo la vegetación que agostaban tan metódicamente, los tetraedros de Mercurio —el profesor Hornby aseguraba que procedían de allí, y luego supimos que así era—, no se habían puesto realmente en contacto con la vida de nuestro planeta, y menos aún con su amo, el hombre. Los indios les tributaban culto desde lejos, y nosotros nos cuidamos mucho de no provocar a nuestros visitantes del espacio. Para unos y otros, la situación iba a dar un giro diametral.

Como habíamos quedado aislados de la selva, ya no percibíamos la inquieta y furtiva actividad de sus habitantes. Sus dioses los habían traicionado; tal vez ahora los consideraban demonios. Su sacrificio había sido interrumpido y sus jefes implacablemente muertos por los asesinos de su hermano, el mestizo que tenía sangre blanca. La vida y la leyenda les habían engañado. ¡La culpa era de los tetraedros, y los tetraedros iban a pagarlo!

Los invasores reanudaron su programa diario de devastación mediada la mañana. Últimamente los indígenas habían adoptado hábitos nocturnos, y fue Marston quien nos despertó a medianoche para que presenciáramos el espectáculo, según dijo. En realidad, todos comprendimos que la empresa de los indios probablemente sería de vital importancia en nuestra situación.

Las esferas eran demasiado pequeñas como para contener a todas las huestes tetraédricas, y éstas formaban grandes óvalos confocales alrededor de ellas para dormir, si es justo decir que aquellos entes dormían. El primer indicio del ataque fue un pequeño fuego de hojas y ramas prendido en las rocas, encima de la hondonada llena de pedruscos desprendidos de sus laderas por efecto de la terrible calcinación. Apenas era visible: tan sólo una llamita encendida por algún motivo mágico. Luego se oyó una cantinela baja y lastimera, cuya vehemencia y amargo odio entendimos en seguida. Era una maldición, destinada a expulsar a los invasores sobrenaturales del lugar donde se hallaban. ¡El profesor Hornby quedó estupefacto ante la enorme antigüedad de los mitos y supersticiones en que se fundaba el cántico! ¡De súbito, éste se convirtió en un agudo aullido senil de locura total! La tensión había sido mayor de lo que el viejo sacerdote podía soportar.

¡A guisa de respuesta, otros fuegos mayores surgieron sobre las laderas del valle, y a la luz que despedían vimos que los indios se acercaban desde el límite de la selva! ¡Miles de ellos, que habían recorrido incontables leguas por los senderos de la selva para la adoración, ahora se disponían a la batalla con todo el fanatismo delirante de una religión ultrajada! ¡Fue como una ola gigantesca de humanidad doliente la que descendió por las negras rocas para atacar a los tetraedros durmientes! Pero cuando el último indio abandonó la protección de la selva, vimos que la fuerza atacante era desproporcionadamente reducida en comparación con las filas de aquellos a quienes atacaban. Los mercurianos descansaban, apenas iluminados por la luna menguante, como un inmenso campamento de tiendas negras y tetraédricas, ajenos al enjambre de salvajes que, conducidos por el sacerdote enloquecido, se lanzaban sobre ellos. ¡Pero no estaban ajenos en absoluto!

Fui el primero que descubrió el débil resplandor rosado que rodeaba las filas silenciosas, semejante al que había derribado mi avión. Avisé a Marston con un susurro, y me respondió que el resplandor no existía antes... ¡que los tetraedros debían estar despiertos y en guardia!

Tenía razón. El resplandor rojo se extendió rápidamente sobre el suelo del valle. Debía precederlo otra emanación invisible, pues vi que el viejo sacerdote vacilaba, golpeaba con los puños cerrados una pared inmaterial y caía luego con un grito ahogado, quedando inmóvil. ¡Ahora, en todo el valle las avanzadillas de los salvajes chocaban con esa pared de muerte invisible que avanzaba lentamente... y caían ante ella! ¡Yacían en hileras, apilándose cuerpo sobre cuerpo al no ceder la arremetida desencadenada por las hordas de pieles rojas! ¡Piedras, flechas y lanzas volaron a través de la espesa niebla roja, para rebotar inofensivamente sobre los indiferentes tetraedros! ¡Pero no tan inofensivamente como parecía, pues en algunos casos se producía un débil estallido, con una llamarada azul, cuando uno de los seres más pequeños era destruido por una piedra lanzada con acierto! ¡Eran fuertes, pero sus pieles de cristal eran delgadas y una piedra bien dirigida podía romperlas! ¡No eran invulnerables!

Los indios también se dieron cuenta de ello, pues abandonaron lanzas y flechas para desencadenar una granizada de piedras pequeñas y grandes, que cayeron sobre los tetraedros como un verdadero chaparrón, provocando importantes daños entre los que aún no habían alcanzado el tamaño adulto.

Los salvajes gritaban ahora, excitados por el triunfo, y su ataque desesperado hacía mella, pero la barrera invisible seguía creciendo, sembrando la muerte en su perverso avance. La neblina rosada convertía los cuerpos caídos en una fina ceniza blanca que, a su vez, se disolvía en el rojo cada vez más intenso. ¡Los ruidosos atacantes eran cada vez menos numerosos, y no habían comprendido la futilidad de su empeño! ¡De repente, los tetraedros abandonaron la defensa pasiva para entrar en combate activo!

La causa era evidente. ¡En lo alto de la colina, cinco indios habían lanzado al precipicio un inmenso pedrusco redondo que rebotó sobre las rocas y cayó sobre un enorme tetraedro de dos metros y medio, haciendo añicos su flanco de cristal, y liberando la energía contenida en un torrente cegador de llamas azules que se extendió convirtiéndose en un charco humeante de lava derretida al rojo vivo, que brillaba diabólicamente bajo la pálida luz de la luna! ¡Fue el golpe de gracia! El ataque desesperado había pasado a ser realmente peligroso para los tetraedros, y éstos reaccionaron en seguida. En sus cúspides relampaguearon los flameantes rayos amarillos de la destrucción.

¡Finalmente, los indios se dispersaron y huyeron ante las hordas que avanzaban, pero lo hicieron demasiado tarde, pues los tetraedros ya estaban irritados y no dieron tregua! ¡Largas lenguas amarillas se extendieron, golpeando como terribles martillos a los salvajes que huían y abrasándolos en rápida agonía, derribándolos, hundiéndolos en un horror informe, entre rocas humeantes donde el mar escarlata, los sumergía y los transformaba en escoria fundida a la deriva! ¡Los indios derrotados parecían flotar en un mar amarillo, y lo que aquel mar tocaba desaparecía en un instante! ¡Ningún ser viviente podía resistir aquella espantosa cortina de fuego!



¡De repente la tragedia se volvió hacia nuestro propio cuartel, pues un grupo de indios buscó la salvación en nuestro refugio! Treparon como simios morenos por el precipicio, hacia nuestra fortaleza, y atravesaron los rescoldos de nuestro fuego defensivo. Eran hombres como nosotros, hombres cuyas vidas corrían un terrible peligro. Marston y Homby se encaramaron al parapeto, llamándolos a voces en su lengua nativa. ¡Pero el salvaje asustado no conoce amigos, y la respuesta fue una andanada de flechas que hicieron caer al profesor en mis brazos, y obligaron a Marston a requerir sus armas, entre maldiciones! ¡Con los labios torvamente apretados, Marston regó de plomo la pendiente rocosa, barriendo a los salvajes enfurecidos como yo había hecho ante el altar de los sacrificios! ¡Al verlos, la locura redobló, e interrumpieron la huida para arremeter contra nuestro bastión, alzando las voces en locos insultos!

Dejé al profesor Homby al resguardo de la muralla, saqué la otra ametralladora, abrí de un puntapié una caja de municiones y me uní a Marston para defender la fortaleza. En mi victoria individual, yo había tenido como aliados la sorpresa y la superstición, pero ahora sólo éramos dos contra el fanatismo desencadenado, y la inferioridad era grande. ¡Acudían de todas partes como saltamontes, con ojos hambrientos de sangre, rechinando los dientes con odio... fieras de la selva devoradas por el deseo de matar! Los restos del matorral quemado, que formaban un espeso cinturón alrededor del fuerte, nos salvaron al frenar el asalto enloquecido. Entonces intervinieron nuestras armas. Y no éramos sólo dos, pues oí un tiro de rifle y supe que el profesor Homby cubría la arista rocosa que se extendía hacia atrás y nos comunicaba con las colinas.

Con todo, creo que habríamos sido vencidos, a no ser por los tetraedros. Comprendieron rápidamente que el comportamiento de los indios había cambiado, y lo aprovecharon rodeando la estribación para impedir una segunda retirada. Entonces lanzaron la ardiente cortina de fuego amarillo sobre las espaldas de la aullante hueste salvaje, que cayeron como moscas. Pocos minutos después, el último indio era ceniza gris sobre la pendiente rocosa.

Hubo un instante de calma. Nos detuvimos e hicimos balance: tres hombres con rifles contra miles de tetraedros provistos de rayos. Homby estaba caído contra el muro bajo, con los ojos cerrados, y su delgado cuerpo se contraía en ataques de tos que hicieron brotar la sangre por su boca. Una flecha le había atravesado los pulmones. Marston abandonó la ametralladora humeante para coger un rifle, y yo lo imité. Durante unos dos segundos, las fuerzas rivales se midieron en silencio.

Los mercurianos tomaron la iniciativa. Sus lenguas amarillas de fuego treparon lentamente por la ladera, despejándola, limpiándola... avanzando hacia nuestro pequeño refugio de la cumbre. Comenzaron a rodearnos por todos lados. Nuestros rifles respondieron, y ya no cupo dudar de su vulnerabilidad, pues donde tocaba el plomo revestido de acero, el delgado cristal se astillaba y la noche se iluminaba con el resplandor de la energía liberada, ¡la esencia de los tetraedros! ¡No podríamos salvarnos, pero venderíamos cara nuestra vida!

Llegó un trueno seco desde el fondo y, bajo el débil resplandor de la niebla roja vi que el jefe gigante de los mercurianos, emplazado en la cumbre que dominaba el valle, dirigía el ataque. ¡La cortina amarilla de fuego se acercada cada vez más a nosotros, y este peligro fue la señal que activó un plan, poco definido aún, en mi confuso cerebro! ¡Levanté el rifle y disparé... no sobre las primeras líneas, sino más atrás, al corazón de la

horda, acercando poco a poco la mira hacia el gigante, liquidando a un monstruo tras otro, cada vez más cerca del lugar donde aquél estaba!

¡Entonces comenzó a retroceder, a retirarse ante el mar de llamas que lo rodeó cuando cayeron sus guerreros de cristal! Envalentonado, liquidé a los que se le acercaban, rodeándolo de muerte, amenazándolo, pero sin tocarlo a él. De algún modo, Marston me había entendido; entre ambos logramos contener el frente de llamas, que se apagó cuando los tetraedros descubrieron quién era el blanco de nuestros disparos. Comprendimos que era mejor perdonarle la vida, y nuestra intuición no fue equivocada. Dudó un segundo, luego emitió su voz retumbante y las filas de tetraedros se retiraron poco a poco, dándonos tregua.

Así permanecimos, virtualmente prisioneros, durante ocho días. Al tercero, el profesor Hornby murió; para él fue una suerte, pues sufría terribles dolores. Era el único que comprendía realmente a los tetraedros, y nunca supe cómo había deducido que provenían de Mercurio, hipótesis que Marston lograría confirmar luego. Los datos arqueológicos reunidos por la expedición se perdieron con su muerte y la de Valdez, y nosotros no pudimos traer muestras. Los tetraedros nos dieron respiro, poniéndonos un cerco de niebla roja que se extendía por la ladera y rodeaba el paso hacia las montañas de la selva. Mientras tanto, seguían destruyendo la vegetación mediante la cortina de fuego, kilómetro tras kilómetro, día tras día.

A través de los prismáticos, los vimos avanzar poco a poco, y fuimos testigos de su sorpresa, bien humana, cuando quemaron la vegetación que cubría las grandes ruinas de la ciudad que nuestra expedición había venido a buscar. Por primera vez se tropezaban con las obras del Hombre, lo cual provocó una gran conmoción entre ellos. Dirigidos por el gigante púrpura, se acercaron y recorrieron el laberinto en ruinas, estudiando los nichos y rincones, aprendiendo. Aquí tenían una prueba de que la Tierra albergaba una civilización... de que podían encontrar enemigos peligrosos. Creo que hasta entonces no habían comprendido que nuestra modesta defensa no era sino un ejemplo de lo que esa civilización era capaz de hacer.

El mismo día, más tarde, hallaron los restos del avión y esta vez la consternación fue aún mayor. Ahí tenían una máquina, producto de esa misma civilización a la que temían. Además, era de construcción reciente mientras la ciudad era antigua. ¿Acaso esto significaba que estaban siendo vigilados, que las invisibles criaturas de la desconocida raza civilizada acechaban en la oscuridad de la selva con sus máquinas de guerra y destrucción... ¿esperando? Entonces, por primera vez desde su descenso a la Tierra, los tetraedros se enfrentaron con el terrible vacío de lo absolutamente desconocido, y creo que empezaron a sentir el miedo.

El valle seguía siendo el centro de su actividad. Cada día los veíamos reproducirse a medida que se elevaba el sol. Veíamos el crecimiento de las hordas que dominarían nuestra especie y nuestro planeta, y lo convertirían en algo muerto y negro, como aquella pequeña hondonada de la vertiente oriental de los Andes. Constantemente nos rodeaba un doble círculo de tetraedros, y el mar rojo de energía circundaba nuestra prisión. El gigante solía venir a observarnos, inmóvil, contemplando con ojos invisibles nuestra fortaleza y nuestras personas. Su lenguaje rítmico empezaba a sernos familiar, y pensé que no sería difícil entenderlo si tuviéramos la clave de su significado.

Marston parecía fascinado por los seres y sus costumbres. Exactamente al borde de la niebla roja había un manantial de donde tomábamos el agua. Allí solía sentarse horas y horas, acercándose mucho a los seres para verlos y oírlos. Lo veía mecerse al ritmo del lenguaje atronador, observaba que sus labios se movían en muda respuesta, y me pregunté si estaría enloqueciendo.

Desde que Marston comentó por primera vez la teoría del profesor Hornby, según la cual los seres eran mercurianos, intentaba descubrir la manera de comprobarlo. Puesto que ahora nos hallábamos en tregua con los tetraedros, me pregunté si no podría lograr que ellos respondieran. Recordé textos que había leído sobre la posible comunicación interplanetaria... sobre telepatía, asociaciones de palabras y lenguajes de signos. Todo me había parecido descabellado, inservible, pero finalmente decidí intentar algo.

La atalaya estaba hecha de piedra bastante blanda y, gracias a la caja de herramientas del avión, recuperada por Valdez, contaba con un martillo y un cincel. Con estas herramientas y mi escasa memoria, decidí hacer un croquis a escala de los planetas interiores, basándome un poco en la teoría del profesor. Grabé círculos para designar las órbitas de los cuatro planetas menores —Mercurio, Venus, la Tierra y Marte— y un profundo hoyo central. En él coloqué una gran pepita de oro hallada en las ruinas de la fortaleza, simbolizando el Sol. En la órbita de Mercurio puse un pequeñísimo guijarro negro, en la de Venus uno blanco grande, y en la de la Tierra una bola de jade también encontrada en las ruinas. La Tierra tenía una pequeñísima luna blanca en su órbita satélite. Marte era un pedazo de hierro oxidado, y como lunas tenía dos granos de arena. Era a escala aproximada y no había lugar para más.

Ya estaba preparado para intentar comunicarme con los tetraedros, pero quería tener algo más que un solo diagrama. Por tanto, grabé un mapa de la Tierra con océanos en hueco y cordilleras en relieve. Esto me costó mucho tiempo y trabajo, pero Marston no se daba cuenta de nada, ni se lo dije, pues mi plan parecía bastante inútil y no deseaba exponerme a sus burlas.

## 5 - Frente a frente

Así las cosas, una tormenta tropical cayó sobre nosotros. No es difícil explicar su causa. Cuando los fuegos calcinantes agostaron la selva, la humedad se evaporó. Hasta nuestro pequeño manantial, a medida que el arroyo bajaba hacia la niebla carmesí, se evaporaba designando así la frontera apenas visible entre la vida y la muerte. Además, durante el largo verano el sol había destilado, literalmente, la humedad de toda la cuenca del Amazonas. El aire estaba prácticamente saturado de vapor de agua, aunque normalmente habría faltado un mes para la estación de las lluvias. Las perturbaciones eléctricas provocadas por la continua barrera de fuego se sumaron a esos fenómenos. ¡Todo estaba dispuesto para una tormenta, y ésta se produjo!

Fue como un segundo Diluvio. Durante la noche los cielos se abrieron y el agua cayó torrencialmente, empapando la roca, formando charcos en cualquier rincón, calándonos hasta los huesos. Llegó el día, pero no hubo sol que sirviera de alimento a los tetraedros.

Ni ellos pensaban en alimentarse, pues un peligro muy concreto los amenazaba. ¡Para los tetraedros, el agua representaba la muerte!

Como queda descrito, sus fuegos habían desprendido enormes pedruscos de las laderas del valle donde acampaban. Las piedras taponaban el desfiladero. Y ahora que las laderas de las montañas, desnudas de tierra y vegetación, vertían agua en la vaguada, la corriente quedó estancada ante el dique de piedras... creció contra él y lo rebasó, pero no sin convertir el valle en un lago. Un lago donde únicamente flotaban las dos esferas iridiscentes, pues los millares de tetraedros habían desaparecido para siempre... ¡disueltos!

¡El agua era la muerte para ellos... la disolución! Sólo estaban a salvo en el interior de las esferas, y ya no cabía en ellas ni uno más. El resto de los monstruos tetraédricos perecieron miserablemente durante la noche, antes de poder concentrar sus energías para protegerse con un manto ígneo, que habría eliminado el agua en forma de vapor. En las esferas gemelas había venido un centenar. Cien mil habían nacido después, y ahora apenas quedarían cien. ¡Teníamos la victoria al alcance de la mano!

Pudiendo escapar, nos quedamos, lo mismo que al principio. La huida era una dilación. Nada más. Un milagro podía salvarnos, y supongo que creíamos en milagros. De modo que procuramos resguardarnos del diluvio en las ruinas de la atalaya y observamos las dos esferas a través de la cortina de lluvia. Habían salido del agua y estaban en el desfiladero, coronando el dique.

Nuestra «ducha» duró tres días. Luego salió el sol y las montañas empezaron a secarse. Tan sólo quedaba el lago recién formado para recordarnos las lluvias, un lago manchado de violeta oscuro por los cuerpos de los tetraedros de cristal que se disolvían poco a poco. Los de las dos esferas esperaron un día, y luego salieron para observar los restos de su campamento el líder gigante y apenas un centenar de sus subordinados. Entonces supe que había algo de cálculo en la locura de Marston.

Los tetraedros reanudaron el sitio en la base de nuestro refugio, aunque la cortina de fuego carmesí ya no era tan alta ni tan intensa. El jefe se mantenía fuera del círculo, meditando, observando... pensando tal vez en la relación entre nosotros y la tempestad que había reducido a la nada sus proyectos. Entonces Marston se acomodó bajo el brazo un gran tambor indio que yo me había llevado del altar sacrificial, un tambor de ceremonia hecho de piel humana bien curtida, y bajó por la ladera para enfrentarse con los tetraedros. Monté mis armas y esperé acontecimientos.

Todavía me parece verlos: ¡grandes jefes de dos razas totalmente distintas, nacidos en dos planetas distantes como mínimo noventa y seis millones y medio de kilómetros, intrínsecamente opuestos y enemigos, inmóviles sobre la roca negra, observándose! El gran tetraedro retumbó y la cortina de fuego se hizo más brillante, tratando de escalar la pendiente. Era una baladronada. Marston no hizo ningún caso.

Entonces levantó el gran tambor. Lo había cuidado como si fuese un hijo durante las lluvias, tapándolo como pudo, probando la tensión de su descomunal parche, secándolo cuidadosamente al calor del sol y con fuego durante todo el día anterior. En ese momento comprendí el motivo.

Poco a poco, empleando la palma de la mano y los dedos en rápida sucesión, empezó a tocar. No era el latido rítmico de los nativos, ni el mensaje sincopado de los tambores de señales. Rápido, cada vez más rápido, el gran tambor del sacrificio resonó hasta que los golpes se convirtieron en un redoble bajo y continuo, insondable, aumentando de volumen hasta un trueno rodante, creciendo y modificándose en delicadas inflexiones. ¡Su muñeca debía ser maravillosamente fuerte y hábil para poder dominar de aquel modo el sonido! El tamborileo produjo grandes ondas palpitantes, y durante su tronar todo el mundo permaneció inmóvil: Marston y yo en la ladera, los tetraedros abajo y el gigante púrpura detrás, junto a la orilla del lago. Siguió y siguió, atronando mi cerebro con sus golpes sordos e insistentes, como el oleaje de un mar muerto sobre las playas de un mundo muerto, dominándome, llenándome, hablándome con la voz de la tormenta... ¡hablando... eso era! ¡Marston hablaba con los tetraedros, usando la voz del gigantesco tambor!

¡Durante los largos días de ocio en la atalaya, había escuchado, aprendido, clasificado en su cerebro científico el significado de las órdenes que el gran jefe de los tetraedros mercurianos impartía a sus huestes de cristal; había aprendido sus inflexiones, las había almacenado en su mente! Poseía un vocabulario elemental, sonidos que se referían al gran comandante, la horda, los tetraedros como especie, verbos simples como ir, y venir, aumentar o reducir la cortina de fuego; los nombres de los seres humanos, de su planeta y el nuestro. Una multitud de sustantivos y verbos, que incluso ahora me parece imposible pudieran ser recogidos por un hombre del murmullo de una raza extraña, asociando las acciones con las palabras. ¡Pero Marston había aprendido, y respondía con la voz hosca del gigantesco tambor, respondía con palabras torpes, imprecisas, mal elegidas, vacilantemente expresadas, pero palabras que el tetraedro comprendía!

Pues la niebla roja disminuyó y desapareció. Las filas de cristal se abrieron y a través de ellas el gigantesco jefe se acercó a donde Marston estaba sentado con el tambor. Se detuvo y habló con palabras muy semejantes a las que Marston había empleado, palabras sencillas como las que aprenden los niños, dichas sin ilación.

—Vosotros... ¿qué?

El tambor:

—Nosotros... tetraedros. Tierra.

Traduzco aproximadamente lo que decían. Las palabras no eran tan literales como yo las ponga para adaptarlas a nuestra lengua imperfecta; más que palabras, eran ideas. ¡Pero lograron transmitir el mensaje!

El gigante se sorprendió. ¿Cómo podíamos nosotros, monstruos deformes y fofos, ser dueños de un planeta y semejantes a ellos? Se mostró incrédulo:

—¿Vosotros tetraedros?

El tambor murmuró una afirmación, como dando cuenta de una orden cumplida. La idea fue captada, pero el gigante púrpura no pareció quedar convencido.

—¡Vosotros... débiles! (el sentido de la palabra que empleó era «fácilmente vulnerables», como la vegetación). Vosotros morir... fácil en este caso empleó un término con el que había designado a los tetraedros destruidos durante la batalla con los indios). ¡Nosotros... tetraedros... nuestro planeta... y Tierra!

No había objeción a esto. Ellos podían dominar ambos planetas sin dificultad. Marston recurrió a mí.

—Hawkins, traiga esas piedras que ha cincelado y una botella de agua. ¡Espere! Dos botellas y un arma.

De modo que me había visto trabajar y adivinó mi plan. Bien, su idea había sido más útil, y no sería yo quien lo negase. Regresé a buscar las cantimploras y el arma. Según sus instrucciones, coloque la cantimplora sobre una roca de la ladera. Tomó la otra, y todo el tiempo su tambor tranquilizó al gigante y su horda.

—Hawkins, ocúpese de las piedras mientras yo hablo. Traduciré y usted actuará de acuerdo con esto. —Habló el tambor—: Sol... Sol... Sol... —lo señaló—. Vuestro Sol... nuestro Sol.

El tetraedro asintió. Eran oriundos de nuestro sistema solar.

Marston señaló mi esquema. El Sol, la Tierra y su órbita.

—Sol. Sol. Tierra. Tierra.

Hice girar lentamente la piedra de jade en su órbita y el guijarro-Luna en la suya. También moví los demás planetas, mostrando los colores y el tamaño relativo. Marston volvió a tocar el tambor y, a medida que yo hacía señas, formuló sus preguntas.

—¿Vosotros planetas... vuestro planeta? Vuestro planeta... ¿cuál? ¿Éste?

El gigante negó. No era de Marte.

—¿Éste?

¡Nada menos que Venus! Venus debía ser demasiado húmedo para resultar confortable. Luego, ansiosamente:

—¿Éste?

¡Afirmación! ¡El profesor tenía razón! ¡Venían de Mercurio! Pero Marston quiso cerciorarse. Hallando una mancha blanca de cuarzo en la piedra negra que representaba a Mercurio, la dirigió hacia el dorado Sol, manteniéndola así mientras trazaba lentamente su órbita. La afirmación fue definitiva. Eran de Mercurio, uno de cuyos hemisferios mira siempre al Sol. Hasta aquí, lodo iba bien. Marston cogió la otra placa que yo había preparado, el mapa en relieve de la Tierra.

—Tierra... Tierra.

Sí, el mercuriano la reconoció. Así la había visto desde el espacio.

Con un pedazo de cuarzo, Marston marcó el lugar de América del Sur donde nos encontrábamos y apuntó al suelo, al lago, a la selva.

—Esto... esto —dijo.

Otra afirmación. Sabían muy bien dónde estaban.

Otro tema quedaba zanjado. Tocó la cadencia monótona de tranquilidad. y luego anunció con breves y hábiles palabras:

—Vosotros... tetraedros. Mercurio (¡seguro que lo eran!). ¡Nosotros... tetraedros... Tierra! (¡no tan bien!)—repitió—. Vosotros... Mercurio. Nosotros... Tierra. ¡Nosotros... tetraedros!

¡Hubo señales evidentes de disconformidad! Marston los tranquilizó de nuevo, agregó una brusca llamada de atención, levantó el arma, disparó dos veces, la arrojó al suelo y volvió a hacer un redoble de buenas intenciones y seguridad.

Había dado en el blanco. La cantimplora se agujereó por arriba y por abajo y salió un hilillo de agua. que resbalaba por la roca vítrea hacia nosotros. Formó un pequeño charco a sus pies, y la doble fila de tetraedros se abrió para dejar pasar el hilo de agua. Volvió a formar otro pequeño charco cerca de la base del líder gigantesco. ¡Él no estaba dispuesto a soportar fanfarronadas! ¡Lanzó un fogonazo de energía cegadora, el charco se hizo vapor y la roca se puso al rojo blanco! Marston había aprendido otra palabra.

—¡Agua... morir! ¡Nosotros... tetraedros... Mercurio y Tierra!

¡Malo! Marston lo intentó otra vez.

—Vosotros... tetraedros... Mercurio. ¡Agua... tetraedro... Tierra!

¡Una idea alarmante! ¡El agua, dueña de la Tierra!

—¡Agua... no... morir! —Decidida negación con el tambor. Hizo una seña. El vapor se condensaba y brillaba sobre la roca lisa en forma de minúsculas gotitas. ¡No era posible matar el agua! ¡Siempre resucitaba!— ¡Nosotros... tetraedros... agua!

¡Caray! ¡Era mucho decir! Lo demostró. Se mojó los dedos en el charco que tenía a los pies; luego recogió un poco con la mano y se mojó el pelo. Emitió un poderoso gruñido para llamar la atención, destapó la otra cantimplora y echó un largo y visible chorro para beber. Marston cogió la cantimplora, hizo lo mismo y luego me envió a buscar más agua, un cubo lleno.

—¡Agua... tetraedro... Tierra! —repitió. Lo demostró moviendo el agua del cubo con mucha alharaca. Luego vertió un poco sobre mi mapa en relieve de la Tierra, llenando los huecos de los mares. Lo subrayó con una lúgubre nota del tambor—. Agua... tetraedro... Tierra. Agua. ¡Agua! —Tuvo otra corazonada y desplazó a Venus por su órbita—. ¿Qué? —preguntó el tambor. Recibió una áspera respuesta. Hundió a Venus

en el agua. Venus estaba representada por una piedra pómez y flotó—. ¿Agua... tetraedro... Venus?

Indiscutiblemente. El gigante púrpura estaba seguro. Marston hizo lo mismo con Mercurio. Mercurio se hundió. Se hundió una y otra vez. A Mercurio el agua no le gustaba.

—Vosotros... tetraedros... Mercurio. Agua. No... tetraedro... Mercurio —una pausa. Luego lenta, agoraramente—. ¡Agua... tetraedro... vosotros!

Marston tenía razón. El agua había podido con ellos. Tuve una buena idea y Marston se trasladó hasta el borde del lago, pasando como triunfador entre la fila doble de tetraedros. Al llegar junto al lago —el gigante estaba cerca, y su ejército muy alejado, atrás—, me desnudé y me zambullí. Toqué fondo ¡y salí con un pedazo de cristal púrpura medio disuelto! Marston lo frotó alegremente.

—¡Agua... tetraedro... vosotros!

Tuvieron que admitirlo. Luego Marston intentó inventar una palabra... señaló hacia el cielo y marcó un ritmo en el tambor.

—Arriba... arriba. Agua... arriba.

El gigante comprendió y citó el término correcto. Marston consiguió inventar otro —un «gracias» afable y murmurante— en el tambor. Volví a meter la mano en el lago, llené un cubo de agua, empañé a Marston, y luego avancé con otro cubo hacia el gran tetraedro. Retrocedió. Entonces bebí, gesto infantil pero convincente. En ese momento, la idea de que el agua era veneno puro para los tetraedros y un segundo hogar para nosotros, estaba absolutamente clara. ¡Quedaba por transmitir la principal pieza de información!

Marston tocó el tambor para llamar la atención e imponer tranquilidad. El gran jefe se deslizó, evitando cuidadosamente los charcos. Vi que flotaba a unos ocho centímetros del suelo. Bajo la menor gravedad de Mercurio, tal vez sería capaz de volar.

Indiqué otra vez mi pequeño sistema solar, mientras Marston repetía que la Tierra estaba compuesta principalmente de agua, y por tanto, no era lugar indicado para los tetraedros. El agua podían «matarla», pero volvería a caer en forma de lluvia. Insistió sobre la idea de la lluvia hasta estar seguro de que se había hecho entender, y así conoció varias expresiones mercurianas de disgusto y desagrado. Encontró una palabra para hablar de «lluvia»; en realidad la inventó, pues en mercuriano no debía existir. Improvisó una combinación entre «agua» y «arriba», sumamente clara, con un complicado redoble enfático para caracterizarla. La etimología de la palabra fue muy clara para todos los interesados. Ahora ya sabían qué era la lluvia.

Hice un agujero en la órbita de Mercurio, y puse tapones de arcilla en la de la Tierra, en puntos diametralmente opuestos. Marston hizo una demostración. Vertió agua sobre Mercurio. Éste desapareció.

—Mercurio... no... lluvia. ¡No!



Todos los tetraedros se habían acercado, y hubo un murmullo general de asentimiento.

Venus, por otro lado, simbolizado por una profunda muesca, contenía mucha agua.

—Venus... lluvia. Agua... tetraedro... Venus.

También lo comprendieron. El clima de Venus es ideal para patos y sapos, no para tetraedros.

Marston acudió a otro planeta, y sentí cierta tensión. ¡Ellos sabían a dónde apuntaba! Iba a describir las condiciones climatológicas de la Tierra. La mitad de la órbita de la Tierra estaba llena de agua hasta el borde, y la otra mitad bastante húmeda. Movié lentamente la Tierra por su trayectoria, mostrando que seis meses eran húmedos y los otros seis no tan húmedos. Lo recalcó con el tambor:

—Agua... tetraedro... Tierra. Nosotros... tetraedro... agua. Agua... tetraedro... vosotros.

—Una delicada insinuación. Luego, lenta, enfáticamente—: Agua... Venus. Agua... Tierra.

Ahora, la última carta. Puso a Mercurio en su órbita, situó a Venus casi en el extremo opuesto y se detuvo. El gigante asintió. Aquella era la situación actual de los planetas. Dejó la Tierra y se ocupó de Marte. Lo hizo girar por su órbita y lo detuvo. Afirmación. De momento, todo bien. Entonces comprendí su intención, porque cuando colocó la Tierra en su sitio, prácticamente en la misma línea, entre Marte y Mercurio, ¡quedó en la mitad seca de la órbita!

Los cien tetraedros retrocedieron casi un metro en señal de contrariedad. ¡La lluvia que había ahogado prácticamente a todo el ejército era un ejemplo de nuestra estación seca! ¡Por deducción, nuestra verdadera estación lluviosa debía ser el infierno para todos los tetraedros mercurianos!

Marston era un diplomático demasiado bueno para darles esta explicación sin proponer una alternativa. Poco a poco vertió agua sobre Marte. Marte iba provisto de un hueco en el fondo, pues se secó en seguida. En consecuencia, Marte era muy agradable. Pero la Tierra era repulsiva y húmeda, tan desagradable como Venus o peor. A juzgar por la información que Marston comunicó a los tetraedros, éramos una especie de peces superinteligentes. Levantó el tambor para pronunciar una última palabra:

—Tierra... lluvia. Marte... no... lluvia. Nosotros... Tierra. Vosotros... no... Tierra.

Vosotros... ¿Marte? —repitió la pregunta—: ¿Marte? ¿¿¿Marte???

Ejecutó un interminable signo de interrogación, calló, bebió un largo trago de agua de la cantimplora y se zambulló vestido en el lago. Lo seguí y nadamos juntos hasta la otra orilla, poniendo de manifiesto nuestra maestría en el agua. Luego esperamos el resultado. Si todo salía bien, estupendo... De no ser así... al menos se interponía entre nosotros y ellos el lago.

¡Pero salió bien! Durante un rato, el poderoso tetraedro color púrpura real de cinco metros, y sus súbditos púrpura de dos metros y medio, permanecieron inmóviles, en

silencio, meditando. Luego se oyó una breve orden. Los cien regresaron ordenadamente a las esferas y entraron. El gran jefe quedó solo. Vaciló un instante y luego avanzó hasta la orilla del lago. ¡De su cúspide gigantesca salieron rayos blancos que convirtieron las aguas purpúreas en grandes nubes de vapor, levantando una densa muralla de niebla entre nosotros! ¡A través del silbido del vapor llegó su voz atronadora, en un último comentario sobre la invasión de su raza tetraédrica! Marston tradujo en voz baja:

—Agua... tetraedro... Tierra. Vosotros... tetraedro... agua. ¡Nosotros... matar... agua! Vosotros... Tierra. Nosotros... Marte. ¡Marte! —y una larga y quebrada afirmación, un «¡Sí!» infinitamente subrayado.

Agua y Tierra parecían sinónimos, y nosotros nos hallábamos absolutamente cómodos en medio de tan peligroso elemento. Ellos, los tetraedros de Mercurio, podían «matarla», algo que nosotros, según deducían, no podíamos hacer. No admitirían haber sido derrotados por el Hombre o el agua, pero el sistema solar era grande. ¡Podíamos quedarnos con nuestra Tierra empapada! ¡Ellos se iban a Marte!

Más allá de las nubes de «agua muerta» se alzaron dos enormes y gloriosas perlas, maravillosamente iridiscentes bajo los rayos del sol poniente... Subieron y subieron, haciéndose cada vez más pequeñas, hasta desaparecer en el cielo sobre los Andes. Irónicamente, empezaba a llover.

\* \* \*

Como veis, Tetraedros del espacio pertenece a la misma tradición que los cuentos de Meek. El relato se sitúa en América del Sur, y esta vez los salvajes supersticiosos y seres claramente subhumanos son los indios. Cuando el mestizo Valdez es asesinado, el héroe lo entierra y dice que «había sido un ser humano», pero también, «...en parte, era blanco».

P. Schuyler Miller ha escrito la sección de crítica en «Astounding» prácticamente desde que soy escritor. Como le conozco, sé que es una persona liberal y humana, una de las almas más buenas y generosas que he conocido. Esto demuestra hasta qué punto influyen los arquetipos inconscientes; tan arraigados estaban en la novela de aventuras, que incluso Miller fue víctima de ellos.

Lo que me gustaba de este relato e hizo que perdurase en mi recuerdo fue la descripción de seres extraterrestres absolutamente no humanos. Esto no era frecuente en aquella época ni, si a eso vamos, en las variedades más primitivas de la ciencia-ficción actual. En demasiados casos, se supone que los seres inteligentes son humanos si están con los buenos, y humanos degenerados si figuran entre los malos, como ocurría en Submicroscópico.

Además, tenemos la descripción de cómo se multiplican los tetraedros, y del entendimiento final entre las dos especies, que me pareció entonces resuelta con gran maestría... y sigue pareciéndomelo ahora, al releer el cuento.

Otra cosa que recuerdo en relación con este relato se refiere a la palabra «tetraedros». Miller no la define en ningún pasaje del cuento, pero las ilustraciones de Frank R. Paúl (una de ellas en la cubierta de la revista) me mostraron que designaba los cuerpos de cuatro caras triangulares.

Fue la primera vez que leí esa palabra y, naturalmente, nunca la olvidé. La lectura siempre enriquece el vocabulario del lector, pero el leer ciencia-ficción acrecienta automáticamente el vocabulario científico.

Tetraedros del espacio tiene otra característica común de la primitiva ciencia-ficción: la superabundancia de adjetivos. En la primera parte del cuento, sobre todo, cada oración lleva una carga de adjetivos que la hace ampulosa. Esto, con el frecuente hipérbaton y el abuso de exclamaciones, corta el aliento y dificulta la comprensión de la frase.

Para mí, durante mi juventud, para otros durante la suya y para algunos, sospecho, durante toda la vida, esta espesa capa de engrudo adjetival es el distintivo del buen escritor. En efecto, la adjetivitis era muy frecuente en la literatura fantástica de la época, y en escritores tan admirados como A. Merritt, H. P. Lovecraft y Clark Ashton Smith (por mi parte, lamento decir que no los admiré nunca, ni siquiera de joven, cuando tal falta de gusto hubiera sido más pasable).

Clark Ashton Smith, en particular, cultivaba otra aberración literaria, muy interesante también. Empleaba palabras largas y poco usuales como recurso para impresionar a los ingenuos y presumir de gran calidad. En el mismo número que Tetraedros del espacio, por ejemplo, se publicó *Beyond the Singing Flame*, de Smith. Como en este caso Sam Moskowitz me había facilitado el ejemplar completo, me puse a leer el cuento de Smith por aquello de recordar viejos tiempos.

En el segundo párrafo descubrí que empleaba «verídico» cuando quería decir «sincero», y ya no leí más. Si, «verídico» puede significar «sincero», pero no se me ocurre ninguna aplicación (excepto en jergas de especialistas) en que «sincero» no sea decididamente preferible.

En mis primeros ensayos quise imitar estas florituras adjetivales. Mi estilo era de lo más retorcido cuando aún no había publicado nada. Parte de esa grasa se fundió por sí sola cuando empecé a publicar, y al correr de los años mis textos van quedando cada vez más desprovistos de adornos. No me arrepiento de ello.

Hacia 1931, mi afición a la ciencia-ficción desbordó de modo incontenible. Empecé a repetir a otros los cuentos que había leído. Recuerdo claramente que imitaba a mi amigo el cuentista de hacía tres años. Pero ahora era yo quien disponía de un público.

Naturalmente, los cuentos no eran míos, ni yo pretendía hacer creer que lo fuesen. Nunca dejaba de advertir que los había leído en revistas de ciencia-ficción. Mis compañeros, al igual que yo, no podían pagar esas revistas, y por eso me escuchaban.

En cuanto a mí, descubrí por primera vez en mi vida que me gustaba tener un público y que sabía hablar ante un grupo de personas, aunque algunas me fuesen desconocidas, sin ponerme nervioso. (Fue un descubrimiento útil, pues veinte años más tarde me convertí en un conferenciante profesional y ello me permitió cobrar, a veces, honorarios muy respetables. Estoy seguro de que la experiencia y el entrenamiento de mi infancia contribuyeron a ello.)

Recuerdo cómo me sentaba en la acera delante de la escuela, con un auditorio de dos a diez jóvenes que escuchaban atentamente mientras yo repetía lo que había leído, adornándolo con todos los embellecimientos personales que se me ocurrían.

Y el cuento que estoy más seguro de haber relatado así es *El mundo del Sol rojo*, de Clifford D. Simak, publicado en «Wonder Stories» de diciembre de 1931.

## EL MUNDO DEL SOL ROJO

Clifford D. Simak

—¿Preparado, Bill? —preguntó Harl Swanson. Bill Kressman asintió—. ¡Entonces, envía un beso de despedida a mil novecientos treinta y cinco —gritó el gigante sueco y movió la palanca.

La máquina se estremeció violentamente y luego permaneció inmóvil en una oscuridad total. En un abrir y cerrar de ojos, la brillante luz del sol se extinguió y una oscuridad negra como boca de lobo, una negrura pintada con el pincel del demonio, envolvió a los dos hombres.

Las luces eléctricas iluminaban los cuadros de instrumentos, pero la iluminación era débil comparada con la densa oscuridad que entraba por las ventanillas de cuarzo de la máquina.

El cambio repentino desconcertó a Bill. Estaba preparado para algo, para algún tipo de cambio, pero no para aquello. Se incorporó a medias, y luego se dejó caer en el asiento.

Harl lo observó y sonrió.

—¿Asustado? —bromeó.

—Diantre, no —dijo Bill.

—Compañero, estás viajando a través del tiempo —agregó Harl—. Ya no estás en el espacio. Nos lleva una corriente de tiempo. El espacio se ha curvado a tu alrededor. No puedes viajar por el tiempo mientras te hallas en el espacio, pues éste impone al tiempo un paso medido: hasta aquí y no más. Pero si incurvas el espacio a tu alrededor, podrás viajar en el tiempo. Y cuando se sale del espacio no hay absolutamente ninguna luz, sino una total oscuridad, como tampoco hay gravedad, ni ninguno de los fenómenos físicos normales.

Bill asintió. Lo habían repasado antes muchas, muchas veces. Construcción de una doble pared reforzada, capaz de soportar el vacío donde sería lanzada la nave al mover la palanca que la sacaría del espacio y la introduciría en la corriente de tiempo. Un aislante para protegerla frente al cero absoluto que reina donde no puede existir el calor. Rejillas gravitatorias en el piso, de modo que pudieran orientarse cuando estuvieran en esa nada donde no hay gravedad. Un complicado sistema de calefacción para calentar los motores, para impedir que se congelaran la gasolina, el aceite y el agua. Poderosos generadores de atmósfera para suministrar aire a los pasajeros y a los motores.

Había representado diez años de trabajo y una suma de dinero que alcanzaba siete cifras. Se habían equivocado una y otra vez, habían fracasado otras tantas. Los hallazgos que realizaban durante su investigación habrían transformado el mundo y revolucionado la industria, pero ellos no dijeron una palabra a nadie. Sólo les importaba una cosa: viajar a través del tiempo.

Los dos jóvenes científicos habían consagrado todos sus esfuerzos a viajar hacia el futuro, a ahondar en el pasado, a dominar el tiempo. Por fin, tenían el éxito a su alcance.

En 1933 lograron su propósito. Dedicaron varios meses a realizar experimentos y construir la combinación de aparato volador y máquina del tiempo.

Lanzaron aeronaves en miniatura, con las máquinas de tiempo también en miniatura preparadas para funcionar automáticamente; volaban por el laboratorio y finalmente desaparecían. Tal vez en aquel mismo momento giraban en torbellino a través de eras inimaginadas.

Lograron construir una pequeña máquina del tiempo, preparada para viajar un mes hacia el futuro... Casi exactamente un mes después, aquélla se materializó en el suelo del laboratorio, a donde regresó después de su viaje a través del tiempo. ¡Fue la prueba decisiva! La posibilidad de viajar por el tiempo quedaba demostrada sin lugar a dudas.

Ahora Harl Swanson y Bill Kressman viajaban por la corriente de tiempo. En la calle, la multitud había lanzado un grito de asombro cuando vio que el gigantesco avión trimotor desaparecía de improviso en el aire.

Harl se acercó al tablero de instrumentos. Sus vigilantes oídos escuchaban el ronquido de los tres motores pues, no obstante las muchas precauciones tomadas para protegerlos, los dedos inexorables del cero absoluto se aferraban al vibrante metal.

El medio era peligroso, pero el único factible. Si hubieran permanecido a nivel del suelo para penetrar en la corriente de tiempo, al detenerse quizá se habrían visto, tanto ellos como la máquina, sepultados por algún desplazamiento de tierras, o tal vez se habría edificado sobre ellos un rascacielos, o se hallarían en el fondo de un canal.

En el aire estaban a salvo de cuanto pudiera suceder sobre la capa de la tierra a lo largo de los siglos que recorrían a una velocidad casi increíble. Estaban bien lanzados a través del tiempo.

Además, el avión les serviría como medio de transporte cuando salieran a la época futura, abandonando la corriente de tiempo para regresar al espacio. Y quizá también como medio de huida, ya que era imposible prever lo que iba a ocurrir algunos milenios más tarde.

Los motores fallaban cada vez más. Estaban funcionando al mínimo; puestos a todo gas habrían despedazado las hélices.

Sin embargo, era preciso calentarlos. De lo contrario, dejarían de funcionar. Sería catastrófico regresar al espacio con los tres motores inservibles. De tal accidente, ninguno de los dos tendría muchas posibilidades de salir vivo.

—¡Acelera, Bill! —gritó Harl con voz tensa.

Bill accionó poco a poco el acelerador. Los motores protestaron, tosieron chispas, y luego volvieron a ronronear con regularidad. El sonido podía oírse desde la cabina gracias a la atmósfera artificial. En la corriente de tiempo no existía el sonido.

Harl prestó atención, inquieto, deseando con todas sus fuerzas que las hélices resistieran.

Bill redujo gas y los motores, puestos de nuevo al mínimo, funcionaron satisfactoriamente.

Harl miró la hora en su reloj de pulsera. Aunque se hallaban en un tránsito donde el tiempo real no se medía con relojes, la máquina aún desgranaba los segundos y minutos del espacio-tiempo normal.

Habían salido hacía ocho minutos. Siete minutos más y pasarían del tiempo al espacio.

Quince minutos era lo máximo que los torturados motores podían soportar expuestos al intenso frío y al vacío.

Miró el cuadrante que indicaba el tiempo. Marcaba el dos mil ochocientos dieciséis. Habían viajado dos mil ochocientos dieciséis años hacia el futuro. Sobrepararían los cinco mil cuando se cumplieran los quince minutos.

Bill le tocó el brazo.

—¿Estás seguro de que seguimos sobrevolando Denver?

Harl rió entre dientes.

—De no ser así, tal vez nos hallemos a miles de millones de kilómetros en el espacio. Era un riesgo que debíamos correr. De acuerdo con todos los experimentos, hemos de regresar exactamente a la misma posición donde nos hallábamos cuando entramos en la corriente de tiempo. Ocupamos un agujero en el espacio. Debe seguir siendo el mismo.

Empezaron a sentir dolores en los pulmones. O fallaban los generadores de atmósfera, o las fugas de aire hacia el vacío eran más importantes de lo que habían supuesto. Innegablemente, el aire se enrarecía cada vez más. Sin embargo, los motores aún funcionaban bien. Debía tratarse de una falta de estanqueidad en la cabina.

—¿Cuánto llevamos? —gritó Bill.

Harl miró la hora.

—Doce minutos —informó.

La escala de tiempo marcaba cuatro mil doscientos veinticuatro.

—Tres minutos aún —agregó Bill—. Creo que podremos resistir. Los motores funcionan bien. Pero hace cada vez más frío, y el aire está bastante enrarecido.

—Hay una fuga —dijo Harl, quejumbroso.

Los minutos parecían interminables.

Bill intentó pensar. Teóricamente, estaban sobre la ciudad de Denver. Hacía menos de un cuarto de hora habían estado en 1935, y ahora los años pasaban a velocidad de relámpago, una velocidad superior a los trescientos cincuenta años por cada espacio-minuto. Debían hallarse aproximadamente en el año 6450.

Se miró las manos. Las tema azules. El frío era muy intenso en la cabina. Perdían el calor con demasiada rapidez. Les costaba respirar. El aire estaba enrarecido, y eso podía ser peligroso. ¿Y si sufrían un desmayo? Entonces se congelarían y viajarían eternamente a través del tiempo. Cadáveres congelados vagabundeando por espacio de milenios. La tierra que sobrevolaban se disolvería en el espacio. Podrían formarse nuevos mundos y nacer nuevas galaxias mientras ellos flotaban en la corriente de tiempo. La aguja del indicador de tiempo llegaría a tope, se doblaría y seguiría desviándose hasta tropezar con el marco de la escala, donde seguiría pegada intentando registrar el paso de los años.

Se frotó las manos y miró el indicador. Marcaba el cinco mil quinientos dieciséis.

—Quince segundos —tartamudeó Harl, castañeteándole los dientes, con la mano derecha en la palanca y el reloj de pulsera a la vista.

Bill apoyó las manos en el volante.

—¡Ahora! —gritó Harl.

Desvió la palanca y se vieron colgados en el cielo.

Harl lanzó un grito de asombro.

Era el crepúsculo.

Abajo se veían las ruinas de una gran ciudad. Hacia el este aparecía el océano, limitado por un lúgubre horizonte. La playa era un desierto de dunas.

Los motores, al recobrar su temperatura de régimen, rugieron poderosamente.

—¿Dónde estamos? —sollozó Harl.

Bill meneó la cabeza.

—No es Denver —agregó Harl.

—Desde luego, no lo parece —admitió Bill, entrechocando todavía los dientes.

Voló en círculo para calentar los motores.

Abajo no se divisaba el menor rastro de humanidad.

Los motores lanzaron un ronco desafío a las arenas desiertas y, bajo la guía de Bill, la máquina inició un lento descenso hacia un arenal llano, cerca de la más destacada de las ruinas de piedra blanca.

Aterrizó levantando torbellinos de arena, se elevó, y después de un rebote consiguió detener el aparato.

Bill apagó los motores.

—Hemos llegado —dijo.

Harl estiró las piernas con desgana.

Bill miró la escala de tiempo. Marcaba cinco mil seiscientos veintiséis.

—Estamos en el año siete mil quinientos sesenta y uno —dijo lenta y pensativamente.

—¿Tienes tu pistola? —inquirió Harl.

Bill se llevó la mano a un costado y notó el tacto tranquilizador de la 45 guardada en su funda.

—La tengo —respondió.



—De acuerdo. Salgamos.

Harl abrió la escotilla y salieron. La arena crujió bajo sus botas.

Harl dio vuelta a la llave en la cerradura de la escotilla y enganchó el llavero a su cinturón.

—Menudo problema si pierdo las llaves —comentó.

Un viento frío soplaba sobre el desierto, ululaba entre las ruinas, levantando nubes de arena fina y áspera. Pese a sus gruesas ropas de abrigo, los exploradores del tiempo tiritaban.

Harl tomó del brazo a Bill y señaló el horizonte, al este.

Allí flotaba una inmensa bola de color rojo mate.

Bill quedó atónito.

—El Sol —comentó.

—Sí, el Sol —corroboró Harl.

Se miraron en la penumbra.

—Entonces, no es el año siete mil quinientos sesenta y uno —balbuceó Bill.

—No; seguramente es el setecientos cincuenta mil, o tal vez más.

—Entonces, el indicador ha fallado.

—Sí, ha fallado terriblemente. Hemos viajado a través del tiempo mil veces más rápido de lo que creíamos.

Guardaron silencio y contemplaron el paisaje que los rodeaba. Sólo vieron ruinas que se elevaban centenares de metros sobre las arenas. Eran ruinas de nobles proporciones, la mayoría de las cuales expresaban un arte arquitectónico maravilloso, que el siglo veinte no habría sido capaz de crear. La piedra era de una blancura nívea y resplandecía maravillosamente bajo un crepúsculo que los débiles rayos de un gran Sol color ladrillo no conseguían despejar.

—La escala de tiempo media milenios, y no años como creíamos —dijo Bill, pensativo.

Harl asintió con tristeza.

—Es posible —agregó. Por lo que sabemos, igual ha registrado decenas de milenios.

Un ser parecido a un perro, de pelaje gris opaco y de cola caída, se destacó un instante tras uno de los médanos y luego desapareció.

—Éstas son las ruinas de Denver —afirmó Harl—. El mar que hemos visto debe cubrir todo el este de Norteamérica. Es posible que las Montañas Rocosas sean las únicas tierras no sumergidas, formando una zona desértica. Sí, tal vez hayamos recorrido setecientos mil años, tal vez siete millones.

—¿Y la raza humana? ¿Crees que queda alguien? —inquirió Bill.

—Probablemente. El hombre es un animal resistente. No se deja matar así como así, y sabe adaptarse a prácticamente cualquier ambiente. Ten en cuenta que este cambio ha ocurrido poco a poco.

Bill se volvió y su grito resonó en los oídos de Harl, quien le imitó.

Una horda abigarrada de hombres corría hacia ellos, saltando sobre las dunas. Vestían pieles y, aunque no llevaban armas, cargaron sobre ambos con aparente intención hostil.

Harl sacó rápidamente la pistola de su funda. Su fuerte mano aferró el arma y su dedo encontró el gatillo. El robusto revólver de seis tiros le comunicó una sensación de seguridad.

Los hombres, con las pieles al aire por efecto de la carrera, estaban a menos de cien metros. Lanzaron alaridos terribles que helaban la sangre, y ya no hubo duda de que eran enemigos.

No portaban armas. Harl sonrió. Les darían su merecido. El grupo estaba compuesto de unos cincuenta. Era mucha superioridad numérica, pero no demasiada.

—Vamos a enviarles un regalo —le dijo a Bill.

Los dos revólveres ladraron. Se produjo cierta confusión entre las filas de los atacantes, pero siguieron avanzando, dejando a dos de los suyos en el suelo. Los dos 45 volvieron a ladrar, escupiendo llamas.

Algunos hombres se tambalearon, gritando, y cayeron. Los demás saltaron por encima de los caídos y siguieron corriendo. Parecía que nada podía detenerlos. Estaban a menos de quince metros.

Las pistolas estaban descargadas. Ambos sacaron rápidamente cartuchos de los cinturones y las recargaron.

Antes de que pudieran disparar, el grupo se abalanzó sobre ellos. Bill apuntó a la cara de un enemigo que corría y disparó. Tuvo que apartarse rápidamente para evitar que le derribase al caer. Un puño cerrado golpeó su cabeza, y Bill cayó de rodillas. En esa posición aún perforó a otros dos enemigos que lo acorralaban antes de que se precipitasen sobre él.

Entre el tumulto oyó el rugido del arma de Harl.

Sintió que le asían muchas manos y los cuerpos le aplastaban. Luchó ciega y desesperadamente.

Peleó con las manos, con los pies y hasta con los dientes. Notó que algunos cuerpos caían bajo sus golpes, y que tenía sangre en las manos. La arena aventada por innumerables pies se le metió en la nariz y los ojos, ahogándolo casi, cegándolo.

Dos metros más allá, Harl luchada lo mismo que su compañero. Como les habían arrebatado las armas, tuvieron que recurrir a las primitivas técnicas de lucha de sus antepasados.

Les pareció que la batalla con sus agresores duraba minutos, pero en realidad no fueron sino segundos hasta que se vieron dominados por el número de adversarios, que les ataron fuertemente de manos y pies con correas, y los dejaron allí empaquetados, como dos pollos preparados para el asador.

—¿Estás herido, Bill? —preguntó Harl.

—No —dijo Bill—. Un poco sobado nada más.

—Yo también —aseguró Harl.

Se tumbaron de espaldas y contemplaron el cielo. Sus enemigos se alejaron para agolparse alrededor del avión.

Entonces oyeron fuertes golpes. Evidentemente, sus contrarios estaban tratando de forzar la escotilla del aparato.

—Que golpeen —dijo Harl—. No podrán romper nada.

—Las hélices —señaló Bill.

Cuando se cansaron de golpear, los hombres regresaron, desataron los pies de los cautivos y los ayudaron a incorporarse.

Así tuvieron oportunidad de contemplar a sus adversarios. Eran hombres altos, bien proporcionados, de miembros fuertes. Parecían bien alimentados. Por lo demás, tenían un aspecto manifiestamente primitivo. Llevaban el pelo burdamente cortado y barbas mal afeitadas. Se movían con indolencia, arrastrando los pies por la arena, con la actitud de quien lleva una existencia sin sentido. Vestían pieles bien curtidas, pero no demasiado limpias. No llevaban armas y su mirada era la de unos seres furtivos, temerosos e inquietos, como bestias de caza siempre al acecho del peligro.

—¡Andando! —dijo uno, un tipo alto, de saliente dentadura. Esa única palabra fue pronunciada en inglés, con una pronunciación algo distinta de la del siglo veinte, pero en buen inglés.

Echaron a andar, flanqueados por los desconocidos, quienes les condujeron hacia la dirección por donde habían llegado los hombres del futuro. Pasaron junto a los muertos

sin hacer caso; los camaradas de los caídos dejaron atrás los cuerpos exánimes sin dirigirles apenas una mirada. Por lo visto, la vida de un hombre no valía gran cosa en aquel lugar.

## 2 - Ordenes de Golan-Kirt

Caminaron entre ruinas monstruosas. Los hombres conversaban entre sí y, aunque lo hacían en inglés, empleaban muchas palabras desconocidas y hablaban con tan mal acento, que los dos prisioneros apenas les entendían.

Llegaron a lo que parecía una calle entre hileras de ruinas. En ese momento aparecieron otros humanos, entre ellos mujeres y niños. Todos miraban a los cautivos y chapurreaban excitadamente.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó Bill al que caminaba a su lado. El hombre se pasó los dedos por la barba y escupió en la arena.

—Al circo —respondió, hablando despacio para que el hombre del siglo veinte pudiera comprender sus palabras.

—¿Para qué? —silabeó Bill a su vez.

—Los juegos —dijo lacónico el hombre, como si le molestaran las preguntas.

—¿Qué son los juegos? —inquirió Harl.

—Pronto lo sabrás. Hoy a mediodía es el espectáculo —gruñó otro.

La respuesta provocó una brutal carcajada entre los demás.

—Lo sabrán cuando se enfrenten con los esbirros de Golan-Kirt —cacareó una voz.

—¡Los esbirros de Golan-Kirt! —exclamó Harl.

—¡Quieta esa lengua! —espetó el hombre de la dentadura saliente—, o te la arrancaremos de la boca.

Los dos viajeros del tiempo no hicieron más preguntas.

Avanzaron. Aunque la arena estaba apisonada, hacía dificultosa la marcha, y les dolían las piernas. Afortunadamente, los hombres del futuro no apretaron el paso y parecían tomarse el asunto con calma.

Un nutrido grupo de niños acompañaba la procesión, contemplando a los hombres del siglo veinte y haciendo burla de ellos con sus voces estridentes. Cuando se acercaban demasiado o molestaban con sus gritos, eran empujados a un lado por los guardias.

Luego treparon durante unos quince minutos por una pendiente arenosa. Al llegar arriba vieron el circo, que se alzaba en una hondonada. Se trataba de un gran ruedo descubierto que, al parecer, se había salvado de la destrucción sufrida por el resto de la ciudad. Se habían hecho reparaciones en él, como ponía de manifiesto la tosquedad de la obra en algunos lugares.

Aquella construcción circular tendría un diámetro de unos ochocientos metros. Era de piedra totalmente blanca, como el resto de la ciudad en ruinas.

Los dos hombres del siglo veinte lanzaron una exclamación al comprobar sus dimensiones descomunales.

Pero no tuvieron mucho tiempo para contemplar el edificio, pues sus adversarios los obligaron a seguir. Bajaron poco a poco hacia el edificio y, conducidos por los hombres del futuro, pasaron por uno de los grandes arcos de la entrada al interior del ruedo.

La arena estaba rodeada de gradas capaces para muchos miles de espectadores. Al otro lado del ruedo se distinguía una hilera de jaulas de acero, emplazadas debajo del graderío.

Los hombres del futuro los apremiaron para que siguieran avanzando.

—Está visto que nos van a encerrar —comentó Bill.

El de la dentadura saliente rió como si hubiera oído un chiste magnífico.

—No será por mucho tiempo —dijo.

Cuando se acercaron a las jaulas vieron que algunas estaban ocupadas. Los hombres se aferraban a los barrotes para ver mejor al grupo que cruzaba el círculo de arena. Otros se quedaron sentados, sin prestar atención, observando a los que se acercaban con escaso o nulo interés. Los hombres del siglo veinte repararon en que muchos mostraban señales de un prolongado encarcelamiento.

La columna hizo alto ante una de las celdas. Uno de los hombres del futuro se acercó a la puerta de la jaula y la abrió con una gran llave. Mientras la puerta rechinaba sobre sus goznes oxidados, los demás se apoderaron de los hombres del siglo veinte, les desataron las manos y los empujaron sin miramientos al interior de la prisión. La puerta hizo un ruido hueco y retumbante, y la llave chirrió en la cerradura.

Se levantaron de entre la suciedad y la basura que cubrían el suelo de la celda, agachándose para observar a los hombres del futuro, que cruzaban el ruedo para luego volverse por donde habían venido.

—Estamos lucidos, me parece —comentó Bill.

Harl sacó un paquete de cigarrillos.

—Enciende —dijo gruñonamente.

Encendieron los cigarrillos. El humo de un tabaco cosechado en 1935 flotó sobre la celda, elevándose por encima de las ruinas de lo que había sido la ciudad de Denver, sobre la cual brillaba un sol moribundo.

Fumaron y luego apagaron los cigarrillos en la arena. Harl se puso en pie e inició una minuciosa inspección de la celda. Bill lo imitó. La examinaron centímetro a centímetro, pero era inexpugnable. Con excepción de la puerta de hierro, estaba hecha de gruesa mampostería. Un repaso a la puerta de hierro tampoco les dio más esperanzas. Volvieron a agacharse.

Harl consultó su reloj de pulsera.

—Hace seis horas que llegamos —dijo— y, a juzgar por la longitud de las sombras, todavía es de mañana, y eso que el sol estaba bastante alto cuando llegamos.

—Los días son más largos que en mil novecientos treinta y cinco —explicó Bill—. La Tierra gira más despacio. Tal vez aquí los días sean de treinta y cuatro horas, o aún más largos.

—¡Escucha! —exclamó Harl en voz baja.

Unas voces llegaban a sus oídos. Escucharon atentamente. El áspero rechinar del acero se confundía con el ruido de voces, que parecían provenir del lado derecho e iban acercándose.

—¡Si tuviéramos nuestras armas! —gimió Harl.

El clamor estaba cerca, y parecía haber llegado casi a su lado.

—Son los prisioneros —jadeó Bill—. Debe ser la hora del rancho, o algo por el estilo.

Su suposición era acertada.

Un anciano apareció frente a la puerta. Iba encorvado, y una larga barba blanca caía sobre su flaco pecho. Su larga cabellera ondeaba majestuosamente hasta los hombros. En una mano llevaba un cántaro de cuatro litros de capacidad y una gran hogaza de pan.

Pero Harl y Bill no se fijaron en el pan ni en el cántaro. En su taparrabos, junto a un macizo llavero, llevaba las dos pistolas.

Dejó en el suelo el cántaro y la hogaza, e hizo sonar las llaves. Eligió una y abrió una especie de gatera en la parte inferior de la puerta, por donde introdujo en la celda el cántaro y el pan.

Los dos prisioneros cambiaron una mirada. A ambos se les había ocurrido la misma idea. Cuando el anciano se acercase a la puerta, bastaría sujetarlo. Si lograban apoderarse de sus armas, tendrían una posibilidad de abrirse paso hasta la nave.

Entonces vieron que el anciano se sacaba las armas del taparrabos.

Los viajeros del tiempo, sorprendidos, contuvieron la respiración cuando vieron que las colocaba junto al cántaro y la hogaza de pan.

—Órdenes de Golan-Kirt —murmuró a modo de explicación—. Ha venido en persona a presenciar los juegos. Ordenó que las armas fueran devueltas. Darán más interés a los juegos.

—¡Más interés! —se burló Harl, meciéndose lentamente sobre las puntas de los pies.

Los hombres del futuro parecían no poseer ninguna clase de armas, y por lo visto menospreciaban el mortífero poder de las de fuego.

—¿Golan-Kirt? —preguntó Bill, aparentando indiferencia.

El anciano pareció notar su presencia por primera vez.

—Sí —repuso—. ¿No sabéis nada de Golan-Kirt? ¿El-que-vino-del-Cosmos?

—No —dijo Bill.

—Entonces ¿será verdad lo que ha llegado a mis oídos acerca de vosotros? —preguntó el anciano.

—¿Qué has oído?

—Que vinisteis del tiempo —replicó el anciano—, en una gran máquina.

—Es verdad —explicó Mari—. Somos del siglo veinte.

El viejo meneó lentamente la cabeza.

—No sé nada del siglo veinte.

—¡Tú qué vas a saber! —exclamó Harl—. Ha debido pasar cerca de un millón de años.

El anciano volvió a menear la cabeza.

—¿Años? —preguntó—. ¿Qué son años?

Harl se quedó sin habla.

—El año es una medida de tiempo —explicó luego.

—El tiempo no puede medirse —afirmó el anciano muy convencido.

—Los del siglo veinte lo medimos —objetó Harl.

—El que crea que puede medir el tiempo es un tonto —el hombre del futuro no daba su brazo a torcer.

Harl alargó la mano con la palma hacia abajo, y mostró su reloj de pulsera.

—Esto mide el tiempo —declaró.

El anciano apenas se molestó en mirar.

—Eso es una tontería de máquina, y no tiene nada que ver con el tiempo —dijo.

Bill le tocó el brazo a su amigo para advertirle que no insistiera.

—Un año —explicó, hablando despacio— es la palabra que empleamos para designar una revolución de la Tierra alrededor del Sol.

—Conque eso es lo que significa —dijo el anciano—. ¿Por qué no lo decías desde el principio? No obstante, el movimiento de la Tierra no depende del tiempo. El tiempo es meramente relativo.

—Somos de una época en que la Tierra era muy distinta —agregó Bill—. ¿Sabrías decirnos cuántas revoluciones ha dado la Tierra desde entonces?

—¿Cómo puedo hacerlo, si hablamos con palabras que nadie entiende? —preguntó el anciano—. Sólo puedo decirnos que, desde que Golan-Kirt llegó del Cosmos, la Tierra ha descrito su círculo alrededor del Sol más de cinco millones de veces.

¡Cinco millones de veces! ¡Cinco millones de años! Cinco millones de años a contar desde un acontecimiento que ellos no conocían, y que quizá no ocurrió sino varios millones de años después del siglo veinte. ¡Cinco millones de años en el futuro, como mínimo, y sin poder averiguar cuántos más!

El cuadrante había fallado. ¡Hasta aquel momento no habían imaginado ni siquiera remotamente hasta qué punto les engañó!

El siglo veinte. Esa expresión tenía un sonido remoto, un significado irreal. En aquella era, donde el Sol era una bola color ladrillo y la ciudad de Denver un montón de ruinas, el siglo veinte no representaba sino un instante olvidado en la gran marcha del tiempo, algo tan lejano como la era en que el hombre se diferenció de los animales.

—¿El Sol ha estado siempre así? —preguntó Harl.

El anciano negó con la cabeza.

—Nuestros sabios cuentan que en otra época el Sol era tan ardiente que dañaba los ojos. También dicen que se está enfriando, y que en el futuro no dará luz ni calor —el



anciano se encogió de hombros—. Claro que todos los hombres habrán muerto antes de que eso suceda.

El anciano cerró el postigo y le echó llave. Cuando se volvía para alejarse, Harl le gritó:

—¡Espera!

El viejo los miró.

—¿Qué quieres? —gruñó por entre sus barbas, medio enojado.

—Siéntate, amigo —pidió Harl—. Nos gustaría hablar un rato más contigo.

El viejo vaciló, hizo intención de irse y luego se quedó.

—Somos de la época en que el Sol dañaba los ojos. Hemos conocido Denver como una gran ciudad floreciente. En esta tierra hemos visto crecer la hierba y caer la lluvia. Donde ahora está el mar, había extensas llanuras —dijo Harl.

El anciano se dejó caer sobre la arena frente a la celda. Sus ojos brillaban de curiosidad febril, y se aferró a los barrotes de hierro con sus descarnadas manos.

—¡Habéis conocido la juventud del mundo! —gritó—. Conocisteis la hierba verde y la lluvia. Aquí casi nunca llueve.

—Todo eso hemos visto —le aseguró Harl—. Pero nos gustaría saber por qué nos han tratado como a enemigos. Veníamos en son de paz, creyendo hallar amigos, aunque prevenidos para la guerra.

—¡Ay! Prevenidos para la guerra... —dijo el anciano con voz temblorosa, mirando las pistolas—. Ésas son armas nobles. He sabido que sembrasteis la playa de muertos antes de que os prendieran.

—Pero, ¿por qué no fuimos tratados como amigos? —insistió Harl.

—Aquí no hay amigos —cacareó el viejo—. No los hay desde que llegó Golan-Kirt. Todos somos enemigos los unos de los otros.

—¿Quién es Golan-Kirt?

—Golan-Kirt descendió del Cosmos para gobernar el mundo —respondió el viejo como si recitara una lección—. No es Hombre ni Bestia. Desconoce el bien. Odia y odia. Es el Mal en estado puro. Porque, al fin y al cabo, no hay amistad ni bondad en el Universo. Nada demuestra que el Cosmos sea benévolo. En tiempos, nuestros antepasados creían en el amor. Era una falacia. El Mal es más fuerte que el Bien.

—Dime, ¿has visto alguna vez a Golan-Kirt? —preguntó Bill, acercándose a los barrotes.

—Si, por desgracia.

—Háblanos de él —lo apremió Bill.

—No puedo —había un pánico cerval en los ojos del anciano—. ¡No puedo!

Se acercó a la puerta, y su voz se convirtió en un susurro temeroso:

—Voy a deciros una cosa, peregrinos del tiempo. Él es odiado porque predica el odio. Le obedecemos porque no hay más remedio. Domina nuestras mentes a su antojo. Nos gobierna únicamente por medio de la sugestión. No es inmortal. Teme a la muerte... tiene miedo. Hay recursos, si se hallase a alguien con el valor...

El rostro del anciano palideció y una expresión de horror asomó a su mirada. Sus músculos se agarrotaron y sus manos se aferraron como garfios a los barrotes. Se derrumbó contra la puerta, ahogándose.

Le oyeron susurrar débilmente, con palabras entrecortadas:

—Golan-Kirt... vuestras armas... no creáis nada... cerrad vuestras mentes a toda sugestión... —Se detuvo, exhausto, y haciendo un esfuerzo prosiguió con voz débil—: He luchado... he vencido... he conseguido hablar... él... me ha matado... con vosotros no podrá... ahora que... sabéis... —El anciano estaba a punto de morir. Con los ojos muy abiertos vieron cómo luchaba por ganar tiempo—. Vuestras armas... lo matarán... para alguien que no... cree en él... será fácil matarlo... él es un...

El hilo de voz se quebró y el viejo cayó lentamente sobre la arena, delante de la celda.

Los expedicionarios contemplaron el cuerpo caído.

—¡Muerte por sugestión! —exclamó Harl.

Bill asintió.

—Era un hombre valiente —dijo.

Harl miró con atención el cadáver. Sus ojos se animaron al ver el llavero. Arrodillándose, alargó el brazo y tiró del cadáver. Sus dedos alcanzaron el llavero y lo arrancaron del cinto.

—Nos vamos a casa —dijo.

—Y antes de irnos daremos cuenta del Gran Jefe —agregó Bill.

Recogió las armas del suelo y metió cartuchos nuevos en los tambores. Harl hizo sonar las llaves y fue probándolas hasta acertar con la que servía. La cerradura rechinó y la puerta se abrió con estrépito.

Salieron rápidamente de la celda. Hicieron alto un momento ante el cadáver del anciano, en silencioso homenaje. Los hombres del siglo veinte se quitaron los cascos para rendir honores a un hombre que había sido un héroe, que había arrojado su odio a la cara de

aquella terrible entidad que predicaba el odio. Aunque el aviso del anciano no había sido muy explícito, los ponía en guardia y les indicaba lo que debían evitar.

Al volverse, lanzaron una involuntaria exclamación de sorpresa. Un gran número de hombres del futuro estaban entrando en el circo y se apresuraban a ocupar sus asientos. Un inmenso clamor —la voz de las multitudes— llegó a sus oídos. El populacho se congregaba para presenciar los juegos.

—Esto puede complicar las cosas —dijo Bill.

—No lo creo —respondió Harl—. El que cuenta es Golan-Kirt. De todos modos tendremos que vérnoslas con él. Esa gente no importa. He creído entender que ejerce un poder absoluto sobre ellos. Al eliminar ese poder, tal vez cambiarán las costumbres y la psicología de esos hombres del futuro.

—Así, lucharemos contra Golan-Kirt y luego veremos qué pasa —agregó Bill.

—El hombre que nos capturó dijo algo de sus esbirros —comentó Harl, pensativo.

Puede que sea capaz de provocar alucinaciones —aventuró Bill—. Tal vez puede hacerles creer en algo que no existe. En ese caso, la gente creería naturalmente que son criaturas que están a su disposición.

—Pero el viejo lo sabía —objetó Harl—. Sabía que todo era mera sugestión. Si toda esa gente lo supiera, la tiranía de Golan-Kirt concluiría bruscamente. Dejarían de creer en su omnipotencia. Sin esa fe, la sugestión que le permite dominar resultaría imposible.

—El anciano lo supo de algún modo misterioso, y pagó con su vida por divulgarlo —afirmó Bill—. Pero no lo sabía todo. Creía que esa entidad procede del Cosmos.

Harl meneó la cabeza, pensativo.

—Tal vez sea cierto que llegó del Cosmos. Recuerda que estamos a cinco millones de años en el futuro, como mínimo. Supongo que será de gran inteligencia. Es un ser material, pues el anciano afirmó que lo había visto; eso facilitará nuestra tarea.

—El anciano dijo que no era inmortal —comentó Bill—. Por tanto, es vulnerable y tal vez nuestras armas puedan dar cuenta de él. Y otra cosa: no vamos a creer nada de lo que podamos sentir, oír o ver. Parece que él domina por medio de la sugestión, exclusivamente. Intentará matarnos por sugestión, como mató al anciano.

Harl asintió.

—Es cuestión de fuerza de voluntad —dijo—. Una cuestión de cerebro y fanfarronería. Es evidente que la fuerza de voluntad de estas personas ha degenerado, y a Golan-Kirt le resulta fácil dominar sus mentes. Nacen, viven y mueren bajo su influencia. El aceptar su poder casi ha llegado a ser hereditario. Poseemos la ventaja de venir de una edad en que los hombres estaban obligados a utilizar su propio cerebro. Tal vez la mente humana degeneró debido a que, mientras la ciencia aumentaba la comodidad de la vida, disminuía la necesidad de pensar. Tal vez queden aún algunas mentes lúcidas, pero está

claro que deben ser pocas. Nosotros somos desconfiados, intrigantes, fanfarrones. A Golan-Kirt le resultaremos más duros de pelar que los hombres del futuro.

### 3 - La lucha de las edades

Bill sacó los cigarrillos y ambos fumaron. Cruzaron poco a poco el enorme ruedo, con las pistolas en la derecha. La gente seguía entrando y las gradas se llenaban.

Un rugido surgió del graderío que tenían en frente. Lo reconocieron. Era el grito de la plebe, el grito que pedía sangre, la expresión del deseo de presenciar una buena pelea.

Harl sonrió.

—Ahí tenemos a nuestros hinchas —comentó.

Cada vez llegaban más espectadores al ruedo, pero resultaba evidente que los habitantes de la ciudad en ruinas no llegarían a ocupar sino una parte muy pequeña del inmenso circo.

Los dos parecían perdidos en aquel enorme espacio. Sobre ellos, casi en el cenit, se veía el gran sol rojo. Los exploradores del tiempo parecían caminar por un desierto en penumbra limitado por enormes precipicios blancos.

—Denver debía ser una gran ciudad cuando se construyó este edificio —comentó Bill—. Figúrate cuántas personas cabrían ahí. ¿Adivinas para qué les serviría?

—Probablemente no lo sabremos nunca —respondió Harl.

Habían llegado aproximadamente al centro del ruedo.

Harl se detuvo.

—He pensado una cosa —dijo—. Me parece que tendremos buenas probabilidades contra Golan-Kirt. Durante los últimos quince minutos, todos nuestros pensamientos lo han desafiado abiertamente, pero no ha intentado aniquilarnos. Es posible que esté esperando su oportunidad. Pero empiezo a creer que no puede leer en nuestras mentes como en la del anciano. Lo mató tan pronto como pronunció una palabra de traición.

Bill asintió.

Como en respuesta a lo que había dicho Harl, se sintieron agobiados por un gran peso. Bill notó que se apoderaba de él una enfermedad mortal. Le temblaron las rodillas y la cabeza le dio vueltas. Veía manchas que bailaban ante sus ojos y un dolor terrible agarrotó su estómago.

Dio un paso y se tambaleó. Una mano lo tomó del hombro y lo sacudió con fuerza. La sacudida despejó momentáneamente su cerebro. A medida que se disipaba el velo que nublaba sus ojos, pudo ver el rostro de su amigo, una cara pálida y arrugada.

Los labios de la cara se movieron:

—Anímate, viejo. No te pasa nada. Te encuentras bien.

Le pareció que algo crujía dentro de su cráneo. Era sugestión, la sugestión de Golan-Kirt. Eso era... Tenía que luchar contra ella. Plantó los pies en la arena, irguió los hombros con un esfuerzo y sonrió.

—No, diantre —dijo—. No me encuentro mal. Estoy bien.

Harl le palmeó la espalda.

—Esa es la idea —rugió—. Por un instante casi pudo conmigo. Hay que combatirlo, chico. Hay que luchar.

Bill lanzó una carcajada. Tenía la cabeza despejada y notaba que sus fuerzas retomaban. ¡Habían ganado el primer asalto!

—Pero, ¿dónde está ese Golan-Kirt? —barbotó.

—No se deja ver —espetó Harl—, pero mi teoría es que así no puede montar sus mejores trucos. Le obligaremos a presentarse, y entonces haremos el trabajo.

Oyeron el frenético aullido de la multitud. El público había visto y apreciado el pequeño drama que se había desarrollado en medio del ruedo. Y gritaban pidiendo más.

De repente, sonó a sus espaldas un espantoso tableteo.

Les sorprendió. Conocían ese sonido. Era el tableteo de una ametralladora. En seguida se arrojaron al suelo, apretando los cuerpos contra la arena e intentando cubrirse.

A su alrededor se levantaron pequeños surtidores de arena. Bill sintió un dolor intenso en el brazo. Una de las balas lo había alcanzado. Era el fin. En aquella extensión despejada no había escondrijo que los protegiera de la ametralladora que ladraba burlonamente a sus espaldas. Otro balazo abrasó su pierna. Le habían dado otra vez.

Entonces se echó a reír, a reír salvajemente. No había ametralladora ni balas. Todo era sugestión. Un truco para hacerles creer que los estaban asesinando... lo cual, si se conseguía plenamente, podía matarlos en efecto.

Forcejeó para ponerse de rodillas, arrastrando a Harl. El brazo y la pierna seguían doliéndole, pero no hizo caso. Se dijo enérgicamente que no tenía nada en ellos, que no pasaba absolutamente nada.

—Es la sugestión otra vez —le gritó a Harl—. No existe ninguna ametralladora.

Harl asintió. Volvieron a ponerse en pie y se volvieron. Allí, a sólo doscientos metros de distancia, una figura vestida de uniforme pardo se agazapaba tras una ametralladora que tableteaba amenazadoramente, y de cuya boca salía una llama roja.

—Eso no es una ametralladora —silabeó Bill.

—¡Claro que no es una ametralladora! —dijo Harl como si se lo aprendiera de memoria.

Se acercaron poco a poco al arma llameante. Aunque las balas parecían silbar a su alrededor, ninguna les acertó. El dolor en la pierna y el brazo de Bill había desaparecido.

El arma se esfumó de repente, lo mismo que la figura de uniforme. Visto y no visto, en una fracción de segundo.

—Estaba seguro de que así sería —comentó Bill.

—Pero va mejorando, el tío —replicó Harl—. Ahí tienes más sugestión.

Harl señaló una de las bóvedas de acceso. Por ella entraban hileras de soldados, vestidos de color caquí, con cascos metálicos en las cabezas, y fusiles al hombro. Un oficial dio una breve orden, y la tropa empezó a desplegarse por el terreno.

La sonora llamada de una tuba distrajo a los dos viajeros del tiempo. Por otro acceso desfilaba una cohorte de legionarios romanos. Los escudos brillaban bajo el sol, y el ruido de armas podía oírse con toda claridad.

—¿Sabes qué creo? —preguntó Harl.

—¿Qué?

—Que Golan-Kirt no puede sugerirnos nada original. Las ametralladoras, los soldados y los legionarios son cosas que ya conocíamos.

—¿Cómo vemos todo eso, si sabemos que no existe? —inquirió Bill.

—No me lo explico —respondió Harl—. En este asunto hay muchas cosas raras que no logro comprender.

—Sea como fuere, la multitud está presenciando un buen espectáculo —observó Bill.

El público estaba en la gloria. A los oídos de ambos llegaron los agudos chillidos de las mujeres, los roncós gritos de los hombres. El populacho lo estaba pasando realmente bien.

Un león grande y feroz, después de lanzar un salvaje rugido, saltó cerca de los dos hombres. Un fragor de herraduras anunció la llegada de más criaturas imaginarias.

—Ha llegado el momento de tomar la iniciativa —dijo Harl.

Levantó la pistola y disparó al aire. Se hizo el silencio.

—¡Atención, Golan-Kirt! —rugió Harl con una voz que se oía hasta el último rincón del circo. Te desafiamos a un combate cara a cara. No tememos a tus criaturas. No pueden hacernos daño. Queremos luchar contigo.

El populacho guardó silencio, sobrecogido. Por primera vez, su dios era desafiado abiertamente. Aguardaron a que las dos figuras solitarias del ruedo quedaran reducidas a pavesas.

Sin embargo, no fueron castigados.

La voz de Harl volvió a alzarse.

—¡Sal de tu escondite, sapo barrigón! —atronó—. ¡Acércate y lucha si tienes valor, sucio cobarde, miserable!

Tal vez la multitud no comprendiera el significado exacto de las palabras, pero el tono de voz evidenciaba el insulto. Un murmullo amenazador se elevó de las gradas y hubo una avalancha repentina de la multitud. Algunos hombres saltaban la barrera y corrían por la arena.

Entonces se oyó una voz sonora, grave y poderosa:

—Deteneos —dijo—. Yo, Golan-Kirt, me ocuparé de esos hombres.

Harl notó que los soldados y el león habían desaparecido. Nada quedaba en el ruedo, salvo él, su compañero y la veintena de hombres del futuro, que se habían detenido al oír la voz surgida de la nada.

Esperaron, tensos. Harl acomodó los pies en una posición más firme. Cargó su arma, poniendo el cartucho disparado. Bill se secó la frente con la manga del abrigo.

—Ahora van a luchar los cerebros —le comunicó Harl a su amigo.

Bill sonrió afirmativamente.

—Dos inteligencias mediocres contra un genio —bromeó.

—¡Mira, Bill! —gritó Harl.

Frente a ellos, y un poco más arriba de sus cabezas, había aparecido un foco de luz, una bolita de claridad en la atmósfera sombría. Creció poco a poco y dieron comienzo las vibraciones.

Ambos miraron, fascinados. Las vibraciones aumentaron y la luz se estremeció. A medida que aquéllas se intensificaban, la luz se desvaneció y comenzó a tomar forma un objeto monstruoso. Al principio sólo fue posible verlo vagamente. Pero luego fue haciéndose nítido, comenzó a adquirir una forma definida.

Colgando del aire, suspendido sin medio visible de apoyo, se veía un cerebro gigantesco de unos sesenta centímetros de diámetro. Un cerebro desnudo, con las circunvoluciones al aire. Era algo fantasmal.

Pero lo más horrible eran sus dos ojos minúsculos, como de cerdo, sin pestañas, muy juntos, y el pico curvo directamente situado debajo de la zona frontal del cerebro, descansando en lo que al parecer constituía un rostro atrofiado.

Sus dos adversarios quedaron estupefactos, pero mediante un tremendo esfuerzo pudieron mantener el dominio de sí mismos.

—Te saludamos, Golan-Kirt —arrastró las palabras Harl, con acento de sarcasmo.

Mientras hablaba, levantó el brazo y, bajo la presión del dedo, el percutor del arma se alzó poco a poco. Pero antes de que pudiera apuntar el cañón de la pistola hacia el gran cerebro, el brazo se detuvo y Harl se quedó como congelado, rígido por el espeluznante poder que irradiaba Golan-Kirt.

Bill actuó con rapidez y su 45 rompió el silencio con súbito estampido. Sin embargo, mientras disparaba, su brazo fue desviado a un lado como si hubiera recibido un fuerte golpe, y la bala silbó a menos de un centímetro del gran cerebro.

—Tontos presuntuosos —rugió una voz que, sin embargo, no era una voz, pues no hubo sonido, sino una mera sensación auditiva.

La pareja, que estaba rígidamente de pie, como en posición de firmes, comprendió que aquello era telepátia: el cerebro les enviaba poderosas emanaciones.

—Tontos presuntuosos, ¿queréis luchar contra mí, contra Golan-Kirt, que poseo multiplicado por cien el poder mental de vuestros dos cerebros sumados? ¿Contra mí, que poseo la sabiduría de todas las edades?

—Lucharemos —espetó Harl—. Vamos a combatirte. Sabemos lo que eres. No has venido del Cosmos. Eres un espécimen de laboratorio. En un pasado ignoto fuiste obtenido bajo condiciones artificiales. No eres inmortal. Tienes miedo de nuestras armas. Una bala en ese asqueroso cerebro acabará contigo.

—¿Quiénes sois vosotros para juzgar? —llegó la onda de pensamiento—. ¡Vosotros, con vuestro minúsculo cerebro del siglo veinte! Habéis llegado a mi época sin que nadie os llamase, me habéis desafiado. Os destruiré. Yo, que vine del Cosmos hace muchos evos para gobernar la parte del Universo que se me antojase, no os temo ni temo a vuestras ridículas armas.

—Pero nos detuviste cuando nos disponíamos a usarlas contra ti. Si pudiera alcanzarte, ni siquiera las necesitaría. Podría despedazarte, destruirte con sólo la fuerza de mis manos.

—Continúa —murmuró la onda de pensamiento—. Di lo que opinas que soy, y cuando hayas terminado te destruiré. Serás polvo flotando en el aire, ceniza sobre las arenas.



Había un tono de burla nada disimulado en las manifestaciones del cerebro.

Harl alzó la voz, casi gritó. Lo hacía de intención, esperando que los hombres del futuro oyeran y comprendieran, antes de que fuese demasiado tarde, la verdadera naturaleza del tirano Golan-Kirt. Oyeron, y abrieron la boca mientras escuchaban azorados.

—En otra época tú fuiste un hombre —vociferó Harl—, un gran científico. Estudiaste el cerebro, te especializaste en ese tema. Por último, descubriste un gran secreto que te permitía desarrollar el cerebro hasta un grado inusitado. Seguro de tu técnica y comprendiendo el poder de que ibas a disfrutar, te transformaste en una criatura cerebral. Eres un tramposo y un impostor. Has sojuzgado a este pueblo durante millones de años. No vienes del Cosmos... Eres un hombre, o lo fuiste en otra época. Eres un atrocidad, una abominación...

Las emanaciones del cerebro vibraron como cargadas de ira.

—Mientes. He venido del Cosmos. Soy inmortal. Te mataré... te mataré.

De súbito, Bill se echó a reír, lanzó una carcajada estentórea. Lo hizo para aliviar su tensión pero, mientras reía, se le ocurrió que la situación era ridícula: allí estaban ellos, viajeros del siglo veinte adelantados en millones de años a su época, forcejeando con un tramposo que se proclamaba dios de un pueblo que no nacería hasta mucho después de que él hubiera muerto.

Notó que el horrible poderío de Golan-Kirt se concentraba en él. El sudor corrió por su rostro y su cuerpo tembló. Sintió que lo abandonaban sus fuerzas.

Dejó de reír. Cuando lo hizo, un relámpago cruzó por su mente. Experimentó una especie de vértigo. ¡La risa! ¡La risa, eso era! ¡La risa y el ridículo! Ésas eran las armas.

—Ríe, estúpido. ¡Ríe! —le gritó a Harl.

Harl obedeció, sin comprender.

Ambos se retorcieron de risa. Rieron a mandíbula batiente.

Bill, sin saber apenas lo que hacía, casi involuntariamente, le dijo cosas horribles al gran cerebro, lo denigró, lo vituperó, le gritó insultos insufribles.

Harl comenzó a comprender. Bill estaba jugando muy fuerte. Un egoísmo tan grande como el que afectaba a aquel cerebro enemigo suyo sería incapaz de soportar el ridículo, perdería su fuerza ante una acometida de burlas. Por medio de algún poder milagroso, había vivido incontables siglos rodeado siempre de los más altos honores. La burla era algo que ignoraba, un arma terrible que lo golpeaba por sorpresa.

Harl se unió a Bill y se mofó de Golan-Kirt. Fue un gran carnaval burlesco. No se daban cuenta de las palabras que pronunciaban. Reaccionaban ante el peligro, y de un modo mecánico sus lenguas pronunciaban vituperios inimaginables.

Entre una frase y otra reían, aullaban de satánica alegría.

Mientras tanto, notaban el poder del cerebro. Percibieron que su ira aumentaba ante las ofensas. Sus cuerpos se retorcieron de dolor, deseaban dejarse caer en la arena y revolcarse en la agonía, pero siguieron riendo, gritando burlas.

Les pareció que la lucha contra Golan-Kirt duraba una eternidad, pero ellos no dejaban de aullar de risa, mientras sufrían sutiles torturas de pies a cabeza. Pero no se atrevieron a dejar de reír, a interrumpir su espantosa burla, a no mofarse de la enorme inteligencia que era su adversario. Era el único recurso. Sin él, las ondas envolventes de sugestión que se volcaban con furia implacable sobre ellos habrían destrozado hasta el último nervio de sus cuerpos.

Captaron el furor del gran cerebro. Estaba literalmente enloquecido de ira. ¡Lo estaban fastidiando! Lo ridiculizaban a más no poder.

Sin darse cuenta dejaron que el nivel de la risa disminuyera. Era tanto su cansancio, que dejaron reinar el silencio.

De improviso, sintieron que la terrible fuerza del cerebro se había renovado, como si dispusiera de alguna misteriosa fuerza de reserva. Los abatió como un rayo, doblándolos, empañando su visión, embotando sus mentes, atormentando todos los nervios y articulaciones.

Hierros al rojo vivo parecieron abrasarlos, cientos de agujas parecieron clavarse en su carne, afilados puñales parecieron rasgar su cuerpo. Cayeron, ciegos, inermes, barbotando insultos, gritando de dolor.

A través de la roja niebla de dolor oyeron un susurro, una voz suave y encantadora, un murmullo que los llamaba, que les mostraba un camino de salvación.

—Volved las armas contra vosotros mismos. Poned fin a esta tortura. La muerte es el descanso.

El susurro cosquilleaba en sus cerebros. ¡Ésa era la solución! ¿Para qué soportar aquella tortura interminable? La muerte era el descanso. El cañón contra la sien, una pequeña presión sobre el gatillo, el olvido.

Bill apoyó el arma contra la sien. Su dedo se dobló sobre el gatillo. Se echó a reír. Aquello sí que era una broma. Una broma de primera. Ganarle a Golan-Kirt con sus propias cartas.

Otra voz trató de imponerse a su risa. Era Harl:

—¡Idiota! ¡Es Golan-Kirt! ¡Es Golan-Kirt, estúpido!

Vio que su amigo se tambaleaba hacia él, vio su rostro retorcido de dolor, vio el movimiento de los labios lívidos cuando gritaron la advertencia.

Bill dejó caer la mano a un costado. Incluso mientras seguía riendo locamente, se sintió presa de la desazón. El cerebro monstruoso había jugado su carta de triunfo y había perdido, pero estuvo a punto de acabar con él. De no ser por Harl, ahora estaría tendido sobre la arena con la cabeza destrozada.

Entonces se dieron cuenta de que el poder del cerebro fallaba, de que su fuerza vacilaba y decaía. ¡Lo habían derrotado!

Intuyeron el gigantesco esfuerzo que realizaba el gran cerebro, la lucha por recuperar el dominio perdido.

Durante infinidad de años había vivido sin luchar, sin que nadie discutiera su derecho a gobernar el mundo. Comprendieron la rabia inútil y el miedo devastador que agitaban las circunvoluciones de Golan-Kirt.

Pero al fin había sido derrotado por hombres de una edad olvidada. La derrota le había sido infligida por el ridículo, algo que no conocía, que jamás sospechó.

Su fuerza disminuía sin cesar. Los hombres del siglo veinte sintieron que el poder del cerebro se alejaba de ellos, captaron la desesperación que lo dominaba.

Dejaron de reír, traspasados de calambres y afónicos. Entonces lo oyeron. El ruego hacía eco a la risa. La multitud reía. El clamor llegó como un tremendo rugido hasta ellos. Los hombres del futuro vociferaban, agachados, pataleando, echando hacia atrás las cabezas, alzando la voz al negro cielo. Se mofaban de Golan-Kirt, le gritaban insultos, lo abucheaban. Aquel fue el fin de su dictadura.

Durante generaciones, los hombres del futuro le habían odiado con el mismo odio que él les enseñó. Habían odiado y temido. Ahora ya no tenían miedo, y el odio andaba suelto.

El dios quedaba reducido a la condición de ridículo impostor. Era un ser lastimoso, un payaso sin máscara, o simplemente un cerebro desnudo e indefenso que había reinado durante siglos por medio del engaño.

Los hombres del siglo veinte vieron que el gran cerebro, retorciéndose ahora bajo el desdén de los que habían sido sus súbditos, perdía sus poderes por efecto de las risas. Ya no dominaba a aquellas criaturas de un mundo agonizante. Sus ojillos muy juntos brillaban ferozmente, y rechinaba el pico, enojado. Estaba cansado, demasiado cansado para recuperar su poder. ¡Se acercaba el fin de Golan-Kirt!

Los revólveres de los viajeros del tiempo apuntaron casi simultáneamente. Esta vez pudieron apuntar al cerebro. No había fuerza capaz de protegerlo.

Los revólveres rugieron, escupiendo su fuego mortífero. El impacto de las balas hizo rodar el cerebro por el aire; empezó a sangrar, y le salieron grandes grietas. Con un golpe seco, cayó al suelo, se estremeció y quedó inmóvil.

Totalmente agotados, cerrando los ojos y sintiendo que les flaqueaban las piernas, los viajeros del tiempo se dejaron caer sobre la arena, con las pistolas todavía humeantes.

En todo el ruedo se oyó el grito entusiasta de los hombres del futuro:

—¡Salve a los Libertadores! ¡Golan-Kirt ha muerto! ¡Su tiranía ha terminado! ¡Salve a los libertadores de la raza!

## Epílogo

—Es imposible invertir el tiempo. No podéis regresar a vuestra propia época. No sé qué ocurriría si lo intentaseis, pero sé que es imposible. Nosotros, los de esta era, sabíamos que es posible el viaje al futuro, pero no poseíamos las técnicas para construir una máquina e intentarlo. Bajo la tiranía de Golan-Kirt no hubo progreso material, sino sólo una degeneración constante. Sabemos que es imposible invertir el tiempo. Nosotros, como nación, os suplicamos que no lo intentéis. —El viejo Agnar Nohl, con la blanca barba y el cabello al viento, hablaba con sinceridad. Había en su rostro una expresión grave cuando prosiguió—: Os amamos. Nos liberasteis de la tiranía del cerebro que nos sojuzgó durante tanto tiempo. Os necesitamos. Quedaos con nosotros, ayudadnos a reconstruir este país, ayudadnos a construir máquinas, transmitidnos los conocimientos maravillosos que nosotros, como raza, hemos olvidado. Podemos ofrecer mucho a cambio, pues no se ha perdido toda la ciencia que teníamos antes de que llegase Golan-Kirt.

Harl meneó la cabeza.

—Es preciso que lo intentemos, al menos —dijo.

Los dos hombres del siglo veinte se hallaban junto a su nave. Les contemplaba un grupo numeroso de hombres, una humanidad silenciosa entre sombras de las ruinas silenciosas de Denver. Los hombres del futuro habían ido a despedir con tristeza a los viajeros del tiempo.

Un cierzo helado se levantó sobre el desierto, transportando su carga de arena. Las pieles que vestían los hombres del futuro se agitaron al viento mientras éste interpretaba una fúnebre sinfonía entre las paredes en ruinas.

—Si existiera una posibilidad de éxito, no nos importaría que os fuerais —dijo el viejo Agnar—, pero no podemos dejar que corráis a vuestra perdición. Somos tan egoístas como para desear reteneros, pero os amamos tanto como para dejaros partir. Vosotros nos enseñasteis que el odio era perjudicial, luchasteis contra el odio que nos dominaba. Deseamos lo mejor para vosotros. Es imposible regresar en el tiempo. ¿Por qué no os quedáis? Os necesitamos. Cada vez hay menos alimentos en nuestra Tierra. Tendremos que descubrir la fabricación de alimentos sintéticos, o moriremos de hambre. Pero ése sólo es uno de nuestros problemas. Hay otros. No podéis regresar. ¡Quedaos y ayudadnos!

Harl volvió a menear la cabeza.

—No, hemos de intentarlo. Tal vez fracasemos, pero, al menos, lo habremos intentado. Si sale bien, regresaremos con libros científicos y herramientas.

Agnar se pasó los huesudos dedos por la barba.

—Fracasaréis —afirmó.

—Pero si no fracasamos, regresaremos —insistió Bill.

—Sí, si no fracasáis —replicó el viejo.

—Ahora, nos vamos —concluyó Bill—. Agradecemos vuestras atenciones. Es nuestro deber intentarlo. Sentimos el tener que dejaros. Por favor, creedlo.

—¡Lo creo! —gritó el anciano, y unió las manos en señal de despedida.

Harl abrió la escotilla del avión y Bill subió.

Harl se volvió antes de entrar y saludó con la mano.

—Adiós —se despidió—. Algún día regresaremos.

La multitud lanzó un grito de despedida. Harl subió al avión y cerró la escotilla.

Los motores rugieron, ahogando los gritos de los hombres del futuro, y la gran máquina corrió sobre la arena. Luego despegó. Bill describió tres círculos sobre la ciudad en ruinas, como última y muda despedida a los hombres que miraban desde abajo dolorosa y silenciosamente.

Luego Harl accionó la palanca. Otra vez la oscuridad total, la sensación de colgar en la nada.

Los motores, puestos al mínimo, protestaron ante el cambio. Transcurrieron uno, dos minutos.

—¿Quién dice que no podemos viajar hacia atrás en el tiempo? —gritó triunfalmente Harl.

Señaló la aguja, que retrocedía poco a poco a lo largo de la escala.

—El viejo se equivocaba después de...

Bill no pudo concluir la frase.

—¡Para! ¡Para! —le gritó a Harl—. ¡Uno de los motores está fallando!

Harl accionó la palanca de un frenético tirón. El motor se calentó y tosió; rateó un poco y seguidamente volvió a funcionar con normalidad.

Los dos hombres de la cabina se miraron, pálidos. Sabían que se habían salvado de una caída —y de la muerte— en cuestión de segundos.

De nuevo salieron al espacio, y vieron por segunda vez el sol color ladrillo, el desierto y el mar. Debajo de ellos se alzaban las ruinas de Denver.

—No hemos retrocedido mucho en el tiempo —explicó Harl—. Todo está igual que siempre.

Sobrevolaron las ruinas.

—Será mejor que aterricemos en el desierto para reparar el motor —propuso Harl—. Recuerda que hemos viajado hacia atrás en el tiempo, y Golan-Kirt todavía domina la tierra. No vamos a matarlo por segunda vez; además, puede que eso sea imposible.

El avión volaba bajo, y procuró ganar altura. El motor defectuoso volvió a fallar.

—Seguro que dejará de funcionar esta vez —gritó Bill—. Hemos de arriesgarnos, Harl. Hay que aterrizar, o no podremos seguir.

Harl asintió, sombrío.

Ante ellos se abría la ancha explanada del ruedo. Era cuestión de aterrizar o estrellarse.

Cuando Bill iniciaba la maniobra, el motor averiado rateó por última vez y se paró.

Planearon sobre las paredes blancas del anfiteatro y aterrizaron dentro del ruedo. El avión tocó la arena, corrió por ella y finalmente se detuvo.

Harl abrió la escotilla.

—Hay que repararlo en seguida y salir de aquí —le gritó a Bill—. No vaya a ocurrir que tropecemos de nuevo con ese maldito cerebro.

Se interrumpió de repente.

—Bill —murmuró con un hilo de voz—. ¿Estoy viendo visiones?

Frente a él, sobre la arena del circo y a pocos metros del avión, se alzaba una estatua de dimensiones monumentales, una estatua que les representaba, a él y a Bill.

Desde donde estaba incluso pudo leer la inscripción, grabada en el zócalo de piedra blanca con caracteres muy semejantes a los del alfabeto inglés.

Con voz temblorosa leyó en voz alta, procurando descifrar algún carácter desconocido:

«Dos hombres, Harl Swanson y Bill Kressman, llegaron del tiempo para destruir a Golan-Kirt y liberar la especie.» Debajo vio otros caracteres: «Quizá regresen».

Luego sollozó:

—No hemos viajado hacia atrás en el tiempo, Bill. Hemos continuado hacia el futuro. Mira esa piedra... erosionada, a punto de desplomarse. ¡Esa estatua ha estado aquí desde hace miles de años!

Bill se dejó caer en su asiento, con el rostro ceniciento y los ojos vidriosos.

—¡El viejo tenía razón! —gritó—. Tenía razón. No volveremos a ver el siglo veinte.

Se inclinó sobre la máquina de tiempo.

Su rostro se contrajo de rabia.

—¡Los instrumentos! —chilló—. ¡Malditos instrumentos! Nos han engañado. ¡Mienten! ¡Mienten!

Los golpeó con los puños, rompiéndolos, sin reparar en que el cristal le cortaba las manos, que tenía llenas de sangre.

El silencio reinó en la explanada. No se oía el menor ruido.

Bill rompió el silencio:

—¡Los hombres del futuro! —gritó—. ¿Dónde están los hombres del futuro? —Y él mismo respondió—: Están todos muertos, ¡todos muertos! Han muerto de hambre. ¡No lograron fabricar comida sintética! ¡Estamos solos! ¡Solos en el fin del mundo!

Harl le contemplaba desde la escotilla.

Sobre el antiguo circo, el enorme sol rojo flotaba en un cielo sin nubes. Una leve brisa arremolinaba la arena junto al zócalo de la estatua en ruinas.

\* \* \*

Cliff Simak es una figura particularmente destacada en el mundo de la ciencia-ficción. El mundo del Sol rojo fue el primer relato que publicó, y está narrado de un modo sencillo, sin rebuscamientos. El final es triste, y recuerdo que en aquella época me impresionó. No pude dejar de admitir la fuerza de los finales trágicos, pesimistas. (El hombre que evolucionó es otro ejemplo, como se ha visto.)

Simak fue uno de los pocos autores «primitivos» que sobrevivieron durante la Era de Campbell. La mayoría de los primeros autores no pudieron continuar. (Lo ocurrido entonces fue parecido a la irrupción del sonoro, fatal para tantos actores que habían aprendido su oficio en el mundo del cine mudo.)

Meek, por ejemplo, apenas escribió nada después de 1932, y Miller lo hizo con muy poca frecuencia. Jones y Hamilton siguieron escribiendo bastante, pero no aparecieron casi nunca en la «Astounding» de Campbell, que dominaba el cotarro durante los años 40.

El caso de Simak es muy distinto. En 1932 publicó otros cuatro relatos, y luego nada hasta 1938, año en que fechamos el comienzo de la era de Campbell. Entonces se puso a escribir prolíficamente para varias revistas, incluida «Astounding», y pronto pasó a formar parte de la «cuadra» de Campbell, es decir, del equipo de autores que éste había descubierto o lanzado (o ambas cosas a la vez).

Por cierto, Simak siguió ganando en estatura durante los años 50 y 60, cuando tuvo lugar la expansión del género y Campbell no pudo seguir reteniendo el monopolio. Simak fue invitado de honor a la Convención Mundial de Ciencia-Ficción celebrada en Boston en 1971. Hace pocos días he recibido un ejemplar de su última novela, Cemetery World, encuadernado en tela.

Entre 1932 y 1938 yo había olvidado a Clifford Simak, aunque no a El mundo del Sol rojo. Lo redescubrí cuando escribió Rule 18, que apareció en «Astounding Science Fiction» de julio de 1938. Ya he mencionado en The Early Asimov qué ocurrió después de esto y cómo nos hicimos íntimos amigos.

Pocos años después de conocer a Cliff y hacerme amigo suyo descubrí, gracias a una casualidad, que él era el autor de aquel cuento que antaño narraba yo con tanto placer y éxito a mis compañeros de escuela: ¡feliz descubrimiento!

Simak, por ejemplo, fue el primero en enseñarme que es preferible escribir con sencillez. He contado en The Early Asimov cómo ocurrió, pero al menos deseo mencionarlo también aquí.

En otoño de 1931 (animado quizás al ver que mis amigos gustaban de los cuentos de ciencia-ficción que yo reproducía de palabra) quise empezar a escribir narraciones de mi cosecha.

Sin embargo, no me puse a escribir ciencia-ficción. Tenía tan alto concepto de la enorme capacidad y vastos conocimientos científicos exigibles a un autor de este género, que no me atreví a tanto. Conque empecé un relato de aventuras tradicional, no interplanetaria, titulado The Greenville Chums at Coltege.

Escribía a lápiz en un cuaderno de cinco centavos, y llegué a completar ocho capítulos antes de abandonar. Recuerdo que intenté narrar la historia de los Greenville Chum a uno de los amigos que solían escuchar mi traslado oral de ciencia-ficción. Con cierta cautela precoz, escogí el que parecía más fielmente entusiasmado. Cuando le narré de palabra lo que había escrito aquel día, me preguntó ansiosamente si quería prestarle el libro cuando yo lo terminase.



No recuerdo si olvidé explicárselo, o si él no había llegado a entender que yo estaba escribiendo el libro. Creyó que estaba repitiendo otro cuento ya impreso. El halago que esto implicaba me llenó de orgullo y, desde ese día, en mi fuero interno, me consideré un auténtico escritor.

FIN